

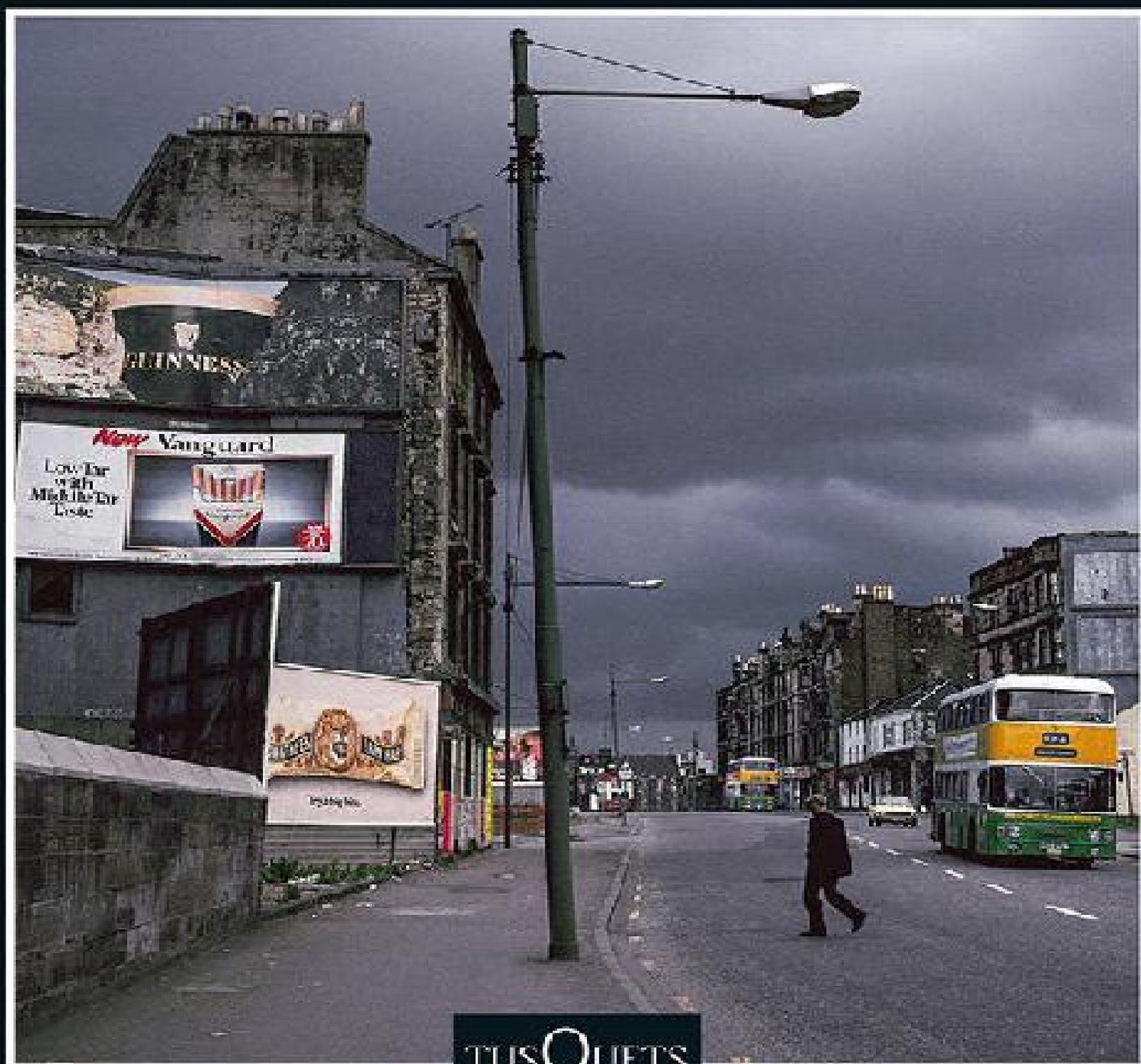
Alan Parks

ENERO SANGRIENTO

SERIE
HARRY
McCOY



colección andanzas



TUSQUETS
FOTOGRAFIA

Índice

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[Portadilla](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Se convirtió en uno de esos casos...](#)

[1 de enero de 1973](#)

[Uno](#)

[Dos](#)

[2 de enero de 1973](#)

[Tres](#)

[Cuatro](#)

[Cinco](#)

[Seis](#)

[Siete](#)

[3 de enero de 1973](#)

[Ocho](#)

[Nueve](#)

[Diez](#)

[Once](#)

[4 de enero de 1973](#)

[Doce](#)

[Trece](#)

[Catorce](#)

[Quince](#)

[Dieciséis](#)

[Diecisiete](#)

[Dieciocho](#)

[Diecinueve](#)

[5 de enero de 1973](#)

[Veinte](#)

[6 de enero de 1973](#)

[Veintiuno](#)

[Veintidós](#)

[Veintitrés](#)

[7 de enero de 1973](#)

[Veinticuatro](#)

[Veinticinco](#)

[8 de enero de 1973](#)

[Veintiséis](#)

[Veintisiete](#)

[9 de enero de 1973](#)

[Veintiocho](#)

[Veintinueve](#)

[Treinta](#)

[Treinta y uno](#)

[Treinta y dos](#)

[Treinta y tres](#)

[10 de enero de 1973](#)

[Treinta y cuatro](#)

[Treinta y cinco](#)

[11 de enero de 1973](#)

[Treinta y seis](#)

[Treinta y siete](#)

[Treinta y ocho](#)

[Treinta y nueve](#)

[Cuarenta](#)

[Cuarenta y uno](#)

[20 de enero de 1973](#)

[Cuarenta y dos](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

Sinopsis

Glasgow, enero de 1973. Cuando un joven, casi un adolescente, dispara a una chica en mitad de una céntrica calle y después se suicida, el detective McCoy tiene la convicción de que no se trata de un acto de violencia aislado. Mientras lidia con un compañero novato, McCoy utiliza sus contactos para acercarse a la familia más rica de Glasgow, los Dunlop, pues allí le llevan sus pesquisas. En el mundo de los Dunlop, hay drogas, sexo, incesto; cada infame deseo encuentra satisfacción, a expensas de los escalafones más bajos de la sociedad, que incluyen al que fuera el mejor amigo de McCoy en el orfanato, el narcotraficante Stevie Cooper. La juventud de Harry McCoy, su cabezonería, y su temeridad, que le lleva constantemente a cruzar la raya de la legalidad, son las únicas armas con las que cuenta para resolver su primer caso.

ENERO SANGRIENTO

Alan Parks

Traducción de Juan Trejo

TUSQUETS
EDITORES

A mamá y papá

Cualquier ciudad, por pequeña que sea, está de hecho dividida en dos: una, la ciudad de los pobres; otra, la de los ricos; están en guerra una con otra.

PLATÓN

Toda imagen cuenta una historia, ¿no es cierto?

ROD STEWART

Se convirtió en uno de esos casos que marcan la carrera de un policía. Peter Manuel, Bible John y Enero Sangriento. Nadie sabía a ciencia cierta de dónde había salido ese nombre, es posible que no fuese más que un comentario oído de pasada en la calle Pitt o en un pub cerca de la Comisaría Central. Los periódicos lo pillaron al vuelo. Lo sacaron en los titulares de inmediato. El más famoso de ellos todavía cuelga de los paneles de algunas comisarías de la ciudad:

ENERO SANGRIENTO: ¿CUÁNTOS MÁS MORIRÁN?

Con el paso de los años, los policías que trabajaron en el caso «Enero sangriento» les dirán a los más jóvenes que no tienen ni la más remota idea de hasta qué punto fue importante ese asunto en su época. Seis cadáveres en una semana. Se sentarán en los pubs y echarán la vista atrás, jubilados ya, entrados en carnes y bebiendo demasiado porque no tendrán nada mejor que hacer. Les contarán batallitas sobre lo cerca que estuvieron de resolver el caso cuando se produjo el arresto o cuando encontraron alguno de los cuerpos. Los más jóvenes sonreirán sin dejar de asentir, escuchando con la otra oreja los resultados de los partidos de fútbol en el televisor, pensando: «No pudo ser tan malo».

Pero lo fue.

1 de enero de 1973

Uno

McCoy recorrió el pasillo en dirección a las escaleras. Los tacones de sus zapatos repiqueteaban sobre la pasarela metálica. Su aliento formaba una nubecilla de vapor frente a él. No cambies nunca, Barlinnie. Congelarse en invierno y asfixiarse de calor en verano. El viejo edificio victoriano estaba en las últimas. No fue pensado para la cantidad de presos que ahora se hacinaban en su interior. Tres, a veces cuatro reclusos metidos en una celda pensada para dos personas. Con razón toda la prisión apestaba. El hedor de los cubos de basura repletos mezclado con el sudor rancio era tan intenso que se pegaba a la garganta en cuanto uno traspasaba las puertas; y se quedaba enganchado a la ropa cuando uno se iba.

Había frecuentado la prisión desde sus primeras semanas en el puesto. Lo único bueno en relación con Barlinnie era que te libraba de tener que ir a cualquier otro sitio. Allí acababan todo tipo de criminales de Glasgow. Desde violadores, asesinos, pedófilos y pederastas hasta viejos que habían perdido el norte y aquellos a los que habían pillado saliendo de la cooperativa con dos latas de salmón bajo el jersey poco después de haber enterrado a sus esposas. Barlinnie no le hacía ascos a nadie, los acogía a todos.

Se apoyó en la barandilla de la pasarela y oteó, más allá de la red de malla y de la neblina de humo de tabaco, hacia la sala de recreo que se extendía abajo. Se reunía allí la habitual recua de presos dando vueltas con sus pantalones vaqueros y sus zapatillas de deporte blancas. Un par de tipos, cuyos nombres no fue capaz de recordar, jugaban al ping-pong. Los sicarios de las bandas de Milton se reunían alrededor de la mesa de billar, todos ellos con largas cabelleras, bigotes y tatuajes de reformatorio. Uno de ellos señaló con el taco cuando dejaron a Jack Thomson, sentado en su silla de ruedas, frente al televisor, y todos rieron disimuladamente. Un año antes se habrían acojonado ante la mera posibilidad de mirar a alguien como Thomson, pero ahora el pobre bastardo tenía tal abolladura en el cráneo que resultaba visible desde allí arriba, donde estaba McCoy. Es lo que pasa cuando alguien te golpea con una maza en las rodillas y después te lanza un par de golpes a la cabeza como quien no quiere la cosa. Ya no puedes andar y tu cerebro está tan triturado que ni siquiera sabes dónde estás.

McCoy se abotonó la gabardina hasta arriba y se sopló en las manos. Allí dentro hacía un frío de narices. Un tipo gordo y bajito se levantó de la mesa donde estaban jugando a cartas, le miró y asintió. Steph Andrews. A McCoy todavía le divertía pensar que nadie allí supiese que era un soplón. McCoy rebuscó en el bolsillo, sacó una de las cajetillas de Regal que había traído consigo y la dejó caer por un lado. Steph la agarró al vuelo, se la guardó en el bolsillo y salió de allí antes de que nadie se diese cuenta. Ésa era la primera regla cuando visitabas Barlinnie: llevar cigarrillos. McCoy se inclinó un poco más sobre la barandilla, todavía no había logrado ver entre los presos al hombre por el que había ido allí.

—Hora de comer en el zoo, ¿eh?

Se dio la vuelta y vio que Tommy Mullen también estaba inclinado sobre la barandilla, a su lado. Mullen se quitó la gorra y se rascó la cabeza. Cuando McCoy empezó a frecuentar Barlinnie, el pelo de Mullen era negro. Ahora lo tenía prácticamente gris.

—¿Cuánto tiempo te falta para jubilarte, Tommy? —le preguntó.

—Tres putas semanas más. Cuento los días.

—¿No te da pena marcharte?

—¿Estás de broma? Ya no puedo más. El hermano de mi mujer ha comprado una pequeña caravana en Girvan. Aire fresco. Estoy deseando alejarme de este lugar appestoso.

—¿Y éste qué querrá ahora? —preguntó McCoy—. Lo único que sé es que llamó a la comisaría para que viniéramos.

Mullen se encogió de hombros.

—¿Acaso crees que me lo diría? —Sacó un cigarrillo liado de su lata de tabaco y lo encendió.

McCoy volvió a mirar abajo, desde el balcón, intentando distinguirlo entre la multitud.

—No lo verás ahí abajo —dijo Mullen—. Lo han trasladado. Ahora está en la Unidad Especial.

McCoy dejó escapar un lento silbido. La misteriosa Unidad Especial. Nadie sabía gran cosa sobre ella o sobre cómo se suponía que funcionaba. La habían creado el año anterior. El Servicio de Prisiones se apuntaba demasiado tarde a la moda de los años sesenta. McCoy recordaba haber visto una conferencia de prensa en la tele. Un director de aspecto sombrío sentado tras un escritorio flanqueado por dos tipos con aspecto de profesores hippies. Los hippies parlotearon sobre Arteterapia, Custodia Positiva y Romper Barreras.

A pesar de estar en sus inicios, cualquier mención a la Unidad Especial era suficiente para que los periódicos echasen espuma por la boca, y la mayoría de los policías también. Según ellos, la Unidad Especial iba a ser una especie de Sodoma y Gomorra reconstruidas a orillas del río Clyde. Según los hippies, se trataba tan sólo de una pequeña sección de la cárcel donde los presos de máxima seguridad serían tratados como seres humanos. A McCoy no le preocupaba ninguna de las dos versiones ya que, a decir verdad, lo que habían probado hasta entonces no había funcionado. Pandillas de matones apalizaban a los presos problemáticos y los metían en jaulas en sótanos helados y húmedos. Por lo que él había podido comprobar, eso hacía que esos pirados empeorasen; salían de allí más dispuestos a golpear o apuñalar a cualquiera que les mirase mal.

Mullen y McCoy salieron del edificio principal y atravesaron el patio de la prisión, con los abrigo sobre sus cabezas, en dirección a una puerta roja que había en el muro más alejado. El tiempo volvía a empeorar, caía aguanieve y el viento hacía volar las hojas y la basura por todo el patio. Mullen abrió la puerta roja y entraron.

McCoy se detuvo, intentando asimilar lo que veía. Era como Alicia a través del espejo.

Dos invernaderos se extendían frente a ellos, llenos de flores y de tomatas. Habían excavado los parterres en el cemento y habían plantado las verduras formando rectas hileras. En una zona sin cercar, a un costado, había numerosos túmulos de piedra con caras a medio terminar o cuerpos esculpidos, en granito mojado y reluciente. La puerta de un pequeño cobertizo que había a un lado estaba abierta y por ella salió un tipo delgado, de pelo rubio y largo, con un formón en la mano y un sucio delantal de cuero. Alzó sus gafas de seguridad.

—¿Todo bien, Tommy? —preguntó—. Hacía mucho que no te veía.

A McCoy le llevó varios segundos percatarse de quién era. Bobby Munro. No pudo evitar sonreír. ¿Bobby «Cuchilla» Munro en Barlinnie con un formón en la mano? Los periódicos se pondrían como locos si contaran con semejante información. Seguramente era la primera vez que utilizaba un formón para su verdadero propósito; lo normal habría sido que se lo hubiese pasado a alguien por la garganta.

—Sí, todo bien —respondió Mullen—. Estoy buscando a Howie.

—Estará tirado delante de la tele. —Señaló hacia la puerta—. Por ahí.

—¿Ahora te llaman Tommy? —preguntó McCoy cuando echó a andar—. Todos sois buenos amigos. ¿Así es como funciona?

—No me jodas —dijo Mullen al atravesar la puerta—. Ha sido muy difícil acostumbrarse, te lo aseguro. «El uso de los apellidos es degradante y despersonaliza, por lo que tiene que ser eliminado» —recitó con voz engolada—. Y mierdas por el estilo.

La última ocasión en que McCoy estuvo en el bloque de la lavandería había un montón de grandes lavadoras industriales en marcha; también había hombres detrás de grandes planchas, medio ocultos por el vapor de la humedad. Ahora no. Ahora todo estaba prácticamente vacío, pintado de blanco, con fotos y pósteres enmarcados colgando de las paredes y una enorme escultura de hierro plantada en medio de la sala. Por lo que McCoy llegó a desentrañar, se trataba de dos perros con rostro humano peleando, aunque podían estar follando, no estaba seguro. Mullen señaló hacia la puerta que había en una esquina.

—Por ahí se llega a la sala de estar.

McCoy cruzó la puerta. No tenía claro qué esperaba encontrarse, pero fuera lo que fuese no tenía nada que ver con la realidad. Fue como adentrarse en el confortable salón de la casa de una tía carnal. Papel pintado con formas geométricas cubriendo las paredes, una chimenea a pleno rendimiento y un sofá, con dos sillones a juego y los brazos de madera, colocados en semicírculo frente a un televisor en color. Ni rastro del hedor a cubos de basura. Sólo un pequeño detalle estropeaba la alegre atmósfera: la presencia de Howie Nairn. Estaba sentado en el sofá, bien repantingado. Los presos de la Unidad Especial, al parecer, no llevaban pantalones vaqueros ni deportivas blancas. Podían vestir su propia ropa. En el caso de Nairn, ese cambio no suponía una gran mejora. Una camiseta sucia del Che Guevara, una bufanda escocesa alrededor del cuello, unos vaqueros acampanados y el cabello de color castaño, largo y ondulado, recogido en una cola. Incluso llevaba zapatillas de estar por casa. Estaba un poco más delgado, pero, por lo demás, tenía poco más o menos la misma pinta que la última vez que McCoy lo había visto. Una cosa no había cambiado: todavía lucía aquella cruz formada por cicatrices que le recorría el gaxate hasta desaparecer bajo el cuello de su camiseta.

—Ese cerdo que se vaya a tomar por saco —dijo Nairn sin apartar los ojos de la pantalla del televisor—. No tiene permiso para estar aquí.

—Cálmate un poco —dijo Mullen—. ¿McCoy?

Éste asintió y Mullen salió por la puerta por la que habían entrado.

—Aquí os dejo, chicos. Llamadnos cuando hayáis acabado.

McCoy se sentó en el brazo del sofá y dejó un paquete de Regal en la pequeña mesa de café con sobre de azulejos. Esperó. Estaba convencido de que en el aire flotaba un ligero olor a marihuana. No le habría sorprendido. Nada de lo que había allí podía sorprenderlo. Nairn no dijo nada. Seguía con la mirada clavada en el televisor. McCoy era el que debía mover ficha.

—Pillo el mensaje. Se supone que tengo que sentirme honrado, ¿no?

Nairn gruñó.

—No te hagas ilusiones, McCoy. Eres el único poli del que recuerdo el nombre.

McCoy echó un vistazo a los pósteres colgados de la pared. No se trataba de las habituales chicas con las piernas abiertas. Había un mapa de la Tierra Media, una fotografía del presidente Mao. Los libros de las estanterías tampoco estaban mal. La autobiografía de Malcolm X. *Forastero en tierra extraña. Bhagavad Gita.*

—Todos esos rollos hippies funcionan, ¿verdad? —le preguntó—. ¿Ya no sientes la necesidad de rajarle la cara a ningún guardia? —No hubo respuesta. Suspiró y lo intentó de nuevo—. Entonces, ¿esto tiene que ver con Garvie?

Nairn finalmente apartó la mirada de Zebedee y Dougal.

—¿Con quién?

—Stan Garvie. Lo metieron en una de esas cajas para el té y lo tiraron al río Clyde con unas cuantas pesas de hierro por compañía. Creo que fue obra tuya. Este paraíso vacacional ha hecho que quieras confesar, ¿no es cierto?

Nairn sonrió. Parecía plenamente satisfecho de sí mismo.

—¿Así que ése era el nombre de ese capullo? —Negó con la cabeza—. Verás, *detective* McCoy, no sé nada de eso.

McCoy alzó las cejas.

—Las noticias vuelan.

Nairn se sentó con la espalda recta, metió la mano por dentro de los pantalones, se rascó los huevos y después se olió la mano.

—Bueno, a lo mejor tengo algo para ti. Van a darle boleto a alguien mañana.

—¿Y eso? ¿Vas a acuchillar a alguien en la ducha? ¿Me estás dando un soplo?

Nairn volvió a sonreír, dejando a la vista una hilera de pequeños dientes amarillentos.

—Siempre he creído que eras un jodido listillo, McCoy. Tienes la misma gracia que un cáncer. En la ciudad, una chica llamada Lorna.

McCoy esperó a que dijese algo más, pero no añadió nada. Entendió que iba a tener que aceptar su juego.

—¿Y quién va a matar a la tal Lorna?

Nairn parecía molesto.

—Que te den. No soy un soplón.

—¿Que no eres un soplón? —McCoy se echó a reír—. Entonces, ¿qué hago aquí?

—Estás aquí porque yo estoy encerrado en este puto agujero. No puedo hacer nada al respecto, así que tendrás que hacerlo tú.

—¿Y cómo voy a hacerlo? ¿Envío un mensaje por radio a todas las chicas llamadas Lorna para que se queden encerradas en casa todo el día? No digas estupideces, Nairn, me estás haciendo perder el tiempo.

McCoy se puso en pie. Llevaba despierto desde las cinco de la mañana, acusaba ya el cansancio, no estaba de humor. Lo único que deseaba era una pinta de cerveza y estar lo más lejos posible de la cárcel y de Howie Nairn y sus mierdas. Se inclinó hacia delante para recuperar los cigarrillos, pero Nairn alargó el brazo y le agarró la mano. Tiró de él y colocó su cara muy cerca de la de McCoy.

—Vas a tener que empezar a prestar atención a lo que te estoy diciendo, McCoy, o me vas a cabrear. ¿Estamos?

McCoy se fijó en los dedos tatuados con los que Nairn le aferraba el brazo; tenía ya los nudillos blancos. Él era un preso y McCoy policía. Había ciertas líneas que no se podían cruzar. El juego se había acabado.

—Quítame tu puta mano de encima, Nairn —dijo muy despacio—. Ahora. Y no se te ocurra volver a tocarme nunca más. ¿Estamos?

Nairn siguió agarrándolo durante unos segundos, luego lo soltó con un empujón. McCoy volvió a sentarse.

—O empiezas a hablar con sentido o me largo. Última oportunidad. —Esperó. Nairn le mantuvo la mirada, los ojos azules acuosos fijos en él. Si estaba tratando de intimidarle, no le funcionaba. Le había mirado de ese modo gente mucho peor. McCoy se encogió de hombros y se puso en pie—. Se acabó el tiempo.

Se dirigió hacia la puerta y llamó a Mullen a voz en grito. Por el sonido de sus botas supo que se acercaba por el pasillo, los talones repiqueteando contra el suelo de linóleo. Una voz sonó a su

espalda.

—Se llama Lorna, no sé su apellido. Trabaja en la ciudad. En uno de esos restaurante pijos. Malmaison o Whitehall's. No sé quién, pero alguien se la va a cargar mañana.

McCoy se dio la vuelta.

—¿Eso es todo?

Nairn volvió a clavar la mirada en el televisor.

—Suficiente.

—Digamos que te creo y que voy a evitarlo. Pero ahora dime a qué cojones estás jugando.

Nairn asintió.

—Anda y que te den. Estás apestando mi sala de estar.

*

—¿De qué ha ido todo eso? —preguntó Mullen cuando regresaron al edificio principal.

Empezaban a cerrar las puertas. McCoy tuvo que elevar la voz por encima de los abucheos y del ruido de las puertas de las celdas para hacerse oír.

—Ni puta idea. Me ha dicho que van a asesinar a alguien mañana.

—No será aquí, ¿no?

McCoy negó con la cabeza.

—En la ciudad.

Mullen pareció aliviado.

—Mierda, menos mal. Mañana me toca trabajar. ¿Cómo es posible que el risitas sepa algo así?

—Vete a saber. Así se cree que me maneja.

Esperaron hasta que pasó frente a ellos un preso con un ojo morado y sangre en el labio; iba con las manos esposadas a la espalda y un agente a cada lado, sin dejar de maldecir a voz en grito.

—Tiene gracia —prosiguió McCoy—. Yo estaba allí cuando lo trincaron, pero fue cosa de Brody, no mía. No sé por qué ha querido hablar conmigo.

—Brody. Dios bendito, nadie quiere hablar con él. ¿Fue él quien lo cazó?

McCoy negó con la cabeza.

—Qué va, por una vez todo fue correcto. No había duda de que Nairn era culpable. Lo pillamos con tres escopetas de cañones recortados.

Mullen lo acompañó hasta la recepción y le dijo que tenían que quedar algún día. A McCoy le caía bien Mullen, pero no tenía la más mínima intención de pasar una noche en un pub con un montón de agentes de prisiones de aire tristón contando batallitas.

Una chica llamada Lorna. Podría llamar a los restaurantes, por si acaso. No podía haber muchas Lornas trabajando por ahí. Todavía no entendía por qué Nairn había querido hablar con él, apenas le miró cuando lo detuvieron; estaba demasiado ocupado intentando golpear a Brody, dedicándole los insultos más asquerosos imaginables. Su mirada se posó en el calendario que colgaba de la pared del fondo del despacho del encargado de las puertas: una chica en topless tumbada sobre un coche intentando dar la impresión de que toda su vida había deseado sostener en la mano una gran llave inglesa. No se había dado cuenta de que era jueves. Tal vez no tenía por qué preocuparse de las mierdas de Nairn; tal vez lo que tendría que hacer era ir a ver a Janey. Después de todo, se lo debía. Sonó el timbre y la cerradura se abrió con un sonoro crujido. El encargado abrió la puerta y la sostuvo mientras el fuerte viento se colaba en el corredor. McCoy echó un vistazo a los árboles que rodeaban el aparcamiento, que en ese momento se sacudían con violencia.

El encargado de la puerta le dedicó una sonrisa.

—Mejor tú que yo, colega. Mejor tú que yo.

Salió corriendo, llegó al Vauxhall Viva sin distintivos y cerró la puerta. Puso en marcha el motor y la radio se encendió de golpe. Como por ensalmo, las notas del tema «Chirpy Chirpy Cheep Cheep» llenaron el interior del coche. Maldijo, cambió de emisora. Rod Stewart, «Maggie May». Mucho mejor. Giró la rueda de la calefacción al máximo y enfiló por Cumberland Road hacia la ciudad. Si quería ir a ver a Janey, primero tenía que pasar a ver a Robbie.

Dos

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó.

Ella le dedicó una sonrisa.

—Toda la noche. Stevie lo ha arreglado todo con Iris. No parecía muy contenta.

Él se dispuso a sacar un par de cervezas Tennent's de la nevera y ella negó con el dedo.

—Tienes que pagar por la bebida. Lo sabes.

Él sacudió la cabeza, sacó una moneda de cincuenta peniques y la dejó en el plato de porcelana que había junto a las botellas.

Era un prostíbulo clandestino grande, uno de esos enormes pisos de estilo victoriano que se pueden encontrar en Glasgow, con todas las habitaciones convertidas en dormitorios, excepto la cocina. Ése era el territorio de Iris. Se sentaba en una vieja silla de cocina junto a la puerta, con cajas de botellas y el gran Chas, el gorila amenazador, a su espalda. En una ocasión le dijo que en aquel garito ganaban el doble de dinero con el alcohol que con las chicas, lo cual decía mucho sobre Glasgow. A Iris no le preocupaba. Sólo vendía cerveza y whisky. O lo tomas o lo dejas. Tennent's y Red Hackle.

El dinero de verdad lo ganaban de madrugada y los domingos. Los viernes, después de medianoche, o los domingos por la tarde, a partir de las tres, cuando los auténticos bebedores empezaban a empinar el codo, ella podía cobrarles lo que le diese la gana. Él había visto pasar por las escaleras a suficientes mujeres de gesto avergonzado y a suficientes hombres de ojos legañosos como para saber lo bien que se lo montaba Iris. Los bebedores siempre sacaban el dinero de alguna parte. A pesar de que eso significase no tener para comer al día siguiente.

Janey lió un porro con la hierba que él había traído, buen material, según Robbie, confiscada a los miembros de un grupo musical estadounidense que había tocado en el Greene's Playhouse la noche anterior. La mitad fue a parar al depósito de la Central y la otra mitad al bolsillo de Robbie. Sólo le había cobrado una libra. Por la expresión del rostro de Janey, podría haber sido mucho más.

Le puso el fino porro entre los labios, él los cerró sobre el extremo prendido sellándolo dentro de su boca y aspiró con fuerza tragándose el humo. Mantuvo el aliento tanto como pudo y después dejó salir una nube de humo de aroma dulzón. No tardó en hacerle efecto. Se sintió un poco mareado. Bien. Robbie tenía razón. Le dio un par más de caladas profundas y se lo pasó a ella.

Janey colocó un pañuelo encima de la diminuta lámpara que había sobre la mesilla de noche y prendió un par de varillas de incienso. Había colgado varias fotos de playas y de automóviles caros, recortadas de revistas, sobre el maltrecho papel pintado. Cualquier cosa con tal de convertir aquel lugar en algo que no recordase al dormitorio de un apartamento barato en Possilpark.

—Un poco de atmósfera —dijo ella—. A los clientes les gusta, al menos a los más jóvenes.

Él se sentó en el borde de la cama e intentó desatarse los zapatos. Se echó a reír sin poder evitarlo: era mucho más difícil de lo que pensaba. Se las apañó para quitarse la corbata y la camisa, aunque no fue capaz de desabrocharse el cinturón, por lo que rió de nuevo. Janey puso un disco en el pequeño tocadiscos que había en una esquina. *Their Satanic Majesties Request*. Tuvo

que bajar mucho el volumen. A Iris no le gustaba que pusiera música, porque no podía oír qué estaba pasando dentro de la habitación. No era su disco favorito, pero esa noche le pareció bien. La hierba, la bebida y la música estaban empezando a funcionar juntas, en perfecto equilibrio.

Janey se puso a bailar. Observaba sus propios movimientos en el espejo desconchado del ropero. Se mecía al ritmo de la música, cantaba.

—«*It's so very lonely, you're a thousand light years from home...*»

Era una chica guapa: cabello largo y negro, cuerpo con curvas, una divertida naricilla y una enorme sonrisa. Demasiado guapa para trabajar allí. El local de Iris no era precisamente de alta categoría. La mayoría de los clientes eran trabajadores de la zona u hombres de la fábrica Iron Box con la paga del viernes quemándoles en el bolsillo. Siempre que McCoy había intentado preguntarle al respecto, o cuando le decía que se buscara otra cosa, ella se reía en su cara. Le respondía que le gustaba estar allí, que había trabajado en sitios mucho peores.

Ella le pilló mirándola gracias al espejo, sonrió y le sacó la lengua. Él se inclinó hacia delante y tiró de ella hacia la cama, a su lado. Ella rió fingiendo oponerse. La besó al tiempo que ella se libraba de las sandalias de plataforma y se quitaba los pantalones cortos. La besó en el cuello, le acarició los pechos, la polla ya dura contra su cadera. La maría le estaba haciendo efecto: se sentía pesado, lento, relajado. Descendió por su cuerpo. Ella le pasó los dedos por el pelo y él la miró a los ojos con una sonrisa.

—Tú y yo, Janey. Tú y yo —dijo.

La música cesó, el brazo del tocadiscos se alzó, fue hacia atrás y la música empezó a sonar de nuevo. «*She comes in colours everywhere.*» Tras penetrarla, empezó a moverse con rapidez, jadeando contra su cuello, concentrado. Ella le rodeó con sus piernas, acercándolo, susurrándole al oído: «*Come on, my wee Darling. Come on...*».

Él acometió varias veces más, intentó aguantar, pero le resultó imposible. Gimió, se dejó caer encima de ella intentando recuperar el aliento junto a su cuello. Permaneció inmóvil durante un minuto, después se levantó sobre los codos y la miró a los ojos.

—Ha sido mágico. ¿Tú qué tal? ¿Estás bien?

Ella asintió y le dio una palmada en la espalda.

—Vamos a hacernos otro, ¿te parece?

Él rodó sobre su espalda, se sentó apoyándose en el cabezal de la cama y la observó. Estaba sentada con las piernas cruzadas, tenía la bolsa de hierba y el librito de papel de liar sobre la cubierta del disco, en el regazo. El largo cabello negro caía como una cortina frente a su rostro. Era una profesional, podía liar un porro en cuestión de segundos; incluso podría hacerlo con una sola mano si se viese obligada a ello.

Miró la hora. Las doce y diez. No iba a ir a ningún restaurante esa noche, no le importaba, estaba demasiado colocado para ir a ninguna parte. Podían darle por saco a Nairn. No era su jodido chico de los recados. Quería estar ahí, con ella. Encendió el porro y le dio una larga calada.

—Desde hace diez minutos es mi cumpleaños —dijo—. 2 de enero.

—¿En serio? —preguntó ella—. ¿Qué edad tienes?

—Treinta. Pasados.

Ella sonrió ligeramente, los ojos vidriosos. Se inclinó hacia delante y lo besó, después le colocó el porro en los labios. Él le dio una calada y sintió el efecto en la cabeza. No se le habría ocurrido una manera mejor de celebrarlo. Soltó el humo y se tumbó sobre la cama. Podía oír cantar a Janey mientras liaba otro porro. Pudo oír también cómo se cerraba una puerta y el sonido de las botas de un cliente recorriendo el pasillo, a Iris preguntándole el número de la habitación y

el tintineo de las botellas.

Janey se inclinó sobre él y suavemente exhaló una nube de humo en su cara. Él aspiró, observó las luces de los faros de los coches que pasaban, creando sombras gigantescas que iban y venían. Escuchó cómo la lluvia golpeaba contra la ventana y recordó haber estado en una caravana con su madre y su padre cuando era pequeño. Janey apagó la lámpara y se acurrucó a su lado. Él se fijó en el destello anaranjado del extremo del porro, en cómo se apagaba después de que ella inhalase. Le rodeó los hombros con el brazo, tiró de ella, cerró los ojos y se dejó ir.

2 de enero de 1973

Tres

McCoy se despertó a causa del frío. Janey se había envuelto en todas las mantas, tan sólo le había dejado una sábana, que se interponía entre su cuerpo y el hielo que estaba empezando a formarse en el interior de las ventanas. Intentó remeterse bajo las mantas y volver a dormirse, pero no hubo manera. Que a la resaca se uniese el frío significaba que no tendría ninguna posibilidad de dormirse otra vez. Intentó despertar a Janey sacudiéndola, pero ella no se dio por aludida, se limitó a gruñir y a darse la vuelta, enterrada bajo las mantas. Se vistió con rapidez, recogiendo la ropa de donde la había dejado tirada, cerró la puerta del cuarto a su espalda y bajó las escaleras. Las cinco y media. Demasiado tarde para irse a casa, demasiado pronto para ir a trabajar. Tal vez, después de todo, se pasase por algún restaurante. No tenía nada mejor que hacer.

La ciudad empezaba a despertarse, circulaban ya los primeros autobuses, con los pasajeros apoyados en las ventanillas, medio dormidos, abrigados contra el frío. La festividad de Año Nuevo había quedado atrás, todo regresaba a la normalidad, por duras que fuesen las resacas. Las luces navideñas que colgaban de un lado a otro de la calle seguían encendidas, las campanas y el acebo brillaban débilmente, apagándose y encendiéndose, entre la fría neblina y la nieve que había empezado a caer. Apareció un perro tras la esquina de la calle Sauchiehall, corría tras unas gaviotas que rebuscaban comida en un contenedor de basura volcado; no tardaron en echar a volar, y se alejaron hacia el cielo, chillando.

McCoy estaba congelado, llevaba de pie bajo el toldo del Malmaison desde las seis y media, golpeando el suelo con los pies y soplándose en las manos para intentar mantenerlas calientes. Había visto a un barrendero reuniendo las bolsas empapadas de patatas fritas y las botellas vacías esparcidas por la calle, le había comprado el periódico a un chico que los llevaba apilados en un cochecito y se había apartado cuando pasaron dos tipos empujando un carro lleno de alfombras viejas y trozos de moqueta por la calle Hope. Hizo una búsqueda exhaustiva por todos sus bolsillos pero no encontró su otro guante. Se quitó el que llevaba en la mano izquierda y se lo puso en la derecha justo en el momento en que apareció el gerente del restaurante. El señor Agnotti, así se presentó. Un capullo bajito y engreído, por lo que pudo comprobar. Imaginó lo que sería trabajar en un lugar como ése. McCoy sólo había estado en aquel restaurante en una ocasión: la comida que organizó Murray por su cincuenta cumpleaños. Pensaba que no volvería nunca más, a menos que ganase en las apuestas. Era una sala grande, con paredes cubiertas de madera y camareros silenciosos que iban de un lado para otro cargados con bandejas plateadas y botellas de vino. Los clientes, siempre hombres de negocios, comían bistecs muy hechos, cócteles de gambas y después se fumaban un buen puro.

Agnotti llevó a McCoy a su despacho y le pidió que le enseñase la placa antes de hacerle ninguna pregunta. No le hacía gracia que le interrogasen. Resultó que trabajaba allí una chica llamada Lorna, una camarera de rango inferior, fuera eso lo que fuera. Le apuntó la dirección de la chica en una pequeña tarjeta y se la entregó.

—¿Puedo preguntarle de qué va esto? —le preguntó.

McCoy le dedicó una sonrisa; no lo pudo evitar.

—No —le respondió.

Cuando salía, vio a uno de los pinches de cocina que estaba encadenando su bicicleta fuera del local. McCoy señaló una foto del personal que colgaba del tablón de anuncios que había en el pasillo y le preguntó si conocía a Lorna Skirving. La foto la habían tomado en alguna cena del personal. Cuatro mujeres sentadas alrededor de una mesa en un pub, muy bien vestidas, con los vasos en alto, sonriendo abiertamente. Lorna Skirving estaba en un extremo. Diecinueve años, vestido corto, cabello rubio teñido, bien parecida. McCoy arrancó la foto del tablón y se la guardó en el bolsillo. Tenía que ser la mujer a la que se había referido Nairn. Ya había pasado por el Whitehall's y le habían dicho que allí no trabajaba nadie que se llamase Lorna; había dos Lauras pero ninguna Lorna.

Según el pinche, Lorna no tenía teléfono, así que llamó a la comisaría para que enviasen una patrulla a su dirección para recogerla. Esperó en la cocina, era el lugar más cálido, y observó cómo preparaban el servicio del almuerzo. Grandes sartenes con patatas y zanahorias friéndose, bandejas con carne salidas del refrigerador. Un tipo italiano que no hablaba inglés surgió de la parte de atrás y le entregó una pequeña taza con un café muy fuerte. McCoy quiso hacerse el listo y le dijo «*Gracias*»,¹ pero cuando el tipo se alejó con cara de estupefacción se dio cuenta de que no había tenido gracia ninguna. Llamaron desde la comisaría quince minutos más tarde. Los agentes habían atendido al mensaje de radio pero nadie había contestado cuando llamaron a la puerta de la chica. Posiblemente había salido ya camino del trabajo. Suspiró, no podía hacer más. Llamó a Wattie desde la cabina. Iba a ser trabajo para más de una persona.

El café Golden Egg era un auténtico vertedero, como un Wimpy pero sin ser un Wimpy. Incluso disponía de un menú con fotografías; fotografías que tenían que haber tomado en algún otro sitio, porque el beicon y los huevos del local no tenían nada que ver con los de la instantánea. Aun así, tenía una virtud: estaba justo enfrente de la estación de autobuses. Tan cerca, de hecho, que podía oír lo que anunciaban por la megafonía de la estación, a pesar de las charlas de los otros clientes y de los pedidos que gritaban en la cocina. Limpió la condensación que se había formado en la ventana y echó un vistazo al exterior. Eran las ocho de la mañana y apenas había luz, las farolas seguían encendidas, la nieve caía con más intensidad y estaba empezando a cuajar. Los coches y los autobuses estaban pegados unos detrás de otros en el gran cruce de la calle Buchanan. Lorna Skirving vivía en Royston; todos los autobuses procedentes de allí paraban en aquella estación. La chica tendría que aparecer en algún momento. Lo único que tenía que hacer era localizarla entre la multitud antes de que llegase al trabajo, y antes de que algún tipejo al que no le hubiese gustado la langosta termidor de la víspera la apuñalase hasta matarla.

—¿A qué hora empieza a trabajar?

McCoy se dio la vuelta; casi había olvidado que él estaba allí. Wattie. Su viejo amigo Murray, de la comisaría de Greenock, le había llamado para hablarle de él. Le dijo que Wattie era un joven brillante, demasiado brillante para Greenock, que tendría que estar en Glasgow jugando en primera división. El joven brillante estaba ahora sentado en una silla con la espalda recta, observando la multitud que pasaba al otro lado del cristal, como si se tratase de un centinela en su turno de guardia. McCoy había discutido con Murray, intentó quitarle la idea de la cabeza, le pidió que le enviase a Richards o a Wilson o a cualquier otro, pero Murray se mostró inflexible. Llevaba tres meses en la comisaría respondiendo al teléfono, preparando té. Había llegado el momento de que se convirtiese en la sombra de algún detective durante unos meses. Murray le dio la vuelta al asunto como solía hacer. A base de halagos. Los jóvenes brillantes necesitan observar, no pueden acompañar a alguien laborioso pero lento como Richards. McCoy no tenía ni idea de

por qué Murray se mostraba tan entusiasta, cabía esperar que a esas alturas hubiese aprendido la lección. Ya se habían quejado de McCoy antes y estaba seguro de que volverían a hacerlo. El último compañero que le asignaron a McCoy regresó a comisaría lloriqueándole a Murray. «No me cuenta qué está pasando, no habla conmigo, bla, bla, bla.» Pero ahí estaba ahora el nuevo, con el pelo rubio humedecido y repeinado hacia atrás, el rostro expresivo y los zapatos negros y brillantes. Tenía veintiséis años pero parecía tener quince.

—A las ocho y media, supongo —dijo McCoy bostezando llamativamente.

—¿Puedo volver a ver la foto? —preguntó Wattie.

Se la pasó. Para McCoy, mirar a Wattie era como verse a sí mismo cinco años atrás. A él hacía mucho tiempo que no le brillaban los ojos ni se mostraba entusiasta. Hacía mucho tiempo que no iba a trabajar con los zapatos lustrados y la camisa planchada. Observó su propio reflejo en la ventana; no le gustó lo que vio. Necesitaba cortarse el pelo y un traje que no diese la impresión de que había dormido con él.

Se puso de pie y miró hacia la calle. Una capa blanca se estaba aposentando sobre el asfalto.

—Bueno, vamos allá. A ver si podemos pillarla al llegar.

La estación de autobuses estaba en la parte alta de la ciudad, cercada por los bloques de pisos de Dobbies Loan, por un lado, y por la nueva autopista que se había cargado la vieja Garscube Road, por el otro. Era un enorme rectángulo de asfalto, de unos dos mil metros cuadrados, con plataformas inclinadas por las que acceder a los autobuses. Marquesinas y bancos rodeaban el perímetro exterior. Cerca de la entrada había una cafetería que, por comparación, hacía que el Golden Egg pareciese el Malmaison. Llegaban autobuses de todas partes: de urbanizaciones en los límites de la ciudad, de suburbios para ricos e incluso de la costa, de Ardrossan y Largs. Y el autobús que iba a Londres también salía de allí, cada mañana, y siempre se formaba una gran cola de gente esperando. La oportunidad de una nueva vida a cambio de un billete de cinco chelines.

Un tipo grueso con sombrero y silbato le dijo a McCoy, señalando hacia un extremo, que los autobuses de Royston se detenían entre las plataformas 21 y 24. Una anciana que estaba sentada en un banco junto a la plataforma 22 miró a McCoy de mala manera cuando éste se sentó; la anciana olisqueó y se apartó un metro de él arrastrando sus bolsas de plástico. McCoy observó cómo Wattie iba de un lado para otro, pisando con fuerza para calentarse los pies, sin dejar de abrir y cerrar su encendedor, mascullando algo entre dientes. Al menos era silencioso; su anterior compañero no callaba ni debajo del agua. Un gilipollas de Edimburgo con una licenciatura en ciencias que pretendía ascender a toda prisa, como explicaba cada cinco minutos. Tuvo que regresar a Edimburgo con el rabo entre las piernas después de que, al intentar arrestar a dos mujeres que se estaban peleando fuera de las Barrowlands, sólo consiguiera un ojo a la funerala y que le rompiesen la nariz.

Un autobús de dos pisos recorrió el aparcamiento y fue a detenerse en la plataforma que había frente a ellos. McCoy se puso en pie. La puerta del autobús se replegó con un siseo. Bajó una pareja de viejos mascullando algo sobre la nieve, les siguió un tipo en mono de trabajo con el bocado envuelto bajo el brazo, después un grupo de escolares que gritaban y se empujaban entre ellos. Ni rastro de Lorna Skirving.

Tampoco bajó del siguiente. Wattie, finalmente, se cansó de caminar de un lado a otro, se sentó en el banco, estiró las piernas y bostezó ruidosamente. McCoy estaba sentado, observando a un viejo que tiraba miguitas de pan al suelo húmedo; los gorriones llegaron volando salidos de Dios sabía dónde.

Otro autobús llegó y se fue, y tampoco vieron a Lorna. McCoy empezó a pensar que Nairn le había tomado el pelo, pero entonces vio cómo la multitud se dispersaba al otro lado de la

estación. Oyó gritos y vio cómo un hombre caía de espaldas al suelo al intentar echar a correr. Una mujer chilló.

McCoy se precipitó hacia allí. Había recorrido medio aparcamiento cuando un autobús que estaba dando marcha atrás estuvo a punto de atropellarlo. Dio un salto para apartarse, tropezó y, al alzar la vista, comprobó de qué huía la gente. Se trataba de un joven, poco más que un adolescente, con anorak y vaqueros. Tenía el brazo izquierdo extendido y con la mano apretaba con fuerza una pistola.

—¡Policía! —gritó McCoy—. ¡Suelta el arma!

Ruido de zapatos pesados y Wattie estaba a su lado, con el aliento convertido en nubecillas de vapor, mirando hacia todas partes. McCoy le agarró por el hombro y señaló a la multitud.

—Haz que se tiren al suelo y vuelve. ¡Ahora!

Wattie asintió y se alejó corriendo, aterrorizado. McCoy no tenía tiempo para preocuparse de él. Tenía que hacerse con la pistola antes de que el chico abriera fuego. Respiró hondo y echó a andar hacia el joven. Intentó que su voz sonase tranquila, lo que no era fácil. El corazón le golpeaba en el pecho como un martillo.

—Baja el arma, colega. No le has hecho nada a nadie, ¿verdad?

Su voz le sonó falsa, como si se estuviese esforzando demasiado, como si estuviese siendo demasiado amable, pero no pudo evitarlo. El chico ni siquiera le miraba, seguía moviendo la cabeza de derecha a izquierda, rastreando entre la multitud, buscando a alguien. McCoy pudo oír a Wattie gritando a su espalda, intentando que todo el mundo quedase fuera de la línea de fuego. Una mujer lloraba, un niño pequeño chillaba; más gritos. Intentó permanecer ajeno al ruido exterior. Siguió caminando hacia el joven, lentamente, con las manos en alto, acercándose, colocándose entre él y la multitud.

—Vamos, colega, tienes que acabar con esto ahora mismo. Baja el arma, ¿de acuerdo? Esto no es como...

De repente, los ojos del joven se enfocaron, como si viese a McCoy por primera vez. Dirigió el arma hacia él y le apuntó a la cabeza. McCoy se detuvo de golpe y el chico apretó el gatillo. Sonó un chasquido agudo. Una nube de gorriones salió volando desde el tejado de la marquesina y la gente se puso a gritar en serio.

McCoy no podía creer que no le hubiese alcanzado. Habría jurado que había sentido una ráfaga de aire frío justo encima de la cabeza. La gente que estaba a su espalda echó a correr. Caían al suelo, se empujaban unos a otros para escapar. Wattie ordenó a gritos que todo el mundo se tirase al suelo. Empezaron a caer, y fue entonces cuando McCoy la vio. Estaba tumbada con una mitad del cuerpo sobre el asfalto y la otra mitad sobre la acera. El cabello rubio, un abrigo blanco y un diminuto zapato negro a varios metros de su pie. La chica intentó sentarse, miró alrededor desconcertada. Le corría sangre por las piernas, una sangre que teñía la nieve de rojo. Bajó la vista, abrió la boca para gritar pero no se oyó nada. McCoy se volvió hacia el chico con la pistola.

—Baja el arma, colega, vamos, ya está hecho. Baja el arma.

El chico le sonrió, daba la impresión de estar como ausente. Tenía la mirada perdida, muy lejos. Sostuvo la pistola frente a su cara y la observó. Le había caído nieve en el pelo, pero se había derretido y le goteaba por el rostro. Se enjugó los ojos y sonrió de nuevo. Fue entonces cuando McCoy comprendió lo que iba a hacer.

Echó a correr hacia el joven, intentando que los zapatos no resbalasen sobre el suelo grasiento. Estaba a unos pocos metros de distancia cuando el chico apoyó el cañón de la pistola sobre su sien. A gritos, McCoy le dijo que se detuviese. Casi había llegado junto a él cuando el chico cerró

los ojos y apretó el gatillo.

En esta ocasión el sonido quedó amortiguado, no fue un chasquido. Una neblina rojiza surgió del otro lado de la cabeza del chico, trozos de hueso, después un grueso chorro de sangre voló varios metros por el aire. El joven se tambaleó con los ojos en blanco y cayó hacia delante, sobre las rodillas. Permaneció así durante un par de segundos y después se desplomó contra el suelo.

McCoy corrió hacia él, pateó la pistola para alejarla de su mano y trató de frenar el chorro de sangre que todavía manaba de su cabeza. De cerca, parecía incluso más joven de lo que había creído. Llevaba puestas unas sucias zapatillas de deporte blancas, un anorak acolchado con un rasguño junto al bolsillo, y la sombra de un bigotito cubría su labio superior. Le salió un espumarajo de sangre por la comisura de los labios. Un buen pedazo de la parte posterior del cráneo había volado. Había fragmentos de hueso y de cerebro por todo el asfalto.

Wattie estaba arrodillado al lado de la chica, con los dedos apoyados en el cuello. Los mantuvo allí durante un minuto, después alzó la cabeza y negó en dirección a McCoy. No le sorprendió; con la cantidad de sangre que había perdido no tenía muchas posibilidades. Seguían sonando los mensajes por megafonía. El autobús 14 proveniente de Auchinairn llegaba con retraso. Alzó la vista hacia el cielo y dejó que la nieve cayese sobre su rostro. Podía oír cómo aumentaba el sonido de las sirenas en la distancia. Se volvió cuando un autobús encaró una plataforma frente a ellos; el conductor miraba boquiabierto los cadáveres. Pisó el freno demasiado tarde y el autobús derrapó sobre el asfalto hasta topar con una pared. Se oyó un fuerte golpe y el conductor salió propulsado hacia delante hasta caer sobre la bocina. El bocinazo resonó entre las paredes de la estación. McCoy volvió a centrar la mirada en el chico; su mano izquierda todavía se movía espasmódicamente, abría y cerraba los dedos, los ojos le iban de un lado para otro. Tosió y expulsó un enorme grumo de sangre negra. El pecho ascendía y descendía pero la respiración era superficial. McCoy se acuclilló y le tomó la mano.

—Te pondrás bien, sólo tienes que aguantar un poco.

El chico volvió a toser, expulsó más sangre, que le corrió por un costado de la cara hasta caer sobre la nieve inmaculada. McCoy se sentó sin soltarle la mano, diciéndole que se pondría bien pese a que sabía que no era cierto, deseando estar en cualquier otro lugar.

Cuatro

Estaba sentado con la espalda apoyada en el banco de la plataforma del autobús de Royston, fumando, cuando apareció Murray. Necesitaba pasar un rato lejos de la sangre y de los uniformes que corrían de aquí para allí, y también de Wattie, que no dejaba de hacerle preguntas cada dos segundos.

Primero habían llegado las ambulancias. El sanitario le había colocado la mano sobre el hombro y le había dicho que él se haría cargo ahora de todo. McCoy intentó levantarse, pero los dedos del chico seguían apretando su mano. Sabía que se trataba de un movimiento reflejo, pero no podía soltarse, quería sentir que seguía siendo un alivio para el chico. El sanitario logró finalmente liberarle. Se quedó de pie, mirando al joven hasta que otro sanitario se lo llevó de allí.

Después llegaron los coches patrulla, más tarde las furgonetas con los agentes uniformados, poco después los coches sin distintivos y finalmente los camiones con las vallas metálicas. El lugar se convirtió en un manicomio de gritos, sirenas, gente llorando y la megafonía que no paraba de bramar.

Los agentes que impedían la entrada se apartaron para permitir que cruzase el cordón de seguridad un Rover negro, le hicieron señas para que atravesase el laberinto de autobuses dejados de cualquier manera que ocupaba toda la calzada. En cuanto se detuvo, del Rover descendió un agente uniformado y abrió la puerta de atrás para que saliese Murray. Los agentes más veteranos no tardaron en rodearlo, señalándole los cadáveres y explicándole lo ocurrido. Murray los escuchó durante un rato y luego levantó la mano para silenciarlos. Señaló a la multitud que se aglomeraba detrás del cordón de seguridad y envió allí a uno de los agentes, les gritó órdenes al resto, y salieron disparados hacia la entrada.

McCoy le siguió con la mirada cuando se dirigió a grandes zancadas hacia donde estaban los cuerpos, alzó el cordón de seguridad y pasó. Tanto los policías como los sanitarios se apartaron para dejarlo pasar. Wattie se esforzaba por dar la impresión de que sabía lo que estaba haciendo. Incluso había sacado su pequeño cuaderno de notas. Murray asintió a modo de saludo, se acuclilló y, con mucho cuidado, alzó la sábana verde que cubría el cuerpo de la chica. A pesar de que el del chico estaba rodeado de médicos y auxiliares, eso no le impidió que los apartase para echarle también un vistazo. Le preguntó algo a Wattie y miró a su alrededor, buscando a McCoy, al que finalmente señaló con la mano. Murray dio algunas instrucciones más e hizo que Wattie se pusiese en marcha y atravesase el aparcamiento. Todavía nevaba, pero Murray no llevaba abrigo, simplemente su habitual chaqueta de tweed, estrecha de hombros, así como su sombrero de fieltro. Murray era corpulento, de metro ochenta, pelirrojo con tendencia a encanecer, y un buen bigote en mitad de la cara. Parecía uno de esos hombres que estuvo en forma en el pasado pero que ha acabado engordando; y ese era justo su caso. McCoy no acababa de comprender por qué tenían una buena relación; por lo que él podía observar, a simple vista no tenían nada en común. Tal vez se debiese a que todo el mundo se sentía demasiado atemorizado ante su presencia como para trabar una conversación normal.

—¿Estás bien? —le preguntó Murray cuando llegó bajo la marquesina; se quitó el sombrero y lo sacudió.

McCoy asintió.

—Estoy bien. No como esos dos.

—Menudo desastre —dijo antes de sentarse a su lado—. Wattie dice que habíais venido a buscar a la chica antes del tiroteo. No le has dicho el motivo. Es así, ¿no?

McCoy asintió.

—¿Y eso por qué? —dijo Murray con calma, permitiendo que se apreciaran los últimos restos de su acento de los Borders. Murray sólo tenía dos velocidades. Gritaba, lo cual quería decir que estaba enfadado, o hablaba muy despacio, lo cual significaba que estaba a punto de enfadarse.

McCoy suspiró, sabía qué era lo que tocaba.

—Ha sido por Nairn, Howie Nairn. De eso iba la llamada que me hizo. Anoche fui a Barlinnie. Me dijo que hoy iban a matar a una chica y quería que yo lo impidiese.

Murray se palmeó la chaqueta en busca de su pipa. De repente vio que dos agentes uniformados le habían seguido hasta allí y se habían quedado a un lado, esperando.

—¿Qué cojones estáis haciendo? Parecéis dos idiotas. ¡Moved el culo y asegurad adecuadamente este lugar, ya!

Los dos agentes, aterrizados, salieron a toda prisa. Murray acabó encontrando su pipa, se la llevó a la boca, se recostó en el banco y señaló.

—¿Ves eso de allí, McCoy? Esos autobuses accidentados, la sangre, los cuerpos, los llantos y la multitud de mirones intentando traspasar las barreras. Esto es lo que se conoce como un espectáculo de primera. Un auténtico espectáculo de primera que voy a tener que solucionar. Así que por qué no empiezas otra vez por el principio y me cuentas qué cojones ha pasado aquí y qué demonios tiene que ver contigo.

McCoy tiró el cigarrillo al suelo, lo vio apagarse y empezó a contar su historia:

—Howie Nairn me pidió que fuese a Barlinnie anoche; consiguió que el alcaide llamase a la comisaría. Fui allí y me dijo que había una chica llamada Lorna que trabajaba en Malmaison o en Whitehall's. No me dio ningún apellido. Me dijo que iban a matarla hoy. Creí que se estaba quedando conmigo, pero me puse a ello y comprobé que sí, que había una chica que trabajaba en el Malmaison y se llamaba Lorna Skirving. —Asintió en dirección al cadáver—. No estaba en su casa esta mañana, así que he venido aquí para encontrarme con ella, pero como no ha llegado en el autobús de Royston, la hemos perdido. Es posible que no haya pasado la noche en su casa. Lo primero que hemos visto ha sido a ese tipo ahí parado con una pistola, y después a ella ya en el suelo.

—¿Y qué tiene ella que ver con Nairn?

McCoy se encogió de hombros.

—Nairn no me lo dijo.

—¿No te lo dijo? Muy gracioso. ¡Tal vez deberías habérselo preguntado!

—Lo hice... —empezó a decir a modo de protesta, pero Murray no lo aceptó.

—No se lo preguntaste con mucha intensidad, ¿verdad? A lo mejor habríamos podido evitar este desastre. Y, por cierto, ¿por qué a ese capullo de Nairn le ha dado de repente por contarte sus secretos?

—No tengo ni idea. Me llamó a la comisaría anoche y fui; aunque tendría que haber ido Garvie. Apenas le conozco. Fue Brody quien le detuvo, no yo.

Murray apretó la pipa con los dientes y negó con la cabeza.

—No. Hay algo que no me estás contando.

—¿Qué?

—Tiene que haber una razón por la que Nairn quiso hablar contigo. ¿Cuál es?

McCoy le miró a los ojos; no podía creer lo que acababa de oír.

—¿Qué quiere decir? ¿Cree que le escondo algo? Menuda mierda, Murray. ¿Por qué haría yo algo así?

—Dímelo tú —respondió con el mismo tono.

—Que le den, Murray, se está pasando de la raya.

El rostro de Murray se ensombreció.

—Tú también, muchacho. Recuerda con quién estás hablando.

—De acuerdo, pero recuérdelo usted también. ¿Realmente cree que le estoy engañando con esto?

Murray se frotó los escasos pelos que poblaban su barbilla y sacudió la cabeza.

—No. Pero tiene que haber un motivo para que él quisiese hablar contigo. Puede que tú no lo sepas, pero él sí.

McCoy se puso en pie y se fijó en dos agentes que empujaban a una fila de fotografías para que se mantuviesen detrás del cordón. Las ambulancias estaban retrocediendo para recoger los cuerpos, con las puertas abiertas.

—¿Adónde vas? —le preguntó Murray.

—¿El chico sigue con vida?

—A duras penas. Ha perdido la mitad de la cabeza. ¿Quién es? ¿Nairn te dijo algo sobre eso?

McCoy le ignoró.

—No es nadie. Según Wattie, no hay nada sobre él. No tiene carnet de identidad, ni llaves de casa, no lleva cartera, nada de cicatrices o tatuajes. Es un hombre invisible. Lleva un crucifijo de oro colgado del cuello. Eso es todo.

Murray esbozó una media sonrisa.

—Bueno, sabemos una cosa de él. Es uno de los tuyos.

McCoy también ignoró esas palabras.

—¿Qué hacemos ahora?

—Volveré ahí e intentaré resolver este jaleo. Poner orden para que puedan reabrir esto antes de la hora punta de la noche. Todo el centro de la ciudad está paralizado. Los autobuses que salen de aquí van hasta Paisley. —Se puso en pie—. Tú pásate por Barlinnie y descubre de qué cojones va Nairn. Y esta vez consigue algunas respuestas. Lo digo en serio. Podemos utilizarlo. Aprovéchate de ese capullo.

—Aquí está todo muy claro. El tipo ha disparado a la chica y después se ha pegado un tiro. ¿Qué más hay que aclarar?

—Lo que hay que aclarar es qué relación tiene todo esto con Nairn. Esta ciudad no es la jodida Chicago, no tenemos tiroteos en la estación de autobuses. Descubre cuánto sabe Nairn y qué tiene que ver con él.

McCoy suspiró. Tendría que intentarlo de nuevo más tarde, no había manera de lograr nada cuando Murray estaba de ese humor.

—Te lo he dicho ya mil veces. ¡Vete a Barlinnie ahora mismo!

McCoy alzó la mano para dar a entender que se rendía y caminó hacia la hilera de Vauxhall Vivas sin distintivos aparcados cerca de la entrada.

—McCoy... —Éste se volvió y vio cómo Murray hacía un gesto con el mentón hacia Wattie, que estaba al otro lado de la estación, observándolos—. Olvidas algo.

Cinco

Wattie apenas abrió la boca una vez dentro del coche. McCoy no le culpaba; él tampoco tenía muchas ganas de hablar. Menuda mierda para ser su primer día de trabajo. A pesar de todo, no lo había hecho nada mal conteniendo a la multitud de la estación de autobuses; hizo lo que le había pedido, sin dejarse llevar por el pánico. Cosa rara.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Wattie asintió, aunque no parecía estarlo. Se le veía pálido, y tenía diminutas manchas de sangre en las mejillas que había olvidado limpiarse cuando pasaron por la comisaría. Volvía a jugar con el encendedor, intentando que no se notase que le temblaban las manos. El truco no estaba surtiendo efecto.

—Oye, las cosas no siempre son así. De hecho, nunca son así. Pueden pasar muchos meses antes de que vuelvas a ver otro cadáver, y no digamos ya otro tiroteo.

Wattie asintió de nuevo, no dijo nada, seguía mirando por la ventanilla del coche hacia el tráfico de la tarde en Riddrie Road. McCoy lo dejó tranquilo. Era posible que, después de todo, no fuese más que un joven callado. Atravesaron la ciudad en dirección norte sumidos en un relativo silencio. Le pareció lo adecuado: escuchar únicamente el rítmico sonido de los limpiaparabrisas luchando contra el aguanieve. De camino a Barlinnie pasaron por Royston y después por Provanmill. Largas hileras de bloques de viviendas negros y sucios, interrumpidas de vez en cuando por solares vacíos tomados por el barro, por pilas de azulejos rotos y ladrillos viejos, pedazos de metal o plomo de tejados desaparecidos mucho tiempo atrás. En la actualidad, conducir por el norte de Glasgow, una zona que él conocía desde niño, era como conducir por otra ciudad. Todos los puntos de referencia habían desaparecido, resultaba imposible encontrar el camino adecuado. Garscube Road ya no estaba, lo único que quedaba de Parliamentary Road eran unos pocos edificios de apartamentos. Todo eran autopistas y altos bloques de pisos. El nuevo Glasgow.

McCoy giró el volante y el puño de la camisa emergió por debajo de la chaqueta. Estaba empañado en sangre, la tela se había endurecido. No sabía si era sangre del chico o de la chica. Se dijo que importaba bien poco. Bajó la vista para comprobar si se había limpiado toda la sangre de los zapatos cuando alguien hizo sonar el claxon. Se enderezó deprisa y miró por el retrovisor. Una ambulancia. Levantó la mano para disculparse y se hizo a un lado, y la ambulancia les adelantó por en medio de la calle de dos carriles, con las luces giratorias puestas y la sirena a todo trapo.

Tendría que haberlo supuesto. Después de todo, las cosas malas llegaban de tres en tres. De haber sido así, no le habría sorprendido encontrarse con la ambulancia en el aparcamiento de la prisión, con las luces dando vueltas lentamente y las puertas traseras abiertas.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó Wattie.

McCoy se encogió de hombros y abrió la portezuela.

—Sólo hay una manera de averiguarlo.

Cerraron las puertas del coche y se apresuraron hacia la entrada, chapoteando en los charcos que se habían formado en el asfalto agrietado. McCoy pulsó el timbre intentando mantenerse bajo

el toldo para protegerse de la lluvia. Acercó su placa a la ventanilla y la gran puerta de metal se abrió lentamente. Tommy Mullen salió a su encuentro.

—¿Qué está pasando? —preguntó McCoy haciendo un gesto hacia la ambulancia.

Mullen parecía sorprendido.

—¿No estáis aquí por eso? Es tu colega, Nairn. Al parecer cabreó a alguien.

Se sacudieron la ropa y siguieron a Mullen por el corredor y escaleras arriba hasta el bloque de la lavandería. Wattie arrugó la nariz. McCoy ya estaba acostumbrado al hedor. Barlinnie olía exactamente igual a todas las prisiones en las que había estado. «Sudor, mierda y semen», como Murray había sintetizado de manera memorable. La temperatura del corredor ascendió a medida que se acercaban a las duchas, podía notarse la humedad en el aire. Mullen abrió con un empujón las puertas de plástico grueso.

—Después de ti.

El agua anegaba el suelo de las duchas, cubriendo las baldosas, rotas y agrietadas. El vapor era tan intenso que resultaba difícil ver qué ocurría; sus ojos tardaron un minuto en adaptarse. Mullen señaló hacia la última ducha de una hilera de diez. La alcachofa de ducha había desaparecido, tan sólo quedaba la cañería abierta, que lanzaba un gran chorro de agua hirviendo.

—Se ha ido a la mierda —dijo Mullen por encima del ruido—. No hemos podido cerrarla. El hecho de que esté tumbado sobre el puto desagüe tampoco ayuda. No quieren moverlo. —McCoy asintió, aunque todavía no tenía claro de qué estaba hablando. Mullen señaló hacia la niebla—. Está ahí.

No conseguirían evitar mojarse. McCoy recordó, estúpidamente, cómo se atravesaba el baño desinfectante para pies en la piscina municipal; Wattie parecía un tanto molesto ante la idea de que se le mojase su mejor traje. Al menos, el agua estaba caliente. Cuando se acercaron, dos sanitarios surgieron entre el vapor, unas manchas oscuras les corrían hasta la mitad de las piernas de sus uniformes de franela gris. Parecían haberse arrodillado encima de algo. Se hicieron a un lado para permitirles mirar. McCoy y Wattie chapotearon hasta ellos y echaron un vistazo. A McCoy no dejaba de sorprenderle la inventiva que podían llegar a demostrar los hombres encerrados sin nada que hacer: se convertían en personas habilidosas, entrenaban sus manos para crear cosas surgidas de la nada. Podían construir un arma asesina con un cepillo de dientes, cinta aislante y un pedazo de cristal afilado. McCoy vio cómo aquel objeto daba vueltas sobre el agua cerca de la mano extendida de Nairn. Quienquiera que lo hubiese inventado había hecho un buen trabajo: le habían rebanado con él la garganta a Nairn, en ambos extremos de la herida la carne aleteaba con el agua como si se tratase de las branquias de un pez. El tajo, de unos quince centímetros de largo, había partido en dos de manera diáfana las antiguas cicatrices de su cuello. De aquella herramienta mortífera salía un hilo de sangre roja que giraba y giraba como si fuese tinta en un vaso de agua. Nairn tenía la cabeza echada hacia atrás, la boca y el mentón formaban una línea horizontal. Su boca estaba llena de sangre ennegrecida que había empezado a coagularse.

McCoy se concentró en su propia respiración. Diez, nueve, ocho... Intentaba no marearse. No escuchó lo que Mullen estaba diciéndole. Respiró un par de veces más, inhalando por la nariz y exhalando por la boca, como le había indicado el médico. «Cálmate. Tienes el control.» Estaba funcionando. Ya no le costaba tanto respirar, pero se aseguró de mantener la mirada fija medio metro por encima del cuerpo.

—¿Qué me decías? —preguntó.

—¿Estás sordo? Ya te lo he dicho —dijo Mullen—, alguien estaba enfadado con él.

McCoy se arriesgó a bajar la mirada. Sintió una oleada de náuseas, alzó la vista de nuevo.

—No cabe duda. ¿Cuándo lo habéis encontrado?

—Hará cosa de una hora. Los del ala B han venido a ducharse y lo han encontrado.

McCoy sacó uno de sus cigarrillos pero se dio cuenta de que no podría encenderlo con toda esa humedad, así que volvió a metérselo en el bolsillo. De tres en tres, así eran las cosas. Una chica muerta a tiros, un muchacho tras un intento de suicidio y Howie Nairn tirado en una piscina de agua y sangre.

Uno de los sanitarios de la ambulancia parecía buscar algo.

—Debe de estar por aquí. —Examinó las duchas, vio algo flotando unos metros más allá y se acercó—. Aquí está. —Pescó en el agua. Recogió algo que parecía un pedazo de jabón gastado. Lo sostuvo con el pulgar y el índice, mostrándoselo a todos.

—La lengua. Se la han cortado.

McCoy escuchó un gruñido ronco y el chapoteo de algo en el agua a su espalda. Se volvió y vio a Wattie inclinado hacia delante, con la mano alzada como para pedir disculpas. A McCoy le alegró no ser él, para variar. Wattie tuvo otra arcada y un chorro de vómito cayó al agua. El sanitario sacudió la cabeza.

—Genial. Es lo que necesitaba. Andar por aquí con agua hasta las rodillas, sangre y ahora puto vómito.

Como se sentía un poco mejor, McCoy se arriesgó a mirar de nuevo a Nairn. Había sido uno de esos hombres que aparecen en Glasgow con demasiada frecuencia. Hombres poseídos por la rabia, rabia hacia el mundo y hacia todos los que habitan en él. Todo en su vida se había reducido a una pelea y ahora, tal vez por primera vez en su vida, parecía haber encontrado la paz. Estaba desnudo, con los brazos extendidos, con el cabello pelirrojo echado hacia atrás. McCoy pudo entrever un tatuaje a través del agua y la tupida mata de pelo que le cubría el pecho. Un corazón y, debajo, un pergamino azul con un nombre escrito en él.

—¿Quién es Bobby? —preguntó.

—Su novio —respondió Mullen—. Venía a verlo cada dos semanas, sin perderse una sola visita.

—¿Su novio? —exclamó Wattie limpiándose la boca con un pañuelo—. ¿Está diciendo que Howie Nairn era maricón?

Mullen asintió.

—Marica como un palomo cojo, y le importaba bien poco quién lo supiese. A un hombre con su reputación nadie le iba a toser por eso, ¿no?

—Pero ¿qué hacía aquí? —preguntó McCoy—. Él estaba en la Unidad Especial.

—Sí. Pero allí no tienen duchas. Se quejó al gobernador y le permitían venir aquí un par de veces a la semana. Decía que estaba siendo discriminado.

—¿Y qué pasó? —preguntó Wattie—. ¿Intentó ligar con alguien que venía de visita semanal? ¿Una pelea de amantes?

Mullen se encogió de hombros.

—Podría ser.

—¿Algún testigo con el que podamos hablar? —preguntó Wattie.

Mullen y McCoy se miraron a los ojos.

—Acaba de empezar, ¿verdad? —preguntó Mullen.

McCoy asintió.

—Vayamos paso a paso. Regla número uno, doctor Watson. Nunca hay testigos en la cárcel, no los hay ni los habrá nunca. Estamos en su territorio. —Se aflojó la corbata, se abrió los botones superiores de la camisa—. Dios, parece que estemos metidos en un puto horno.

—Los fontaneros están de camino —dijo Mullen.

—Sí, claro, es Navidad —dijo McCoy. Se apartó del cuerpo y se aproximó a la puerta en busca de aire fresco. Intentó pensar—. No soy capaz de imaginarme a un tipo del que Nairn quisiese algo haciéndole esto en la ducha, ¿no os parece? Nairn era un animal. Si te pedía que te tocases los dedos de los pies lo hacías, y después le dabas las gracias.

—Habla por ti —dijo uno de los sanitarios con gesto de desagrado.

—Tienes que ser como mínimo tan cabrón como él para hacer algo así. ¿Quién sería capaz? ¿Martin Walsh sigue encerrado aquí?

Mullen asintió.

—Le quedan un par de años. Martin Walsh podría hacerlo, sí. ¿Tommy MacLean? Conoces a los sospechosos tan bien como yo. Pero si ha sido un novio celoso, entonces estamos jodidos, se acaban las apuestas. Aquí la gente se guarda sus secretos. No quieren que sus esposas o los chicos del pub sepan con quién pasan la noche.

Uno de los sanitarios se adelantó, provocando una ola en el agua que fue a topar contra los pantalones de McCoy.

—¿Quiere que lo saquemos de aquí? —le preguntó.

McCoy negó con la cabeza.

—Estás de broma, ¿no? Ni hablar. Barlinnie está en el territorio de la comisaría del Este. Llegarán pronto, serán ellos los que lo resuelvan. ¿De acuerdo?

Wattie estaba apoyado en la pared alicatada, todavía blanco como un espíritu. Asintió con aire avergonzado.

—Tengo que salir de aquí, me estoy derritiendo. ¿Te parece bien que utilicemos tu despacho, Tommy? Piensa que el gran jefe está de camino. Te prometo que no permitiré que Wattie vuelva a vomitar.

El despacho de Tommy estaba en la parte de atrás de la prisión, oculto. Lo había decorado a su estilo a lo largo de los años con la intención de sentirse como en casa. Era una habitación no mucho mayor que una alacena, una alfombra cubría parte del suelo, había varias fotografías suyas pescando, con altas botas de goma, colgadas de la pared. Tenía un hervidor de agua en una bandeja, dos tazas agrietadas y una bolsa de azúcar llena de terrones marrones a un lado. McCoy se sentó en la silla y trató de desabrocharse los cordones de los zapatos. Estaban mojados y no fue capaz de deshacer los lazos. Los agarró con lo que le quedaba de uñas y tiró. Señaló hacia el hervidor con el mentón.

—Penitencia por lo de antes. Podrías preparar té. ¿Crees que serás capaz?

Wattie asintió, llenó el hervidor de agua y encendió el interruptor rojo.

—¿Había visto algo así antes? —le preguntó.

—¿El qué? ¿Alguien a quien le han rebanado la garganta o alguien a quien le han cortado la lengua?

—No sé. Todo, supongo. Toda esa sangre en el agua, él ahí tirado...

McCoy se quitó de un tirón el otro zapato; no hubo manera con los cordones.

—No. Pero he visto cosas diferentes, y cosas peores. Digamos que has tenido la suerte de no querer ser bombero. Eso sí que es horrible. Cuerpos mutilados en accidentes de coche, niños que mueren quemados en sus camas, ese tipo de mierdas. No quiero azúcar.

McCoy se acabó el té y se disponía a encenderse un cigarrillo cuando oyó a Murray gritándole a alguien, como siempre. No le importaba si se trataba de un agente que trabajaba con él o no, le encantaba gritarle a cualquiera. Se abrió la puerta del despacho y entró en escena. El rostro se le ensombreció de inmediato.

—¿Qué cojones está pasando aquí? —dijo mirando a aquellos dos hombres sentados, tomando té en mangas de camisa y calzoncillos.

McCoy asintió en dirección a sus calcetines y sus pantalones colocados sobre el radiador.

—Nos hemos empapado, señor. Esperamos a que se seque un poco la ropa.

Murray sacudió la cabeza.

—Cristo bendito. Menudo par de payasos. ¿Habéis visto a Nairn? ¿Dijo algo?

—No gran cosa —dijo McCoy—. ¿Quiere una taza de té?

Wattie se la preparó mientras McCoy le explicaba por qué se habían mojado tanto. Murray suspiró, se sentó en el borde de la mesa y empezó a palparse la chaqueta.

—No sé siquiera por qué voy a preguntar esto, pero lo haré igualmente. ¿Ha sido una coincidencia? —dijo esperanzado.

Wattie quiso decir algo, pretendía redimirse de la vergüenza que había pasado al vomitar en la escena del crimen.

—Era marica, señor. Es posible que tuviese problemas con alguno de sus novios. O tal vez intentaba encontrar algo de acción en la ducha.

Murray miró a McCoy. Éste negó con la cabeza.

—No lo creo. Quienquiera que le haya cortado la lengua no estaba satisfecho con lo que andaba diciendo por ahí y quería que todo el mundo lo supiese. Howie Nairn era un tipo importante aquí, pero hay otros como él. Otros que harían algo así por dinero. Seguramente, alguien del exterior pagó o pidió un favor.

—¿Cómo? ¿Por lo que te dijo?

—Es una hipótesis tan buena como cualquier otra. Según Mullen, más allá de traerme aquí para contarme su historia, se comportaba como un buen chico. Feliz de no tener que hacer otra cosa aparte de aparcar su culo frente a la tele.

—Dios, ¿quieres decir que ese animal estaba en la Unidad Especial? ¿Un cabrón asesino como él con un televisor en color y un huerto después de todo lo que hizo? ¿Y qué pasa con todas las personas a las que acuchilló y mató? ¿Qué obtienen ellos?

McCoy alzó la mano, su intención era poner fin al parloteo o se pasaría allí el día entero.

—Estamos en territorio Este, tal vez puedan descubrir algo sobre el tipo que lo hizo.

Murray gruñó.

—¿Este? Estás de coña, ¿no? Aun suponiendo que no fuesen unos malditos inútiles, no habría esperanzas. ¿Un asesinato en la cárcel? No tienen ninguna posibilidad de descubrir nada. ¿Estás seguro de que todavía no tienes ni idea de por qué quiso hablar contigo?

—Se lo he dicho mil veces, Murray. No, no tengo ni idea, ¿y sabe una cosa? Ojalá no se hubiese molestado. ¿No le parece?

Murray alzó ambas manos.

—No seas tan jodidamente quisquilloso, McCoy, sólo era una pregunta. —Había encontrado su pipa y ahora estaba golpeando suavemente la parte superior contra el borde de la mesa de Mullen—. Por cierto, el chico ha muerto. En la ambulancia, camino del hospital.

McCoy se acercó al radiador y tocó sus pantalones. Estaban suficientemente secos. Los sacudió y metió los pies. Le vino a la mente la imagen de él sentado sujetando la mano del chico, cuyos ojos miraban al cielo—. ¿Ha dicho algo?

—Ya lo has visto. Le quedaba sólo la mitad del cerebro. ¿A ti qué te parece?

—Comprensible. ¿Sabemos algo de la chica?

—¿De la chica? Ha muerto en cuanto le ha tocado la bala. El disparo ha sido jodidamente bueno. Directo al corazón.

McCoy hacía equilibrios sobre una pierna, saltando, intentando ponerse un calcetín húmedo.

—¿Quién era ella? ¿Cuál es su historia? ¿Alguna conexión con Nairn?

Murray negó con la cabeza.

—No tan rápido. Llegó de Aberdeen. Se mudó hace seis meses y sus padres no sabían nada de ella desde entonces. Trabajaba en Malmaison, acababa de empezar, al parecer. Solía llegar tarde y no era muy espabilada. Posiblemente pasó la noche en casa de una amiga después de salir a bailar. Deberíamos traer a la amiga para ver qué sabe.

McCoy negó con la cabeza.

—Iré a buscarla. Así le sacaremos más información.

Murray asintió y se puso en pie.

—Toda tuya. ¿Y qué pasa con el sonrisas de la ducha?

McCoy acabó de atarse los cordones de los zapatos.

—Ahora es un problema del Este. —Se sacudió la ropa. Los pantalones estaban hechos un asco, pero eso no era un gran cambio—. Por cierto, alguien tendría que contárselo a Bobby.

—¿Bobby?

McCoy se tocó el pecho justo en el punto en el que Nairn tenía el tatuaje.

—Su media naranja.

Murray puso los ojos en blanco.

—Me cago en todo.

—Estamos en los setenta, Murray. Ahora es legal y todo eso. Tendríamos que enviar a una mujer para hablar con él, no a un perro viejo que se siente enfrente pensando que es un maricón. Un poco de empatía. Así sacaremos algo más de él.

Murray empezó a despotricar otra vez de la Unidad Especial y de los malditos maricones y de la empatía por las desgraciadas víctimas. McCoy dejó que se explayara. No podía evitar pensar que Murray estaba en lo cierto. Tenía que haber una razón por la que Nairn quiso hablar con él y contarle lo de Lorna Skirving. Lo único que tenía que hacer era descubrir cuál era.

Seis

La última vez que McCoy había estado en la calle Bedlay todavía podía decirse que era una calle como Dios manda, con sus hileras de bloques de viviendas, unas cuantas tiendas e incluso un pub. Había llevado a Janey allí y la dejó esperando en el coche mientras le compraba algo de hachís a un tipo que había llegado de Ámsterdam. De eso hacía aproximadamente un año, pero ahora la calle Bedlay no era más que una franja de adoquines atravesando el fango. De una punta a otra. El barrio de Springburn que él recordaba, los trabajos en la ferroviaria, las filas de casas llenas de gente, todo eso había desaparecido hacía tiempo. Cerraron las fábricas y toda la gente se mudó a nuevos vecindarios en las afueras de la ciudad. Vecindarios que ya estaban llenos de humedad, según las personas que se vieron obligadas a irse.

Ahora Springburn no era más que una mezcla de autopistas, edificios a medio demoler con las paredes empapeladas a cielo abierto y el viejo y extraño pub dejado a su suerte en medio de ninguna parte. Todo a su alrededor había desaparecido. El ayuntamiento podría perfectamente haber bombardeado aquel lugar, al menos habrían ido más rápido. Desde la franja de adoquines McCoy miró a su alrededor tratando de orientarse. Desde su posición podía ver la alta chimenea de Pinkston, lo que significaba que estaba enfocado hacia el oeste. Por eso concluyó que probablemente se encontraba donde antaño se hallaba la panadería.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Wattie.

Negó con la cabeza.

—Nada. Intento hacerme una idea de dónde estoy. Solían enviarme a comprar a la panadería que había aquí. Los sábados por la mañana venía a buscar los panecillos que le gustaban a mi padre.

Observó el rectángulo fangoso en el que tiempo atrás estuvo Boland's. El Black Lion, que estaba al lado, también había desaparecido. Se había pasado tantas horas fuera de aquel pub esperando a su padre que no le habría importado echarlo abajo él mismo. Se dio la vuelta.

—¿Cómo se llamaba la amiga?

Wattie sacó su pequeño cuaderno de notas del bolsillo.

—Christine Nair —dijo cerrándolo y alzando la vista hacia las ventanas—. Es el piso de arriba.

—¿De dónde eres? —le preguntó McCoy mientras caminaban hacia el final de la calle.

—De Greenock. Al sur de Escocia.

—¿No te gustaba lo de construir barcos?

—No era para mí. La mayoría de los astilleros han cerrado. Mi padre lleva un par de años sentado a la mesa de la cocina mirando al infinito.

Aquel rincón estaba oscuro, no había farolas. Abundaban los grafitis, estaban por todas partes. Con gran esfuerzo llegaron finalmente a la planta superior. Se detuvieron a recuperar el aliento. La puerta de Christine Nair estaba flanqueada por bolsas de basura medio rotas que habían dejado escapar cáscaras de huevo y latas de sopa que ahora corrían escaleras abajo.

—¿Y usted? —preguntó Wattie—. ¿Es de Glasgow?

McCoy asintió.

—De Possil.

—¿Dónde está eso?

Señaló con la mano.

—A unos cinco minutos de aquí. Lo que queda del barrio.

*

Christine Nair abrió la puerta vestida con una diminuta cazadora que lucía una gran chapa en la que podía leerse: «The Sweet» y, debajo, un minivestido de satén amarillo. Sus ojos, bajo el flequillo, transmitían aburrimiento. No parecía alegrarse de su visita.

—¿Has pasado la noche fuera? —preguntó McCoy amablemente.

Miró a los policías de arriba abajo.

—Sí. He vuelto tarde. ¿Qué pasa?

McCoy le mostró su identificación de policía.

—Tenemos que hablar contigo... de Lorna.

Ella suspiró, mantuvo la puerta abierta y pudieron entrar. Los pósteres de Marc Bolan y la colcha desteñida no ayudaban a alegrar el ambiente. Había montañas de ropa sucia en el suelo, un cubo de basura hasta los topes en un rincón, y el grifo del fregadero goteaba sobre una montaña de platos sucios. La habitación olía a incienso, como las del garito ilegal de Iris, pero no bastaba para cubrir el olor a humedad. En una esquina del techo había una mancha oscura de gran tamaño. La chica apagó la radio, encendió la luz del techo y se sentó en la cama. No se había quitado la cazadora.

—¿Qué ha hecho ahora? —preguntó.

—No ha hecho nada —respondió McCoy—. La han matado.

—¿Cómo? —Miró a los dos intentando descifrar si se trataba de alguna clase de broma—. Si se ha ido de aquí esta mañana...

—Wattie, mira a ver si puedes preparar té —dijo McCoy.

El joven asintió y se dirigió a la cocina. Intentó encender el gas. No pasó nada. Suspiró, sacó de su bolsillo una moneda de diez peniques y la echó en el contador.

—Lo siento, querida. Tiene que ser muy duro. ¿Estás bien?

Ella asintió. Empezó a llorar. McCoy rebuscó en su bolsillo pero no pudo encontrar un pañuelo. Wattie sí tenía uno, pulcramente doblado, en el bolsillo de su abrigo y se lo pasó a la chica.

—¿Cómo ha sido? —preguntó ella con incredulidad.

McCoy suspiró; no iba a ser fácil hacer las cosas de ese modo.

—Le han disparado. No ha sufrido, ha sido muy rápido, ha sido...

—¿Le han disparado? —La chica lo miraba como si se hubiese vuelto loco—. ¡No! ¿Han disparado a Lorna?

McCoy asintió. Wattie tomó el pañuelo de las temblorosas manos de la chica y le pasó una taza de té.

—Tómate esto, le he echado un montón de azúcar. Te irá bien.

Ella se las apañó para llevarse la taza desportillada de Snoopy a la boca y darle un sorbo.

—No puedo creerlo, ¿estás seguro?

McCoy asintió.

—¿Se quedó aquí anoche?

Ella asintió.

—Anoche salimos, y las dos tenemos turnos de mañana. El Muscular Arms... —Se vino abajo, las lágrimas empezaron a rodarle por las mejillas—. ¿Quién la ha matado?

—Todavía no lo sabemos.

—¿Y por qué lo han hecho?

—Tampoco lo sabemos.

Ella negó con la cabeza. Le dio otro sorbo al té.

—No me lo puedo creer.

McCoy buscó un lugar en el que sentarse, pero no encontró ninguno. Al apoyarse en el tocador provocó una pequeña avalancha de potes de laca de uñas y de diminutos perritos de porcelana.

—Lo siento —dijo enderezándose—. ¿Cómo era Lorna, Christine? ¿Erais buenas amigas?

Ella asintió, pero después sacudió la cabeza.

—Algo así. Nos conocimos en el trabajo. Podía ser un incordio, pero ¿por qué querían matarla?

—¿Un incordio? ¿En qué sentido? —preguntó McCoy.

Christine se encogió de hombros.

—Te pedía dinero prestado y no te lo devolvía nunca, siempre llegaba tarde a sus turnos y tenías que cubrirla.

—¿Tenía novio?

La joven estiró el brazo para hacerse con un pequeño bolso amarillo, rebuscó en su interior y sacó un paquete de Kensitas Club. Encendió uno.

—No tenía lo que se dice un novio.

—¿Una chica guapa como ella? ¿Estás segura?

Se mordisqueó el labio superior, manchándose los dientes con pintalabios púrpura, como si no supiese si seguir hablando o callar.

—Dínoslo, encanto. Cualquier cosa que sepas nos ayudará a encontrar al que lo ha hecho. No importa si está casado o algo por el estilo. Tenemos que saberlo. —McCoy pensó que se estaba calmando; ella le dio otra calada a su cigarrillo y le miró insegura.

—Venga, Christine. Es importante.

—Los clientes del restaurante. A veces se iba con ellos. En sus coches. A hoteles. Hombres mayores. —Se frotó la cara—. Un asco.

—¿Así que Lorna andaba metida en trapicheos? —preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—En realidad, no. No iba a Blythswood o cosas así. Era guapa, quería pasarlo bien. Dinero. Ropa. «Papaítos», los llamaba. Le daban dinero, la llevaban a clubes, a bailar, a veces le compraban regalos. Agnotti nos paga una mierda, ya sabes.

—¿Y tú? ¿También necesitas dinero?

—Vete a la mierda. —Levantó la mano, mostrando la suciedad que se acumulaba bajo sus uñas y también un anillo de compromiso con un minúsculo pedazo de diamante—. Me caso en verano, estoy ahorrando.

Había una tira de fotografías enganchadas con cinta adhesiva en el cabezal de la cama que tenía a su espalda, de las que se hacen en los fotomatonés de las estaciones de tren. Lorna y ella sacando la lengua, haciendo poses de modelo. Ambas vestidas de manera formal, con un aspecto que les hacía parecer mayores de lo que eran. McCoy las despegó y las observó con atención.

—¿Salíais mucho juntas?

Christine se encogió de hombros, arrancó un hilo del cobertor de la cama.

—Eso podría suponer un problema, ¿verdad? Crees que tu novio descubrirá lo que has estado haciendo.

—No sé de qué me hablas —dijo sin mirarlo.

McCoy esperó sin decir nada. Actuó con despreocupación. Se acercó hasta la ventana, pasó el dedo por el polvo y echó un vistazo hacia la calle en dirección a Bishopbriggs y a los terrenos de las nuevas casas de Wimpey. Spam Valley, así lo llamaban. La gente de ahí había invertido gran parte de su dinero en sus casas, que era todo lo que podían permitirse. Allí abajo empezaban a encenderse las luces de la ciudad; no eran más de las cuatro y ya oscurecía. Enero en Glasgow.

—No se lo vas a contar, ¿verdad? Él no tiene por qué saberlo.

McCoy se volvió hacia ella.

—Claro que no.

—¿Me lo prometes?

Dibujó una cruz con el dedo sobre su americana.

—Te lo juro por mi vida.

Pareció que a ella eso le bastaba.

—Ni siquiera sé sus nombres reales. Sólo fui un par de veces, ella me insistía. Se hacían llamar Ronnie o John, lo primero que se les ocurriese. Yo sólo iba cuando el tipo en cuestión tenía un amigo, cuando querían a alguien más.

—Nada de nombres. ¿Estás segura de eso?

Asintió.

—Tal vez reconocería a un par de ellos si los viese, no lo sé... Estoy haciendo que Lorna parezca una furcia, ¿verdad?

—¿Lo era? —preguntó McCoy.

Negó con la cabeza.

—A veces era brillante, hacía que te mearas de risa, pero como camarera no tenía futuro. — Sonrió—. Tal cual. Era una mierda. En realidad quería ser peluquera, trabajar en uno de los mostradores de maquillaje en Fraser's. Algo con glamour.

Observó la lúgubre habitación. Volvió a sonreír, se secó las lágrimas con el pañuelo.

—Pero quién podría culparla. ¿Tú lo harías?

—¿Quién concertaba esas citas? ¿Alguien del restaurante?

Negó con la cabeza.

—Lo hacía Lorna. Me dijo que podía saberlo en cuanto se sentaban a la mesa, que los pillaba al vuelo. Me cambiaba las mesas para servirles, para hablar con ellos...

—¿Y los tipos eran siempre mayores?

—Sólo los que tenían dinero, me dijo.

—¿Sabes si conocía a un chico joven? Dieciocho, diecinueve años, de pelo corto, delgado... Con un anorak acolchado.

Negó con la cabeza.

—No lo creo. No era lo que se dice una chica romántica. Si no tenían dinero, no le interesaban. Todavía no puedo creer que haya muerto.

McCoy se sentó en la cama y la tomó de la mano. Su cama desprendía un olor agrio, como de sábanas sin lavar. ¿En cuántas habitaciones como ésta había estado? Malas noticias para gente cuyas vidas ya eran lo suficientemente jodidas.

—¿Quieres que llamemos a alguien? ¿Quieres que venga alguien a hacerte compañía?

—¿Quién? —preguntó sin entender de qué le estaba hablando.

—A otra amiga. A tu madre, tal vez.

Negó con la cabeza.

—Tengo que ir a trabajar. Lo último que quiero hacer es quedarme aquí.

—Lo entiendo. —McCoy se puso en pie—. Venga, te llevamos.

Siete

—Qué curioso cómo huele aquí dentro —dijo Wattie.

—Calla la boca —dijo McCoy.

El camarero se hizo con sus abrigos mientras Wattie miraba a su alrededor con suspicacia. Una enorme foto ampliada de un mercado indio cubría una de las paredes. Los ventanales ofrecían vistas del río Kelvin atravesando lenta y fangosamente la ciudad. El restaurante se encontraba en la calle Gibson, cerca de la universidad. Estaban en el barrio más bohemio de Glasgow, lleno de estudios diminutos, librerías, pubs abarrotados de estudiantes melencólicos y de conferenciantes hablando de marxismo y de la lucha de las clases trabajadoras. Sus palabras habrían tenido más sentido si alguno de ellos hubiese conocido a algún miembro de la clase trabajadora, pero eso no iba a ocurrir allí. No habrían podido permitirse el precio de las bebidas.

Se sentaron. Wattie agarró la carta y leyó una lista de cosas de las que jamás había oído hablar.

—¿Tendrán algo de comida normal?

McCoy le ignoró, y cuando apareció el camarero pidió pollo *dhansak*. Le dedicó una mirada suspicaz cuando se lo trajeron, probó un poquito con la punta de su tenedor y después engulló aquella maldita cosa como si no hubiese un mañana. Acomodó la espalda en la silla, con el plato vacío frente a él, y eructó sonoramente.

—No estaba mal. Supongo que no habrás comido nunca esto en Greenock. No creas que me ha gustado, pero no estaba mal.

El par de pintas que se habían tomado en el pub de al lado antes de entrar parecían haber relajado a Wattie, que ahora hablaba con fluidez. Su acento de Greenock hacía que la mayor parte de lo que decía se perdiese por culpa de la música de sitar de fondo. A McCoy no le importaba. Tenía muchas cosas de las que preocuparse. No paraba de darle vueltas a todo lo ocurrido durante las últimas veinticuatro horas, intentando encontrarle algo de sentido. Nairn, el tiroteo en la estación. No sabía de qué hilo tirar. Estaba atascado, como siempre, en los detalles sin importancia. Christine Nair y sus esperanzas depositadas en un anillo de compromiso que parecía sacado de una bolsa de la suerte, o la expresión en la cara del chico cuando se apoyó la pistola en la sien. Parecía contento, como si fuese lo que estaba esperando. Debía de tener unos dieciocho años. ¿Por qué querría hacer algo así un muchacho como él? Dos segundos antes de volarse la mitad de la cabeza sonreía como si hubiese ganado la lotería. No tenía sentido. Retomó el parloteo de Wattie. Al parecer, estaba intentando contarle la trama de una película de mafiosos que había visto. Se detuvo, le miró a los ojos, debía de haberle preguntado algo.

—¿Me está escuchando? —le preguntó.

—Sí, claro. Se la colaron doblada. Suena genial. ¿Qué sacaron de esa mierda de gerente?

—Nada —dijo Wattie—. Se trataba de dejarla marchar. No tenía ni idea de sus actividades extracirculares. No tenía idea de nada.

—Curriculares. ¿Le creyeron?

—Eso creo. Por lo visto, era un tipo raro. Dirigir el restaurante era lo único que le importaba, no iba a jugarse nada por las idas y venidas de dos jovencitas haciendo negocios. —Le echó un vistazo a su reloj—. ¿A qué hora vendrá?

—No te preocupes, siempre llega tarde.

Aparte de Murray, Alasdair Cowie era el único policía sobre el que McCoy tenía una opinión formada. Mala señal, habida cuenta de que la policía de Glasgow contaba con dos mil agentes. Cowie era listo, más listo que él. Lo habrían ascendido pero su mujer enfermó, esclerosis múltiple, y él levantó el pie del acelerador. Le gustaba estar en casa veinte minutos después de acabar su jornada, nada de turnos de noche y nada de horas extra. Los jefes no sabían qué hacer con él, pues estaba claro que estaba malgastando su talento como oficial, así que había pasado por diferentes departamentos; era algo así como un solucionador de problemas. Ahora estaba en Antivicio, intentando crear un grupo de enlace en la policía, formado por mujeres salidas de la universidad y chicas que trabajaban en Blythwood y Green. Que Dios le ayudase.

—¿A quién le va a tocar ahora? —preguntó Wattie echando un vistazo al restaurante. Un grupo de hombres de negocios borrachos vestidos con traje, una joven pareja cogida de las manos, dos mujeres de mediana edad estudiando la carta.

—¿A qué te refieres?

—En todos los sitios a los que hemos ido hoy han matado a alguien. Apuesto todo lo que tengo a que esa pareja morirá envenenada con el curry.

—Claro, muy gracioso. Creo que me gustaba más cuando mantenías la boca cerrada.

Se abrió la puerta del restaurante y apareció Alasdair Cowie empujado por una ráfaga de viento invernal. Uno de los camareros lo saludó en la puerta, le tomó el abrigo de lana gruesa y señaló hacia la mesa en la que estaban sentados los otros dos policías. Cowie les saludó con la mano y le entregó al camarero una larga bufanda roja. Cowie no era un tipo grande, pero sí corpulento, y había ido ganando peso a medida que pasaban los años. Tenía la cara redonda y papada. Hizo su pedido de camino a la mesa, con el camarero caminando tras él, anotando en su libreta. McCoy podría haber pedido por él, en todos los años que habían estado viniendo al Shish Mahal siempre había pedido lo mismo. *Pakora* de champiñones, cordero *rogan josh*, arroz con azafrán y dos *chapati*.

—¿Todo bien, Harry? —preguntó Cowie retirando una silla.

McCoy señaló hacia el otro lado de la mesa.

—Wattie. Mi compañero. Va a estar pegado a mí durante los dos próximos meses. Por cierto, es del maldito Greenock.

Wattie asintió con cautela. Sabía que era una presencia no deseada, pero estaba totalmente dispuesto a aguantar el chaparrón, le gustase a McCoy o no. Así se lo había ordenado Murray.

—Menudo jaleo de mierda que se ha montado esta mañana —dijo Cowie al sentarse mientras se quitaba el jersey de cuello alto por la cabeza. Lo dejó en la silla que tenía al lado, y luego intentó arreglarse el pelo y alisarse la camisa de franela arrugada. Murray se había referido a su atuendo en más de una ocasión como «la puta cama sin hacer», y no era una definición desacertada. Se inclinó sobre la mesa, rebañó lo que quedaba del curry de McCoy con un trocito de pan *naan*—. Y todo por tu culpa, por lo que he oído decir. —Se volvió hacia Wattie—. ¿Te ha contado ya sus batallitas? —Wattie negó con la cabeza—. ¿Cómo es posible? ¿Ni siquiera la de los grandes corredores de apuestas de 1969?

—Vete a la mierda, Cowie. ¿Cómo está Jackie?

—Está bien. Igual. No ha empeorado. Me gustaría decir que ha preguntado por ti, pero mentiría. —Apareció un camarero con una bandeja con cervezas y otra con la *pakora* de Cowie. McCoy lo observó comer y se hizo con uno de los pequeños *bhajis* fritos. Cowie tiró del plato hacia sí.

—No ha sido un buen día para ti. Sangre por todas partes. ¿Estás bien?

McCoy asintió. Intentó no fijarse en que Wattie tenía los ojos clavados en él.

—¿Estás seguro? ¿Has ido últimamente al médico?

McCoy sacudió la cabeza. Cambió de tema al instante.

—¿Qué sabes de las chicas que trabajan en el Malmaison, Whitehall's y locales de ese estilo?

Cowie se reclinó sobre el respaldo de la silla, fingiendo sentir alguna clase de dolor.

—Y yo que pensaba que me habías llamado porque te caigo bien. ¿Te refieres a las no profesionales?

—Supongo.

Se encogió de hombros.

—En esa clase de locales pasa de vez en cuando. Asuntillos de poca monta. Hombres de negocios que están de paso en la ciudad. Lo mismo ocurre con las que limpian en los hoteles. No se trata de algo organizado u oficial, básicamente chicas mal pagadas que intentan sacarse un sobresueldo. —Sumergió una seta *pakora* en el pequeño recipiente con salsa rosa y sonrió—. Estoy seguro de que Lorna Skirving habría podido contarte alguna cosa más.

—Capullo. ¿Cómo sabes quién era?

—Phyllis Gilroy llegó a la comisaría justo antes de que yo saliese. Venía a entregarle el informe preliminar *post mortem* a Herr Führer Murray.

—¿Y...?

—Y puse la oreja a lo que estaban diciendo, pensando en ti, consciente de que tendría que cantártelo durante la cena. La causa de la muerte fue una bala en la aorta. Pero hay otro detalle más interesante. Es gracioso que yo sepa más de tu caso que tú, ¿no te parece? Yo lo estoy disfrutando. —Alzó su pinta vacía y la movió en el aire—. Sin embargo, resulta difícil hablar con la garganta seca.

McCoy le hizo un gesto al camarero que estaba en la barra para que les sirviesen tres pintas más.

—Qué amable —dijo Cowie dando un trago—. Ahora que me he repuesto, continuaré.

—Dios, habría sido más rápido si hubiese recogido yo mismo el informe de Gilroy.

—De acuerdo, ésta es la noticia bomba. Lorna Skirving tenía unas heridas inusuales. Un montón de moratones, marcas de latigazos en la espalda, y también marcas de ligaduras en las muñecas y los tobillos. Hematomas en el interior del ano y la vagina, al parecer causados por algún tipo de palo o vara de madera.

Wattie dejó escapar un silbido.

—Lo sé —dijo Cowie—. Desagradable. Y para colmo tenía dos cortes, realizados con cuchilla, en su pecho izquierdo. En forma de X.

—Asqueroso —dijo McCoy—. ¿Recientes?

—De hará una semana, quizá dos.

—¿Alguien la zurró? —sugirió Wattie, ansioso por participar en la conversación.

—Es posible —dijo Cowie—. Pero son cosas demasiado precisas. —Se recostó en la silla—. Da la impresión de que le pagaron por ello.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Wattie.

—Lo siento, había olvidado que eres de Ayrshire. Allí no tenéis perversiones sexuales, ¿verdad? Sólo ovejas con cara de preocupación por todas partes.

—¿Tendría sentido? —preguntó McCoy ignorando ese último comentario.

—No estoy seguro. Cuando se trata de cuestiones muy especializadas, las chicas suelen ser algo mayores. La demanda es escasa, pero, por lo que yo sé, esas cosas funcionan a través de Madame Polo's, en Park Circus.

—Dios, ¿todavía existe ese sitio? —preguntó McCoy.

—Oh, sí —contestó Cowie—. Ella debe de tener setenta y tantos. Cabría suponer que la vieja ya se habría hartado de todo eso, que estaría jubilada en un salón de té en Tillicoultry. Pues no, allí sigue todavía, pagando sobornos, en activo.

—¿De qué habla? —dijo Wattie—. ¿Sobornos?

—Tal vez hacía trabajillos en el Madame Polo's. Además de los clientes del restaurante — sugirió McCoy.

Cowie negó con la cabeza.

—De haber sido así, no habría seguido trabajando de camarera y chupándosela a viajeros de Newcastle en el asiento trasero de un Ford Cortina. Esas chicas se llevan un buen pellizco. Clientes ricos. Jueces. Abogados. —Se inclinó hacia delante con aire conspiratorio—. Incluso agentes de policía veteranos, según me han dicho.

—¿Cómo? —preguntó Wattie intentando hacerse a la idea—. ¿Eso es cierto? ¿Quiénes?

Cowie se tocó un lado de la nariz con el dedo.

—Eso es material sensible, hijo, secreto de Estado. —Alzó el vaso vacío y se lo mostró al camarero—. Ésta la pago yo, supongo. Mi mujer está con su madre en Aberdeen. La noche es joven, y estoy libre, aunque por desgracia no soltero, así que vamos a pillar una buena curda..., una curda de antología.

3 de enero de 1973

Ocho

McCoy salió de la cama, bostezó y observó el cielo. Había dejado de llover pero había niebla, apenas podía entrever las grúas y los silos en la orilla del río, en lo alto de la colina. Vivía en la calle Gardner desde hacía unos años. Todo el mundo conocía la calle Gardner, era la más empinada de todo Glasgow —parecía salida de la serie *Las calles de San Francisco*—, bajaba hasta la calle Dumbarton.

Habían logrado librarse de Wattie a eso de las nueve. Cowie y él acabaron en el Doublet, cerrado ya para los clientes, hasta pasada la medianoche. Ahora iba a tener que pagar las consecuencias. El estómago le rugía. Tal vez necesitase algo frito, podía ir a la pequeña cafetería de la estación de Partick. Estaba a punto de cruzar la calle cuando se detuvo a su lado un Ford Zephyr plateado. Bajaron la ventanilla y se asomó una cabeza.

—Cooper quiere verte.

No reconoció al tipo que conducía el coche, pero tenía el mismo aspecto que todos sus chicos. Llamaba demasiado la atención y estaba un poco más gordo de la cuenta. Pelo muy corto, traje con grandes solapas, camisa beis abierta con imágenes de Charlie Chaplin estampadas. La viva imagen del joven duro.

—¿Ahora? —preguntó.

El conductor asintió.

—Eso ha dicho.

McCoy suspiró, era lo último que necesitaba además de la resaca, y con Murray tocándole las narices, exigiendo resultados en cuestión de horas. El conductor mascaba chicle, esperando a que entrase en el coche. Cooper, sin embargo, no iba a esfumarse. Tal vez lo mejor sería pasar por ese trámite antes de que Murray se percatase de que había desaparecido. Abrió la puerta del gran Zephyr plateado y se sentó en el asiento trasero. El café tendría que esperar.

McCoy odiaba tener que sentarse en la parte trasera, siempre se mareaba un poco, especialmente si había estado bebiendo toda la noche. Guardaba el vago recuerdo de haberse comido una hamburguesa que compró en una camioneta de camino a casa, no era de extrañar que sintiese la tripa llena. El conductor no le dijo adónde iban, pero acabaron en Tollcross, en el East End. Aquel barrio hacía que Springburn pareciese, en comparación, un lugar de vacaciones. Se detuvieron en un semáforo y McCoy observó cómo desaparecían las bolas de demolición engullidas por nubes de polvo; otro gran muro que caía a tierra.

El conductor masculló algo sobre cómo el polvo arruinaba los motores y detuvo el coche en la puerta de un pub llamado Grapes. McCoy había estado allí una vez, cuando empezaba como policía; seguía abierto. Fue una noche de viernes, estaba abarrotado, debía de haber unos cincuenta o sesenta clientes. A un tipo le habían hecho dos cortes en la cara, pero nadie había visto nada. No había ni un solo testigo. Duncan Stewart estaba sentado en un rincón con sus amigos, sin dejar de sonreír. Nadie diría nada, estaban demasiado asustados. La novia del tipo gritaba y lloraba mientras McCoy sostenía un trapo de la barra sobre sus heridas para intentar frenar la hemorragia. Todo el mundo había bajado la vista, concentrados en sus pintas de cerveza.

—¿Está ahí dentro? —preguntó McCoy mirando por la ventanilla.

El conductor negó con la cabeza y señaló con la mano.

—En la puerta de al lado.

El Tropical Sauna tenía un escaparate sucio, con dos palmeras grabadas en los cristales esmerilados. Había un cartel escrito a mano, enganchado con cinta adhesiva, que decía: «Chicas nuevas», por si algún estúpido que pasase por allí delante no se había dado cuenta de que no era una auténtica sauna.

—Empieza temprano, ¿no te parece?

El conductor se encogió de hombros.

—No creo que se haya ido a dormir todavía. —Se acomodó en el asiento y cerró los ojos—. Estaré aquí cuando hayáis acabado, llama a la ventanilla.

La mujer que estaba tras el mostrador alzó la vista de su ejemplar de *Cosmopolitan* y esbozó un amplia sonrisa hasta que supo a quién estaba mirando. Borró la sonrisa de inmediato. Apretó un botón bajo el mostrador y se abrió con un clic la puerta que tenía a su espalda.

—Está en la suite principal —dijo volviendo a posar la mirada en la revista—. La puerta azul en la parte de atrás.

Cooper no era el único que empezaba temprano a trabajar. La mayoría de las puertas de las cabinas del pasillo estaban cerradas, se escuchaban gemidos y golpeteos rítmicos del otro lado. Suele ocurrir cuando construyes cubículos de madera contrachapada para ahorrar dinero, pues no están lo que se dice a prueba de ruidos. Llamó a la puerta azul al final del pasillo y una voz retumbó de inmediato.

—¿Eres tú, McCoy?

—Sí.

—Bueno, pues entra, ¡capullo dormilón!

Si ésa era la suite principal, no quería imaginar cómo serían las habitaciones normales. Estaba pintada en un tono azul claro. Hacía mucho calor allí dentro. Sobre una diminuta mesita cubierta con botellas de loción, toallas descoloridas y pañuelos de papel, colgaba un cuadro de una chica desnuda de esos que venden por cuatro chavos en los mercadillos. La ventana estaba cegada y la única luz provenía de dos fluorescentes que colgaban del techo de escayola. Cooper estaba sentado en la camilla de masaje que se extendía justo en el centro de la estancia, con los pies colgando de un lado y, alrededor de su cintura, una toalla incapaz de disimular su evidente erección. Les pasaba los brazos por los hombros a dos chicas, una rubia y otra morena. Ambas tenían los pechos al aire, bragas elegantes y zapatos de tacón; chicas de revista pornográfica en carne y hueso. Aunque las chicas de las revistas pornográficas no solían parecer asustadas ni necesitar un baño.

McCoy se hizo una idea de la situación.

—¿Quieres que vuelva más tarde? Pareces muy ocupado.

Cooper negó con la cabeza.

—Nada que no pueda esperar.

Glasgow era una ciudad de hombres pequeños, enjutos. A cualquiera que superase el metro setenta y cinco se le solía llamar «grandullón», pero Cooper era otra cosa. Rondaba el metro ochenta y cinco y tenía la constitución de un oso. Las modas respecto al pelo van y vienen, pero Cooper nunca había cambiado: cabello rubio, corto por los costados y la nuca, algo más largo por la parte de arriba. Lo mismo podía decirse de su ropa, a menos que acudiese a una boda o a un funeral: pantalones vaqueros, camisa de manga corta y una chaqueta Harrington de color rojo. James Dean tenía mucha culpa de ello. Cooper apartó a la chica rubia de la mesa y le dio un cachete en el culo. Ella hizo una mueca; le había golpeado demasiado fuerte.

—Apartaos y calentaos la una a la otra. No tardaré. Y tú, gilipollas, ven aquí. Vamos, ¿qué te pasa? ¿Ahora vas a ir de tímido conmigo?

McCoy negó con la cabeza.

—No estoy de humor, Stevie.

Cooper no dijo nada, se limitó a mirarle fijamente.

—Lo digo en serio, Stevie. Tengo resaca. Dame un respiro.

Nada. Cooper, con aquella estúpida sonrisa en la cara, no apartaba la mirada. McCoy suspiró. Su relación con Cooper no cambiaría nunca: siempre conseguía llegar hasta él, de un modo u otro. Un día, veinte años atrás, Cooper decidió que McCoy sería su amigo y ahí quedó sellado todo. No había razón alguna que justificase su elección. No era más que otro mocoso asustado en el patio, pero por alguna razón Cooper escogió a McCoy y su vida cambió definitivamente. Nadie volvió a pegarle, estuvo siempre a salvo. Si te metías con él, era Cooper el que respondía. Y nadie quería que eso pasase. Aunque la protección tenía su precio. A Cooper le interesaba sólo una cosa: la lealtad. Saltar desde el tejado de un edificio a otro, robar en Woolworths, esperar con él fuera de la casa de Peter O'Hara durante cuatro horas para que pudiese pegarle a conciencia cuando apareciese. Cualquier cosa que Cooper te pedía, tenías que hacerla.

Se acercó arrastrando los pies, sabía lo que iba a pasar, y pensó que era mejor que terminara de una vez por todas. En cuanto se acercó lo suficiente, Cooper le agarró con fuerza, haciéndole una llave.

—¿Te rindes? ¿Te rindes? —preguntó frotando los nudillos contra la coronilla de McCoy.

McCoy intentó asentir, pero tenía la cabeza, y también la garganta, atrapadas bajo el brazo de Cooper.

Cooper tiró de él otra vez, apretándole con más fuerza el cuello.

—¿Qué dices? ¡No te oigo!

—¡Me rindo! —logró decir McCoy con apenas un susurro. Cooper se echó a reír, le soltó y McCoy perdió el equilibrio y cayó con estrépito sobre el suelo de linóleo.

Las chicas rieron. Desde el suelo pudo fijarse en los moratones que tenían en los muslos, en los pies sucios embutidos en las sandalias de tacón alto.

—¡Largaos! —gruñó Cooper hacia las chicas, y éstas salieron por la puerta bamboleando sus pechos. McCoy se quedó en el suelo, frotándose el cuello.

—Eres como un maldito niño de pecho, Cooper. Échame una mano.

—Vete a la mierda. —Cooper bostezó, se estiró y se rascó el pelo del pecho.

—La noche ha sido larga, ¿no? —preguntó McCoy sacudiéndose la ropa.

—Podríamos decir que sí. —Parecía que Cooper se había vuelto a romper la nariz desde la última vez que McCoy lo había visto. La tenía hecha una pena—. Me han dicho que ahora vas por ahí con los chicos grandes.

McCoy asintió.

—Detective Harry McCoy de la Policía de Glasgow.

—Bueno, eso está bien. Pero no te olvides de quién te puso allí.

Cooper bajó de la camilla de masaje, se ajustó la toalla alrededor de la cintura y se acercó al colgador en la pared del que pendía su ropa. Se hizo con el paquete de cigarrillos, lo sacudió, y de él cayó una pequeña papelina sobre la palma de su mano. La abrió y se la acercó a la nariz, asegurándose de colocarla adecuadamente. Inhaló profundamente, sonrió y después se la tendió a McCoy.

Éste negó con la cabeza.

—Un poquito pronto para mí. Ni siquiera he desayunado todavía. Bueno, ¿qué pasa?

Cooper se limpió el polvillo de las narinas y los restos los frotó contra sus encías.

—Necesito que me hagas un favor.

—¿Yo? —preguntó McCoy.

—Sí, tú. ¿Por qué no? Eres poli, ¿verdad? Resuelves delitos, ¿no funciona así la cosa? ¿Conoces el Ben Duncan?

McCoy asintió. Era uno de los pubs de Cooper en Lambhill. Un lugar divertido. Más parecido a una especie de bungalow suburbial grande en medio de la calle que a un pub normal.

—Robaron anoche. Unos payasos abrieron el archivador y se llevaron un sobre que tenía unas doscientas libras.

—No parece el robo del siglo.

—Eso no es lo que me preocupa. Se llevaron algo más.

—¿Qué?

—Mi libro.

McCoy dejó escapar un silbido. Perder un libro de cuentas no era nada bueno. En uno de esos libros se apunta quién te debe y quién te ha pagado. Para un prestamista como Cooper era el equivalente a la Biblia.

—Tienen que haber sido aficionados, unos idiotas. Ningún profesional haría algo así en uno de mis pubs, nadie sería tan tonto. —Metió la mano en la neverita que había en un rincón y sacó una lata de cerveza McEwan's—. Nada de preguntas. Quiero recuperar el libro.

—¿Por qué yo? Tú tienes un montón de gente que...

—Porque sí. ¿Algún problema? —Habitualmente, Cooper parecía adormilado, incluso un poco colocado. Ahora no. La expresión de su rostro había cambiado de golpe.

McCoy no tardó mucho en entenderlo. Cooper estaba demostrando su poder. *Es posible que pienses que eres un tipo grande, pero no eres más grande que yo.* En realidad no tenía por qué hacerlo, con pedirlo habría resultado suficiente, porque Cooper le había ayudado varias veces.

—De acuerdo, sólo era una pregunta. Eso es todo.

Cooper le dedicó una sonrisa; de nuevo parecía contento.

—Ése es mi chico. —Volvió a sentarse en la mesa y le dio un buen trago a su cerveza.

McCoy se dio la vuelta, dispuesto a marcharse.

—Me dijeron que estuviste en nuestro garito la otra noche. Cobrando tus fichas, ¿eh?

—Me lo debíais, ¿no te parece?

Cooper le dio otro buen trago a la cerveza, llenándose la boca.

—Dios, este *speed* es fuertísimo. —Se limpió la boca—. Estuviste con la pequeña Janey. Está como loca con las drogas. María, ácido, cualquier mierda que pueda conseguir.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que no es tu novia, McCoy. Chupa pollas por dinero. Es una puta, una puta yonqui. Yo, en tu lugar, no me olvidaría de eso.

—¿Es un consejo de amigo o una orden?

Cooper estiró los brazos.

—Eso es cosa tuya, colega, es cosa tuya.

McCoy estaba a punto de preguntarle a qué se refería cuando escucharon golpes y gritos que venían de fuera. La puerta se abrió de golpe, entró una chica rubia, jadeando, con cara de pánico.

—La poli está aquí. ¡Han echado la puerta abajo!

Cooper miró a McCoy y éste negó con la cabeza.

—No tengo ni idea. No tiene nada que ver conmigo.

Segundos después, Raeburn apareció por la puerta, con dos agentes de uniforme a su espalda

mirando por encima de sus hombros. Bernie Raeburn era detective en la comisaría del Este desde hacía años. La primera vez que se vieron, McCoy pensó que era un gilipollas y Raeburn pensó que él era un listillo. Sus respectivas opiniones habían cambiado muy poco desde entonces. Raeburn recorrió la habitación, los miró a los dos de arriba abajo, Cooper con su toalla, McCoy con su traje, y les dedicó una sonrisa de suficiencia.

—¿Le estabas haciendo una paja a tu jefe, McCoy? Siempre he pensado que erais maricas.

McCoy no dijo nada, le pareció más sencillo permitir que Raeburn hiciese su chistecito, porque nada de lo que dijese un capullo como él podría incomodar a Cooper. Volaba demasiado alto para eso, se limitaba a guardarlo en la memoria, a esperar su momento. Los dos agentes reían entre dientes como suelen hacerlo los lameculos.

—Bien, pues si has acabado de cascársela, será mejor que te vayas antes de que llegue Murray. Algunos de nosotros tenemos trabajo que hacer.

McCoy miró a Cooper y alzó las cejas. Cooper asintió en dirección a la puerta.

—Dios —dijo Raeburn—. ¿Tienes que pedirle permiso antes de sacar de aquí tu sucio culo? ¡Venga ya! ¡Desaparece! ¡Que te den por saco!

McCoy apartó a los agentes al pasar por la puerta. Uno de ellos le lanzó un beso. Los dejó atrás. No sabía por qué Raeburn se tomaba la molestia. El abogado de Cooper lo sacaría en un par de horas. Raeburn debía de ser más estúpido de lo que pensaba si creía que podría encontrar algo vinculado a Cooper en la sauna. No era más que otro cliente disfrutando de un masaje para su hernia discal, con su correspondiente prescripción médica; así lo demostraría su abogado.

En el pasillo había un montón de chicas con batas transparentes que insultaban a los agentes de policía, les decían todo lo que se les ocurría. Dos hombres de origen hindú, desnudos por completo, estaban en la puerta de uno de los cubículos, aterrados, con las manos cubriendo sus partes íntimas mientras un agente deletreaba sus nombres al anotarlos en su cuaderno. Otro agente se dispuso a detener a McCoy, pero él le mostró la placa. Masculló un «Lo siento, señor» y dio un paso atrás, evidentemente avergonzado. El típico espectáculo de mierda de los de la División Este. Conociendo a Cooper, McCoy estaba convencido de que el negocio volvería a abrir sus puertas a las ocho en punto de la noche.

En la calle, estaban metiendo en la furgoneta de la policía a la recepcionista y a un par de chicas, mientras que los que esperaban en la parada del autobús disfrutaban del espectáculo. No estaba lejos de Tollcross, y todavía no llovía, así que McCoy decidió ir andando. El chófer de Cooper y su Zephyr plateado debían de haberse largado hacía un buen rato. Llegaba tarde a la comisaría, Murray ya debía andar buscándolo, pero también podía aprovechar la coyuntura y recuperar el dichoso libro de cuentas de Cooper.

En la puerta de la fábrica Irn-Bru un hombre vendía la primera edición del *Evening Times* con un viejo carrito. McCoy compró uno y le echó un vistazo al titular de la portada: TERRIBLE TIROTEO EN EL CENTRO DE LA CIUDAD. Luego ojeó el interior.

Se las habían ingeniado para lograr que el retrato del chico fuese medio decente. Por una vez, se parecía al retratado. Murray debía de estar desesperado si había hecho pública esa imagen. Seguramente las reglas son más flexibles cuando no tienes pistas y sientes en la nuca el aliento tanto del comisario como de la prensa. Había también, en una esquina de la página, una pequeña foto del crucifijo que el chico llevaba. Se parecía a otras muchas cruces que había visto en su vida. Pero había que probarlo, tal vez funcionase. Dobló el periódico, se lo colocó bajo el brazo, y cruzó la calle para ir a City Bakeries. Le rugía el estómago.

Nueve

Una batería cuadrada, varias perchas de madera, dos ejemplares muy gastados de la revista *Parade*, una Barbie desnuda y una caja de galletas de mantequilla con una imagen de Ben Lomond en la tapa. Todas esas cosas estaban colocadas en una sucia manta de color azul extendida sobre los adoquines húmedos.

—¿Algo que te guste, hijo?

El viejo que estaba de pie al otro lado de la manta le miró con esperanza. McCoy negó con la cabeza.

—Hoy no, amigo.

El viejo asintió con resignación y se metió las manos temblorosas en los bolsillos. Otra pequeña derrota. Una de las muchas que, a juzgar por su aspecto, debía de haber experimentado.

McCoy cambió de opinión.

—¿Sabes qué?, voy a llevarme las revistas. ¿Cuánto me pides?

—Diez peniques por las dos. Es buen material, hijo.

McCoy le tendió el dinero, se metió las revistas en el bolsillo de su abrigo y echó a andar por el callejón. Tuvo que caminar por el centro, evitando pisar las mantas y las sábanas extendidas a ambos lados, cada una de ellas cubiertas con prendas de ropa, zapatos viejos, juguetes rotos, cubiertos. Cualquier cosa que aquella gente creyese que podía venderse.

Paddy's Market se extendía bajo el puente del ferrocarril, al cruzar el Clyde. Era el mercado para la gente cuyos hijos no tenían zapatos, cuyo almuerzo consistía en pan con mermelada o una bolsa de patatas fritas si había suerte. Por Glasgow todavía corrían un montón de ellos; nada de apartamentos de lujo ni televisores en color. Acudían allí todos los viernes para comprar y vender galletas rotas en bolsas de plástico, cortinas rasgadas; cualquier cosa. Paddy's era como unos grandes almacenes de la miseria; había de todo, pero no te apetecía comprar nada.

McCoy pasó entre un tipo con la cara cubierta de sangre que gritaba sin dirigirse a nadie y un hombre con un cochecito de bebé lleno de encendedores robados. Se encaminó hacia los arcos del puente del ferrocarril para resguardarse de la lluvia. En esa esquina era donde vendían lo bueno; la gente tenía que pagar para poder mostrar allí su material. Tabaco robado, trajes de difuntos que apestaban a sudor y a naftalina, piezas de vehículos, estolas de piel rígidas por el paso del tiempo. Objetos de calidad. La frontera era muy evidente. Bajo los arcos, y fuera, bajo la lluvia. Dos mundos diferentes.

Se agachó y se dirigió a la cafetería que había al fondo. Resultaba complicado ver nada en la penumbra. No había ventanas allí, tan sólo unas hileras de bombillas anémicas encima de cada uno de los puestos, temblando en sus cables cuando pasaban los trenes por encima. Olió el aroma del café antes de llegar, también el de la grasa del beicon y el del té, todo ello mezclado con el hedor generalizado a humedad y ropa vieja. Se tomó un té sentado en una de las sillas de plástico naranja y sacó una pequeña libreta con una corona de laurel en la tapa. Empezaba una con cada nuevo caso, las conseguía en Woolies. Metió en ella el retrato del *Evening Times* de la noche anterior. Dibujó un signo de interrogación al lado. La siguiente página estaba encabezada por el epígrafe: CONEXIONES – CHICO CHICA. Debajo tenía una lista de preguntas:

¿Trabajo?
¿Cliente?
¿Novio?
¿Contratado?

En este momento añadió:

Howie Nairn. ¿Qué relación tenía con la chica?

Suspiró, cerró la libreta, le dio un sorbo a su apestoso té e intentó pensar. Pero no tardó en llamar su atención una pareja que estaba sentada a la mesa de al lado, discutiendo sobre dónde iban a comer la Navidad del próximo año. En la casa de la madre de él, otra vez, no. Por encima de mi cadáver, parecía haber dado a entender la chica.

—Señor McCoy.

Alzó la vista y se encontró con Ally Jeffries. Abrigo grasiento y sucio, como siempre. Ally el Sucio, el nombre le hacía justicia.

—Sabía que te encontraría aquí, Ally. Siéntate.

Parecía dolorido.

—Todavía no he abierto, señor McCoy. Mi puesto está ahí.

McCoy señaló la silla. Ally suspiró y tomó asiento. McCoy deslizó sobre la mesa los dos ejemplares de *Parade*.

—Te he traído un regalo.

Ally dejó un par de botellas de leche manchadas encima de la mesa y empezó a ojear las revistas. Lo hizo con criterio profesional. Ally el Sucio, en el puesto que tenía en un extremo de los arcos, vendía revistas pornográficas de segunda mano, libros eróticos, fotografías de mujeres de mediana edad tumbadas con las piernas abiertas sobre lechos de flores. Nadie sabía dónde las hacía, pero disponía de su propio laboratorio. Él se encargaba de todo el proceso. El tipo de material que no podías llevar a una tienda de revelado. Y él siempre se quedaba algunas de las copias para vendérselas a clientes especiales. Ése era el precio que tenías que pagar. Cerró las revistas y se quitó las gafas.

—Creo que ya las había visto. A estas alturas todos los coños me parecen iguales. —Eso no impidió que se las guardase en el bolsillo.

—Hay un billete de cinco libras en una de ellas. Necesito un favor. Quiero que hagas correr la voz. Unos payasos entraron en el Ben Duncan y robaron algo que pertenece a Stevie Cooper. Algo que quiere recuperar. Si lo recupera en un par de días, lo dejará correr, no hará preguntas.

—¿En serio? —Ally sonrió mostrando las marcas del tabaco en sus dientes—. El joven Cooper y tú os estáis haciendo muy amiguitos últimamente. Sois uña y carne.

McCoy se puso de pie.

—Tú haz correr la voz, Ally. Recupéralo y te caerán cinco más en una revista guarra para tu colección. Dinero caído del cielo. —Señaló hacia un hombre con una gabardina y un sombrero de fieltro que rondaba cerca del puesto de Ally—. Será mejor que te vayas. Creo que tienes un cliente.

*

—¿Dónde ha estado?

Wattie mostraba la misma expresión en el rostro que podría haber tenido una chica a la que hubiesen dado plantón un sábado por la noche. Medio avergonzado, medio iracundo. Sin hacerle

caso, McCoy se quitó el abrigo y se sentó tras su escritorio. Pero Wattie no se dio por vencido.

—Se supone que usted y yo tenemos que hacerlo todo juntos, eso es lo que me dijeron. ¿Dónde ha estado esta mañana? He estado aquí sentado como un idiota. Todo el mundo me miraba preguntándose dónde estaría usted.

—¿Me he perdido algo? —preguntó.

Antes de que Wattie pudiese responder, las puertas batientes de madera del despacho se abrieron y apareció Thomson. Se le iluminó el rostro cuando vio a McCoy.

—Bueno, bueno, Harry el Agitador McCoy... Estás muy tranquilo —dijo con una gran sonrisa. Dejó su maletín sobre la mesa y siguió provocando. Comenzó metiendo un dedo en el agujero que había hecho con la otra mano—. Eres un fenómeno. Y esta mañana lo has vuelto a demostrar. Me quito el sombrero.

—Muy bien, Thomson. Estaba allí porque tenía que ver a alguien —dijo con paciencia.

—Seguro que habías ido a follar. ¿Con quién? La rubia bajita con el culo...

—¿McCoy! Y tú también, Watson. ¡Ahora!

La cabeza de toro de Murray se había asomado por la puerta de su despacho.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó Wattie—. ¿Por qué no me entero nunca de lo que está pasando?

Entraron en el despacho. Murray tenía en la mano un papel con una dirección.

—Por una vez hemos tenido suerte. Alguien ha reconocido al chico en el periódico.

Diez

—Tommy Malone. Así se llamaba. Thomas Gerard Malone. —El sacerdote se persignó—. Que Dios le tenga en su gloria.

—¿Está seguro? —preguntó Wattie.

Asintió.

—Oh, estoy absolutamente seguro. Reconocí al pobre muchacho al instante.

—Necesitamos que lleve a cabo una identificación formal.

—Es lo menos que puedo hacer, lo menos que puedo hacer.

—¿Y de qué le conocía usted, señor...?

—No soy señor, hijo... Soy padre. Padre McClure. Doy por hecho que no profesas la fe católica, ¿no?

Wattie negó con la cabeza.

—Iglesia de Escocia.

McClure asintió con una sonrisa.

—No todos somos lo bastante afortunados como para disfrutar de la bendición de una verdadera fe. —Esperó a que le riese la gracia, pero no fue así. Se inclinó hacia delante, sacó sus gafas del cajón del escritorio y estudió un dossier—. Residió aquí, el pobre Tommy. Estuvo con nosotros durante un tiempo. Desde el 69 al 72. Se marchó el año pasado.

—¿Por qué estaba aquí? ¿Algún tipo de requerimiento judicial?

—Nada serio. ¿Pero seguro que no queréis tomar nada? —Apuntó con el mentón hacia el carrito que había junto a la estantería.

Botellas y decantadores, vasos de cristal. A McCoy le apetecía un trago, realmente le apetecía beber, pero negó con la cabeza. Wattie le imitó.

—Para mí tampoco, padre. ¿Algo judicial? ¿Qué quiere decir?

Con decisión, McClure se levantó del escritorio y se sirvió una copa. Medio vaso de whisky Bell's. Le dio un buen trago fingiendo que no era más que un sorbo.

—Como ya he dicho, no fue nada serio, robó unos cigarrillos y un cartón de leche en una tienda cuando tenía trece años.

—¿Qué edad tenía ahora?

Recapitó durante unos segundos.

—Cumplirá dieciocho en un par de meses. Bueno, ya no... —dijo bajando la voz.

McCoy no podía apartar la mirada de él. Observaba sus dedos rechonchos tamborilear sobre el dossier, el repiqueteo de sus brillantes zapatos, su peinado a base de gomina Brylcreem, la capa de sudor en la frente a medida que el whisky bajaba por su garganta. Se parecía a todos los sacerdotes que había conocido. También había algo en el olor del edificio, el suelo pulido y el incienso. El Sagrado Corazón en la pared, Jesús mirando desde allí arriba, los brazos abiertos, con sangre en las palmas de las manos.

En cuanto se enteró de adónde tenían que ir, empezó a sentirlo. El estómago revuelto, sudor en las manos. Intentó hacer una cuenta atrás, como le habían enseñado. Intentó imaginar una escena agradable. No funcionó. Cuando Wattie detuvo el coche junto a la iglesia, McCoy pensó que no

debía entrar, que lo más adecuado sería echar a andar por Paisley Road West y meterse en el primer pub que encontrase, dejar que Wattie se hiciese cargo de todo. Le jodía sentirse así. No quería volver a visitar al médico, pero sabía que tendría que hacerlo.

—¿Seguía alojado aquí? —preguntó Wattie.

—No, no. Se fue hace casi un año.

—¿Tenía familia?

—No, que yo sepa; en parte por eso estaba aquí. Su madre murió al dar a luz, tenía padre, pero... —Se golpeó con el dedo en un costado de la cabeza—. Problemas mentales. No lo vimos por aquí desde que lo trajeron de St. Anne's. Una historia triste, ya os digo.

—¿Y cómo era Tommy Malone?

Wattie seguía un impulso. Había sacado el cuaderno, había preparado una lista de preguntas. McCoy le permitió seguir adelante, contento de no tener que hablar. De hecho, no tenía claro que pudiese hacerlo aunque quisiera. Siguió mirando las manos del sacerdote. Le caían gotas de sudor desde el pelo.

El sacerdote apoyó la espalda en la silla, provocando un leve crujido en el cuero, y apoyó el vaso de cristal sobre su vientre. Estaba acostumbrado a que le escuchasen, a tomarse su tiempo.

—No era un muchacho brillante, pero se esforzaba. Se dejaba llevar fácilmente, los otros chicos lo convencían enseguida. Creedme, aquí tenemos que enfrentarnos a auténticas amenazas, algunas muy reales. Pensó que si hacía lo que le decían, haciéndoles reír y cosas por el estilo, todos serían sus amigos. No era un chico muy astuto, no sé si me explico. Por eso nos alegraba que el Estado se ocupase de él. Asistente de jardinero. Trabajaba tranquilo, nadie le llevaba por el mal camino. Tenía una habitación encima del establo, estaba muy agradecido, feliz como un niño jugando en la arena.

McCoy se sentó en una silla. Toda esa mierda estilo Bing Crosby había ido demasiado lejos. Tenía que decir algo antes de estar demasiado mareado, ahora que todavía podía pensar.

—No debía de ser tan feliz. Le disparó a una chica de diecinueve años y después se suicidó.

El rostro del sacerdote cambió.

—No me he quedado con tu nombre —dijo.

—McCoy.

—Irlandés, ¿verdad? Espero que no seas también uno de esos paganos de la Iglesia de Escocia.

—Sonrió en dirección a Wattie—. Exceptuando a los presentes.

—Dejé de ser católico hace mucho tiempo, señor McClure, así que puede saltarse todo ese rollo de «estamos juntos en esto». Tommy Malone mató a una chica y luego se pegó un tiro. ¿Por qué haría una cosa así?

Las amables maneras de McClure se esfumaron. Se inclinó hacia delante con los ojos entrecerrados.

—No tengo ni la más remota idea. No sé por qué Tommy hizo algo semejante, por qué querría cubrirse de vergüenza y hacer lo mismo con la buena gente que cuidó de él. Cuando pienso en todo el esfuerzo que le dedicamos, la atención que le brindé, que le brindaron todas las monjas de aquí, se me encoge el corazón. No puedo creer que nos diese la espalda, que olvidase a su familia de aquí, las enseñanzas de Nuestro Señor.

McCoy se levantó. Se le había agotado la paciencia. Tenía que salir de allí. No podía pasar ni un minuto más en aquel diminuto despacho recalentado, no podía seguir oyendo a otro sacerdote iracundo, escucharle hablar sobre el cuidado de las monjas. Extendió sus brazos, se apoyó en el escritorio y permaneció en esa postura durante un minuto.

Wattie no le quitó ojo de encima, no sabía qué iba a hacer.

—¿Se encuentra bien, señor? —le preguntó.

Asintió.

—¿Has acabado? —le preguntó McCoy.

Wattie parecía inseguro. Comprobó las notas de su cuaderno.

—Me falta poco, creo.

—Te espero fuera.

Se dirigió a la puerta y justo antes de cerrarla tras él pudo escuchar cómo McClure empezaba a quejarse. No quería oírle. Dejó atrás el gimnasio, con las espalderas en la pared, el suelo amarillo barnizado, y empujó la puerta en la que podía leerse LAVABO DE CHICOS. Abrió el grifo y se colocó frente al espejo, intentando calmarse. Podía salir de allí en cuanto quisiese. Nadie iba a impedirselo. Tenía treinta años, era detective de la policía. Se lavó la cara con agua fría. Necesitaba aferrarse a algo. Una vez más, las cosas empeoraban. Sacó su cartera. Todavía conservaba la tarjeta. Se la había dado la doctora, la que juró no dejar registro de su visita. Podía leerse, en fina caligrafía azul: «Alison Horne, Real Colegio de Psiquiatras». En otras palabras, la loquera.

Encontró un banco fuera, bajo los árboles. Se sentó e intentó encender un cigarrillo. Soplaban el viento, los árboles se mecían y susurraban. Paisley Road West, con sus pubs y sus cafeterías y su gente, estaba al otro lado del muro, pero de algún modo se sentía a kilómetros de distancia. La iglesia y la residencia estaban completamente apartadas del mundo. Las ráfagas de viento hacían que el letrero de madera de la entrada sujetado con una cadena se balancease. HOGAR NAZARETH. McCoy oyó a Wattie despedirse y dar las gracias, vio al sacerdote perfilado en la luz del vestíbulo. La puerta se cerró y Wattie lo buscó en el jardín con la mirada.

—¿Qué hace aquí sentado? —preguntó sentándose a su vez, al tiempo que se subía el cuello de la chaqueta.

—No tengo las llaves del coche.

—¿Qué le ha pasado? ¿De qué iba lo de ahí dentro?

McCoy se encogió de hombros.

—Será algo que he comido. ¿Te ha contado algo más?

—¿Cómo? ¿Aparte de quejarse de su comportamiento? Tardé diez minutos en convencer a ese bastardo para que no telefonease a Murray. ¿Qué tiene contra él?

McCoy intentó de nuevo encender su cigarrillo sin decir nada.

Wattie suspiró, sabía que no llegaría a ninguna parte.

—En realidad, no me ha dicho nada más. No había visto al chico desde que consiguió aquel trabajo, y no sabe nada de la chica. Nunca ha oído hablar de ella. Ni de Howie Nairn. Oficiará la ceremonia mañana, en la calle Crown.

—Un detalle por su parte. Entonces, el tal Tommy Malone, ¿dónde trabajaba? Ésa será nuestra siguiente parada, supongo.

—En un lugar más allá de Drymen. —Comprobó el nombre en su libreta—. Un sitio llamado Broughton House.

McCoy le miró a los ojos, sorprendido.

—Dios del cielo, estás bromeando, ¿verdad? ¿Con los Dunlop?

Wattie asintió.

—Así es. ¿Los conoces?

—Sí, claro, los conozco muy bien.

Los Dunlop. Era lo último que necesitaba. El perfecto cierre a un día perfecto. Lanzó lejos el cigarrillo humeante, hacia la oscuridad.

—Vamos, invítame a un trago, a ver si se me asienta el estómago.

Once

Empezaron en el Wypers. Años atrás era el bar de moda, oscuro y con una gramola. Small Faces, Motown, The Yardbirds. Siempre lleno de *mods* con sus trajes elegantes, chicas con peinados en forma de colmena y ojos pintados estilo panda. Pero ahora ya no era así. Ahora no era más que otro bar oscuro lleno de oficinistas borrachos y mujeres que trabajaban en los grandes almacenes de la calle Sauchiehall. A McCoy le importaba bien poco, lo único que le interesaba en ese momento era ponerse ciego. Wattie, por su parte, no parecía muy impresionado, y gimoteó mientras apuraba su pinta, le apetecía ir a un sitio algo más animado. McCoy no tenía ganas de discutir, así que se fueron al Muscular Arms. Pero a Wattie tampoco le gustó ese pub. Le echó un vistazo y decidió que había demasiados esnobs. Llegados a ese punto, McCoy se rindió, echó a andar colina arriba, con Wattie pegado a sus pies preguntándole qué pasaba. Abrió la puerta del Sammy Dow's, dejando que saliese a su encuentro el olor a humo, cerveza revenida y abrigos húmedos.

—Aquí es donde suelo venir. Lo tomas o lo dejas.

Wattie masculló algo entre dientes que sonó a «un puto pub para viejos» y le siguió. Se acodaron en la barra entre dos tipos que estaban dando cuenta de medias pintas y un par de solados con un buen pedo, con sus gorras sujetas bajo las charreteras. McCoy pidió dos pintas, después otras dos, después dos más. Como solía decir Cowie, son pocos los problemas que no parecen menos graves después de unas cuantas pintas. El Hogar Nazareth se difuminaba en el horizonte, sustituido por una calma borrosa. No tenía claro si Wattie estaba preocupado, pero lo cierto es que en ese momento parecía contento, le hacía preguntas y bebía. O al menos lo estuvo durante un rato, hasta que la cerveza pudo con él. Se sentaron a una de las diminutas mesas, junto a la chimenea. Entre la multitud y el fuego, el pub se había convertido en un horno. Ambos estaban en mangas de camisa, con las chaquetas y los abrigos colgados del respaldo de sus sillas.

—¿Puedo preguntarle una cosa? —dijo Wattie con la cara roja y el pelo pegado a su frente húmeda.

McCoy esperaba otra pregunta sobre los turnos, o sobre cómo pasar el examen para ser sargento. Asintió. Se sentía un tanto adormilado por el calor.

—Dispara.

—¿Quién es Stevie Cooper?

No se lo esperaba; no se lo esperaba en absoluto.

—¿Stevie Cooper? ¿Por qué me lo preguntas?

—Hoy, cuando no ha aparecido por la comisaría, mientras le esperaba sentado, solo, como un idiota...

McCoy alzó una de sus manos.

—Ya basta. Por Dios.

Wattie sonrió.

—Me he tomado un sándwich en la cantina. Los tipos de la mesa de al lado hablaban de él. ¿Es el líder de una pandilla? ¿Es el que manda en Springburn? ¿Algo así?

McCoy asintió sin saber muy bien dónde le iba a llevar la conversación.

—Sí. ¿Qué pasa con él?

Wattie se disponía a responder cuando se acercó a su mesa un viejo con lamparones de sudor en las axilas de la camisa y el sombrero puesto. Se detuvo, se inclinó hacia ellos.

—Joder, esto parece un maldito campo de prisioneros de guerra japonés. ¿Podrías darme un cigarrillo?

Wattie le tendió el paquete, el tipo tomó uno y se dispuso a hacer otra broma cuando vio que los dos se miraban entre ellos. Asintió a modo de agradecimiento y se largó sin chistar.

—Alguien ha dicho que era colega tuyo. El tal Cooper —dijo Wattie.

—¿Ah, sí? ¿Han dicho eso? ¿Estás seguro?

Wattie se removió un poco en su asiento, se irguió y sacudió la cabeza.

—No exactamente. Han dicho que Cooper le tenía en el bolsillo.

McCoy tomó de un trago lo que le quedaba de pinta y se puso en pie. Wattie alzó la vista, parecía preocupado.

—No pretendía decir nada que...

McCoy se inclinó encima de él para sacar la cartera de su chaqueta y Wattie se encogió sobre la silla. McCoy se echó a reír.

—Joder, tranquilo. Sólo voy a pedir otra ronda, no voy a hacerte nada. ¿Otra pinta?

Regresó al cabo de un par de minutos, abriéndose paso entre la multitud, dejó los vasos sobre la diminuta y pegajosa mesa y habló.

—¿Quién ha dicho eso?

Wattie negó con la cabeza.

—No sé cómo se llaman. Uno de ellos es pelirrojo y...

McCoy alzó la mano.

—No te preocupes, no importa. Lo único que tienes que saber es que Cooper no me tiene en el bolsillo, nunca me ha tenido y nunca me tendrá.

Wattie asintió.

—Ahora me siento mal por habérselo dicho. En ningún momento he pensado que fuese cierto. De verdad. No se ha molestado, ¿no?

—No te preocupes, se necesita mucho más que eso para ofenderme.

Tal vez fue por la cerveza, o por el hecho de que Wattie estaba tan verde que daba incluso pena, o tal vez simplemente porque quería dárselas de gran hombre; fuera por lo que fuese, McCoy se sintió de humor para darle algunos consejos.

—Esto no es Greenock o de donde sea que vengas. Esto es Glasgow. La gran ciudad, y aquí las cosas son diferentes. Tienen que serlo, o estaríamos en guerra las putas veinticuatro horas del día. Nosotros los usamos y ellos nos usan a nosotros.

Wattie intentaba seguir sus razonamientos, pero parecía perdido.

—Hay días que miramos hacia otro lado, o no presentamos cargos, o nos lo tomamos con calma, y nos entregan a algún capullo que no hemos sido capaces de pillar. ¿Me sigues? Algún forastero empieza a causar problemas, lo ponemos en su sitio y recibimos una propina. Lo sacamos de la foto, lo enviamos de vuelta a su pueblo y la vida sigue igual. Más fácil para todos.

Seguía pareciendo perdido.

—Para que las cosas puedan ser así, tiene que haber un toma y daca. Si quieres seguir adelante en este juego, necesitas tener a alguien dentro, alguien con quien hablar, conexiones con el otro lado de la valla.

—¿Eso es Stevie Cooper?

McCoy asintió.

—Eso es Stevie Cooper. Los capullos de la cantina no lo entienden. Quince años de servicio y jamás pasarán de sargentos. Les hace sentir bien decir esas cosas sobre mí. A mí me importa una mierda y ellos se sienten mejor con sus vidas de mierda. Todo el mundo gana.

Wattie asintió con gesto serio.

—¿Cómo lograré conocer a alguien así? ¿Cómo conociste a Stevie Cooper?

McCoy le dio un trago a su pinta.

—Eso es cosa mía. Pero estoy bien jodido si me paso toda la noche aquí sentado hablando de trabajo. Bebe, que nos vamos.

*

Los billares estaban encima de una sucursal bancaria en la esquina de la calle Ingram. Allí habían estado desde que McCoy tenía memoria, aunque habían cambiado de nombre varias veces a lo largo de los años; ahora el local se llamaba Bob's Billiards. En cualquier caso, allí ya no se jugaba a billar; desde que lo daban por la tele, todo era *snooker*. Johnny, el tipo que vigilaba la puerta, asintió y subieron las escaleras. Era un local enorme, había unas treinta mesas que se adentraban en la penumbra. Más allá del ruido de las bolas y del leve murmullo de las conversaciones, imperaba el silencio. El local había tenido diferentes dueños a lo largo del tiempo, pero ninguno de ellos había logrado levantar el negocio. Seguía teniendo el mismo aspecto que en los años treinta, con las lámparas de gas pendiendo de las paredes cubiertas de polvo, la desgastada moqueta con cenefas. Seguía siendo un lugar decente, eso sí, con buenas mesas, bien organizadas. Por eso habían conservado la licencia todos esos años; los jugadores de verdad seguían acudiendo allí a entrenar.

McCoy no era un buen jugador, pero le gustaba aquel lugar, acababa allí al menos un par de noches a la semana después de que cerrasen los pubs. Wattie empezó bien, hizo unos cuantos tiros buenos, empató, tan sólo perdió por un par de bolas. Pero para cuando llegaron a la tercera partida había perdido el norte. Falló el tiro varias veces, y al moverse se tambaleaba.

Bobby, el Bob de Bob's Billiards, se paseaba de un lado a otro de la mesa; se detuvo al lado de McCoy y observó cómo Wattie intentaba alinearse para un tiro.

—Si ese capullo rasga el tapete, tendrás que pagar por él —le dijo amablemente.

—Bah, no es tan malo —dijo McCoy en el momento en el que Wattie fallaba el tiro con la bola blanca y trastabillaba hasta ir a topar con la máquina tragaperras que había en la esquina.

—Sí, claro, lo que tú digas. Trescientas libras cuesta arreglar eso. ¿Dispones de ese dinero?

McCoy le entregó su taco.

—Entendido.

Sentó a Wattie sobre un pequeño taburete que había junto a la puerta y llamó a un taxi desde la cabina telefónica. El joven estaba medio dormido, apoyado contra la pared bajo una enorme fotografía de un perro jugando al póquer. Nadie podía reprochárselo, habían estado bebiendo de lo lindo pero él no había tomado varias pastillas Black Bombers, como sí había hecho McCoy. Robbie se las había regalado cuando fue a buscar el hachís para Janey. Johnny, el vigilante, y él lograron finalmente meter a Wattie en un taxi y le dieron al conductor una propina para asegurarse de que llegaba bien a casa. McCoy vio cómo el coche se dirigía hacia el West End y después le echó un vistazo a su reloj. Las doce y media. Todavía no estaba en disposición de irse a casa, ni por asomo.

Caminó hacia el centro. Se topó con un chaval bajito en George Square que estaba vendiendo el *Record* del día siguiente. Compró un ejemplar. La portada estaba ocupada casi al completo por un único titular; habían puesto toda la carne en el asador, con tinta roja especial y todo lo demás.

El chaval estaba haciendo un buen negocio. Edición especial. Fotos de Lorna Skirving con uniforme escolar y mirada inocente. El editorial arremetía contra la policía de Glasgow, sin medias tintas. Tiró el periódico en una papelera de la calle Buchanan y siguió caminando. El trabajo de Murray era, sin lugar a dudas, diez veces más duro que el suyo.

Acabó metiéndose en el sótano del Maggie's, en la calle Sauchiehall. Se quedó mirando a los moteros jugar al billar, demasiado colocado para irse a casa. Pidió una pinta y se sentó en un rincón apartado. El local era una especie de club para moteros. Las paredes estaban cubiertas con fotos de revistas pornográficas de chicas tetudas montadas en motos, los bancos que rodeaban las paredes estaban ocupados por tipos de pelo largo y chicas con chalecos vaqueros. La música sonaba a todo volumen, el único tema que reconoció fue «Silver Machine», todos los demás se mezclaban unos con otros.

Sacó su libreta roja con la intención de aprovechar la concentración que le daban las anfetaminas para pensar en todo lo ocurrido. Anotó lo siguiente:

¿Dunlop?

¿Broughton House?

¿Alguna conexión?

¿Malone?

Pero no fue más allá, no podía pensar siguiendo un patrón, saltaba de una cosa a otra, así que dejó la libreta, le dio un trago a la pinta de cerveza y se limitó a observar a los motoristas. Todos ellos lucían una enorme insignia bordada en la espalda. «Discípulos del Diablo.» Algún tipo de versión barata de los Ángeles del Infierno, supuso. Se dijo que la mayoría de ellos serían, con toda probabilidad, instaladores de moquetas o carpinteros de Carntyne, con esposas e hijos esperándoles en casa, aunque su rollo fuera otro. Vaqueros grasientos y pelo largo. Seguramente habían visto demasiadas veces la película *Easy Rider*. Los entendía: él también fantaseaba con una vida en la carretera. Drogas, alcohol, nada de responsabilidades. Podría ser peor.

Le gustaba bastante la poli, era bueno en su trabajo y le había ido bien. Se decidió a los dieciséis años, pues no tenía estudios. Era eso o el ejército. Aunque últimamente tenía la sensación de que se había enrolado tarde. Tendrían que haberlo nombrado detective hacía diez años. En aquel entonces todo era más sencillo. En la actualidad estaba atrapado entre Murray y los moteros de la mesa de billar. Estaba sentado de madrugada en un club nocturno colocado de anfetaminas con una placa de policía guardada en el bolsillo de su americana. Dos cosas que, a decir verdad, no casaban.

Un tipo con un maloliente abrigo afgano, uñas largas y sucias y ojos amarillentos se sentó a su lado y empezó a hablar con él. Acababa de regresar de la India, de hacer el camino hippy hasta Katmandú. Finalmente el tipo se volvió hacia él y le ofreció una botellita de aceite de hachís por cinco libras. Aceptó la oferta. No la compró tanto para él como para Janey. A ella le encantaba el aceite de hachís, sumergía la punta de sus pitillos en él y se los fumaba cuando estaba con sus clientes. Jamás sospechaban nada, las barritas de incienso eran mágicas en ese sentido.

Le pasó un poco de anfetamina al del abrigo afgano y se tomó la última pastilla que le quedaba con un poco de whisky. Chocaron los vasos.

—¡Por Katmandú!

En cuanto se tragó la pastilla supo que no debería haberlo hecho. Le estaba subiendo demasiado, empezó a ponerse paranoico. El Hogar Nazareth le había trastocado, le había hecho

perder el equilibrio. Necesitaba hablar con alguien, pero Wattie se había ido y el tipo del abrigo afgano también. Estaba solo, con la anfetamina corriéndole por el cerebro y los recuerdos del Hogar Nazareth dándole vueltas.

Era la primera vez en casi veinte años que pisaba un lugar como aquél. St. Columba's Home para Chicos Descarriados en Dingwall había sido el último. Su padre fue a recogerlo al cabo de tres meses. Cuando bajó del autobús, su padre llevaba tres días sobrio y tiritaba como un puto perro. Le llevó a su casa de Glasgow y empezó a beber en cuanto cruzaron la puerta. Una semana más tarde su padre estaba de vuelta en el hospital y él de vuelta en Dingwall, recibiendo palizas de nuevo.

Miró su reflejo en el agrietado espejo del lavabo; cada día se parecía más a su padre, con canas en las sienes y en la barba, con las mismas manos. Sus ojos estaban muy abiertos y la luz le molestaba. Tenía la mandíbula muy tensa. Acarició con el dedo la botella de aceite de hachís que llevaba en el bolsillo. Iría a ver a Janey, eso era lo que iba a hacer, fumar un poco y relajarse. Se tumbaría en la cama, a la luz de las farolas de la calle, se reiría con ella de los ruidos de las otras habitaciones y se quedaría dormido. Adiós, Hogar Nazareth.

*

Iris le vendió tres cervezas antes de decirle que Janey estaba con un cliente de los de noche completa y que no iba a poder verla. Estaba con un concejal del que Stevie Cooper quería que se ocupara. Necesitaba que los del comité de planificación hiciesen la vista gorda con unas tiendas en las que había invertido dinero. Las órdenes indicaban que debía recibir el servicio completo, incluso bebida gratis. McCoy escuchó a Iris, asintió, le dijo que lo entendía, la apartó a un lado y empezó a aporrear la puerta de Janey. Tenía que verla, necesitaba verla, quería tumbarse en la cama con ella, dormirse a su lado. Le importaba una mierda el concejal o Stevie Cooper o sus jodidas tiendas.

—Janey, ¿estás ahí? —gritó.

Tiró del pomo, pero la puerta estaba cerrada. Iris le soltó un grito. La puerta se entreabrió. Janey echó un vistazo fuera. Llevaba puesta una bata atada a la cintura. Había un hombre de mediana edad sentado en la cama, parecía aterrorizado. La gorda cara del concejal fue lo último que pudo ver McCoy antes de que Big Chas le agarrase, lo apartase de la puerta con una llave de judo y le propinase un fuerte puñetazo en el estómago.

Tenía que reconocer que Chas no le hizo daño de verdad hasta que él se lo pidió a gritos, después de llamarle capullo, golpearlo en el costado de la cabeza e intentar patearle las pelotas. Chas tan sólo necesitó dos puñetazos en la cara para acabar con la pelea. Se tiró encima de McCoy y le retorció el brazo. Éste tuvo la impresión de que las puertas se abrían y la gente salía al pasillo a mirar qué pasaba. Después Chas lo llevó escaleras abajo, le pegó una patada en la espalda y lo lanzó a la acera.

Se quedó allí tirado durante un minuto, intentando discernir qué era lo que le dolía más, si el brazo o la cara. Notó una patada en el costado y abrió los ojos. Era Chas, con su enorme cara de luna mirándole fijamente desde lo alto. No parecía estar contento. No lo parecía en absoluto.

—Me importa bien poco que seas policía. Si vuelves a hacer algo así, te juro que te reventaré. Lo haré. ¿Me has oído?

Otra patada, en esta ocasión más fuerte. McCoy asintió. Le resultaba agradable el frío del pavimento en la mejilla. Le habría gustado quedarse allí a dormir, dejar que todo pasase. Chas suspiró, tiró de él y lo sentó en las escaleras que llevaban a la puerta. Se las apañó para sentarse a su lado con un gruñido. Sacó sus cigarrillos, encendió dos y le pasó uno.

—¿Estás bien?

McCoy asintió. Chas llevaba muchos años en Glasgow, pero seguía manteniendo su acento de Belfast; había trabajado en los astilleros antes de que los cerrasen. Las malas lenguas decían que Iris y él se enrollaban de vez en cuando; ella le permitía meterse en su cama una vez al mes, o cosa así, dependiendo de la cantidad de ginebra que hubiese bebido. A McCoy le costaba creerlo. Iris era como un pajarito y Chas era enorme, con pies como barcas, siempre con la frente sudorosa. Pero quién podría asegurarlo.

—¿Qué cojones te pasa, McCoy? —Entrecerró los ojos y dio la impresión de ver algo—. Espera un segundo.

McCoy sintió que le agarraban la cabeza y la hacían girar hasta tener los ojos frente a los de Chas.

—Dónde se habrá metido. Aquí. —Del bolsillo de su americana raída sacó una botella pequeña de Red Hackle y se la tendió—. Bebe un poco de esto. Te hará bajar al suelo de una maldita vez. Las putas pastillas me sacan de quicio.

McCoy le dio un buen trago. Tosió al notar el ardor en la garganta. Fuera lo que fuese lo que había en aquella botella, no era whisky Red Hackle.

—Me han dicho que ahora eres un policía importante. ¿Es verdad?

McCoy asintió y tragó algo más de aquel whisky.

—Pues entonces no tendrías que estar en un sitio como éste.

—No sabía que te preocupabas por mí, Chas.

El hombre grande resopló.

—No lo hago. Pero no quiero que estés por aquí causando problemas.

McCoy apoyó la espalda. Observó los azulejos agrietados en la pared de la entrada.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí, Chas?

—Joder, menuda pregunta. —Intentó calcular con los dedos—. Tres años. Estuve dos años antes en Crownpoint, un estercolero.

—¿Te gusta estar aquí? ¿Te gusta el trabajo?

Chas se encogió de hombros y se le subió la americana; debía de haberla comprado hacía ya unos cuantos años, pues estaba muy gastada. Dejaba a la vista los tatuajes que tenía en los antebrazos. «No te rindas, 1960, King Billy.» Daba la impresión de que se los hubiese hecho él mismo con un alfiler y un bolígrafo. Tatuajes de reformatorio.

—El sueldo no está mal, de vez en cuando te duele la cara, pero es lo que tiene trabajar en un sitio como éste. —Sonrió—. ¿En qué otro sitio iba a encontrar trabajo estable un pedazo de capullo como yo? Este trabajo tiene algunas ventajas.

—¿Pasa Cooper por aquí alguna vez?

—No. Hace mucho que no. Creo que ahora prefiere las saunas, allí tiene a las mejores chicas. En esos sitios puede cobrar más.

—¿Y a quién tiene aquí?

—Veteranas, principalmente. Chicas que no tienen muy buena pinta. La mayoría de los clientes llegan tan pasados que no les importa.

—Entonces, ¿qué hace Janey aquí?

Chas se puso en pie y se sacudió el polvo de sus brillantes pantalones.

—Lo sabes perfectamente. Es drogadicta, eso es lo que pasa.

Se miraron a los ojos. Se oyó una sirena de la policía en Garscube Road, y después otra.

—Parece que esta noche tus compañeros están ocupados.

—¿Qué quieres decir, Chas? ¿A qué te refieres con drogadicta?

Chas suspiró.

—¿Voy a tener que hacerte un puto croquis? Heroína, de eso estoy hablando.

McCoy se incorporó sin apartar la mirada.

—Que te den. Ella no está metida en eso. Además, es imposible conseguir esa mierda en Glasgow. Chas, estás diciendo gilipolleces.

Chas le miró fijamente.

—Es curioso que, siendo un poli tan listo, a veces puedas ser tan estúpido. Te daré un consejo, éste ya no es un lugar adecuado para ti. Búscate una pájara con unas tetas grandes y sienta la cabeza, y si no te ves capaz, empieza a ir a las saunas. No vuelvas a venir por aquí. ¿De acuerdo?

McCoy asintió, aunque no estaba seguro de lo que estaba ocurriendo. Chas le dio las buenas noches, pasó por encima de él y desapareció tras la puerta.

—Lo digo en serio —dijo mientras subía las escaleras—. Se acabó, McCoy.

4 de enero de 1973

Doce

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Wattie señalando hacia el ojo morado de McCoy.

—Resbalé en el puto suelo del lavabo y me golpeé con el lavamanos. Me cambiaré de sitio, conduces tú.

Wattie puso en marcha el Rover y enfilaron Great Western Road en dirección a las afueras y a Broughton House. Había dejado de llover, las nubes habían desaparecido. La mañana era fría, el cielo de un azul brillante, y se podía apreciar la nieve en las montañas, a lo lejos. El cambio atmosférico no había logrado levantarle el ánimo a McCoy. Todavía andaba hecho un lío cuando llegó a casa. No podía dormirse. La combinación de las anfetaminas y del enigma de las palabras de Chas le tuvo rumiando durante un buen rato. Finalmente logró dormir unas pocas horas tumbado en el sofá. Se despertó con una resaca de campeonato y una botella medio vacía a su lado.

—Hay algo que no se me va de la cabeza esta mañana —dijo Wattie—. Lo último que recuerdo es el club de *snooker*, no tengo ni idea de cómo llegué a casa. Mi casera no estaba muy contenta esta mañana. Por lo visto me comporté como un idiota.

McCoy asintió mientras Wattie le contaba que había vomitado en el jardín de su casera y que se había despertado con la ropa puesta, pero en realidad no le escuchaba. Sabía que el silencio era una opción demasiado buena para durar. Resultaba sorprendente lo que podía hacer una noche de borrachera: ahora eran colegas. Los Dos Mosqueteros. Al estilo tradicional escocés, se dijo, emborracharse con alguien te convierte en amigo para toda la vida.

Pilló el *Daily Record* del bolsillo del abrigo de Wattie y leyó la portada. Los titulares con la conocida tipografía roja. Pero era una edición posterior a la que había comprado la noche anterior; a esas horas alguien se había ido ya de la lengua. Dejó pasar el aire entre sus dientes. Murray debía de estar hecho una furia. Desplegó la doble página.

LA CHICA A LA QUE DISPARARON ERA PROSTITUTA

Al titular le seguía, en las páginas cinco, seis y siete, un artículo sobre el negocio del vicio en los principales hoteles y restaurantes de Glasgow. Alguna telefonista o secretaria de la Comisaría Central se había ganado un dinero extra, había hablado con los periodistas y les había contado lo que había podido escuchar. Solía pasar. El periodo de gracia para Lorna Skirving había quedado atrás muy rápidamente. La noche anterior todavía era una inocente transeúnte muerta en trágicas circunstancias. Hoy era una prostituta que, muy probablemente, merecía morir.

—¿Por dónde vamos? —preguntó Wattie.

McCoy alzó la vista.

—Gira ahí, toma por Drymen. Está por allí.

Wattie asintió, giró en la rotonda. Broughton House. Hasta entonces se las había apañado para no darle demasiadas vueltas a ese asunto. Pero no iba a poder aplazarlo más. El Hogar Nazareth y ahora Broughton House. No cabía duda de que la noche anterior había abierto la Caja de Pandora. Ahí era donde vivía la gente rica, todo lo lejos que se podía estar de los barrios bajos y de las fábricas sin salir de Glasgow. El barrio de los ricos de verdad, de los dueños de las fábricas, de

los magnates de la construcción y de los más ricos de todos: la familia Dunlop.

Después de otros tantos kilómetros y algún giro equivocado, Broughton House emergió entre los árboles. Se trataba de un edificio alargado y bajo de brillante piedra blanca, con dos alas curvas y una torre redonda de cristal en medio, como si se tratase de un faro. Estaba ubicada en un valle y rodeada por árboles de tronco grueso y un elevado muro. Los Dunlop eran celosos de su intimidad. Wattie se estiró por la ventana intentando tener la visión más amplia.

—Esperaba una especie de castillo —dijo.

—Había uno aquí, lo echaron abajo en los años treinta y construyeron esto. Parece el maldito pabellón de baño de Rothesay.

Recorrieron un camino entre hileras de árboles podados, sortearon un estanque ornamental redondo y detuvieron el coche frente a la casa. En el camino de acceso había aparcados varios automóviles, todos ellos muy caros. Un Jensen Interceptor, un Mercedes de gran tamaño y lo que parecía un Rolls-Royce de los años treinta. Wattie salió del coche y se quedó mirando la torre de cristal.

—¿Vive alguien aquí?

—A veces. Tienen una casa muy grande en Londres, y en un montón de lugares. Ésa es la clase de cosas que consigues cuando tienes un astillero: tu padre puede permitirse pagar por unos pocos ladrillos.

Caminaron hacia la puerta haciendo crujir la húmeda grava. McCoy tiró de una anilla metálica y sonó una campana en lo profundo de la casa. Wattie se colocó bien el nudo de la corbata, parecía nervioso. Si hubiese llevado sombrero, se lo habría quitado en ese instante. Abrió la puerta una criada vestida de negro, con un delantal blanco. Parecía filipina o malaya o algo así. Era muy bajita. McCoy le enseñó su identificación.

—Buenos días, policía de Glasgow. Queremos ver a Lord Dunlop.

Ella negó con la cabeza.

—Lord Gray no aquí. —Señaló hacia las colinas con la mano—. Cazando.

—De acuerdo. ¿Y Jimmy Gibbs? ¿Está por aquí?

—Señor Jimmy está aquí, sí. Por favor. —Inclinó la cabeza y mantuvo la puerta abierta para que pasaran al vestíbulo. Era difícil no sentirse impresionado. La torre de cristal se elevaba por encima de sus cabezas y una amplia escalinata curva la bordeaba. El pasillo era gigantesco, la luz que entraba a través de los ventanales rebotaba en el suelo y las paredes de mármol blanco. En un rincón se alzaba un árbol de Navidad de unos tres metros de altura profusamente decorado y con un montón de paquetes de regalo en la base. Había varios jarrones con lirios blancos.

—¿Quién tengo que decir que está aquí para él? —preguntó la criada inclinándose de nuevo.

—Dígale que ha venido Harry McCoy. Soy un antiguo amigo suyo.

—Hermosas flores —comentó Wattie.

—De los invernaderos. Lord Dunlop cultiva —dijo ella. Se inclinó de nuevo y se alejó.

McCoy miró a Wattie.

—¿Qué? —preguntó.

—¿«Hermosas flores»?

—Lo son. Mi madre trabaja en una floristería. Estas flores son buenas.

McCoy negó con la cabeza. ¿Por qué le tenían que pasar a él estas cosas?

—¿Quién es Jimmy Gibbs? —preguntó Wattie mientras caminaba en dirección a un enorme tapiz que mostraba a un ciervo atacado por perros de caza.

—¿Jimmy? Es el que lleva la casa de los Dunlop, el que resuelve los problemas. Él sabe dónde están enterrados los cadáveres.

—¿De qué lo conoce?

McCoy se sentó en un ancho sofá de cuero que había junto a la chimenea.

—Una chica que trabajaba aquí, en las cocinas, se suicidó. Resultó que tenía una aventura con el hijo y se quedó preñada. Todo muy oportuno, así que empecé a hacer preguntas. Me llamaron la atención.

Wattie se alejó del tapiz.

—¿Qué? ¿La asesinaron?

McCoy negó con la cabeza.

—No, realmente se suicidó, pero prefiero descubrir por mí mismo las cosas en lugar de aceptar que me digan lo que tengo que pensar.

Regresó la criada. Sonrió e hizo una reverencia.

—El señor Jimmy está en invernadero. Les verá ahora. Por favor.

La siguieron por un pasillo con las paredes cubiertas de cuadros, todos modernos, todos abstractos, todos sin duda carísimos. Una puerta abierta dejaba a la vista una enorme sala de baile a la izquierda, con un piano de cola cubierto con una sábana blanca y numerosas sillas tapizadas en rojo y dorado alineadas contra la pared. El pasillo se convirtió en una especie de túnel de cristal que llevaba a la parte trasera de la casa y atravesaba el jardín hacia el gran invernadero. El jardín tenía una tupida vegetación oscura, adornada con estatuas clásicas. Wattie miraba a un lado y otro tratando de asimilarlo todo. La criada abrió la puerta de cristal del invernadero.

—Entren aquí, por favor.

Una piscina se extendía frente a ellos; del agua ascendía un ligero vapor que impregnaba el aire de cloro. Un hombre nadaba en medio de ella a cierta velocidad, con la cabeza hacia abajo y los brazos extendidos. Llegó a un extremo, lo tocó como si se tratase de una carrera, se irguió, miró su reloj y sonrió. McCoy se aclaró la garganta y Jimmy Gibbs se volvió hacia él, se quitó las gafas de nadar y se apartó el pelo de la cara.

—Gracias, Mary. Eso es todo —dijo.

La criada asintió y se retiró.

Gibbs salió de la piscina, se metió la mano en el bañador y se recompuso. Era un hombre esbelto, parecía estar en forma. Agarró la toalla de una de las tumbonas y se la puso sobre los hombros.

—No pensé que tuvieses las narices de volver aquí, McCoy —dijo secándose el pelo rojizo con la toalla—. Pensaba que habías aprendido la lección.

—Tommy Malone —dijo McCoy ignorando sus palabras. Sabía que iba a tener que subir la apuesta en algún momento, pero de momento iba a posponerlo todo lo posible.

Gibbs se encogió de hombros, tomó una copa que había dejado encima de una pequeña mesita junto a la tumbona; los hielos tintinearón cuando bebió.

—¿Te refieres al chico que se pegó un tiro? Menudo asunto.

Se esforzaba por mostrar indiferencia, y parecía más interesado en beber que en cualquier otra cosa. Actuaba como si supiese algo que McCoy ignoraba, lo cual posiblemente era cierto. McCoy echó un vistazo a la piscina, a las sillas de ratán, a las palmeras que había tras la barra.

—Ha sido un largo camino el que te ha traído desde Maryhill hasta aquí, ¿verdad, Jimmy?

Gibbs extendió los brazos y miró alrededor.

—¿Qué puedo decir? Algunos hemos sido capaces de conseguir algo por nuestra cuenta.

McCoy se sentó en una de las tumbonas y sacó sus cigarrillos.

—Aquí no se puede fumar —dijo Gibbs—. A la familia no le gusta.

McCoy volvió a guardarlos, todavía quería mostrarse amable.

—¿Tommy Malone?

—Hola, Harry.

Habría reconocido aquella voz en cualquier lugar del mundo. Se volvió. Allí estaba Angela. Estaba algo más delgada, ésa era la única diferencia. Conservaba aquel aire suyo. Llevaba una bata multicolor sobre el bañador, el cabello negro recogido en lo alto de la cabeza y gafas de sol grandes. Parecía nerviosa, tensa, demasiado delgada.

McCoy se levantó.

—Angela —dijo—. Tienes buen aspecto.

Ella sonrió con la sonrisa de siempre. Esa sonrisa que siempre le había obligado a hacer lo que ella desease. También podía oler su perfume. Exquisito. Costaba una fortuna. Lo sabía muy bien: se lo había comprado más de una vez.

—Ojalá pudiese decir lo mismo de ti —respondió ella con la vista fija en su ojo morado—. ¿Te estás cuidando?

—Como si eso te importase —contestó. Su intención era que aquellas palabras tuviesen un matiz divertido, pero sonaron dolidas.

Ella dejó escapar un suspiro.

—Sólo era una pregunta.

—Estoy bien. ¿Qué tal tú?

Gibbs se les acercó, pasó el brazo alrededor de los hombros de Angela y la besó en la mejilla.

—¿Todo bien, cariño? ¿Quieres algo?

Ella negó con la cabeza.

—Estoy bien, Jimmy.

—¿De verdad lo estás? —preguntó McCoy.

—¿Cómo dices? —replicó Gibbs.

Ella volvió a negar con la cabeza.

—Eres un gilipollas, Harry. Un maldito gilipollas.

—Sólo había una razón por la que usabas gafas de sol. ¿Ahora es él el que te proporciona esas cosas?

Angela agarró la copa de Gibbs de la mesa y tiró el contenido a la cara de McCoy; no quedaba mucho, pero cumplió su función.

Wattie observaba el diálogo entre los tres sin tener ni idea de lo que estaba ocurriendo.

Angela besó a Gibbs en la mejilla.

—Te veo luego, ¿de acuerdo?

Los tres hombres la vieron marcharse, con las sandalias de tacón repiqueteando en el suelo del túnel de cristal. McCoy se hizo con una toalla y se secó la cara.

—Bien hecho —dijo Gibbs—. Siempre fuiste un caballero. No me sorprende que se librase de ti.

Wattie se metió dos dedos en la boca y lanzó un silbido. Gibbs y McCoy se volvieron hacia él.

—Me cago en todo, ya vale. No sé qué está pasando y no lo quiero saber, pero estamos aquí por una razón, no para estas mierdas. —Señaló la tumbona—. Señor Gibbs, ¿le importaría sentarse?

McCoy le miró alucinado, no imaginaba que fuese capaz de algo así. Gibbs parecía tan sorprendido como él, pero se sentó y Wattie sacó su cuaderno.

—Cuando esté listo, señor Gibbs... —dijo—. ¿Tommy Malone?

Gibbs los miró a los dos. Dio la impresión de que iba a ponerse a gritar otra vez, pero se lo pensó mejor.

—Llegó aquí hará cosa de un año, un chico solitario. No lo vi mucho.

—¿Por qué vino aquí? —preguntó Wattie.

Se encogió de hombros.

—Por lo mismo que lo hacen muchos otros chicos. Lord Dunlop forma parte de la junta de administración del Hogar Nazareth y de otros centros de ese estilo. Es un hombre muy caritativo, le gusta echar una mano a los menos afortunados. Niños pobres con padres alcohólicos que los abandonaron. Sabes a qué me refiero, ¿verdad, McCoy?

McCoy no le hizo caso; de haberle hecho caso, las cosas se habrían complicado.

—¿Alguna cosa más? —preguntó Wattie—. ¿Amigos?

Gibbs negó con la cabeza.

—Hacía su trabajo y no metía las narices donde no le llamaban. No puedo decir nada más.

—¿Quién es el encargado, la persona para la que trabajaba?

—Henry Mason. No está aquí. Ha ido a visitar a su hermana a Sudáfrica.

—Qué oportuno —dijo McCoy.

Gibbs negó con la cabeza.

—Verás, McCoy, eres un poco paranoico. Tenía previsto ese viaje desde hacía un año, llevaba ahorrando desde mucho antes. Ves cosas que no existen y ya sabes lo que pasó la última vez que te ocurrió algo así. —Estiró el brazo y apretó un botón que había en la pared—. Y ahora, si el chico maravilla y tú habéis acabado, tengo cosas que hacer. —Tomó el libro que estaba sobre la mesa junto a la tumbona, se estiró y se puso a leer.

—La habitación en la que dormía, tenemos que verla —dijo McCoy.

Gibbs no dijo nada hasta que apareció la criada.

—Mary, ¿puedes enseñarles a estos dos la habitación de Malone? Caballeros, espero que no volvamos a vernos. —Retomó la lectura.

—No sabía que supieses leer, Jimmy. ¿Qué libro es? ¿*Dick y Jane tangen a un apostador*?

Gibbs le dio la vuelta al libro y leyó el título.

—No, es *A Harry McCoy le van a dar por culo*. ¿Lo has leído?

Ésa era la gota que colmaba el vaso, ya había tenido suficiente. McCoy se dirigió hacia él, pero sintió la mano de Wattie en el hombro.

—Déjalo correr —le dijo éste con calma.

—Saca a estos payasos de aquí, Mary, antes de que pierda la compostura.

McCoy siguió a Mary y a Wattie hacia la casa principal. Wattie atendía con atención a lo que les estaba diciendo Mary, intentando descifrar adónde les había dicho que iban. McCoy iba detrás de ellos, con la cabeza en otro sitio.

Hacía un par de años desde la última vez que había visto a Angela. Un par de años desde que ella le dijo que lo dejaba por otro. En un principio, no la creyó. De todas las personas posibles, tenía que ser Gibbs; en un principio pensó que se lo decía para molestarlo. Se detuvo, dejó que Mary y Wattie siguieran adelante y sacó su cartera. Intentaba no hacerlo a menudo, porque no le ayudaba, pero habérsela encontrado hizo que quisiese verlo. Extrajo la fotografía, las esquinas se estaban desgastando, tendría que hacer una copia o algo así porque era la única que tenía. La observó y no pudo evitar sonreír. Llevaba puesto el jersey azul que le había tejido una de sus vecinas, piernas cortas y gordezuelas y calcetines de lana. Estaba tumbado de espaldas sobre una alfombra de tartán, con un oso de peluche al lado. Pasó el pulgar sobre su cara. Sonreía, como a punto de echarse a reír, se notaba en su expresión.

—¿McCoy?

Alzó la vista. Mary y Wattie estaban en el extremo del pasillo, esperándolo.

—Ya voy —dijo guardando la foto—. Ya voy. No os pongáis nerviosos.

Mary les hizo cruzar el amplio salón y abrió la puerta. Sonó una campanilla en algún lugar y miró ansiosa hacia las escaleras.

—¿Le conociste, Mary? ¿Al joven Malone? —preguntó McCoy.

Ella asintió.

—Chico muy amable. Muy triste.

—¿Por qué haría una cosa así, disparar a alguien? ¿Se te ocurre algo?

Negó con la cabeza.

—Era chico amable.

—¿Y cambió?

La campanilla volvió a sonar.

—Tengo que irme —dijo.

Miró hacia la parte alta de las escaleras, la campanilla sonó una vez más, con más insistencia en esta ocasión. Negó con la cabeza, empezó a cerrar la puerta.

—Lo siento, no entiendo. Mi inglés. Tengo que ir.

Trece

—¡Le tiró la bebida a la cara!

—No es la primera vez y, te lo aseguro, es capaz de tirar cosas peores. Estuvimos juntos un tiempo, las cosas se enredaron un poco y me dejó por Gibbs. Fin del asunto. ¿Contento?

Wattie negó con la cabeza.

—Ahí tiene que haber algo más. ¿Qué fue eso de las gafas de sol?

—Sí, es posible que haya más cosas, pero no tiene nada que ver contigo. ¿De acuerdo?

McCoy se sentó en la cama y se frotó los ojos. No tendría que haber mirado la foto, ni siquiera tendría que haber ido a la casa. Era algo sencillo, sólo trabajo de fondo, comprobaciones, podría haber enviado a Thomson. Podría haber ido Wattie solo. Pero no, no había podido evitarlo, quería ver a Gibbs, quería ver a Angela, quería rascar en la costra de la herida, volver a hacerse daño. Y lo había conseguido.

Estaban en el dormitorio de Malone, una habitación pequeña encima de los establos, en los terrenos de la casa grande. Olía a rancio, a cerrado. La cama estaba sin hacer, todavía tenía la grasienta huella de su cabeza en la almohada. Wattie estaba mirando por la ventana, martirizado.

—Vamos —dijo McCoy al abrir la puerta del armario—. Acabemos con esto y salgamos de aquí de una vez.

No había gran cosa allí dentro. Un par de pantalones vaqueros, varias camisetas, la bolsa de la ropa sucia, un jersey hecho una bola. Cerró la puerta y miró alrededor. Estaba seguro de que todo eso estaba siendo una pérdida de tiempo. En la pared había un calendario colgado, VISTAS DE BONNIE, ESCOCIA, un crucifijo que pendía de un clavo y una fotografía del día del deporte en el Hogar Nazareth. Malone con una pequeña copa entre las manos, el padre McClure entre el gentío, a su espalda. La cómoda era antigua y estaba llena de rasguños; parecía uno de esos muebles de posguerra. Encima había un par de botellas de cerveza vacías, gomina Brylcreem, un pote de talco Old Spice.

—Me sorprende que no se pegase un tiro antes —dijo McCoy—. Vivir en semejante basurero sería suficiente para acabar con los ánimos de cualquiera.

McCoy abrió el cajón de la mesilla de noche. Un par de revistas guarras. *Biker Orgy*, *Cavalcade*. Verlas le llevó a preguntarse cómo le irían las cosas a Ally el Sucio. A Cooper le gustaba obtener resultados rápidamente. Tal vez tendría que pasar a verlo esa misma noche. También había un libro, un viejo libro en tapa dura, con los ribetes de las páginas dorados, como si fuese una Biblia. Lo tomó y leyó el lomo.

—*Las confesiones de Aleister Crowley*.

—¿Quién demonios es ése? —preguntó Wattie.

—No estoy seguro. Creo que he oído ese nombre.

Abrió el libro y lo ojeó.

Reanudamos el trabajo mágico, pero resultó muy decepcionante, pues descubrimos que Mathers nos atacaba. Había logrado matar a la mayoría de los perros. (En aquella época tenía una manada de sabuesos e iba a cazar hombres por los páramos.) Los criados también enfermaban constantemente, uno de una manera y otro de otra.

—Un poco avanzado para el joven Tommy.

Dejó el libro en su sitio y cerró el cajón, se sentó de nuevo en la cama y echó un vistazo alrededor. ¿Qué llevaría a un chico que vivía en un sitio como ése, un sitio como cualquier otro, a matar de repente a una chica y a suicidarse después? Tenía que haber una razón, pero, fuera cual fuese, no creía que pudiese encontrarla en esa habitación.

—La pistola —dijo McCoy—. ¿Cómo consiguió la pistola?

Wattie estaba ojeando *Biker Orgy*.

—No tiene que resultar muy complicado conseguir un arma por aquí, con toda la caza, el tiro y la pesca.

McCoy negó con la cabeza.

—Era una pistola calibre 45. Por aquí no tienen esa clase de armas. Parece un viejo objeto de guerra, con un número de serie archivado. Un trabajo interesante. ¿De dónde sacaría un chico normal como Tommy Malone una pistola como ésa?

Wattie dejó de pasar las páginas, colocó la revista en sentido vertical y estudió el resultado.

—Tal vez no fuese tan normal, después de todo. —Alzó la vista y vio que McCoy le estaba mirando.

—¿Qué has dicho? —preguntó McCoy.

Wattie parecía contrariado.

—Nada. Que tal vez no fuese tan normal.

—Es posible que ésa sea la primera cosa útil que has dicho. Aun así, eso no compensa que me vayas siguiendo por ahí como un mal olor, pero es un comienzo. En cualquier caso, una pistola como ésa sólo pudo conseguirla en la ciudad.

—¿Quién se la conseguiría?

—Davey Waters.

—¿Quién es ése?

—Lleva años metido en eso, pero es lo bastante listo como para no dejarse pillar. Jamás toca las armas, hace que pequeños colegas las entreguen. Se pasa el día en el Vale.

Wattie tenía los ojos clavados en una de las páginas de la revista, no le estaba escuchando.

—¿Qué te pasa, Wattie? ¿No teníais revistas guarras en Greenock? Llévatela si tanto te interesa. Tommy Malone ya no la necesita.

Wattie no dijo nada pero mantuvo abierta la revista. En las páginas centrales había una fotografía recortada de un periódico de la cara de una joven, guapa y rubia. Estaba pegada al cuerpo de una mujer tumbada en un sofá con las piernas abiertas.

—¿Quién es? —preguntó Wattie.

McCoy agarró la revista y observó la foto con atención.

—Creo que es Sharon Tate.

—¿No es la que asesinaron aquellos pirados en Estados Unidos?

McCoy asintió, pasó las páginas de la revista y encontró otra fotografía. En esta ocasión, el rostro de Sharon Tate estaba pegado al cuerpo de una mujer atada a una motocicleta, desnuda, con una cuerda que parecía hacerle daño, y había un tipo con una chaqueta de los Ángeles del Infierno y una polla enorme sobre ella.

—No es lo que llamarías el material estándar para hacerse pajas. —Cerró la revista y se la devolvió a Wattie—. Tommy Malone parecía una mosquita muerta, pero cada vez está más claro que era otra cosa. Venga, salgamos de aquí.

Los oyeron antes de verlos. Ladridos y gimoteos en el patio exterior de los establos. Se detuvieron y vieron aparecer por la esquina a seis o siete perros de caza de diferentes tamaños. Jadeaban con las lenguas colgándoles de sus bocas, expulsando vapor debido al frío. Uno de los perros que iba delante les vio y se puso a ladrar, los otros le imitaron. Todos echaron a correr hacia ellos. McCoy dio un paso atrás y notó, con alivio, que los perros movían los rabos. En cuestión de segundos se vieron rodeados. Los perros se pusieron a saltar, querían que los acariciasen.

—Gracias a Dios son amistosos —dijo McCoy intentando evitar que un gran danés le tirase al suelo después de colocarle las patas delanteras sobre el pecho.

Sonó un agudo silbido y los perros se detuvieron al instante. Echaron a correr por el sendero de grava que llevaba a la casa.

—Mierda —dijo McCoy entre dientes.

Dos hombres venían hacia ellos. Ambos con el pelo negro y húmedo peinado hacia atrás, impermeables y escopetas abiertas colgándoles de los brazos. Ambos caminaban transmitiendo ese aire de confianza que sólo se consigue tras varias generaciones marcadas por el dinero, los privilegios y las escuelas privadas. Lord Dunlop pasaba de los cincuenta aunque parecía diez años más joven, con un aseado bigote y gesto militar; todavía conservaba el buen aspecto que, años atrás, le había convertido en uno de los miembros más deseados de la alta sociedad. Su hijo era más ancho, más fornido, no tan bien parecido. Por lo que McCoy podía recordar, su madre había sido modelo, una heredera norteamericana que había muerto de sobredosis en un hotelucho en Venecia. Curioso que dos personas guapas puedan engendrar a alguien que no lo sea. Los dos hombres se detuvieron. Los perros se arremolinaron alrededor de sus piernas.

—El señor Gibbs nos ha permitido entrar —dijo Wattie como si pretendiese disculparse—. Somos de la policía. —Rebuscó en su bolsillo para sacar su identificación.

Lord Dunlop no le hizo caso, estaba mirando a McCoy.

—McCoy. Ése era su nombre, ¿verdad? ¿Qué demonios hace usted paseándose por mi propiedad? Creía que lo habían despedido. —Tenía una pronunciación de cristal tallado. Su educación escocesa no había hecho mella en su perfecto inglés.

—Me temo que no —dijo McCoy—. Todavía me pagan por esto. —Miró hacia atrás, en dirección a los establos—. Tommy Malone.

—¿Qué pasa con él? —preguntó Dunlop.

—¿Qué pasa con él? Que está muerto. Le disparó a una chica a plena luz del día y después se voló los sesos.

Ninguno de los dos respondió.

—Estamos aquí investigando algunos detalles, comprobaciones, echando un vistazo a su habitación. ¿Tenían mucha relación con él?

El hijo de Dunlop se echó a reír.

—Difícilmente podríamos haberla tenido. —Tenía el mismo acento que su padre—. Era un jardinero novato, si no recuerdo mal. Desapareció hará cosa de una semana, no vino a trabajar. Sólo le vi en una ocasión, y estoy prácticamente seguro de que mi padre no llegó a verlo nunca. En esta finca hay unas treinta personas trabajando, no sé si me entiende.

—¿Es eso cierto? —dijo McCoy en tono distendido—. Bueno, no son tantas. ¿Usted lo recuerda, verdad, Lord Dunlop?

Éste negó con la cabeza.

—Me temo que no. Un asunto desagradable, sin duda, pero no es algo en lo que yo pueda servirle de ayuda. Y ahora, si me perdonan...

Llevaba seis o siete aves muertas atadas, con las cabezas colgando. ¿Urogallos? ¿Perdices?

McCoy no tenía ni idea.

—¿Y qué me dice de Lorna Skirving? ¿Llegó a conocerla?

Lord Dunlop negó con la cabeza.

—Lo siento. No tengo ni idea de quién me habla.

—¿Está seguro?

El hijo de Lord Dunlop alzó la vista; un spaniel le estaba lamiendo la mano.

—¿Quién es?

—No importa —dijo McCoy—. Si no la conocían, no me sirve de nada.

Lord Dunlop echó a andar rodeado de los perros.

—Es usted gracioso, McCoy. Ahora márchese antes de que tenga que llamar a alguno de sus superiores. Otra vez.

McCoy tiró de un flequillo imaginario cuando pasó a su lado.

—Siento haberle molestado, señor. Que tenga un buen día.

*

—Parece un poco gilipollas, ¿no? —dijo Wattie al abrir la puerta del coche—. ¿Quién se cree que es?

—Es Lord Dunlop de Broughton, jefe del clan Dunlop, miembro ilustre de West Stirlingshire. Y podría seguir. Ése es quien se cree que es.

—¿Cómo se llama su hijo? Se parece a él.

—Teddy, creo. —McCoy se acomodó en el asiento del copiloto. Encontró un tubo de caramelos que alguien había dejado en la guantera. Lo sacó y le limpió el polvo—. Sí, por lo visto nuestro Tommy Malone no era un chico tan normal...

—Eso es lo que había sugerido —dijo Wattie con orgullo.

—Entonces Lorna Skirving tampoco debía de serlo. Tal vez no era una simple camarera que hacía pajas por algo de dinero. Tal vez era algo más, tal vez los dos lo eran.

—No sé si entiendo a qué se refiere...

—Yo tampoco.

Wattie puso el motor en marcha.

—¿Adónde vamos?

—Regresamos a comisaría. Después iremos al Vale.

—¿Davey Waters?

McCoy asintió.

—Y de paso nos tomamos la última.

Catorce

En cuanto pusieron un pie en la comisaría supieron que algo ocurría. En la sala principal siempre imperaba el frenesí, gente bromeando, discutiendo, gritando al teléfono. Pero ese día no era así. Incluso Thomson guardaba silencio. Estaba inclinado sobre una máquina de escribir eléctrica nueva, mordiéndose la lengua, concentrado.

—¿Qué pasa? —preguntó McCoy al tiempo que se sentaba en su escritorio—. ¿Ha muerto alguien?

Thomson levantó la vista.

—Todavía no, pero será mejor que empieces a rezar todo lo que sepas. Murray te anda buscando y está hecho una furia, ha estado maldiciendo toda la tarde.

Wattie se sentó en su mesa del rincón; lo habían colocado debajo del tablón de anuncios; el último mono. Alzó una hoja amarilla arrancada de un bloc de mensajes.

La dejó frente a McCoy.

—Alasdair Cowie quiere que vaya a verle. Tal vez quiera ir a comer curry otra vez.

McCoy se guardó la hoja en el bolsillo y se ajustó el nudo de la corbata; algo gordo se estaba cociendo. Fue consciente de las miradas de todos los allí presentes.

—Mejor acabar con esto cuanto antes.

Murray, que estaba hablando por teléfono, le hizo un gesto para que entrase y se sentase. McCoy escuchó la conversación durante un par de minutos pero después desconectó; hablaban sobre alguna mierda del reordenamiento de cuotas. No podía hacer otra cosa que esperar. Murray estaba reclinado en su asiento, concentrado en la conversación. Llevaba un grueso traje de tweed, con los hombros y los brazos apretando con fuerza las costuras. Incluso la silla en la que estaba sentado parecía demasiado pequeña para su corpachón. Su despacho estaba ordenado, como siempre, todo en su sitio, con la foto enmarcada de dos niños sonriendo sobre el escritorio. Tenía colgada en la pared una página del diario ¡HAWICK CONSIGUE EL TÍTULO! Un Murray mucho más joven vestido de jugador de rugby, cubierto de barro, mostrando un trofeo con una gran sonrisa en el rostro. Debía de ser agradable disfrutar de una vida tan ordenada, todo en su sitio, los niños, la esposa, el trabajo. El clic del receptor del teléfono le devolvió al presente.

—¿Y bien? —le preguntó Murray.

McCoy se encogió de hombros.

—¿Quería verme?

Murray sacudió la cabeza, parecía más decepcionado que iracundo.

—No puedes evitarlo, ¿verdad? Se supone que eres un policía veterano, McCoy. Responsable. ¿En qué cojones estabas pensando?

De repente lo vio claro.

—Por Dios, no han tardado ni un minuto, acabamos de salir de la maldita casa.

—¿Eso es todo? ¿Es todo lo que tienes que decir? Crees que haciéndote el listillo vas a salir de ésta, ¿no? Ni lo sueñes, hijo, esta vez no.

McCoy comprendió de golpe que había malinterpretado la situación. Sólo había visto realmente enfadado a Murray en un par de ocasiones, y no quería volver a verlo, especialmente si lo tenía

delante. Se le había empezado a enrojecer el cuello y apretaba los puños. Se inclinó sobre el escritorio y habló con voz calmada, otra señal de peligro.

—¿Crees que me gusta que el comisario me hable como si yo fuese gilipollas? ¿Crees que me gusta no saber dónde andas y parecer un incompetente? ¿Crees que todo esto es gracioso? ¿Crees que no es más que otra oportunidad para que puedas encogerte de hombros?

McCoy alzó la mano e inició una disculpa.

—Señor, realmente lo siento, no sabía que...

—¡Cierra la puta boca! —Murray se puso en pie, con las manos sobre la mesa—. No vas a volver a hacer otra estupidez como ésta. Eres un policía veterano, no un jodido cadete. Me jugué la cara por ti la última vez, McCoy, pero no lo volveré a hacer. ¿Me has oído? Aléjate de los Dunlop, de Broughton House, de cualquier lugar que esté a menos de diez kilómetros de ellos.

McCoy asintió intentando capear el temporal.

—Sólo les he hecho unas pocas preguntas rutinarias, señor, el muchacho trabajó allí...

Murray se apartó de su silla y rodeó la mesa. McCoy dio un paso atrás pensando que iba a golpearle. Murray le agarró por las solapas, acercó mucho su cara enrojecida; se le habían hinchado las venas del cuello.

—¿Unas pocas preguntas? La última vez que fuiste allí a hacerles unas pocas preguntas estabas borracho, acusaste a su hijo de haber matado a una persona...

—Eso fue justo después de que el pequeño Bobby muriese, no estaba bien, yo...

—¿Sabes todo lo que tuve que hacer para sacarte de aquel embrollo? Y me importa un pimiento que tuvieses un pretexto. Dunlop, el comisario, Personal. Todos querían que te cortase la cabeza. Ojalá les hubiese hecho caso.

Le dio un empujón y McCoy tropezó con la silla y cayó al suelo. Se levantó, estaba empezando a enfadarse, algo que no le ocurría a menudo. Intentó mantener la calma recordando dónde estaba y con quién hablaba.

—Señor, con el debido respeto, usted me ha puesto al cargo de este puto caso. ¿Qué se suponía que tenía que hacer? ¿No investigar?

—¿Ésa es tu excusa? Tú nunca te equivocas, ¿eh, McCoy? No se te puede pedir cuentas. Eres demasiado listo para tipejos como nosotros.

Abrió la boca para protestar, pero Murray ya se había dado la vuelta.

—Aléjate de mi vista, McCoy. Vete a tomar por culo antes de que haga algo que no debería.

McCoy salió del despacho justo a tiempo para ver cómo todo el mundo bajaba la vista. El silencio era tan denso que podía oírse el tictac del gran reloj que colgaba de la pared del fondo. Se sentó e intentó sacudirse parte del polvo de los pantalones. Encendió un cigarrillo. Poco a poco el habitual murmullo fue creciendo. Se fijó en que Wattie lo miraba fijamente, nervioso, preguntándose qué habría pasado. Se sintió un completo estúpido. No había pensado que Dunlop haría algo. Les había pillado con la guardia baja con lo del asesino que había trabajado para ellos, así que había intentado aprovechar las circunstancias, buscándole las cosquillas a Angela, buscándoselas también a Gibbs. Siempre olvidaba hasta qué punto los ricos son personas a prueba de balas. Lord Dunlop tan sólo había necesitado hacer una llamada para ponerlo en una situación muy jodida.

—¿Estás bien? —preguntó Wattie.

McCoy asintió. Al recoger un expediente de su mesa y fingir leerlo descubrió que le temblaban las manos. La puerta del despacho de Murray volvió a abrirse y salió él en dirección a la gran pizarra que colgaba en la parte de atrás de la comisaría, con un puñado de papeles en la mano. Les

pidió a todos que se le acercasen. Chirriaron las patas de las sillas contra el suelo y los más vagos se acomodaron en el borde de las mesas. Después, silencio. En aquella sesión informativa nadie iba a atreverse a susurrar algo o soltar alguna broma.

Murray se sentó en el extremo de una de las mesas, dejó los papeles encima; nadie en la sala chistaba, todo el mundo esperaba a que empezase a hablar.

—Cuarenta y siete horas, caballeros —dijo—. Cuarenta y siete horas han pasado desde que dispararon a Lorna Skirving en el centro de la ciudad. Sabemos quién lo hizo: Tommy Malone. Hasta ese momento, un chico tranquilo y reservado que trabajaba como jardinero. Lo que no sabemos es por qué. Por qué se montó en un autobús que le llevó a la ciudad y disparó a la joven Skirving. Por qué se pegó un tiro después. Dónde estuvo entre el momento en que salió de Broughton House y llegó a la estación de autobuses. No sabemos qué relación mantenía con Skirving y no sabemos por qué la mató.

Miró alrededor de la sala, a todos los presentes. McCoy intentó mostrarse preocupado, todos los demás parecían aterrorizados. No era una de las habituales sesiones informativas de Murray. No soltaría ni uno de sus horribles chistes, ni leería los resultados de la liga de rugby de la policía que a nadie le interesaba. Esto iba en serio.

—Quiero saber por qué sucedió esto, por qué murió una chica y se suicidó un joven. Disponemos de tres días de gracia antes de que el comisario decida cerrar el caso. Tres días para encontrar respuestas. —De nuevo se puso de pie y señaló—: McCoy, estabas trabajando con la chica para averiguar qué conexión había entre ellos, pero, por lo más sagrado, detente antes de acercarte a los Dunlop, ¿de acuerdo?

McCoy asintió.

Thomson alzó la mano.

—¿Señor? —Murray asintió en su dirección—. Tal vez se trate de una estupidez, pero quizá él no la mató.

Se escucharon unas cuantas risitas para aliviar la tensión. Thomson se puso rojo como un tomate.

—Silencio —bramó Murray—. Sigue.

—Lo que quiero decir es que tal vez mató a alguien. Alguien que resultó ser Lorna Skirving. Una chica cualquiera. Tal vez no haya conexión entre ellos.

Todo el mundo miraba a Thomson. Murray se pasó la mano por lo que le quedaba de cabello.

—Dios —dijo—. No había pensado en eso.

Wattie alzó la mano y Murray le hizo un gesto.

—Buscaba entre la multitud, podía estar buscando a una chica cualquiera, pero yo no lo creo, dio la impresión de que la reconocía en cuanto la vio.

—¿Es cierto eso, McCoy?

McCoy asintió.

—Creo que estaba buscando a Lorna Skirving. Aunque no lo sé a ciencia cierta.

Murray no parecía satisfecho.

—No es posible que un chico vaya a la estación de autobuses para matar a alguien que no conoce. ¿Por qué haría algo así? Tiene que existir una conexión. —Se frotó la incipiente barba que le crecía en el mentón—. Si no la hay, que Dios nos ayude. ¿Wilson? ¿Estás aquí?

Un hombre que estaba al fondo de la sala se puso en pie. Marcus Wilson, un perro viejo, a tan sólo dos años de la jubilación.

—Vas a ser tú, exclusivamente tú, quien se ocupe de los antecedentes del joven y del tiempo que pasó en casa de los Dunlop. No tengo por qué decírtelo, pero trata el asunto con muchísimo

cuidado. Nos guste o no, los Dunlop tienen amigos muy importantes. Alguien de los aquí presentes ya les ha tocado las narices, asegúrate de que no vuelve a ocurrir.

Wilson asintió.

—Señor.

—Y tú —dijo dirigiéndose a McKee—. Revendedores, camellos, alguien tiene que saber algo de esto. —Se incorporó para irse, pero se detuvo—. El novio. ¿Cómo se llama? —Estaba mirando a McCoy.

—¿Se refiere al novio de Nairn? Bobby.

Murray asintió.

—¿Qué tiene él que decir de todo esto?

Estaba a punto de decir que creía que Murray tendría que enviar a una mujer para hablar con él, pero no dijo nada.

—No hemos hablado con él, señor.

—¿No has hablado con él? —McCoy negó con la cabeza—. Hoy lo estás bordando, McCoy, lo estás haciendo de maravilla. —Señaló a Wattie—. También hablarás con el tal Bobby. Esperemos que el señor McCoy no se haya olvidado de interrogar a ningún otro testigo importante.

Algunas sonrisitas, los pelotas del jefe haciendo su trabajo. Murray se puso en pie.

—¿Qué hacéis todavía aquí? ¡En marcha!

Quince

El Che Guevara con su boina. Angela Davis con su peinado afro. «Traed a los chicos de vuelta» escrito sobre la fotografía de un ataúd envuelto con la bandera de Estados Unidos. El despacho de Cowie había cambiado mucho desde la última vez que McCoy había estado allí. Ahora la mitad de las paredes estaban cubiertas de pósteres. Todavía conservaba aquel estúpido pececillo que nadaba en una pecera con agua turbia. Llevaba años allí, debía de ser el pececillo más viejo del mundo. Cowie se había apropiado de la antigua sala para aparejos de caballos, se mudó allí un par de años atrás y ahora se negaba a irse. Con el paso del tiempo, aquel lugar se había convertido en una especie de tienda de objetos de segunda mano. Se había comprado un viejo escritorio, una alfombra descolorida. De tanto en tanto, Murray se pasaba por allí y le ordenaba a voz en grito que se deshiciese de toda aquella basura. Él asentía, decía «Sí, señor» y no movía ni una sola cosa de su sitio.

McCoy no se sentó, se quedó en la puerta, la hoja de papel amarillo con el mensaje en la mano.

—¿Para qué me necesitas, Cowie? Murray me ha pegado un rapapolvo, tengo que ponerme en marcha. —Echó un vistazo al interior. Había un pequeño espacio vacío en una de las paredes. Lo señaló con el mentón—. Por cierto, ¿qué ha pasado con tu calendario Pirelli?

Cowie sonrió. La chica que estaba sentada en el otro escritorio, no. Llevaba una chaqueta militar con pequeñas chapas, tenía el pelo rubio y largo, así como una bonita figura. La mesa que tenía delante estaba llena de libros y de carpetas, y algunas de ellas habían caído al suelo.

—Al contrario de lo que puede parecer, McCoy no es tan gilipollas como parece —dijo Cowie—. Es cosa del trabajo. Por mucho que me duela reconocerlo, bajo ese aspecto suyo es un buen tipo. —Movié el dedo índice entre ellos—. Susan Thomas, te presento a Harry McCoy.

—Le gustan los calendarios de chicas, ¿verdad, señor McCoy? —Era inglesa, con un leve acento londinense.

McCoy iba a asentir, pero negó con la cabeza.

Ella sonrió.

—Bueno, como mínimo lo ha intentado.

—Susan se está doctorando en la universidad —dijo Cowie mientras recogía una pila de papeles que estaban sobre una vieja silla. Le hizo un gesto a McCoy para que se sentase—. Está estudiando comportamientos sexuales perversos y su explotación comercial. Las películas de Super 8 que se venden bajo cuerda, las revistas fetichistas, la prostitución especializada, cosas de ese tipo. Va a ayudarme durante unos meses con ese grupo de enlace. ¿Me recuerdas el título de tu tesis, Susan?

—«La perversión sexual como nuevo artículo de consumo. Explotación, Capitalismo, Fetichización y el Aumento del Yo Incorpóreo».

—Rebuscado —dijo McCoy—. Tendré que leerlo cuando lo hayas acabado. Curioso tema de estudio para una mujer.

Susan estiró los brazos.

—¿Qué puedo decirle? No había plazas para la clase de costura.

—Y te metiste en esa otra —dijo Cowie.

—Ese caso en el que están trabajando..., Lorna Skirving —dijo Susan—. Alasdair me ha contado que encontraron marcas sadomasoquistas en su cuerpo, una actividad por la que a lo mejor le habían pagado.

McCoy volvió a asentir. No estaba seguro de que se tratase exactamente de marcas sadomasoquistas, pero no iba a decírselo.

—Podrían serlo, pero lo suyo eran asuntos de aficionada, según me contó su compañera de piso. Mamadas a hombres de negocios de paso en la ciudad, esa clase de cosas. Dijiste que esas cosas de los latigazos tenían que ver con Madame Polo's, en Park Circus.

—Susan tiene otra teoría, pensé que tenías que oírla —dijo Cowie.

—Solía ser así —dijo—. Uno de los sujetos a los que entrevisté para mi estudio es un abogado que vive en Edimburgo y que viene aquí cada dos semanas por asuntos de trabajo. Cuando está aquí le gusta «mimarse», según sus propias palabras. —Sacó un cigarrillo un tanto maltrecho de una caja de tabaco de metal y lo encendió—. ¿Ha oído hablar de una mujer a la que llaman, o que se hace llamar, Baby Strange?

—¿Baby Strange? ¿Te estás quedando conmigo?

—No es su nombre de nacimiento, obviamente, así es como le gusta que la llamen. La he oído nombrar varias veces en mis entrevistas, pero nadie parece saber gran cosa sobre ella. Resulta muy difícil seguirle la pista, yo lo intenté durante cosa de un mes.

—Pero ¿quién es?

—Es difícil decirlo. Parece estar elaborando un nuevo concepto del oficio...

—¿Qué quieres decir?

—Ve poco a poco —dijo Cowie—. No es tan inteligente como le gusta creer. ¿A que sí, Einstein?

—Cállate, Cowie. ¿Modo de práctica...?

—Básicamente parece estar reordenando la noción de proxeneta o de madam. Nada de locales fijos, nada de chicas fijas trabajando para ella. Opera en los márgenes, fuera de las estructuras comerciales habituales que se dedican a la prostitución. Ella más bien amaña o conecta. Está especializada en las cosas más extremas: jóvenes, drogas, pornografía a medida, esa clase de cosas. Por lo visto la revolución sexual, a pesar de todo el bien que ha hecho, tiene sus inconvenientes. La gente está saturada, busca algo diferente, y eso es lo que ella puede proporcionar.

—¿Algo así como una nueva Madame Polo? —preguntó Cowie.

Ella negó con la cabeza, y se colocó varios mechones de pelo tras las orejas.

—No, completamente diferente, para ser sincera. Entrevisté a Madame Polo. Se parece a Margaret Calvert, habla como una profesora. Ella atiende a hombres de negocios ricos y a jueces que quieren que una criada les dé unos azotes y después tomarse una copa de jerez en una salita. Por eso está en Park Circus, para que todos se sientan como en casa. Baby Strange es diferente.

—¿En qué sentido?

—Me baso simplemente en chismorreos y en aquello que he podido ir recopilando aquí y allí. Por lo visto puede organizar cualquier cosa. Chicas, chicos, orgías, voyeurismo. Lo que se te ocurra.

—¿Crees que Lorna Skirving trabajaba para ella?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero eso podría explicar las heridas.

—¿Tienes su dirección?

—Lo siento, pero no. Ojalá la tuviese. Me encantaría entrevistarla. Si está haciendo lo que he

oído decir que hace, es una reinención económica del modelo convencional, algo muy valioso para mi tesis.

—Pero... —dijo Cowie.

Sonrió recogándole el guante.

—Pero tengo que entrevistar a otro sujeto mañana..., si es que aparece. Será mi tercer intento. Es posible que esta persona la conozca, o al menos que conozca a alguien que sí la conoce.

Cowie juntó las manos, y después se las frotó, dando a entender que el encuentro había acabado.

—Lo siento, McCoy, tenemos que seguir con lo nuestro, puedes darle las gracias a Susan por ayudarte a resolver el caso más adelante, esta tarde tenemos muchas cosas que hacer. —Se puso de pie y abrió la puerta—. Jackie y yo llevaremos mañana a Susan a comer curry; todavía tiene que conocer las maravillas del Shish Mahal. ¿Quieres unirte a nosotros? Pero tienes que prometerme que no hablaremos de trabajo o Jackie me tirará un plato de *pakora* por la cabeza. No es broma.

—¿A qué hora?

—Las ocho en punto.

McCoy se levantó y le dedicó una sonrisa a Susan.

—Gracias por todo. ¿Nos vemos mañana?

—Lo estoy deseando —dijo ella echándose el pelo hacia atrás de nuevo. Sonrió—. Puede traerse al chico amable, ese que tiene escondido.

Dieciséis

Wattie se esforzaba, medio andando, medio corriendo, por seguirle el ritmo a McCoy calle Buchanan arriba. Acababan de convertirla en una vía peatonal, tal como indicaban las señales que colgaban de todas partes con orgullo. Eso significaba que habían pavimentado una calle decente y concurrida, y que habían puesto algunos bancos y unos cuantos tiestos con hierbajos moribundos.

—¿Sabe una cosa? —dijo—. Le matará. Lo descubrirá y le matará.

McCoy siguió caminando. Su intención era llegar allí antes de que la nieve, que volvía a caer, acabase por congelarlo del todo. Wattie se puso a su altura, le agarró del brazo y tiró de él.

—Murray le dijo que se encargase de la chica, que dejase de lado todo lo demás, y lo primero que se le ocurre es correr al Vale para preguntarle a Davey Waters si le vendió una pistola a Tommy Malone. Se va a volver loco.

Allí estaban los dos, quietos bajo la suave nevada, mirándose a los ojos. McCoy se echó el pelo hacia atrás, apartándose de los ojos.

—No va a llegar a saberlo porque no voy a decírselo, y tú tampoco. Así que deja de lloriquear o vete a la mierda. Depende de ti.

El Vale estaba enfrente de la estación Queen Street, y eso a Davey Waters le gustaba. No había demasiados parroquianos entrometidos. La mayoría de la clientela estaba a punto de subir al tren o acababa de bajar de uno. La gente allí cambiaba constantemente. El cartel luminoso que colgaba encima de las dos puertas de cristal del pub prometía mucho más de lo que te encontrabas allí. Era un local alargado con lavabos al fondo, un par de máquinas tragaperras que parpadeaban tristemente y un televisor encima de la barra con un cartel de AVERIADO pegado a la pantalla. McCoy se quitó el abrigo, se sacudió la nieve y echó un vistazo. Lo normal. Un par de borrachos dando buena cuenta de sus medias pintas, un grupo de hombres de negocios con traje de raya diplomática esperando el próximo tren a Edimburgo y Davey Waters sentado en un banco acolchado en la parte de atrás.

—¿Es él? —preguntó Wattie.

McCoy asintió.

—Pide unas cervezas. —Se acercó hasta Waters, tiró de un pequeño taburete con el cojín de vinilo roto y se sentó—. Buenas tardes, Davey.

Davey gruñó algo parecido a un saludo, le dio un trago a su cerveza y mantuvo la mirada fija en el televisor averiado. Tenía cincuenta y tantos y llevaba un traje indescriptible. Lucía un tupé excesivamente aceitoso, lo único que le quedaba de sus tiempos de *rocker*. McCoy sacó su pequeña libreta roja y la abrió por donde guardaba la foto de Tommy Malone que había recortado del periódico. La colocó delante de Davey.

—Lamento interrumpir tu fascinante visión, Davey, pero necesito que le eches un vistazo a esto.

Davey volvió a gruñir, agarró la libreta y observó la fotografía.

—No —dijo devolviéndosela.

—No busco un sí o un no. ¿Quieres decir que no lo has visto nunca?

Wattie llegó con dos pintas y se sentó.

—¿Quién es éste? —preguntó Waters estudiándolo de arriba abajo.

—Es Wattie. Da la impresión de que acaba de salir del colegio, pero es un cabrón de mucho cuidado, Davey, es la nueva apuesta de la comisaría. No tiene reparos, este tío puede reventarte en cuanto te pone la vista encima. Wattie, éste es Davey Waters. Si necesitas que alguien haga un trabajo sucio en nuestra bonita ciudad, éste es tu hombre.

Se abrieron las puertas del pub y entraron tres hombres de cara roja con trajes de tweed. Seguramente acababa de llegar el tren de Inverness.

—¿Has tenido mucho trabajo últimamente, Davey? ¿Le vendiste algo al tipo de la fotografía?

Él negó con la cabeza.

—Bueno, eso está muy bien, Davey. Me tranquiliza saberlo, porque si lo hubieses hecho iba a caer una lluvia de mierda encima. Este tipo disparó a una chica, a unos doscientos metros de aquí, seguro que habrás oído hablar de eso, y el Gran Jefe Murray no está contento, no está nada contento. Quiere que lo pillemos rápido. Así que ha sacado a la calle a todo el mundo para encontrar al que le vendió el arma, y cuando lo encuentre... —McCoy sacudió la cabeza—, no va a ser amable con él. En primer lugar, va a pedirle a Wattie que se deje llevar y después va a asegurarse de que pase una larga temporada en Barlinnie. Te haces una idea, ¿verdad, Davey? ¿Te queda claro? Haberle vendido esa pistola fue un gran error, un error tremendo.

Davey empezaba a parecer preocupado.

—Yo no le vendí nada a ese chico. Es la verdad. Fin de la historia.

McCoy recostó la espalda, le dio un trago a su cerveza. No creía que mintiese. Desgraciadamente. Otro maldito callejón sin salida.

Davey se puso en pie.

—¿Eso es todo?

A McCoy no se le ocurrió otra razón para retenerlo.

—Te diré una cosa, Davey. Voy a decirle a Murray que tú no le vendiste la pistola y tú me dirás dónde pudo conseguirla.

Davey negó con la cabeza. Surgió el orgullo profesional.

—No pudo comprarla en Glasgow. Eso te lo digo sin pedir nada a cambio. —Saludó con la cabeza a los tipos de los trajes de raya diplomática—. Ése es tu problema. ¿No has visto esos anuncios de Jimmy Savile? «Ésta es la era del tren.» Hay muchas armas en Edimburgo, en Newcastle, en Manchester. Hazte a la idea. Todas tuyas por el dinero que cuesta un billete de ida y vuelta. Y ahora, si me disculpas, tengo trabajo que hacer. —Salió de allí dejando batir las puertas.

McCoy vio cómo se alejaba.

—Pues eso es lo que hemos conseguido.

—¿«Un cabrón de mucho cuidado»? —dijo Wattie.

—¿Qué dices?

—No sé si sentirme halagado u ofendido.

—Bueno, piensa que has tenido la suerte de no tener que demostrarlo. Waters te habría hecho saltar los dientes en cuestión de segundos.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Wattie.

—Vuelve a comisaría. Hay que encontrar alguna conexión entre Tommy Malone y Lorna Skirving. Estudia los registros de los servicios sociales. Tal vez ella estuvo al cuidado del Estado en algún momento y se encontraron. Comprueba si estuvieron en un centro de acogida mixto. Creo que hay uno en Dundee, un par en Edimburgo y uno grande en las afueras de Dyce. A ver si sus historiales se solapan. De algún modo tuvieron que conocerse. Después de eso...

—Está de broma, ¿verdad?

—No. Ve al apartamento de Lorna Skirving. Echa un vistazo, tal vez encuentres algo.

—Thomson ya lo hizo. No encontró nada.
—Thomson es un buen tipo para tomarse una copa, pero no es el más avisado del barrio.
—¿Y yo sí? —Wattie sonrió—. ¿Es eso lo que está diciendo?
—Pues sí.
—¿Y adónde va a ir usted?
—Voy a ir a charlar con Madame Polo. No estoy seguro de que Cowie esté en lo cierto. Si esa chica hacía esa clase de cosas, es posible que llegasen a conocerse.
—¿O sea que usted se va a un burdel de lujo mientras que yo tengo que ir a un cuchitril en Royston?
—Forma parte de mis privilegios. Venga, en marcha.

*

Park Circus formaba parte de una serie de casas adosadas de estilo eduardiano construidas en la colina con vistas a Kelvingrove Park. Eran construcciones inusuales en Glasgow, se parecían más a las que podías encontrar en Edimburgo. Era una zona elegante, con casas adosadas para gente rica, algún bufete de abogados, oficinas de bancos privados y un par de hoteles.

La puerta de la casa tenía un timbre y un interfono, sin nombre. McCoy apretó el botón y dijo que quería ver a Jean Baird. Esperó un par de minutos y la puerta, finalmente, se abrió. Salió a su encuentro una chica vestida de criada. Abrió la puerta por completo y le dejó pasar.

McCoy no estaba seguro de lo que iba a encontrarse. ¿Papel pintado con cenefas rojas? ¿Candelabros? Pero no vio nada de eso. Paneles de madera oscura, el tictac de uno de esos relojes de los abuelos, flores frescas en un soporte de mármol y varios cuadros de paisajes con colinas y cañadas en la escalera.

La criada le hizo una seña para que la siguiese. Había una puerta medio oculta entre los paneles de madera; era fácil pasarla por alto. La chica llamó dos veces, se oyó un atenuado «Adelante», empujó la puerta y se hizo a un lado.

Era un despacho pequeño, ocupado principalmente por un enorme escritorio victoriano. Había una mujer sentada al otro lado. Era mayor, pero tenía buen aspecto: cabello recogido, rostro perfectamente maquillado. Le hizo una seña para que se sentase en la silla.

—Bien, ¿señor...?

—McCoy —dijo.

—Bien, señor McCoy, se las ha arreglado para llamar mi atención. No hay mucha gente que pueda llamarme por ese nombre. Ya no. ¿Qué puedo hacer por usted?

McCoy rebuscó en su bolsillo y sacó su identificación de policía. Ella la estudió, asintió y él volvió a guardarla en el bolsillo.

La mujer le dedicó una sonrisa de complicidad.

—Doy por hecho que está usted al corriente de ciertos, cómo expresarlo..., acuerdos a los que llegué con algunos colegas suyos ubicados en lo más alto del escalafón.

McCoy asintió.

—No estoy aquí en busca de sobornos, señora Baird.

Ella alzó la mano.

—Helene, por favor. No respondo a otro nombre desde hace muchos años.

McCoy sacó la pequeña fotografía de Lorna Skirving y la dejó sobre la pulida superficie del escritorio. Ella la tomó, la miró un rato y volvió a dejarla.

—Necesito saber si trabajó aquí.

Miró a McCoy como si se hubiese vuelto loco.

—Señor McCoy, doy por hecho que está al corriente de la clase de establecimiento que dirijo. Para mí y para mis clientes, la discreción es primordial.

La puerta volvió a abrirse y apareció la criada.

—Creía que te había dicho que llamasess siempre antes de entrar —espetó Helene.

La criada parecía aterrorizada.

—Es el señor Cameron, está...

Helen alzó la mano.

—Suficiente —dijo en un siseo. Se puso en pie y rodeó el escritorio—. Si eso es todo, señor McCoy... Hay algo que requiere mi inmediata atención.

Él sonrió y se levantó de la silla.

—Está bien, esperaré —dijo—. Hay algunas cosas más que quiero preguntarle, si a usted le parece bien.

La mujer dudó entre dejar solo a McCoy en el despacho e ir a atender al señor Cameron, fuera quien fuese. Se oyó el ruido sordo de muebles al moverse y algo así como un grito ahogado; parecían llegar directamente de la planta de arriba. Eso la obligó a tomar una decisión. Salió a toda prisa, tras decir que regresaría en un par de minutos.

Un par de minutos era tiempo más que suficiente. McCoy pasó al otro lado del escritorio y empezó a abrir los cajones. En el de arriba había poco más aparte de facturas y cosas de oficina. Nada destacable en los otros. Aunque en el cajón de abajo encontró una botella de vodka medio vacía. Eso era todo. Había una caja grande de cartón en el espacio reservado para las piernas. Estaba cerrada con cinta adhesiva, la factura del impresor estaba pegada encima, con la dirección del número 12 de Park Circus. Quien no se arriesga, no gana. McCoy se hizo con el abrecartas que había en el escritorio, cortó con él la cinta adhesiva y abrió las tapas de la caja. Estaba llena de revistas. Muchos ejemplares de una sola revista, para ser exactos. *Jezebel*.

McCoy sacó una y la hojeó. Lo que cabría esperar: fotografías guarras de una calidad más que aceptable, la mayoría de ellas de chicas desnudas atadas y de tipos que estaban a su lado, con látigos y, en un caso, con un bate de críquet. Debería llevarse una para Ally el Sucio. Estaba a punto de volver a meterla en la caja cuando una de las imágenes llamó su atención. En la fotografía aparecía una chica atada a una silla, sin nada de ropa a excepción de unas botas de tacón alto, y un hombre con látigo, máscara y una polla enorme de pie a su lado. Hurgar había merecido la pena, después de todo. Se metió la revista en el bolsillo, cerró la caja de nuevo y la deslizó bajo el escritorio, se sentó en su silla y se dispuso a esperar.

Un par de minutos más tarde reapareció Helene; por su gesto, parecía algo menos serena. Tras sentarse, se recogió algunos mechones de cabello que se le habían soltado del moño y abrió el cajón de abajo.

—¿Un trago? —dijo sosteniendo la botella de vodka.

McCoy asintió. Ella llenó dos vasos y le entregó uno.

—¿Problemas? —preguntó.

Helene negó con la cabeza.

—Nada que no podamos gestionar. —Le dio un trago al vodka—. ¿Qué otra cosa quería preguntarme, señor McCoy?

El policía se sacó la revista del bolsillo, la abrió por la página en la que salía la chica y la colocó sobre el escritorio, delante de ella.

—Alguien le disparó el otro día en la estación de autobuses. Sabemos quién fue, pero no tenemos ni idea del porqué.

Helene le miró a los ojos, sin pestañear.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo, señor McCoy?

—¿Trabajó aquí?

No respondió.

Él dejó escapar un suspiro. Nunca le ponían las cosas fáciles.

—Usted no es estúpida, Helene. Lo que ha levantado aquí cuesta muchos años de trabajo. ¿Realmente quiere que lo tire todo por tierra?

Ella ni siquiera pestañeó.

—Como ya le he dicho, señor McCoy, tengo ciertos acuerdos con miembros destacados de su cuerpo. Miembros que ocupan cargos muchísimo más elevados que el suyo. Será mejor que mida sus palabras.

McCoy golpeó con los dedos la fotografía de Lorna.

—¿Trabajó aquí?

Ella le dio un trago al vodka y lo miró.

—Le voy a decir cuál es el modo inteligente de hacer esto, Helene. Dígame lo que necesito saber y en diez minutos estaré fuera. Nunca volverá a verme. Su establecimiento no constará en ningún, se lo juro. —Guardó la foto de Lorna en su cartera. No hubo respuesta. Hizo un último intento—. Mi superior es el inspector jefe Murray —dijo—. Dudo que haya oído hablar de él, no tiene tratos con los capitostes de la Central ni del Tribunal Superior de Justicia. Lo único que le interesa es descubrir por qué mataron a esa chica. Le importa una mierda a quién o qué tenga que echar abajo para lograrlo. Si eso implica tener que entrar a saco en este local a plena luz del día y con todos los periódicos esperando en la puerta, lo hará. Créame, lo hará. Se trata de un caso de asesinato. Écheme una mano.

Había lanzado su gran baza. Ahora la pelota estaba en el tejado de Helene. McCoy no mentía, Murray echaría abajo ese lugar, pero llevaría tiempo conseguir las órdenes judiciales, y no disponían de él. La miró fijamente. Ella no apartó la mirada. Pudo oír el tictac del reloj en el pasillo, así como el rítmico chirrido de una cama en la planta de arriba.

—Lorna Skirving —dijo ella finalmente— trabajó aquí durante poco más de un mes, en noviembre. Nunca estuvo, cómo decirlo, a la altura de lo que se exige aquí a nuestras chicas, pero estaba interesada en áreas muy especializadas, áreas sobre las que tenemos demanda. Pero era más un problema que otra cosa. Un cliente se quejó de que le faltaba dinero de su cartera. Tuve que prescindir de ella.

McCoy asintió. Lo entendía.

—Las citas privadas con clientes están prohibidas. Lorna nunca fue capaz de seguir esa norma. Entabló una relación con uno de ellos. Era un hombre joven, una excepción. La mayoría de nuestros clientes son de mediana edad o mayores. Se sentía muy orgullosa, ya sabe, les hablaba de él a las otras chicas. Hablaba de él demasiado abiertamente, de hecho.

—¿A qué se refiere? —preguntó.

—Les dijo que había empezado a hacer visitas fuera de la casa, algo totalmente prohibido. No es seguro ni para las chicas ni para los clientes, pero pasa. Estas chicas son codiciosas, les gusta hacer trabajos en los que no tengan que pagar su parte a la casa. Le dijo a otra de las chicas que ese novio suyo le había pagado por todo un fin de semana.

—¿Dónde fue eso?

—Tiene su gracia, fue a un par de números más abajo, en esta misma calle. Una casa de Park Circus. Una casa que suele estar vacía. Por lo visto, ese hombre rara vez la utiliza, tiene otras.

—¿Sabe el número exacto?

Helene negó con la cabeza.

—No, pero estaba al lado del hotel Bon Accord, mirando al parque.

—¿Y quién era ese novio? —insistió McCoy.

Ella volvió a negar con la cabeza.

—Lo cierto es que no lo sé, pero si lo supiese tampoco se lo diría. Así es como trabajamos aquí, señor McCoy. En cuanto salen por esa puerta, el anonimato es total.

—¿Qué les contó de él a las otras chicas? —preguntó.

—Dijo que era mucho mejor que cualquiera de los hombres que había conocido. Lorna no era una mala chica. No era muy despierta, pero no se merecía acabar así.

McCoy se levantó de la silla y ella lo acompañó por el pasillo hasta la puerta principal.

—Descubra qué le ocurrió, señor McCoy. —Bajo la luz del vestíbulo, Helene parecía mayor, cansada—. La gente mira por encima del hombro a las chicas que trabajan aquí, creen que no valen nada. Pero son sólo chicas, ni mejores ni peores que cualquier otra persona.

McCoy dijo que haría todo lo posible por descubrirlo y salió a la tranquila Park Circus. Esperó. Volvió a llamar al timbre. La criada abrió la puerta y él se llevó el dedo a los labios. *Chist*. Sacó su paquete de cigarrillos y se lo ofreció. Ella echó un vistazo a su espalda y a ambos lados de la calle, después dio un paso y salió a las escaleras. Él le encendió el cigarrillo.

—¿Conociste a Lorna Skirving? —le preguntó.

La criada asintió.

—¿Sabes quién era su novio?

Volvió a asentir. McCoy pilló el mensaje. Sacó un par de libras de su cartera. Ella se las guardó bajo su diminuto vestido negro.

—No sé cómo se llama. Nunca nos dijo su nombre, dijo que quería discreción.

—Dios. Bueno, ¿qué es lo que sabes de él? Dispongo de pocas libras para el recuerdo.

—A él le gustaban, ya sabe, las cosas que ella hacía profesionalmente.

—¿Dolor?

Ella asintió.

—Todo ese rollo. Siempre andaba yendo y viniendo. Vivía en el campo. En Aberfoyle o algo parecido.

—¿Drymen? ¿Broughton House?

Se encogió de hombros.

—No lo dijo.

McCoy se dispuso a marcharse.

—Ella dijo que era su billete de salida. Que no iba a perderlo, costase lo que costase.

Diecisiete

McCoy no sabía por qué estaba sentado a su mesa. En la comisaría nunca podía pensar, nunca se sentía tranquilo. Sin embargo, había decidido que lo más adecuado era que Murray le viese trabajando en su escritorio, a pesar de que básicamente estaba perdiendo el tiempo mirando al infinito. Wattie dejó una taza de té en su mesa. McCoy le dio un sorbo e hizo una mueca.

Wattie sacudió la cabeza.

—Jamás está contento, ¿verdad?

Observó cómo Wattie se reclinaba en su silla, sacaba su bloc de notas y se enderezaba frente a la máquina de escribir. A falta de algo mejor que hacer, McCoy sacó su libreta roja. La abrió. Dejó escapar un suspiro. No sabía dónde encontrar la inspiración. Tomó un trago de aquel té nauseabundo. Si el novio de Lorna Skirving era de Drymen o de algún lugar cerca de Broughton House, podría encontrar ahí la conexión con Tommy Malone. ¿A quién conocía él en Drymen que fuese lo bastante despreciable como para andar tirándose a una chica de diecinueve años a espaldas de su novia? Jimmy Gibbs. Cuanto más pensaba en ello, más factible le parecía esa posibilidad. Era el encargado de las propiedades de los Dunlop. Si la familia tuviese una casa en Park Circus, él tendría acceso a ella. Se dio cuenta, con un sobresalto, de que Murray estaba a su lado.

—¿Estás ocupado? —preguntó Murray.

—Le estaba dando vueltas a una idea...

—¿Una idea? ¡Los cojones! Wattie, ven aquí. —Wattie obedeció—. ¿Adónde pudo ir? —preguntó Murray.

—¿Quién? —preguntó McCoy.

—Malone estuvo perdido cuatro días. Tuvo que ir a algún sitio. ¿Adónde?

—Podría haber ido a su casa —dijo McCoy—. Lo malo es que no tenía una puta casa.

—Todo el mundo tiene una casa, un sitio al que ir —dijo Wattie.

—Qué bonitas palabras. ¿Las has sacado de una canción? Estamos en el buen camino, por lo visto... —Murray dejó de hablar y miró a McCoy, que empezaba a darse cuenta de la que se avecinaba—. Tú conoces a algunas personas que no viven en ningún sitio, ¿verdad, McCoy?

—Venga ya. No fue más que un jodido caso, señor, eso fue todo.

—Vagabundos, pirados, borrachos... Yo creía que tú eras una especie de mesías para ellos.

—¿Cómo dice? —dijo Wattie.

—¿No has oído hablar de eso? McCoy resolvió un importante caso de asesinato en 1970. Un vagabundo mató a otro vagabundo. A nadie le importaba un pimiento, excepto a nuestro chico de oro.

—No es justo, señor.

—Al parecer, un bastardo que vivía en la calle llevaba a los borrachos hasta el río Clyde. Les quitaba el dinero, se quedaba con un porcentaje de lo que mendigaban. Uno de ellos no lo soportó más y le acuchilló. Gracias al emotivo discurso de McCoy, los cargos de asesinato se redujeron a los de homicidio culposo, así que le cayeron sólo dieciocho meses. Desde entonces, McCoy no puede caminar por las calles sin que le pare algún borracho y le dé la mano. Para ellos es un puto

héroe.

Wattie se echó a reír.

—El rey de los borrachos.

—McCoy, ve a ver a tus colegas. Tal vez el chico estuvo por ahí o quizá sepan algo.

—Señor...

—Ve a verlos. No da la impresión de que estés haciendo nada útil aquí. Haz unas cuantas preguntas, nunca se sabe. Y sólo Dios sabe lo que podemos llegar a hacer durante un receso.

Dieciocho

Por lo que sabía McCoy, la caída era un proceso estructurado en etapas. Vivías en una casa. Te desalojaban. Te ibas a vivir con otros borrachos a un piso. Vivías en un hostel. Vivías en un refugio del Ejército de Salvación. Vivías en cualquier refugio donde todavía te aceptasen. Vivías en un edificio abandonado. Vivías en la calle, habitualmente junto a las rejillas de la estación de St. Enoch, por las que salía aire caliente.

Después de eso, te instalabas irremediabilmente en la desesperanza. Llegados a ese nivel, ya nadie se muestra demasiado quisquilloso. Metanfetaminas, agua con gas de las tuberías burbujeantes, laca del pelo filtrada con leche; cualquier cosa. Loción para después del afeitado, abrillantador de zapatos hervido.

Así pues, empezaron por las Grates, el punto más bajo al que podías llegar si esperabas respuestas coherentes. La gente con la que hablaron se mostró amistosa, al menos la mayoría de ellos. Echaban un vistazo a la fotografía y reflexionaban. Decían que a lo mejor lo habían visto, que no estaban seguros. Intentaban ayudar a McCoy. Wattie se hacía a un lado la mayor parte del tiempo, esforzándose por no taparse la nariz o hacer una mueca de desagrado. Le estaba costando mucho fingir adecuadamente. A punto ya de marcharse, camino del comedor de beneficencia de Broomielaw, oyeron cantar a alguien «Danny Boy» y dos personas emergieron del paso subterráneo de la estación envueltas en abrigo y mantas raídas. El paso era como un claustro, con gruesos pilares sosteniendo los arcos. La mujer echó la cabeza hacia atrás y cantó con todas sus fuerzas. Su voz resonó en aquella especie de claustro: debía de ser magnífica en otro tiempo, pero ahora era ronca, no llegaba a las notas más agudas, aunque seguía transmitiendo emoción.

Todo el mundo dejó de hablar para escucharla cuando se acercó. Acabó cantando: «*Oh Danny Boy, I love you so!*». Hizo una reverencia y cayó al suelo. El hombre que iba a su lado la ayudó a levantarse y le arrancó la botella de vino tinto de la mano.

Ella hizo otra reverencia, pero en esta ocasión logró mantenerse en pie. Su compañero miró a McCoy. Tenía pinta de estibador o de albañil, con un gorro de lana en la cabeza, brillantes ojos azules en su rostro rubicundo y barba.

—Virgen santa, eres tú. McCoy. ¿Cómo va todo?

—Estoy bien, Eamonn, estoy bien. ¿Y a ti qué tal te va?

—¿Sabes que murió en la cárcel?

McCoy asintió.

—Eso he oído.

Eamonn se persignó.

—Que Dios le tenga en su gloria. Hiciste algo bueno, hijo, algo bueno, no lo olvidaremos. — Cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro, dejó a la mujer junto a una de las rejillas, al lado de un hombre bajito sin dientes—. Le ha dado mucho al tintorro. ¿Quién es éste? —preguntó mirando a Wattie.

—Wattie. Es nuevo en la casa. Me está ayudando.

Eamonn le tendió una mano extremadamente sucia, a la que le faltaba un dedo. Wattie correspondió al saludo y asintió.

—Tú no eres de Glasgow, ¿verdad, hijo?
—¿Cómo lo sabe? —preguntó.
Eamonn se encogió de hombros.
—¿Qué haces por aquí, McCoy?
McCoy sacó la foto. Señaló a Malone.
—¿Lo has visto por la zona? Es posible que estuviese viviendo en la calle.
Eamonn negó con la cabeza.
—Parece uno de los montones de jóvenes que ves en la calle. ¿Qué ha hecho?
—Nada. Está muerto. Estoy intentando descubrir en qué andaba metido antes de morir. ¿Tienes algo que hacer la próxima hora?
Eamonn sonrió.
—No. ¿Quieres que te lleve de la mano?

McCoy conducía. Eamonn iba sentado a su lado. Wattie, en el asiento de atrás. Nevaba con fuerza. La calefacción estaba a tope, pero Wattie bajó la ventanilla, intentando que no se percatasen. A Eamonn el movimiento no le pasó desapercibido.

—Me temo que no huelo tan bien como el sitio del que tú vienes, hijo. Estuve trabajando en los campos de patatas cerca de Ayrshire. Yo y todos los pobres irlandeses mierdosos. Un lugar muy bonito. ¿Eres de allí?

—Greenock —respondió—. Al norte. —No había abierto la boca desde que habían llegado a las Grates. Todavía parecía conmocionado.

—Era bonito trabajar en el campo: dos semanas y después baile en el campamento. Todo el mundo se emborrachaba. Una chica de Gweedore me dejó que me la tirara...

—¿A la izquierda? —preguntó McCoy. No sabía adónde iban; supuso que debía de tratarse de algún lugar detrás de la central eléctrica de Dalmarnock.

Eamonn se puso a mirar a través de la ventanilla empañada.

—Sí. Para en el siguiente edificio.

Se detuvieron frente a las puertas de una fábrica medio demolida. A un lado había una enorme pila de ladrillos y mampostería en un charco de barro del tamaño de una piscina. Un cartel de hierro torcido sobresalía del agua, rodeado por una fina capa de hielo: THOMSON: «LO MEJOR EN EL OESTE DE ESCO...

—¿Qué es este lugar?

—Ni idea. ¿Eamonn? —dijo McCoy.

Eamonn sacó la botella de vino tinto de su bolsillo y le dio un trago; se la pasó a McCoy, que hizo lo propio. Golpeó la ventanilla con el nudillo.

—¿Esto? Esto, hijo, es donde no te gustaría acabar.

Rodearon la parte de atrás de la fábrica y se abrieron camino entre charcos congelados. Wattie llevó a McCoy a un lado.

—¿Está seguro de lo que estamos haciendo? No tengo ni idea de adónde vamos. —Parecía asustado, cambiaba el peso del cuerpo de un pie a otro, la mirada perdida en la distancia—. ¿Qué demonios de sitio es éste?

McCoy estudió la fábrica abandonada.

—Esto, Wattie, es el final del camino. Donde acaba la Legión de los Malditos. La policía jamás viene por aquí. Joder, ni siquiera el Ejército de Salvación se aventura. Es demasiado peligroso. Por eso necesitamos a Eamonn. Si realmente Malone no tenía ningún lugar al que ir, posiblemente acabó aquí.

Wattie apartó la vista, se frotó la boca con el reverso de la mano.

—Mira —dijo McCoy—, mejor quédate aquí. Si no hemos regresado en una hora, llama a una patrulla, ¿de acuerdo? —Después de todo sólo llevaba tres días en ese trabajo, y habían sido infernales.

Wattie asintió agradecido.

—¿Le parece bien?

En realidad no se lo parecía, pero prefería que se quedase fuera y que no supusiese un peligro para todos.

—Quédate fuera.

Eamonn le esperaba junto a una ventana tapiada a la altura del suelo. Le pasó la botella de vino tinto con lo poco que quedaba.

—¿Quieres?

McCoy dio buena cuenta.

—Como siempre. —Se dispuso a seguir avanzando, pero Eamonn alargó el brazo para detenerlo—. Sólo vamos a preguntar por el tipo de la fotografía, ¿de acuerdo? No vas a meter las narices en nada más. ¿Trato hecho?

McCoy asintió.

—Trato hecho.

Eamonn apartó un par de tablas sueltas y entraron. Estaba oscuro, así que tuvieron que esperar un minuto para que sus ojos se adaptasen. Eamonn señaló una tenue luz que llegaba desde la parte de atrás del edificio, haciendo apenas visible unas escaleras. Se dirigieron hacia allí, lentamente, observando con atención a cada paso. El suelo estaba cubierto de viejas piezas de maquinaria, cristales rotos y varias palomas muertas. Sentado en la parte inferior de las escaleras había un hombre: mediana edad, gafas de cristales gruesos, chubasquero, un cuaderno en la mano. Escribía algo en él, letras diminutas cubrían todas las páginas. No alzó la vista cuando pasaron a su lado, simplemente siguió escribiendo, mascullando entre dientes.

McCoy pudo escuchar ruidos a medida que subían las escaleras. Sonaba una radio a bajo volumen, alguien lloraba. Llegaron a la primera planta y McCoy miró a su alrededor, alucinado. Habían echado abajo las paredes interiores de la fábrica, dejando un espacio diáfano del tamaño de una pista de tenis. Había pequeñas fogatas, grupos de personas alrededor de ellas y un par de perros rondando. Escuchó risas a su espalda, y al darse la vuelta vio a una mujer saliendo de entre las sombras. Estaba desnuda, su grueso cuerpo pálido bajo la luz intermitente. Con una mano se limpiaba la entrepierna con una toalla, con la otra bebía de una botella de sidra. Se acercó a la hilera de viejos arrellanados junto a la pared del fondo, asintió a uno de ellos, que se puso en pie y la siguió hacia la oscuridad.

McCoy se dispuso a decir algo, pero Eamonn le hizo callar con un gesto de cabeza. Habían hecho un trato. No podía decir nada. Señaló una pequeña fogata en una esquina. Había varias personas sentadas alrededor, pasándose una botella.

—Siéntate ahí. No tardaré. ¿Tienes la foto?

McCoy se la pasó y Eamonn se dirigió hacia el rincón más alejado. McCoy caminó hasta la fogata y saludó con la cabeza. Los que estaban allí no le prestaron demasiada atención; lo habían visto con Eamonn y eso era suficiente. Se sentó en un sofá grande, reventado, junto a una chica que lucía un embarazo muy avanzado y que cogía de la mano a un chico cuyo rostro era, todo él, una roja marca de nacimiento. McCoy tendió su paquete de cigarrillos, todos se hicieron con uno; algunos dieron las gracias. Siempre era el modo más fácil de hacer amigos. Una vieja con la cabeza afeitada, y una cicatriz que cruzaba su coronilla de un lado a otro, le pasó una botella; tenía

las largas uñas manchadas de tabaco. McCoy agarró la botella y le dio un trago antes de pararse a pensar. El contenido le golpeó dentro como si se tratase de una piedra, maldijo entre dientes; parecía ácido de batería. La mujer calva le sonrió. No tenía dientes.

—Buen material, ¿eh?

Asintió y trató de devolverle la botella a la vieja, pero ésta señaló a la chica embarazada. Se la pasó y la chica le dio un buen trago sin siquiera pestañear. Después le pasó la botella al chico con la marca de nacimiento.

McCoy recostó la espalda en el sofá e intentó asimilar lo que estaba ocurriendo. Un adolescente, con un rostro parecido al de los integrantes de las bandas que aparecían en el programa *Top of the Pops*, con una camisa reluciente, pantalones anchos y zapatos amarillos de plataforma, apareció por las escaleras. Sonreía. Llevaba de la mano a un hombre bien vestido de mediana edad. Traje, abrigo, zapatos caros de color negro, abillantados muy probablemente por su esposa. El joven caminó hasta la ventana, tiró del hombre tras él, y se situaron frente a una diminuta mujer que había colocado una hilera de latas y botellas en un tablón, frente a ella. El joven se volvió, besó al hombre en la boca y señaló una botella de vodka. El hombre sacó su cartera, le entregó sin dudar un billete de cinco libras a la mujer y los dos se fueron hacia la oscuridad. El joven cantaba, como si no le importase lo que tenía a su alrededor.

—«*I'll be your long-haired lover from Liverpool...*»

McCoy les vio alejarse sin olvidar lo que Eamonn y él habían acordado. Estaba allí por Malone. Exclusivamente. Dio un par de tragos más al mejunje de la botella cuando le llegó el turno y, a cambio, volvió a tender su paquete de cigarrillos. Le echó un vistazo a su reloj. Hacía media hora que Eamonn se había marchado. Un hombre mayor vestido con lo que parecía un hábito casero de sacerdote surgió de la oscuridad enumerando los libros del Viejo Testamento una y otra vez. McCoy no pudo evitar repetirlos él mismo, como si de un recuerdo residual se tratase.

—Génesis, Éxodo, Levítico, Números...

Aún los repetía entre dientes cuando se percató de que Eamonn estaba allí, moviendo la cabeza.

—No te ha costado nada convertirte en uno de los de aquí, ¿eh? Venga. He encontrado a alguien que lo vio.

McCoy lo siguió por las escaleras cubiertas de basura hasta la siguiente planta. No tardó en darse cuenta de que lo que había allí hacía que la planta de abajo pareciese acogedora. No había fogatas, tan sólo unas cuantas velas. Pudo oír un gruñido, alguien que lloraba. El hedor a orines lo llenaba todo. Eamonn caminó hacia la parte de atrás. McCoy le seguía el paso, no quería apartarse de él. Había una chica sentada con las piernas cruzadas sobre un colchón asqueroso en una esquina, con un chico dormido a su lado. La luz de una vela iluminaba su hermoso rostro; también las cicatrices y los cortes que tenía en sus delgados brazos. Era poco más que una adolescente. Guardaba un pequeño cachorro en el interior de su chaqueta, la cabeza sobresalía por entre los botones.

—Ésta es Beezy —dijo Eamonn—. Ha reconocido a tu chico.

—¿Es verdad eso? —preguntó McCoy acucillándose—. ¿Dónde lo viste?

Ella lo miró, no dijo nada. Su compañero gruñó y se dio la vuelta. McCoy rebuscó en su bolsillo y sacó un par de libras.

—¿Conoces el Hamilton? —preguntó la chica guardando el dinero bajo el colchón—. ¿Cerca de Parkhead?

McCoy asintió. Hablaba del antiguo hospital. Llevaba cerrado muchos años. Ahora estaba ya medio abandonado.

—Allí. Hay gente viviendo dentro. Los de seguridad echan a todo el mundo cada dos semanas,

pero no pueden encontrarlos a todos porque es enorme. Ivan y yo nos quedamos allí una noche y ese chico... ¿Tommy?

—Sí, Tommy.

—También estaba allí. No tenía dinero, no tenía nada, así que le dimos media barra de pan. Nos preguntó si queríamos ácido.

—¿Qué has dicho?

Hizo un gesto hacia un lado.

—A Ivan le gusta. Yo no tomo de eso. Tommy nos dijo que llevaba días colocado. No me sorprendió: su cerebro estaba hecho una mierda.

—¿A qué te refieres? —preguntó McCoy.

—No dejaba de hablar de su «misión», de que había sido escogido. No tenía ningún sentido. Nos dijo que un tipo llamado Alistair lo estaba guiando, que se comunicaba con él en un plano diferente. Es lo que pasa cuando tomas ácido.

—¿Dijo en qué consistía su misión?

Ivan se incorporó y se inclinó hacia delante.

—Dijo que tenía que liberar a alguien y que así se liberaría él también. Que se acercaba el momento de irse.

—¿De irse? —preguntó McCoy—. ¿De irse de dónde? ¿Del Hamilton?

Ivan negó con la cabeza.

—De aquí. De la tierra.

*

Debían de haber estado esperando fuera de su apartamento. Esperando su momento, estudiando bien el lugar. Dispusieron, además, de un inesperado golpe de suerte. Las farolas de la calle Gardner se apagaron y la calle quedó completamente a oscuras. McCoy había dejado a Eamonn de vuelta en los Grates y después a Wattie con su casera. Estaba cerrando la puerta del coche, bostezando, ansioso por pillar la cama, y antes de entender qué estaba ocurriendo alguien le agarró del brazo, se lo dobló por la espalda y lo empujó hasta un callejón escondido entre los edificios. Intentó darse la vuelta para ver de quién se trataba, pero el tipo era bueno: cada vez que volvía la cabeza, el otro tiraba con más fuerza de su brazo, incrementando el dolor. Pudo apreciar que había más de una persona detrás de él, tenían que ser dos o tres. Lo estrellaron contra una pared, con fuerza. Se golpeó la cabeza y notó cómo la sangre le brotaba de la nariz. Entonces empezaron las patadas. Quiso mantener la guardia alta, pero un buen puñado de golpes impactaron en su cabeza antes de lograrlo. Los golpes prosiguieron. Le rompieron un diente, le propinaron una patada en los riñones. Gruñidos y respiraciones agitadas. Se apoyó en la pared con la intención de ofrecer la menor superficie de impacto posible, pero uno de sus agresores le agarró del pie y tiró de él hasta situarlo en mitad del callejón para tenerlo más fácil. Alzó la vista y creyó reconocer a alguien, pero entonces una bota le golpeó de lleno en un costado de la cabeza. Ahí acabó todo. Oía cada vez menos, parecía que todo sucedía muy lejos; aún podía oír los gruñidos que soltaban al golpearle, pero eran cada vez más tenues. Podía sentir cómo la sangre salía por su boca y el constante golpeteo de las patadas. Después, nada.

Diecinueve

8 de julio de 1951

Empezó a llorar en cuanto la vio salir por la puerta de la cocina y acercarse. Ella tenía el plato extendido frente a sí, con una servilleta de lino blanco cubriéndolo. Él miró a Stevie, pero éste había bajado la cabeza, no podía hacer nada al respecto, nadie podía. Cuando ella apartó la servilleta le llegó el olor y se le revolvieron las tripas. No podía respirar. Oyó la voz de ella, suave y razonable.

—¿Te lo vas a comer de una vez, jovencito?

A esas alturas no hacía otra cosa que sollozar, negando con la cabeza. Las lágrimas le caían por las mejillas.

—Hay niños que se mueren de hambre en África y tú no quieres comer lo que Dios te ha dado. —Ella dejó el plato frente a él y le obligó a agarrar la cuchara—. Tu comportamiento me ofende, ofende a los niños que se mueren de hambre y también a Dios Nuestro Señor. Seguiré sacando este plato hasta que te lo comas. Así que ya puedes empezar.

McCoy bajó la vista con los ojos anegados en lágrimas. Estofado frío de cordero, trozos de grasa y cartílago sumergidos en una salsa acuosa, todo ello mezclado con el vómito que él había vertido sobre aquel plato el día anterior, cuando ella intentó meterle la cuchara hasta la garganta. Quería ver a su madre, a su padre, quería a cualquiera que pudiese hacer que aquello se acabase. Las ventanas del comedor estaban abiertas, el sol de verano se colaba por entre las ramas de los árboles, moteando las paredes. Todo el mundo estaba en silencio, unos doscientos niños con las cabezas gachas, pensando en la suerte que tenían de que no les estuviera pasando a ellos; al menos no ese día. Asió la cuchara con mano temblorosa y la introdujo en la masa repugnante que había en el plato. La hermana Agnes no le quitaba ojo de encima, animándole con una sonrisa dibujada en su adorable rostro joven. Cuando la cuchara estaba ya a medio camino de su boca, la soltó. Las arcadas convulsionaron su cuerpo. Ella le golpeó en el nuca. Con fuerza.

—Deja de llorar. Estás fingiendo, no te pasa nada. Cómetelo. Cuanto antes te lo comas mejor, los dos nos quedaremos aquí hasta que lo hagas.

—Que te den por saco, vaca de mierda, déjalo en paz.

Se escuchó un gemido colectivo. Los tenedores se detuvieron en el aire. Stevie Cooper estaba de pie, un niño de once años marcado por la rabia y el dolor, con los puños apretados a ambos lados. Se inclinó hacia delante y le dio un golpe al plato que salió volando de la mesa. Impactó contra el suelo de piedra y los restos mancharon las piernas de la hermana Agnes.

—¡Vaca de mierda, eres una vaca de mierda!

Stevie le gritaba, insultándola con todo lo que se le ocurría, intentando rodear la mesa para alcanzarla. El padre Kelly se precipitaba ya hacia él desde el fondo del comedor. Stevie echó a correr, se detuvo para abrir las puertas y pensó que lo había conseguido cuando uno de los hermanos cristianos salió de detrás de una mesa y le hizo tropezar. Salió volando, se dio contra una hilera de sillas y el hermano lo alcanzó en cuestión de segundos, inmovilizándolo.

McCoy quiso salir corriendo en dirección a ellos, pero la hermana Agnes era demasiado rápida, lo detuvo clavándole las uñas en el brazo izquierdo. Se esforzó por liberarse, pero ella apretaba con demasiada fuerza. No pudo soltarse. El padre Kelly caminaba ya en dirección a Stevie al tiempo que se sacaba el cinturón de cuero de las presillas del pantalón. Lo alzó por encima de su cabeza y lo dejó caer con todas sus fuerzas en la cara de Stevie. Éste chilló de dolor y el ruido resonó en la amplia sala del comedor. Alrededor de McCoy, los niños estaban inclinados sobre sus platos de comida, negándose a mirarlo. Algunos de ellos lloraban, metiéndose la comida en la boca con celeridad al tiempo que el padre Kelly arrastraba a Stevie por el suelo, más allá de las puertas del comedor.

De algún modo, logró escaparse. Todo el mundo sabía adónde lo llevaba el padre Kelly: a la celda de seguridad que había en el sótano. Lo dejaría allí tres días por lo menos. Nadie podía salir de aquella celda, tenía un candado y el padre Kelly guardaba la llave en su cinturón. Sin embargo, lo hizo. McCoy se despertó y allí estaba Stevie, a los pies de la cama. Empezó a llorar en cuanto lo vio. Estaba cubierto de sangre; estaba por todas partes, en el pelo, por todo el cuerpo. Había teñido de rojo sus calzoncillos blancos. También tenía rojo uno de sus ojos, bañado en sangre.

—Muévete —dijo Stevie. Se tumbó en la cama y se cubrió con las sábanas—. No sé por qué lloras —dijo—. Soy yo el que lo ha hecho.

Pasaron la noche en la cama. Ninguno de los dos durmió gran cosa. Stevie estaba dolorido y McCoy atemorizado. La sangre iba empapando poco a poco las sábanas. También le estaba cubriendo a él. Intentó colocarse en el otro extremo de la cama, pero fue inútil, no pudo huir. Podía sentirla en sus brazos, viscosa y fría. También podía olerla. Sabía que, si se daba la vuelta, vería a Stevie cubierto de ella, en el pelo, en la cara; por todas partes.

Pero lo peor de todo era que se sentía avergonzado. Avergonzado de desear que Stevie estuviese en la celda de seguridad, no allí, manchándolo de sangre. No quería que estuviese allí por la mañana, cuando el padre Kelly descubriese que se había fugado y sospechara que McCoy tenía algo que ver.

Aun así, se quedó dormido. Cuando despertó, era de día y el padre Kelly estaba a un lado de la cama. El sacerdote agarró a Stevie con mucha fuerza. El chico parecía aterrorizado.

—Tú también, muchacho —le dijo el padre Kelly a McCoy—. Como si fueseis unos malditos ladrones. —Lo agarró por el brazo, con las largas uñas clavándose en su carne—. Vamos. —Las uñas se clavaban más y más...

McCoy abrió los ojos. Luz brillante. Había una enfermera a su lado con una jeringa en la mano, limpiándole el brazo con una torunda de algodón.

—Ya pasó. Vuelva a dormirse, señor McCoy, vuelva a dormirse.

5 de enero de 1973

Veinte

Notó el olor a tabaco de pipa. Ralgex. Tenía que ser Murray. McCoy abrió los ojos y confirmó que estaba allí, sentado en una silla de plástico naranja, con el *Glasgow Herald* desplegado sobre su regazo.

—Entonces, sigues vivo —dijo.

McCoy intentó incorporarse, pero los brazos y las piernas le pesaban demasiado; todo pesaba demasiado. Intentó hablar pero tenía la garganta seca. Murray le quitó el celofán amarillo a una botella de Lucozade que había junto a la cama, vertió un poco en un vaso y se lo acercó a los labios a McCoy. Bebió. Le pareció espumeante e increíblemente dulce.

—¿Dónde estamos? —logró decir mirando alrededor.

—En el Western. ¿No recuerdas que te trajesen?

Negó con la cabeza. Se fijó en las cortinas blancas que rodeaban la cama, en las charlas que se oían a lo lejos, en el ruido de bandejas.

—Recuerdo que me pegaron a base de bien, pero no recuerdo cómo llegué aquí. —Sentía rara la mano izquierda, la tenía elevada; le habían vendado dos dedos juntos con una férula entre ellos.

—No lo hiciste. Resististe bien. Estuviste inconsciente durante un rato. Fue tu vecino el que llamó, te encontró tirado junto a la puerta. —Se sentó en la silla—. Gimoteabas dormido, decías cosas sin sentido. Le decías a alguien que corriese, y hablabas de sangre y de algo sobre una mujer llamada Agnes. ¿Qué significa todo eso?

McCoy negó con la cabeza.

—Ni idea. ¿Dije algo más?

Tras beberse la botella de un trago, empezó a sentirse humano. Alzó las sábanas. Le habían puesto un pijama. Uno de rayas. Levantó la parte de arriba y vio todos los moratones y cortes y volvió a bajarla. Abrió la cintura de los pantalones y echó un vistazo: los testículos tenían el doble del tamaño normal y habían adquirido un color azul parduzco. Sin duda le habían dado varias patadas en salva sea la parte.

—Un total de doce puntos, dos dedos rotos y moratones parecidos a los que le suelen salirle a quien ha tenido un accidente de coche. Eso ha dicho el médico. Quiere que te quedes aquí unos días.

McCoy negó con la cabeza y Murray suspiró.

—¿Por qué sabía que ibas a hacer eso? —Se puso en pie y comprobó la hora en su reloj. Las once menos diez—. Quédate hoy aquí, vendré a buscarte a las seis. ¿Te parece bien? —McCoy asintió—. ¿Sabes quién lo hizo?

—Creo que reconocí a uno de ellos. Sólo lo vi un par de segundos antes de que me patease la cabeza.

—¿Quién querría darte una paliza, McCoy? ¿Los sospechosos habituales?

Negó con la cabeza. Le dolía.

—He sido un buen chico últimamente.

—Eso está bien. Se llevaron tu dinero y tu reloj. Tal vez no fue más que un robo.

McCoy dejó caer la cabeza.

—¿Mi cartera?

Murray le tendió una cartera vacía.

—Los agentes la encontraron tirada en la calle. Todavía conservas la foto, no te preocupes.

La dejó en el mueblecito junto a la cama. Miró a McCoy, los puntos y los dedos rotos. Se marchó.

*

Le obligaron a firmar su salida. El joven médico lo miraba como si se hubiese vuelto loco. Le envió a casa con seis tabletas de codeína y varias advertencias serias. Si, de manera repentina, empezaba a dolerle la cabeza o notaba una especial sensibilidad a la luz, tenía que regresar de inmediato al hospital. Si empezaba a orinar sangre, tenía que regresar de inmediato al hospital. Si cualquiera de los dos dedos vendados empezaba a adquirir una tonalidad negruzca, tenía que regresar de inmediato al hospital. Asintió ante cada una de las advertencias, sin escuchar realmente lo que decía, limitándose a esperar que dejase de hablar. Murray estaba a su lado, con las llaves del coche en una mano y la bolsa de plástico con su ropa en la otra, como si se tratase de su padre y hubiese venido a buscarlo para llevarlo a casa. Tardó veinte minutos en subir las escaleras hasta su piso, y eso que Murray le ayudó. Para cuando llegó a la puerta, el sudor humedecía todo su cuerpo. Nunca en su vida se había sentido tan dolorido y agotado.

Debía de tener un aspecto horrible. Murray incluso lo llamó por la noche para asegurarse de que estaba bien. El teléfono estaba sobre el aparador, al otro lado de la habitación, y aun así tuvo que sonar veinte veces antes de que llegara hasta él. Le dijo a Murray que todo estaba bien, aunque no fuese verdad. Le dolían todos los rincones del cuerpo y su visión era borrosa por los lados, pero de ningún modo iba a aceptar pasar una noche más en el hospital.

Se las apañó para instalarse en el sofá, con un cubo al lado para orinar o para vomitar en caso de necesitarlo, media barra de chocolate que encontró a modo de comida y una botella de Lucozade que Murray le había dejado para beber. Se cubrió con una colcha y se tomó tres de las tabletas con un buen trago de Bell's, confiando en dormirse pronto y en que no se repitiesen los sueños de la noche anterior.

Hacía tiempo que no soñaba que estaba en el orfanato. A veces, en esos sueños la protagonista era la hermana Agnes, y a veces soñaba con aquella ocasión en que el padre Kelly le había roto el brazo a Stevie antes de bajarlo al sótano. Pero en todos ellos la sangre siempre estaba presente. Ésta lo cubría y él intentaba limpiársela, pero no había manera, no podía librarse de ella. Todavía se despertaba a veces llorando, sin saber dónde se encontraba o qué estaba ocurriendo. Seguramente se debía a la conversación que había mantenido con aquel maldito sacerdote; sus recuerdos habían aflorado de nuevo.

Empezó a notar el efecto de las pastillas, su mente empezó a divagar. Se preguntó si la heroína producía un efecto parecido. Si era así, no podía culpar a Janey. El dolor, poco a poco, se fue disolviendo. Seguía sin poder recordar quién podía ser el tipo al que había entrevistado cuando le dieron la paliza. Casi podía verlo, pero la imagen no acababa de definirse en su cabeza. Alzó la colcha y volvió a echarle un vistazo a sus testículos, quiso pensar que volverían a ser normales. Le dio otro trago al whisky y miró un rato la tele. Una película protagonizada por John Wayne. No tenía ni idea de cuál era la trama, aunque tampoco le importaba. Le gustaban los colores, las voces, sentir el algodón de la almohada bajo su mejilla. El vaso de whisky se le escurrió de las manos y rodó por la alfombra. John Wayne disparó a alguien, el reloj sobre la repisa de la chimenea seguía avanzando con su tictac. McCoy se durmió.

6 de enero de 1973

Veintiuno

Cuando despertó, la pantalla del televisor chisporroteaba. Le dolía el cuello porque había dormido con la cabeza apoyada sobre el brazo del sofá. Sin embargo, se sentía mejor. El dolor seguía siendo muy intenso, pero estaba mejor. Le llevó una hora darse un baño intentando que no se le mojasen los apósitos o los vendajes. Se secó y se colocó frente al espejo del armario. Todo su cuerpo estaba cubierto de moratones negros y amarillentos; había uno alrededor de los riñones grande como un plato. No le extrañaba que hubiera estado orinando sangre. Pero sus testículos tenían mejor aspecto. Cambió de postura varias veces para observarse la cara. No resultó agradable hacerlo. Tenía la nariz hinchada y los restos del ojo morado que le había dejado Chas.

Acababa de ponerse los calzoncillos, después de diez minutos de gemidos y gruñidos, cuando oyó que llamaban a la puerta. Debía de ser Murray, que venía a ver cómo iba todo. Se envolvió en una manta y, muy despacio, recorrió el pasillo hasta el recibidor. Tuvo que apoyarse varias veces en la pared. Volvieron a llamar a la puerta.

—Ya voy, ya voy, un poco de paciencia —dijo descorriendo el pestillo y abriendo la puerta. Al otro lado estaba Angela.

Se quitó las gafas de sol y lo miró de arriba abajo.

—Dios mío. ¿No me vas a pedir que pase?

Mantuvo la puerta abierta y ella pasó a su lado, dejando tras de sí su familiar olor a perfume y cigarrillos. La siguió hasta el salón y se sentó en el sofá; el simple hecho de haber ido a abrir la puerta lo había dejado para el arrastre. Ella echó un vistazo a su alrededor, al sofá con las mantas hechas una bola, a la botella de whisky vacía a un lado, al cubo, los periódicos y el cenicero rebosante sobre la mesita de café.

—No sabía que ibas a venir, habría limpiado un poco —dijo.

Ella se quitó el abrigo largo que llevaba puesto, se acuclilló delante de McCoy y lo estudió.

—¿Qué demonios te ha pasado, Harry? —Le agarró por el mentón, movió de un lado a otro su cara para observarla a la luz—. Parece que te haya pasado un camión por encima.

—No es tan malo.

Angela le tocó el enorme moratón sobre sus riñones. Él cerró los ojos con fuerza.

—Tendrías que estar en el hospital.

—Ya estuve. ¿Vienes a comprobar qué tal ha hecho el trabajo sucio tu novio?

Ella se retiró, se acercó a la ventana.

—Hoy es 6 —dijo—. Me preguntaba por qué no estabas allí.

De repente, el abrigo y el vestido negro adquirieron sentido.

—Mierda. Estas putas pastillas me han noqueado.

—Había flores otra vez —dijo—. Un ramo grande.

—¿Tu madre?

Sacudió la cabeza.

—Quién sabe.

—Obviamente, yo no he sido, te lo aseguro. Tal vez fue Stevie.

—Siempre tenía una gran sonrisa para su tío Stevie, ¿verdad? —dijo.

—Tenía una gran sonrisa para todo el mundo, ya sabes cómo era.

—Dos cretinos miserables como nosotros nos las apañamos para tener al niño más feliz del mundo.

Sacó de encima de la silla un montón de ropa para planchar que él nunca planchaba y se sentó junto a la mesa. Empezó a pasar las páginas del periódico que tenía abierto frente a ella.

—Ya han pasado tres años —dijo.

—No lo parece.

Abrió su bolso de mano, sacó un pañuelo y se secó las lágrimas de los ojos para que no le arruinasen el maquillaje. No funcionó; demasiadas lágrimas. El rímel negro empezó a deslizarse por sus mejillas.

—Venga, no hagas eso, Angela. No fue culpa nuestra. Ni tuya ni mía. Ocurrió. Ya lo sabes.

Ella se encogió de hombros.

—Muerte súbita es muerte súbita. Los médicos nos lo dijeron. No haces más que hurgar en tu herida. No habría cambiado nada si no nos hubiésemos hallado en ese estado.

Angela le sonrió.

—No te creo, Harry. Ojalá pudiese, pero no puedo. Tal vez si no hubiésemos estado tan pasados de vueltas podríamos habernos dado cuenta de algo, oírle llorar, no sé... —Aparecieron de nuevo las lágrimas. Rebuscó en su bolso, sacó un pequeño espejito plegable y lo abrió, se limpió los ojos—. Dios mío, estoy fatal.

McCoy se sentó y la observó arreglarse el maquillaje como había hecho en tantas ocasiones. Ella se había sentado en «su» silla, la que estaba más cerca de la cocina. Ciertas cosas no cambian nunca. Recordó que ella estaba sentada justo ahí cuando le dijo que estaba embarazada. No supo quién estaba más asustado, si él o ella. Angela volvió a meterlo todo en su bolso, lo cerró de golpe y se levantó. Se tambaleó ligeramente. Alargó el brazo y se estabilizó.

—En cualquier caso, lo ocurrido no te detuvo —le dijo McCoy.

Ella hizo un gesto con el mentón en dirección a la botella de Bell's que había junto al sofá.

—A ti tampoco. Tan malo como lo otro, siempre lo fue. Ése era el problema. —Le sonrió—. Cualquier cosa que nos ayude a pasar la noche, ¿verdad?

Se había convertido en una costumbre. Dejaban al pequeñajo en casa de la madre de Angela el viernes por la noche. Lo recogían el domingo por la tarde. Un fin de semana libre para hacer lo que quisieran, pero lo que querían era siempre lo mismo. Cualquier cosa que él pudiese pillar de la brigada de narcóticos, cualquier cosa que ella pudiese llevarse del botiquín de su madre, cualquier cosa que pudiesen meterse. No necesitaban a nadie más, tan sólo ellos dos en el apartamento todo el fin de semana, dando cuenta de la comida y las drogas. Escuchando discos, haciendo el amor en una nebulosa soñolienta, charlando, contándose estupideces. No era la idea que la mayoría tiene de un buen fin de semana, pero a ellos les iba bien, les hacía felices.

Se paseó frente a la repisa de la chimenea, observó la foto de los tres en la playa de Arran. Le pidieron a un hombre que pasaba que la hiciese. McCoy en pantalón corto y camiseta, Angela en bañador, los dos sentados sobre una tela de tartán, con el niño colocado entre ambos. Miraba a la cámara con aquella enorme sonrisa ocupando toda su carita. Familias felices. Ella tomó la foto y pasó el dedo por la cara del niño.

—Se parecía a ti. —Sonrió—. Pobre mocoso.

McCoy quiso levantarse y caminar hacia ella, pero no pudo moverse del sofá. Todo le dolía demasiado. Se vio obligado a acomodarse entre los cojines con una mueca de dolor.

—Te diré una cosa, así podrás alegrar a Gibbs. Dile que tengo moratones por todo el cuerpo y que orino sangre.

Ella dejó la fotografía.

—¿Jimmy? ¿Por qué tendría que importarle?

—Reconocí a uno de ellos, pero no me di cuenta de que era él.

Ella negó con la cabeza.

—Quienquiera que te hiciese eso, no era Jimmy. No le importas tanto, Harry. Siempre has tenido una idea exagerada de ti mismo.

—Estupendo —replicó con una mueca de desagrado; la costilla rota le estaba matando. Alargó el brazo para hacerse con el frasco de pastillas que tenía en la mesita de café.

—¿Qué son? —preguntó Angela. Él le tendió el frasco y ella lo miró despectivamente—. Cosas de aficionados. —Se sentó y abrió su bolso, sacó de él un par de pastillas amarillas con aspecto de poder tumbar un caballo—. Tómame una de éstas, no te tomes la otra hasta después de doce horas. ¿De acuerdo?

McCoy asintió y se tragó una de aquellas pastillas con lo que quedaba del Lucozade.

—Jimmy sigue surtiéndote, ¿verdad? —Ella no respondió, se limitó a ponerse el abrigo—. Por eso me dejaste, ¿no es cierto? Te pasaba mejor material. —Intentaba provocarla, pero ella estaba logrando no darse por aludida.

Se inclinó sobre él y le dio un beso.

—Cuídate, Harry.

Él le agarró el brazo y la besó en la mano. Tiró de ella para volver a besarla en la cara, pero ella se liberó.

—No te va a funcionar, Harry.

—Vamos, Angela, quédate al menos a tomar un trago.

Ella negó con la cabeza.

—No es buena idea, lo sabes tan bien como yo. —Acabó de abotonarse el abrigo—. Ya nos veremos, Harry. Cuídate.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó, pero ya se había ido. Tan sólo dejó tras de sí su olor a perfume y cigarrillos.

Permaneció allí sentado un rato, pensando en Angela y en el niño, y también en Jimmy Gibbs, y en cómo le gustaría patearle el culo. Se puso de pie, notó los efectos de la pastilla que Angela le había dado y volvió a sentarse en el sofá antes de apagarse como una luz.

*

Se despertó con unas imperiosas ganas de orinar y el ruido de alguien que llamaba insistentemente a la puerta. Parpadeó, quería librarse de la sensación de sueño que le pesaba en los párpados. El reloj de la repisa marcaba las cinco. Había dormido unas cuatro horas. Fue a abrir la puerta y se topó con Wattie, que llevaba un humeante paquete marrón en las manos. Se lo tendió.

—Pensé que tendría hambre.

Se sentaron a la mesa de la cocina. McCoy devoró el pescado y las patatas, repentinamente hambriento al darse cuenta de que no había comido nada en las últimas cuarenta y ocho horas. Wattie no dejó de hablar mientras comían, poniéndole al corriente sobre lo que había ocurrido en la comisaría. Como suponía, todavía no se sabía nada del arma. El comisario, que no quería escatimar esfuerzos, había concedido a Murray todas las horas extra que necesitase. Los periodistas se habían vuelto locos, intentaban seguir a los coches de la policía, esperaban en la puerta de las comisarías, ofrecían dinero por cualquier detalle sobre el caso «Enero Sangriento». Todo había ido a peor desde que el Prisiones había hecho pública la noticia sobre Howie Nairn. No había habido suerte con los confidentes, ninguno de ellos sabía nada de Tommy Malone o la

chica. Wattie había pasado medio día al teléfono hablando con la policía de Aberdeen con el objetivo de encontrar alguna conexión entre Lorna Skirving y los Dunlop, algo que les ayudase a avanzar.

—¿Encontraste algo bueno? —preguntó McCoy.

—Nada realmente útil.

—¿Cómo? Si tú también eres de un basural como ése...

Wattie suspiró.

—La gente de Glasgow da asco. Aberdeen no tiene nada que ver con Greenock, está en un lugar completamente diferente del país.

—Para mí todo es lo mismo. No son Glasgow, ninguna de las dos, eso es lo único que importa.

—Me alegro, por lo que a mí respecta.

—¿Has sacado algo en claro de los registros? —le preguntó McCoy.

—Una pérdida de tiempo. Lorna Skirving nunca estuvo en un centro de acogida o algo parecido. No pudo conocer a Tommy Malone en alguno de ellos.

—Entonces tuvo que ser en Broughton House —dijo McCoy.

—¿Cómo?

—Una de las chicas de Madame Polo's me dijo que ella tenía un novio que vivía en el campo.

Wattie clavó su mirada en él.

—¿Y eso significa que vivía en Broughton House? El campo es un lugar muy grande, ya sabe. ¿No le parece que tiene tantas ganas de que esto tenga algo que ver con los Dunlop que va a intentar que todo encaje con esa idea?

—Los Dunlop, no. Gibbs. ¿Tenemos alguna otra conexión entre los dos, listillo?

Wattie negó con la cabeza.

—No. Fui al apartamento de Lorna. Allí no había nada.

—¿Cómo era? —preguntó McCoy.

—¿Se acuerda del de Christine Nair? Pues igual, pero un poco más apestoso. Algo de ropa, maquillaje, revistas, un transistor. Deprimente.

—Una pérdida de tiempo.

Wattie sonrió.

—No del todo. Por suerte para nosotros, su vecina es una metomentodo, debe de pasarse el día pegada a la mirilla. Llamé a su puerta y me invitó a entrar. Me contó todo con pelos y señales. Por lo visto, a Lorna la visitaban algunos caballeros. Incluido uno habitual. Ella lo describió como —consultó sus notas— «poco inteligente y grosero». Sólo acudía allí de noche, así que nunca llegó a verlo bien, ya que las luces del rellano están fundidas desde hace años. Dijo que trató de patear la puerta varias veces...

—¿Tommy Malone?

—Podría ser él.

—¿Nos lleva eso a alguna parte?

—Tal vez estemos forzando las cosas. Tal vez Tommy era su novio y ella lo dejó para irse con ese tipo del campo. Él se enteró y le pegó un tiro. La tal Bezzy dijo que no estaba bien de la cabeza, que estaba trastornado. ¿Es posible que se estuviese volviendo loco porque lo habían dejado?

McCoy se quedó con las patatas que le quedaban a Wattie y se las comió.

—No eres sólo una cara fea, ¿eh, Wattie? Tantas teorías rebuscadas y a lo mejor se trata sólo de otro jodido asunto de violencia doméstica —dijo lamiendo la sal y la salsa que quedaba en el papel de las patatas antes de convertirlo todo en una bola y lanzarlo a la basura.

McCoy negó con la cabeza, caminó con mucho esfuerzo hasta el fregadero y se lavó las manos para quitarse el olor a vinagre de los dedos.

—¿Cree usted que fue cosa de los Dunlop? —preguntó Wattie señalando sus moratones.

—Lo dudo. Tienen suficiente poder como para joderme de forma legal. Ya viste cómo se puso Murray, y eso lo logró con una simple llamada. Estoy seguro de que me quedé con la cara de uno de ellos. Sólo lo vi un segundo, pero lo reconocería. Pensé que podría haber sido Jimmy Gibbs, pero por lo visto no fue él. ¿Puedes hacerme un favor?

—¿Qué? —preguntó Wattie.

McCoy tendió hacia él su mano vendada.

—Ayúdame a vestirme.

Media hora después bajaron del piso de McCoy a la calle Gardner. Había logrado ponerse unos vaqueros, unas zapatillas de deporte, un jersey, un abrigo y, en torno al cuello, una bufanda que le había regalado su tía en Navidad.

—¿Seguro que puede hacerlo?

McCoy asintió.

—Seguro. Voy a bajar al Victoria un rato y después volveré a la cama. Necesitaba salir de casa, me estaba volviendo loco. —O como mínimo eso fue lo que le dijo a Wattie.

—Iría con usted, pero esta noche tengo un partido de fútbol. Jugamos contra Finnieston...

—No te lo puedes perder. Venga, vete.

—¿Está seguro?

—Dadles una paliza. Tomaré un taxi para volver a casa, no creas que lo haré de otro modo. Nos vemos por la mañana.

Una mujer de mediana edad salió del edificio colindante y se puso unos guantes de lana.

—Gracias por ayudarme a vestirme, Wattie —dijo McCoy a voz en grito.

La mujer se volvió y le miró con recelo antes de apresurarse calle arriba.

—Está hecho una mierda y aun así quiere hacerse el gracioso. Le recogeré a las ocho.

Veintidós

McCoy sonreía mientras bajaba por la calle Gardner. Estaba empezando a sentirse normal otra vez, a pesar de los moratones y del dolor. Sonaban las campanas de St. Peter's cuando llegó a la siguiente calle, llamaban a misa de seis. Sonaban de un modo más tranquilo que el habitual, como si la nieve las amortiguase. Eso explicaba por qué se apresuraban las viejas parejas por la pendiente. Él se lo estaba tomando con calma, caminaba despacio, por la parte interior de la acera por si se veía obligado a apoyarse en la pared de algún edificio. No quería resbalar y caer. Podía notar la humedad a través de la tela de sus zapatillas de deporte, lo que le llevó a recordar por qué nunca se las ponía. Tenían un agujero en la suela.

Estaba a medio camino de la colina cuando se fijó en dos tipos. Ambos eran altos. Uno delgado, llamativo, bien vestido. El otro simplemente era muy grande. Llevaba unos viejos vaqueros e iba en mangas de camisa a pesar del frío, que no parecía importarle.

Esperaban a unos cuantos bloques de pisos de distancia, fumando, mirando colina arriba, hacia donde se encontraba él, fingiendo que no estaban allí. Le dio un vuelco el corazón. Daba la impresión de que pretendían acabar lo que habían empezado. Miró a un lado y al otro de la calle. No había nadie. Tan sólo estaban aquellos dos tipos y él, los últimos rezagados en St. Peter's. Ahora nevaba con fuerza, ni siquiera había alguien paseando al perro o de camino a un puesto de comida.

No estaba preparado para algo así, se suponía que todavía estaba convaleciente en el hospital; no podía enfrentarse a ellos. Los dos tipos se apartaron del edificio y caminaron en su dirección. McCoy maldijo entre dientes. No tenía ningún sentido intentar escapar, en el estado en que se encontraba lo atraparían en cuestión de segundos. Se quedó quieto, como el que espera lo inevitable, deseando que pasase rápido.

Los dos hombres se le acercaron y se colocaron a ambos lados, impidiéndole el paso. El grandote le sonrió como si fuese malvado o tuviese un problema mental, o ambas cosas a la vez. Abría y cerraba sin parar su carnosos puño. En los nudillos de las dos manos, en tinta azul, tenía tatuado «V.M.J.». El flaco vigilaba ambos sentidos de la calle, asegurándose de que no venía nadie. McCoy pensó en gritar, en pedir ayuda, pero no tenía sentido, nadie le oiría.

—McCoy —dijo el tipo elegante.

Él asintió, no le pareció sensato negarlo. El grandote se inclinó hacia delante y centró la atención en su ojo morado.

—Eso debe de doler —dijo—. ¿Qué te pasó? —Y acto seguido se puso a reír entre dientes. Más que un armario ropero de dos puertas, parecía un niño de cinco años.

—Cállate, Jumbo —dijo el elegante—. Compórtate.

En realidad McCoy no escuchó sus palabras, estaba esperando a que Jumbo lanzase su primer puñetazo, preguntándose si sería capaz de aguantar un par de ellos.

—No fue nuestra intención. —El tipo elegante tenía la vista clavada en el suelo, avergonzado—. En serio. No lo habríamos hecho si hubiésemos sabido que era territorio de Stevie Cooper. Ni hablar.

Y entonces, de repente, lo entendió todo. El Ben Duncan. El libro de cuentas de Stevie Cooper.

Ally el Sucio. McCoy sintió cómo se aflojaba la tensión. Le dieron ganas de llorar, aliviado.

—¿Tenéis un cigarrillo? —preguntó.

El elegante asintió, sacó una cajetilla de Kensitas del bolsillo de su cazadora de cuero. Se acercó para encenderle el cigarrillo y McCoy se fijó en que debía de tener unos diecisiete años, dieciocho como mucho, y que le temblaban un poco las manos. El que tenía tatuado V.M.J. en los nudillos debía de tener la misma edad.

—Por cierto, ¿cómo te llamas? —preguntó.

—Billy. Billy Leeson —dijo apartándose el pelo húmedo de la cara.

—Jumbo —dijo el otro señalándose el pecho—. Jumbo.

—Cállate, Jumbo —replicó Leeson automáticamente.

Jumbo le obedeció. Cerró la boca y siguió sonriendo. Leeson se metió la mano en el bolsillo de nuevo y sacó un sobre que le tendió a McCoy. Dentro había un cuaderno de tapas duras y lo que parecían dos fajos de cien libras.

—Faltan diez libras —dijo—. Dile al señor Cooper que lo lamentamos mucho, que se las devolveremos la semana que viene. Las gastamos antes de saberlo; a saber dónde andarán ya. Pero se las devolveremos. En serio.

Jumbo escuchaba atentamente y asentía.

—En serio —añadió.

McCoy se metió el sobre en el bolsillo del abrigo y negó con la cabeza.

—¿Sabéis la suerte que habéis tenido? Me habéis encontrado antes de que Cooper os encontrase. En vuestro lugar, yo le devolvería las diez libras lo antes posible. —Asintieron sin apartar la vista de él—. Bien, será mejor que os vayáis a tomar por saco y las consigáis, ¿de acuerdo?

McCoy les vio apresurarse calle abajo. Los pies del grandote golpeaban con fuerza contra la acera. Volvía a dolerle todo el cuerpo, las costillas y los riñones especialmente. Sacó una de las tabletas de codeína que le habían dado en el hospital y se la tragó en seco. Necesitaba un trago.

*

Pensó que llegaba tarde; ella ya habría salido de la comisaría. Sabía que Murray se pondría como una moto si se enteraba de que se había levantado y había aparecido por allí, así que esperó varios edificios más allá, en la calle. Cabía la posibilidad de que Wattie estuviese en lo cierto, que lo de Lorna Skirving no fuese más que violencia doméstica. Hablaría con Murray por la mañana, tal vez eso relajase los ánimos; no tenía sentido hacer mucho más. Estaba a punto de marcharse a casa cuando ella salió con Cowie. Hablaron un minuto, después Cowie se despidió con un gesto y se metió en su coche. Ella miró hacia el cielo, abrió su paraguas y echó a andar por la calle. Él se apartó de la pared y ella pudo verlo. Sonrió. Pero al instante su gesto cambió, parecía aterrada.

—Dios mío. ¿Estás bien? Me contaron que te habían atacado.

Asintió. El bravo soldado.

—Sobreviviré.

—Jesús, ahora me siento fatal. Me pasé la mitad de la noche diciéndole a Alasdair y a Jackie que habías sido muy maleducado por no presentarte. ¿Seguro que estás bien? Tienes una pinta horrible.

—Gracias.

—¡Mierda! Lo siento, no quería que sonase así.

—Está bien. Tengo una pinta horrible. ¿Te apetece una copa?

—Sí. Genial. Pero no, tú no deberías tomar nada.

McCoy señaló la calle.

—Hay un pub un poco más adelante. El Grove. Aunque es un poco cutre.

—En mi primera semana aquí, me llevaron al Sarry Heid. Nada puede ser peor que eso.

El Grove tan sólo era un poco cutre, y lo frecuentaban hombres mayores. Susan era la única mujer allí, pero no pareció importarle, casi parecía disfrutar de los gruñidos y las miradas sucias de los vejetes. Se sentaron en una mesa al fondo, y ella se quitó su chaqueta militar y se sacudió la nieve del pelo. Llevaba una especie de blusa de estilo victoriano, con un montón de encajes y botones hasta el cuello.

McCoy le dio un trago a su cerveza. Se dio cuenta de que no sabía por dónde empezar.

—¿Así que eres feminista? —le preguntó, aunque de inmediato se percató de que no era la pregunta adecuada.

—Culpable —dijo ella con una sonrisa.

—¿Qué significa exactamente? —preguntó él sonriendo también.

Le miró fijamente y entendió que, en realidad, no bromeaba.

—Muy simple. Significa que creo en la igualdad de derechos para hombres y mujeres, igual sueldo, iguales oportunidades. Tenemos que equilibrar las cosas después de siglos de patriarcado agresivo.

Él captó el mensaje.

—Me parece justo. No suena tan mal. Pero no va a suceder. ¿O sí?

Ella alzó las cejas.

—¿Por qué no?

—Piensa en la policía. En el mundo real, una mujer no puede hacer ese trabajo adecuadamente; simplemente, no puede. No es lo bastante fuerte. No puede romper una puerta o perseguir a alguien.

—De acuerdo, así que en tu ecuación un agente de policía necesita fuerza bruta, no astucia ni inteligencia, nada de eso. Así es como se seleccionan a los agentes, ¿no?

—Más o menos, sí.

Ella se rió.

—Al menos eres sincero. Entrevisté a unos cuantos policías para mi disertación, no fue una gran experiencia. Dios salve a la policía de Glasgow.

—¿Por qué? ¿Eran como yo?

—Tal vez tú seas diferente. Ya veremos.

McCoy agitó el vaso vacío frente a ella.

—¿Otra?

Ella asintió y él se acercó a la barra. Le echó una mirada mientras esperaba a que le sirvieran. Había sacado un pequeño espejo, se estaba arreglando el pelo. Tal vez tenía una oportunidad, después de todo.

McCoy dejó las bebidas y le ofreció un cigarrillo. Ella negó con la cabeza y sacó de su bolso su cajita con tabaco de liar.

—No soy capaz —confesó él—. Demasiado complicado.

Ella pasó el extremo del papel por el labio y empezó a liarlo.

—No es difícil, sólo requiere un poco de práctica.

—Y manos que no sean como racimos de plátanos. ¿Desde cuándo estás en Glasgow? —le preguntó.

Ella reflexionó unos segundos.

—Desde principios de octubre.

—¿Te gusta?

Le miró a los ojos y sonrió.

—Tú no eres uno de esos que se ofende fácilmente, ¿no?

—No.

—Bien. En ese caso te diré que no mucho. Demasiado oscura, demasiado fría, demasiado lluviosa.

McCoy fingió una mueca de horror.

—¿Me estás diciendo que no te gusta Glasgow?

—Lo superarás... ¡Mierda! —Ella se palmeó la frente y extrajo un pequeño pedazo de papel del bolsillo delantero de sus vaqueros—. Tengo una dirección para ti. Baby Strange. Aquella mujer de la que te hablé.

McCoy tomó el papel.

—Kelvin Court. Una zona muy pija. Creo que Jack Buchanan vivía ahí. —Alzó la vista. El rostro de ella se mantuvo inexpresivo—. No sabes quién es.

—No. —Sonrió—. Aunque podrías echarme una mano. Necesito saber quién dirige el negocio de la prostitución en Glasgow, quién se lleva el dinero de verdad. No los chulos de tres al cuarto, sino los auténticos jefes. ¿Podrías ayudarme a llegar a ellos, hacer que me concedan una entrevista?

—¿Intercambio de información? ¿Se trata de eso?

Ella negó con la cabeza. Parecía un tanto molesta.

—Quería tomar algo contigo, ver si eras legal...

—Pero...

—Pero te he conseguido la dirección de Baby Strange. Eso bien vale un favor. —Se inclinó hacia delante sobre la silla con aire serio—. Cuanta más información pueda reunir, más precisa será mi tesis. La explotación masculina de la sexualidad femenina, el capitalismo en su versión más auténtica y desagradable.

—Dios, no está tan mal. Algunas de esas chicas ganan mucho dinero.

—¿Más que sus chulos?

—No es eso...

—¿No?

—Tengo que lidiar con ellos todos los días. Con los chulos y con las chicas. No existe una frontera tan clara como crees entre unos y otros.

—La explotación es explotación. Para mí resulta evidente.

—Entonces tal vez tengas que investigar un poco más —le dijo él—. Las vidas de las personas son complicadas, ellos...

—Soy plenamente consciente de la realidad que viven esas mujeres.

—¿En serio? Hay mucha explotación capitalista en la universidad, ¿no es así? Los chulos y las putas suelen ir a las conferencias.

Lo lamentó en cuanto lo dijo.

Ella se recostó en el respaldo.

—No, pero lo que sí hay son hombres como tú. Hombres que no pueden ver más allá de su machismo inherente. ¿Tienes idea de lo que es vivir como una mujer, intentar trabajar en un mundo patriarcal? ¿Sabes cómo me siento cada vez que intento explicarte qué es ser feminista y tú no dejas de mirarme las tetas?

McCoy se disponía a replicar, a decir que no era cierto, pero pensó que no merecía la pena.

—Vaya, vaya, yo que pensaba que estábamos teniendo una agradable conversación. Resulta que lo único que querías son algunos nombres y algunos números, y también hacerme saber el coñazo de tío que soy.

—¿Tienes idea de lo ofensiva que es esa palabra, coñazo? —preguntó ella despacio.

—Venga ya, no es más que...

—No, no lo es. No es sólo una palabra. Eso es lo que dicen siempre las personas como tú. Pero cada vez que utilizas esa palabra me insultas e insultas a todas las mujeres.

—Venga ya...

—¿Ves a qué me refiero? ¿Qué es lo siguiente? ¿«No tienes sentido del humor»? ¿«No te lo tomes todo tan en serio»? He oído cosas como ésas demasiadas veces.

—Virgen santa, ¿no me había dado cuenta de que estaba iniciando la Tercera Guerra Mundial!

—Empezó hace mucho tiempo.

Él se echó a reír. Ella no.

Y alargó el brazo para hacerse con su chaqueta militar.

—Mejor me voy.

—Mira, lo siento.

—No te preocupes —respondió ella enrollándose su larga bufanda de lana alrededor del cuello—. Créeme, lo superaré.

McCoy suspiró.

—No sé qué me ha pasado. Me duele todo el cuerpo, me he tomado un montón de analgésicos y alcohol. No suelo ser tan coñ..., tan estúpido. En serio.

Intentó componer su mejor sonrisa de chico bueno. No funcionó. Ella le miraba como si fuese el resto de una caca de perro en la suela de su zapato. Sacó unas monedas del bolsillo y las dejó sobre la mesa.

—Esto es para mis copas.

Observó cómo salía del pub, sorprendido de haber sido capaz de cagarla tan rápida y absolutamente. Dio cuenta de lo que le quedaba de la cerveza y después se tomó lo que quedaba del vodka con Coca-Cola de ella. Miró a su alrededor. Una hilera de viejos con gorras y dentaduras postizas de mala calidad apuntalados en la barra hablando de chorradas. Aquel lugar era una auténtica mierda. Le dolían los dedos, le dolían los costados, le dolía todo y acababa de ser testigo de cómo se esfumaba cualquier posibilidad de volver a ver a Susan Thomas. Sólo podía hacer una cosa. Pedirle al barman que le llamase un taxi, pedir un Bell's doble y tomárselo con dos pastillas de codeína. Empezaron a hacerle efecto justo cuando llegó el taxi, diez minutos más tarde.

Veintitrés

—Joder.

Stevie Cooper lo estaba zarandeando. Debía de haberse quedado dormido.

McCoy se sacudió para despertarse, tomó el billete enrollado, lo metió en la pequeña bolsa y esnifó con fuerza. Sintió el golpe del *speed* de inmediato. De repente, ya no estaba tan cansado. Le dio un trago a la cerveza con la voluntad de librarse del sabor metálico en la garganta. Al salir del Grove se había ido en busca de Stevie, y después de pasar por varios pubs habían acabado allí. Una de esas noches de Billy Chan; debían de ser las únicas caras blancas en todo el local.

Una vez al mes, Billy montaba un casino especial, sin normas, en el que se aceptaban todas las apuestas. Llegaban jugadores desde Manchester, Liverpool, de cualquier ciudad en la que hubiese un barrio chino. Esa noche lo había montado en un restaurante en la calle Gordon. Un cartel en la entrada indicaba que estaba cerrado temporalmente por cambios en el mobiliario. Sólo en otra ocasión había estado McCoy en una de las noches de Billy, fue en una antigua panadería de Townhead, con el polvillo de la harina flotando por todas partes al cabo de un par de horas. Esa noche había mucha gente, unos cincuenta o sesenta chinos sentados en mesas redondas, apostando como si sus vidas dependiesen de ello, y conociendo a Billy probablemente era así.

Les habían indicado un sitio en la parte de atrás. Seis de ellos estaban sentados a una mesa redonda con un montón de bebidas encima, puros y montones de fichas de póquer. Stevie, y por extensión él, estaban allí como invitados de Ronnie Naismith. Éste llevaba clubes de la ciudad desde hacía años, desde los tiempos de las bandas de música y los bailarines de exhibición. No eran sus únicos negocios, pero acostumbraba a trabajar siempre al sur del río, de ahí que McCoy no hubiese tenido muchas oportunidades de conocerlo.

En ese momento, Stevie y Ronnie estaban enfrascados en una sesuda conversación, construyendo un imperio. Se interrumpían el uno al otro a medida que el *speed* empezaba a hacerse notar. Por lo que McCoy sabía, Naismith le pagaba a Stevie un fijo mensual para poder mantener abiertos los clubes, libres de cualquier problema, y Stevie proporcionaba a los porteros sus pastillas y su *speed*. Los dos salían beneficiados. Al lado de McCoy estaba sentada una chica con una camiseta corta plateada cuyo nombre no podía recordar. Le tenía agarrada la mano. Se acordaba levemente de que ella lo había llevado al despacho de atrás, y también recordaba a Naismith gritando a su espalda que se asegurase de que se quedara contento. Ella había intentado chupársela, pero no había habido manera. La codeína, el alcohol y el dolor constituían un obstáculo excesivamente grande, era imposible estar a la altura. Había dado un paso atrás y se había abotonado la bragueta.

Ella le había mirado, aterrorizada, el sujetador y la camiseta en el suelo, a su lado.

—¿Le dirás a Ronnie que todo ha ido bien? Por favor.

Él había asentido.

—Lo hemos pasado de maravilla.

No podía decirse que no fuese insistente. Ella había metido la mano en el bolsillo de su pantalón y jugueteaba con su polla a través de la tela. Por lo visto, en esta ocasión estaba funcionando. Se volvió para besarla y Cooper le dio un codazo.

—Por cierto, ¿cómo van las cosas con ese capullo de Wattie?

McCoy se volvió. La mano de la chica seguía en su bolsillo.

—¿Wattie? ¿Mi Wattie?

—El gilipollas ese que parece que tenga dieciocho años, con acento de Ayrshire. Estuvo haciendo ruido donde Davey Waters. Fue al Vale para decirle que podía ofrecerle «protección».

—¿Que hizo qué? —preguntó McCoy. No podía creer lo que estaba oyendo.

—Lo que has oído. Se presentó allí y le dijo que haría la vista gorda si Waters le daba algunas pistas. Puto payaso. ¿Acaso no sabía con quién estaba tratando?

McCoy negó con la cabeza.

—Está muy verde. Lo único que sabe es cómo joder las cosas.

—Bueno, pues dile a ese capullo que se contenga. Waters no es estúpido. En un par de semanas lo tendrá calado. Se va a encontrar comprando y vendiendo por... —Cooper dejó de hablar, miró hacia fuera, despejó el humo del puro frente a su cara—. ¿Qué coño está pasando ahí fuera?

McCoy alzó la vista, daba la impresión de que había una pelea en la puerta. Intentó enfocar, pero estaba tan colocado que le costaba ver tan lejos. Pudo entrever a un grupo de jóvenes vestidos con traje, cinco o seis, empujándose unos a otros, gritando. Parecía que hubieran querido entrar y no les hubiesen dejado. Los gorilas no se andaban con chiquitas, tenían a uno de ellos agarrado por el cuello contra el tanque de peces.

Isabel, una de las chicas de Ronnie, estaba intentando que todos se calmasen. Por lo visto, conocía a uno de los jóvenes con traje. Le dijo al gorila que soltase al chico y, tirando de este hacia la puerta, le aseguró que ya se iban.

La mano de la chica seguía trabajando en el bolsillo de McCoy.

—¿Quieres que volvamos al despacho? —le susurró al oído.

Él asintió y se levantó, colocando la chaqueta sobre la entrepierna para disimular la erección. Aparecieron un par de matones de Billy y acompañaron a los jóvenes a la puerta. Uno de ellos seguía maldiciendo. Isabel intentaba calmarlo. Pelo peinado hacia atrás, mandíbula prominente. McCoy volvió a mirar, tratando de asegurarse. Parecía el hijo de Lord Dunlop. Teddy. La chica le tiró entonces del brazo, y para cuando quiso volver a mirar el joven ya se había marchado. Isabel corría escaleras abajo gritando tras él. La chica con la camiseta plateada le tiró del brazo otra vez. El despacho les esperaba.

7 de enero de 1973

Veinticuatro

No era tanto por que llevase abierta aquella fina bata y no le preocupase lo más mínimo como por el hecho de que tuviese los pezones rodeados de brillantina azul, lo cual llamaba mucho la atención. McCoy intentaba ser profesional, pero Wattie se había rendido: miraba boquiabierto.

—No. Soy su compañera de piso. No está aquí, cariño.

La chica estaba apoyada en el marco de la puerta del piso, sonriendo de manera encantadora. Parecía distraída, como si todavía estuviese colocada o algo así. Su acento era de pija inglesa, lo cual resultaba todavía más sorprendente, habida cuenta de que era negra. Bostezó sin ningún reparo.

—Vais a tener que perdonarme, acabo de llegar, ha sido una noche muy larga. —Sonrió tímidamente—. Estará en la prueba de sonido, supongo.

—¿Prueba de sonido? —preguntó McCoy.

—Sí, es amiga de David desde hace años. Lo conoció gracias a Lindsay Kemp.

—Lo siento, señorita, me he perdido.

Ella volvió a reír entre dientes.

—¿David? ¿Esta noche? Toca en la ciudad, en el Green's Playhouse, si no recuerdo mal. Tengo que dormir un poco antes de que empiece el concierto.

—¿Cómo? ¿Te refieres a David Bowie? —preguntó Wattie esforzándose por mirarla a la cara.

La chica parecía perpleja.

—¿Quién, si no?

—Joder. ¿Lo conoce? ¿Conoce a David Bowie?

—Baby conoce a todo el mundo, cariño, absolutamente a todo el mundo. Lo cierto es que es bastante sorprendente. Y ahora, si me perdonáis, la tierra de Morfeo me llama. *Ciao!*

Les lanzó un beso y cerró la puerta del apartamento.

—Maldita sea —dijo Wattie sacudiendo la cabeza—. ¿Ha visto eso?

—Imposible olvidarlo, podríamos haber colgado un maldito abrigo de ellos. Venga, tengo que hablar contigo.

Salieron de Kelvin Court y se detuvieron bajo un voladizo de hormigón, con los jardines de rosas y el césped cubiertos de nieve frente a ellos. McCoy encendió un cigarrillo. Tosió. El primero del día.

—Davey Waters —dijo.

De repente, Wattie se interesó en los progresos de un camión de basura que circulaba por la calle en dirección a Anniesland.

—¿Se refiere al tipo de las pistolas? ¿Qué pasa con él?

—Aléjate de él, a eso me refiero. Has tenido suerte de que alguien haya venido a contármelo. Un tipo como Davey Waters te masticaría y te escupiría antes de que te dieras cuenta. ¿Lo captas?

—No estoy seguro de qué me está hablando —dijo Wattie, con los ojos fijos todavía en el camión de basura.

McCoy suspiró. No era así como quería que fuesen las cosas.

—No intentes dártelas de listo. Aléjate de él y deja de tocarle las narices. ¿Acaso crees que

Davey se pasa el día allí sentado esperando a que aparezcan tipos como tú? Waters ha sido acusado de cargos importantes en un montón de ocasiones. Le habríamos encerrado por asesinato en más de una ocasión si hubiésemos podido demostrarlo. Déjale en paz. Aléjate. Esto es Glasgow, no la puta Brigadoon. ¿Me has entendido?

—Sólo hice lo que usted me dijo —replicó enfurruñado.

—¿Cómo dices?

—Conexiones, como me dijo.

—Por Dios, debes de ser más estúpido de lo que pensaba.

—¿Por qué andamos tras la pista de esa Baby Strange si creemos que se trata de violencia doméstica?

—Porque hay una diferencia entre pensar y saber. Sigue las pistas, completa el cuadro, haz tu trabajo. ¿Nunca escuchas lo que te dice Murray? Ahora vete a buscar el maldito coche y tráelo. Tenemos que ir a una prueba de sonido. Sea eso lo que sea.

Habría resultado más sencillo entrar en Ford Knox que en el maldito Green's Playhouse. Les llevó casi una hora llegar a la entrada. Tuvieron que abrirse paso entre una multitud de jovencitas que gritaban y no dejaban de llorar. El tráfico en la calle Renfield avanzaba a paso de tortuga, deteniéndose de vez en cuando debido a otra oleada de chicas que intentaban cruzar la calle para llegar a las puertas. Finalmente, después de muchos empujones, llegaron. McCoy sacó su identificación y la plantificó en el cristal. Un gorila malcarado les abrió la puerta y pudieron entrar. Los gritos del exterior cesaron de golpe cuando cerraron la gran puerta principal a su espalda.

Wattie estaba muy nervioso, señalaba los carteles de anteriores conciertos, le sonreía a cada gordo bastardo que pasaba acarreado cables. Hacía tanto frío fuera como dentro; obviamente no se gastaban el dinero calentando un espacio vacío. McCoy no estaba muy seguro en lo referente a David Bowie, lo había visto unas cuantas veces por la televisión vestido como una mujer extraterrestre o algo así; parecía un bicho raro. Sin embargo, era todo un personaje. Era como conseguir audiencia con el Papa. Un tipo con un decrepito uniforme les dijo que esperasen a que apareciese el representante. Él les «escotaría hasta el *backstage*», fuera eso lo que fuese.

El vestíbulo resonaba con la incansable percusión de una batería. A la resaca de McCoy no le iba nada bien. Wattie había detenido a uno de los técnicos para preguntarle a qué hora empezaba el concierto. Si la cosa se alargaba, iban a tener que pedirle entradas gratuitas. McCoy le llamó la atención.

—Se supone que eres policía, no una jodida quinceañera. Empieza a comportarte como tal.

—Lo siento, estoy un poco nervioso. Nunca había estado aquí antes. ¿Usted sí?

McCoy asintió.

—El verano pasado. The Faces.

—¿La banda de Rod Stewart?

McCoy suspiró resignado.

—La banda con la que canta Rod Stewart.

Wattie se quedó con la boca abierta.

—Sí, ésos. ¿Estuvo bien?

Janey y él se fumaron un par de porros antes de entrar, y se tomaron medio ácido. Volaron. Resultó que uno de los encargados de seguridad había sido policía y les dejó colocarse delante. Bebieron, bailaron. La banda estaba a escasos metros de distancia, parecían estar tan colocados como ellos. Rod Stewart les dedicó una amplia sonrisa mientras hacía girar el micrófono por encima de él. Tocaron dos veces «Stay With Me». La mejor canción de la historia. Janey y él la

cantaron a voz en grito, felices y sudorosos. Al salir del concierto seguían tan colocados que echaron un polvo entre los contenedores de basura en un callejón al otro lado de la calle.

—No estuvo mal.

—¿Caballeros? —Apareció un tipo diminuto vestido con un traje demasiado ajustado; no podría haber llevado más gomina en el pelo aunque se la hubiese aplicado con una paleta. Señaló las grandes puertas en lo alto de las escaleras—. Síganme, hagan el favor.

Cruzaron las puertas tras él y entraron en el auditorio vacío. El «uno-dos, uno-dos» y la batería eran allí aún más potentes, retumbaban en el espacio de aquel viejo teatro rojo y dorado. Apestaba a cerveza, humedad y tabaco. Los asientos de terciopelo rojo orientados hacia el escenario estaban tan gastados como la sucia moqueta. Ascendieron por unas escaleras a un costado del escenario y atravesaron varios pasillos estrechos y puertas hasta hacerle perder a McCoy el sentido de la orientación. Se detuvieron en medio de un pasillo, frente a una puerta con un cartel que rezaba VESTUARIO ESTRELLA, escrito con letras brillantes. Desde el otro lado llegaban voces y risas. El representante no parecía tener claro qué hacer. McCoy estaba empezando a cansarse de todo aquello. Agarró el pomo de la puerta, pero una voz a su espalda dijo:

—Yo no lo haría, señor.

Se dio la vuelta y vio a un tipo con los brazos cruzados, quieto; parecía un levantador de pesas. Sombrero vaquero, camisa blanca y corbata de cordón. No era sorprendente que tuviese acento norteamericano.

—¿Puedo ayudaros en algo, muchachos? —preguntó.

—No —dijo McCoy sacando su placa—. Que te den por saco.

Dejó que fuese el representante el que diese explicaciones y abrió la puerta del camerino. La habitación estaba abarrotada. Chicos con maquillaje por todas partes, una chica rasgando una guitarra, olor a incienso y a laca para el pelo, y música fuerte. Un tipo en una esquina, con chaqueta de lentejuelas y el pelo rubio muy largo, estaba contando un chiste. Cuando dijo la última palabra, todo el mundo rió ostentosamente. McCoy se aclaró la garganta con fuerza y todo el mundo se volvió hacia él. Supuso que el gran hombre estaría allí, pero no fue capaz de distinguirlo.

—Estoy buscando a una mujer llamada Baby Strange —dijo sintiéndose estúpido por el mero hecho de pronunciar aquel nombre.

Todos los presentes se volvieron entonces hacia una chica que estaba en una esquina, dándole un masaje en los hombros al tipo que tenía delante. Éste llevaba tan sólo una especie de bañador de lana, así que sus blancos y huesudos hombros estaban desnudos. Alzó la vista. Tenía el pelo de un tono anaranjado brillante, cortado en punta, y su mirada era juguetona. Debía de ser él. La mujer dejó de masajearlo. Su aspecto era tan extraño como el del hombre: alta, delgada como un palo, el pelo rizado de un blanco puro, maquillada como un payaso.

—Ésa soy yo, querido —dijo dándole una calada a un cigarrillo de color rosa—. ¿Traes el material? Gracias a Dios, todos estaban empezando a ponerse un poco ansiosos.

—Me temo que no —dijo McCoy—. Policía. Tengo que hacerle unas preguntas.

*

Acabaron en la discoteca vacía de arriba. El representante los acompañó hasta una mesa que había bajo un cartel de neón apagado que decía: CLOUDS. Un tipo de la limpieza andaba por allí abajo, intentando quitar de la pista de baile lo que parecía una combinación de cerveza seca y vómito. El asiento curvo que rodeaba la mesa estaba agujereado por quemaduras de cigarrillo, y parte de la gomaespuma amarilla quedaba a la vista. Baby Strange hizo una mueca de desagrado al

fijarse, pero acabó sentándose. Empezó a mordisquear la punta de una de sus uñas azules. Parecía nerviosa, pero no sorprendida.

—¿Qué era lo que creías que habíamos venido a entregarte? —preguntó McCoy.

Ella se encogió de hombros.

—Maquillaje. Me olvidé de traerlo. Le prometí a David que se lo daría. Es japonés. —Su acento era medio americano, medio inglés. Ciertas palabras parecían deslizarse de un lado a otro.

—Mierda —dijo McCoy—. ¿Parezco un puto repartidor de maquillaje?

—No lo sé —dijo ella—. ¿Qué aspecto suelen tener?

McCoy no tuvo más remedio que reconocerlo; tal vez pareciese un engendro de la naturaleza, pero no era una idiota.

—¿A qué te dedicas exactamente? Laboralmente, me refiero.

—Ah, siempre me resulta difícil explicarlo. Organizo cosas para la gente. Me aseguro de que todo vaya como un reloj. —Les dedicó una sonrisa. No funcionó. Prosiguió—: Fiestas, desfiles de moda, actos promocionales...

—¿Qué hay de las prostitutas? —dijo McCoy—. Eso es lo que he oído. Hombres, mujeres, toda clase de cosas. No hay nada que no puedas conseguir. ¿Es eso cierto?

La atmósfera cambió, el rostro de ella se volvió impasible, empezó a tamborilear con los dedos sobre la mesa. Ya no estaba la cosa para sonrisas.

—¿En qué puedo ayudarles exactamente, caballeros?

—¿Es cierto? —dijo McCoy—. ¿Lo de las prostitutas?

Ella se puso en pie.

—Creo que es el momento de que me vaya. Si desean volver en otro momento y acusarme de alguna tontería, pueden hacerlo. Es cosa suya. Archie Lomax. ¿Lo conocen? Deberían conocerlo. Es mi abogado. Estará encantado de sentarse a mi lado dándome la mano. Y ahora, si no les importa...

McCoy no se movió.

—¿Archie Lomax? ¿En serio? Un abogado muy prestigioso para alguien que se encarga de organizar fiestas de cumpleaños, ¿no te parece? Ahora, siéntate otra vez y empecemos a hablar. Si no, esperaremos a que aparezca tu repartidor, y veremos exactamente qué tipo de maquillaje es ese que tiene que traerte, ¿te parece?

Se quedó quieta, haciendo girar en uno de sus dedos un gran anillo de plástico rojo, como si no estuviese segura de qué hacer. Suspiró y volvió a sentarse.

—¿Esto es extraoficial? —preguntó.

—Sí —mintió McCoy.

Ella encendió otro cigarrillo rosa.

—Deje que me explique. Hay gente rica en esta ciudad, gente rica aburrída de su propia vida. En ocasiones montan fiestas en las que quieren algo más de animación. Yo pongo algo de pimienta. Tengo una agenda de contactos muy amplia. Preparo listas de invitados estupendas.

—¿Listas que incluyen prostitutas?

—De vez en cuando, pero principalmente gente interesante. Jóvenes de buen ver, artistas que quieren comer gratis, bandas que están de paso por la ciudad. De repente, esos ricos aburrídos ya no están aburrídos, aparecen en las páginas de sociedad del *Herald* y del *Scotsman* junto a Hugh Fraser y Lulu. De repente, están en la onda.

—¿Y te pagan por eso?

—Oh, sí, claro que pagan. Pagan bien. Hoy en día todo el mundo quiere estar en la onda y parecer genial, incluso los viejos banqueros aburrídos. Todo el mundo quiere conocer a músicos

famosos, e incluso a delincuentes. Tal vez podría usted ayudarme en eso. Han empezado a ponerse de moda, ya lo sabe.

—Cierto. Así que tú proporcionas a esa gente todo lo que andan buscando. ¿En eso consiste el negocio?

Ella asintió.

—Dentro de lo razonable.

McCoy rebuscó en su bolsillo, sacó la foto de Lorna Skirving y la dejó sobre la mesa, frente a ella.

—¿La llevó a ella a alguna de esas fiestas?

Tomó la fotografía y la observó. Se la devolvió. Negó con la cabeza.

—La vi un par de veces en brazos de algún hombre de negocios gordo y sudoroso. No está en mi línea. Un escalón por debajo de mis intereses.

—¿Has organizado alguna fiesta en Broughton House?

Le cambió la expresión sólo un segundo, pero McCoy lo notó.

—No, desgraciadamente no. Está fuera de mi alcance. Es prácticamente como la realeza, se lo aseguro.

—Oh, me temo que estás siendo muy modesta. ¿Una mujer tan lista como tú? Estoy seguro de que podrías tratar con ellos, proporcionarles algunas de las cosas que buscan. De hecho, creo que ya lo has hecho.

Negó de nuevo.

—No. Yo no.

No había posibilidad alguna de que entregase a los Dunlop tan fácilmente. En realidad no podía culparla. Eso no pasaría sin más peleas, sin que las arcas de Archie Lomax creciesen.

Ella se puso en pie de nuevo y le echó un vistazo a su reloj.

—La limusina de David tiene que haber llegado. Nos volvemos al Albany. ¿Puedo irme?

McCoy sonrió y negó con la cabeza.

—No quiero perdérmelo. —Parecía ansiosa, a pesar de intentar sonreír—. La primera regla del rock and roll, ya sabe, es que no te quedes atrás.

McCoy se palmeó los bolsillos hasta encontrar su paquete de cigarrillos.

—¿En serio? ¿Sabes qué?, creo que conseguiré que los de narcóticos estén al corriente de tu pequeño negocio y de tus chanchullos. Después les diré que les pasen la información a sus colegas del *Daily Record*. No estoy seguro de si tienen una sección de sociedad, pero lo que sí sé es que podrán escribir un buen artículo, con una fotografía grande en la que aparezcas tú con todas tus galas. Entonces podrás sentarte y ver cómo tus clientes ricos te abandonan como una jodida patata caliente. ¿Es eso lo que quieres? No vas a entregarme a los Dunlop, de acuerdo. Soy un chico grande y podré vivir con ello. Pero dame algo.

Ella se mordió el labio y se manchó los dientes de carmín púrpura. Se lo pensó dos veces y se sentó de nuevo.

—Vuelve a enseñarme la fotografía.

La estudió y se la devolvió.

—Hizo un trabajo para mí, hace cosa de un año. Uno de mis clientes tenía a un socio sueco de paso en la ciudad. Buscaba a alguien que pudiese ajustarse a sus gustos especiales, a quien no le importase ir un poco más allá de lo habitual. Salió a relucir su nombre y yo la llamé. Hizo bien el trabajo, sin problemas, pero le robó treinta libras de la cartera mientras se daba una ducha cuando ya habían acabado. No volví a trabajar con ella.

—Ha muerto. Alguien le disparó a plena luz del día. ¿Por qué alguien haría algo así?

Ella apoyó la espalda en el asiento.

—Le he contado todo lo que sé. Descubrir quién la mató es cosa suya, no mía.

—Sabemos quién la mató. Un joven llamado Tommy Malone. Queremos averiguar por qué lo hizo. ¿Ella no trató nunca con los Dunlop?

—Yo no lo preparé —respondió ella de manera esquiva.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Lo sé —dijo.

McCoy se echó hacia atrás. Suspiró.

—Wattie, telefona a la Central, que envíen un coche patrulla. Estoy harto de que me tomen por un gilipollas.

Wattie asintió y se puso en pie. Había atravesado ya la mitad de la pista de baile cuando ella dijo:

—De acuerdo.

Esas dos palabras fueron suficiente. McCoy la miró a los ojos. Ella empezó a hablar.

—Estuvo en varias de sus fiestas. Yo no las preparé, pero la vi allí.

—¿Qué hacía?

Se encogió de hombros.

—Lo que le pagasen por hacer. Chica con chico, chica con chica, bondage, sadomaso, lo que le pidieran. Al parecer, el intermediario era el encargado. Un tipo pelirrojo... ¿John?

—¿Jimmy?

Asintió.

—Eso. Un cabrón frío como el hielo. Había otra chica, creo que trabajaba en la casa. Una chica estúpida que quería agradar a todo el mundo. Él la cargaba de ácido y dejaba que todo el mundo se la tirase, y lo filmaban. Un tipo la llamó delante de todos y ella fue corriendo como un perrito faldero. —Se detuvo, encendió otro cigarrillo coloreado—. Le dijo que estirase el brazo, ella lo hizo y él le apagó el cigarrillo en la carne. Sonrió al hacerlo. Le dijo que subiese al piso de arriba y que le esperase. La llamaba su juguete. —Soltó el humo del cigarrillo y en su rostro se esbozó una débil sonrisa—. Mal rollo.

—¿Por qué no hiciste nada? —preguntó McCoy.

—Porque tenía miedo.

—¿De quién?

Negó con la cabeza.

—Alguien me dijo que la chica se ahorcó pocos días después. Ésa fue la última vez que fui a Broughton House.

—¿Quién era el tipo? —preguntó McCoy.

No respondió. McCoy esperó. Ella no le miró mientras lo decía, tenía la vista clavada en el suelo.

—Teddy. El hijo de Lord Dunlop.

Veinticinco

La inercia empujó a McCoy con fuerza contra la puerta del coche. Wattie casi había quedado encima de él.

—Joder —masculló sin aliento.

—No he podido evitarlo, maldita sea —dijo Wattie cuando el coche dejó atrás la esquina y consiguieron enderezarse de nuevo.

La sirena aullaba, las luces giratorias estaban encendidas; la parafernalia al completo. McCoy oyó algo procedente del asiento delantero sobre «poder conducir un autobús por aquí» mientras el coche aceleraba bruscamente entre dos autobuses municipales y se saltaba un semáforo en rojo.

—Creo que voy a vomitar —gruñó cuando giraron en otra esquina.

No estaba seguro de por qué iban tan rápido. Si estaba muerta, estaba muerta, ya no podían hacer nada al respecto. El coche frenó de golpe y McCoy gruñó al salir disparado contra el respaldo del asiento de delante. No tardó en entender por qué se habían detenido: delante de ellos la calle estaba llena de hombres con bufandas verdes y blancas que recorrían London Road en dirección a la policía montada que intentaba mantenerlos a distancia de los otros aficionados, los de las bufandas color borgoña.

—¿No sabías que hoy había partido? —le gritó Murray al conductor.

Éste negó con la cabeza.

—Lo siento, señor.

Acento de frontera. Aquel idiota debía de ser otro de los jugadores de rugby de Murray. Ninguno de ellos sabía nada de fútbol. McCoy iba a decir algo con relación al hecho de contratar a gente de Glasgow para trabajar en la policía de Glasgow, pero se lo pensó dos veces.

—Tendrías que habérselo dicho, McCoy. Esas cosas son asunto tuyo —dijo Murray.

—¿O sea que ahora es culpa mía? —se quejó el aludido.

Murray no respondió. Se limitó a quedarse callado con gesto de querer matar a alguien.

El coche giró a la derecha al llegar al matadero y enfiló por Dalmarnock. Glasgow es una ciudad formada por pueblos, territorios marcados por pandillas y viejas disputas sobre si una calle pertenece a unos u otros. Pero no podía recordar a nadie discutiendo sobre Dalmarnock. Nadie lo quería.

Se detuvieron frente a un edificio de color granate en un solar vacío y fangoso lleno de charcos y escombros. Las entradas y las ventanas a pie de calle de los pisos habían sido cegadas con madera por el ayuntamiento, y podía leerse en ellas avisos del tipo: NO ENTRAR – PELIGRO justo debajo de los nombres de las pandillas pintados con espray. Los avisos no habían servido de gran cosa. La mayoría de los tabloncillos estaban rotos o habían sido arrancados; los restos de muchos de ellos seguían tirados en el suelo.

—La encontraron unos niños —dijo Murray limpiando el vaho que se había formado en la ventanilla del coche y mirando hacia fuera—. Juegan al escondite ahí dentro. No puedo culparlos, no tienen muchas más diversiones por aquí.

La nieve caía casi horizontal, el viento soplaba con fuerza contra las ventanillas del coche. Aunque sólo fuese por eso, tendrían que haberse marchado. El viento casi arrancó la puerta del

coche cuando McCoy la abrió. Junto a ellos iban dos coches patrulla y una ambulancia. Thomson salió de uno de los coches con el chubasquero sobre la cabeza y señaló.

—La planta de arriba —dijo.

Por el aspecto del edificio, allí no sólo debían de jugar niños. Las puertas de los pisos habían sido arrancadas, sobre el suelo de las habitaciones había mantas desparramadas, latas de cerveza, el papel de las paredes y la madera del suelo tenía zonas oscurecidas donde se habían encendido fogatas. La nieve se colaba por entre los restos del panel de cristal que había en el techo del hueco de la escalera; a pesar de las frías corrientes de aire, el lugar seguía oliendo a orines. Subieron las escaleras, sacudiéndose la nieve de los abrigos, oyendo los pasos arrastrados de la gente que había en los pisos de más arriba, gritando instrucciones. En la planta superior, habían montado ya las luces en los soportes y un par de generadores eléctricos zumbaban. Pasaron entre ellos al interior del apartamento. Wattie señaló hacia una habitación iluminada como un set de rodaje. Una cruda luz blanca lo iluminaba todo, incluido aquello que los había llevado hasta allí.

Una sábana manchada de sangre cubría algo tirado en el suelo, en el rincón opuesto, bajo una ventana rota. La única pista de que lo que había bajo la sábana era una mujer era el fino tobillo y el pie que sobresalían por la parte inferior. Una mujer de cincuenta y muchos años, con traje de tweed medio cubierto por una bata de laboratorio, estaba acucillada junto al cuerpo. Se volvió y les miró.

—Por fin, maldita sea —dijo—. Todos hemos tenido que esperar a que nuestro querido señor Murray le echase un vistazo antes de poder tocar nada.

—Phyllis —dijo Murray—. Siempre es un placer.

Phyllis Gilroy era una mujer grande, alta y ancha que tenía el acento de Glasgow más pijo que McCoy había oído nunca. Era la patóloga de la policía desde que McCoy se había unido al cuerpo. Probablemente seguiría allí cuando él ya lo hubiese dejado. Se puso de pie con algo de esfuerzo.

—Este tiempo no es nada bueno para mis rodillas. Voy a salir a tomar el aire con la leve esperanza de encontrar algo parecido a un baño por aquí cerca. Todo suyo, caballeros.

Se escabulló entre ellos y McCoy empezó a respirar, como le habían dicho. Esperaba que le ayudase. Uno. Dos. Tres. Uno. Dos. Tres. Avanzó, protegiéndose los ojos de la fuerte luz, se acucilló, apartó una de las esquinas de la sábana, vio sangre, apartó la vista. Uno. Dos. Tres.

Oyó maldecir a Murray. Éste se colocó a su lado y lo apartó.

—Joder, si fuese por ti nos pasaríamos aquí todo el día. —Se inclinó hacia delante, agarró la esquina de la sábana y, lentamente, tiró de ella apartándola del cuerpo. Parecía el envoltorio de un caramelo, desenganchándose de la piel a medida que tiraba. McCoy mantuvo la vista clavada en el rasgado papel pintado de la pared, respirando despacio. Oyó que Wattie mascullaba «Dios santo» y bajó la vista.

Estaba desnuda, y tenía las manos atadas a la espalda con una corbata. Parecía joven —veintipocos años— y era alta. Las partes de su cuerpo que podía ver a través de toda aquella sangre eran un puro moratón. Amarillo. Azul. Negro. La parte posterior de su cabeza era una masa indistinguible formada por huesos rotos, cabellos rubios y sangre pastosa.

Murray señaló esa parte con su zapato.

—La causa de la muerte parece obvia, a menos que Lady Fango nos diga algo diferente. Da la impresión de que la golpearon violentamente antes de matarla.

—¿Sabemos quién es? —preguntó McCoy mirando hacia otro sitio.

—No. No llevaba documentación consigo —dijo Thomson—. Tendremos que intentarlo con los registros dentales, aunque puede llevar algún tiempo. Los niños que la encontraron no han dicho

gran cosa, supongo que todavía están conmocionados. —Señaló una bolsa de la compra tirada en el suelo de la que habían caído varias latas de cerveza—. También había por aquí los habituales borrachos, pero no creo que tengan nada que ver con esto.

McCoy se arriesgó a mirar de nuevo.

—No da la impresión de que nada de esto haya tenido lugar aquí, tendría que haber más sangre.

—¿Y dónde está su ropa? —añadió Murray—. ¿La habéis encontrado?

Thomson negó con la cabeza.

—Ya han echado un vistazo por todo el edificio. Nada.

—¿Quiénes? —preguntó Murray—. ¿Quién cojones ha echado el vistazo?

—Un par de agentes de uniforme —respondió Thomson con cautela.

—¿En serio? No me jodas. ¿Eres demasiado importante?

—No, yo...

—Ve a echar un vistazo, jodido payaso. ¡Ahora!

Thomson pasó entre ellos, con aire avergonzado, y Murray sacudió la cabeza.

—¿Sirve para algo ese tío? Estoy empezando a preguntármelo.

—¿Has acabado?

Phyllis Gilroy apareció con dos sanitarios mojados tras ella portando una camilla plegable. Murray asintió y ella se hizo a un lado para dejar pasar a los sanitarios.

—¿Qué hora es? —preguntó Gilroy mirando su reloj—. Las seis en punto. —Apartó la vista, calculando—. Yo diría que sobre las nueve. Para entonces la habré lavado y tendré una idea de lo ocurrido. Así que, hasta entonces...

*

El despacho estaba en calma, la radio sonaba de fondo. McCoy había vuelto y pensaba estarse un par de horas. Poca cosa podía hacer mientras esperaba a Phyllis Gilroy. Wattie estaba sentado tras la máquina de escribir, con la lengua fuera, acabando su informe. McKee rellenaba su quiniela futbolística mientras, con aire ausente, mojaba una galleta en su té.

—Entonces, ¿dónde estamos? —preguntó McCoy por decir algo. Había leído algunos informes, hecho algunas llamadas de teléfono y pasado a ver a Cowie para tomarse un té. Ahora estaba aburrido.

Wattie se apartó de la máquina de escribir y le miró.

—Nada —dijo—. No hay ningún informe de personas desaparecidas en los dos últimos días que coincida con nuestra descripción. Del puerta a puerta, si se puede llamar así, no hemos obtenido nada. En realidad, no hay casas alrededor, sólo un pub. Lo hemos intentado allí pero nadie vio nada, nadie oyó llegar coche alguno. La mayoría de la gente que va allí a beber no saben ni en qué día viven.

—¿Y los que trabajan en el pub?

—No vieron nada ni oyeron nada.

—Genial —dijo McCoy—. ¿Sabes lo que tenemos que hacer ahora?

Wattie hizo un gesto hacia la puerta.

—En el momento justo. —Billy el Gordo, de registros, estaba allí, cargando con tres cajas de cartón hasta los topes—. Tíos, echadme una mano, que me están matando estas cajas.

Wattie agarró la que estaba encima y la dejó sobre su escritorio, levantando polvo por todas partes.

—Les he hecho buscar a todos los perversos de los últimos seis meses.

—Joder, Wattie. Pareces un policía de verdad.

—Vosotros dos, payasos. *Moveos*. —Se dieron la vuelta. Murray acababa de salir de su despacho, con las mangas de su americana de tweed medio remangadas—. Su señoría se ha adelantado por una vez. Venga.

*

McCoy le compró un periódico al tipo que los vendía fuera de la comisaría. Empezó a leer en el coche, mientras Murray y Wattie parloteaban sobre un partido de rugby. Lorna Skirving ya no aparecía en ninguna página, era una noticia caducada. Pasó las páginas. Le habían disparado a un hombre en la puerta de su Rolls-Royce en Belfast. Mercado Común. Pilotos de tren amenazaban con huelga. Los secretos de Bruce y Anthea para un matrimonio feliz. Lo habitual. Pasó una página más y se detuvo. Grandes fotografías de Lord Dunlop y otro hombre de mediana edad dándose la mano. Leyó el artículo en diagonal. «La familia Dunlop y el Mackenzie Trust anuncian una oferta de adquisición de Allied Newspapers ... Es hora de sangre fresca. Una colaboración con miras al futuro ... Las cantidades se anunciarán mañana.»

—¿Has visto esto? —Se inclinó hacia delante y le pasó el periódico a Murray, que le echó un vistazo y se lo devolvió.

—Sí, lo he visto esta mañana. No tiene nada que ver contigo, McCoy. Por lo que a ti respecta, los Dunlop no existen. —Se volvió para mirarlo por encima del hombro—. ¿Queda claro?

—Cristalino —dijo él con un suspiro.

—¿Alguna noticia sobre Skirving o sobre Malone? ¿Habéis llegado a alguna parte? El comisario me ha estado persiguiendo para cerrar el caso.

—Todavía no. Estábamos bastante seguros de que fue violencia doméstica. Por lo visto, Malone estuvo en el apartamento de la chica varias veces, gritando y maldiciendo.

—¿Estábamos? —preguntó Murray.

—Estamos —respondió McCoy—. No tenemos ninguna prueba evidente de nada más. Es posible que tuviese otro novio que le pagaba por citas privadas, cosas feas, látigos, dolor, esa clase de cosas.

—¿Quién es ese otro novio?

—No estamos seguros. Hemos estado buscándonos la vida, pero creo que hay algo más que los celos de Tommy Malone para explicar su asesinato. No parece tan sencillo.

—De acuerdo, todo eso no parece más que humo. Si no tenemos nada por la mañana, tendré que cerrar el caso. Será violencia doméstica y ya está.

La morgue estaba en Saltmarket, junto al río Clyde. Un curioso edificio bajo encarado a Glasgow Green. Wattie aparcó el coche en la puerta y Murray bajó. El joven observó cómo se alejaba y alzó la mano para detener a McCoy junto al auto.

—¿Qué pasa?

—Sabe con quién no hemos hablado todavía, ¿no? Bobby. —Wattie se señaló el pecho, justo en el lugar donde habían visto el tatuaje—. Le dijo a Murray que lo haría.

—Mierda —dijo McCoy—. Se me había ido de la cabeza. No permitas que Murray se entere, por lo que más quieras. ¿Por qué no me lo has recordado?

Wattie puso los ojos en blanco.

—Venga ya. Es una pérdida de tiempo. ¿Qué podría saber el novio de Nairn?

—Sí, joder, es cierto, pero será mejor que lo aclaremos.

*

McCoy se sentó al fondo de la sala y se puso a respirar por la boca, evitando mirar hacia lo que tenía enfrente. Si los cuerpos en la escena de un crimen eran algo malo, en lugares como aquél eran todavía peores. Se debía a los azulejos blancos, a los cubos esmaltados y al hedor a lejía. Cuanto más intentaban enmascarar lo que ocurría allí, peor era el resultado. Gilroy le estaba mirando con una sonrisa irónica y sacudiendo la cabeza.

—Déjale en paz —dijo Murray—. Está bien donde está. Al menos hoy ha conseguido entrar en el edificio.

Wattie le dedicó una sonrisa y, sólo con el movimiento de la boca, dijo: «Gilipollas».

Los tres se colocaron alrededor del cadáver, que estaba sobre la pila de piedra. A McCoy le pareció bien, de ese modo le impedían la visión. Lo único que pudo ver fue una fugaz mano o una sábana verde por el hueco que dejaban. Gilroy se hizo a un lado y vio manchas en la piel y algo de vello púbico. Bajó la vista al instante. Empezó a respirar siguiendo el ritual, contando las baldosas del suelo. Cualquier cosa que mantuviese ocupada su mente. El pijo acento de Gilroy se las arregló para colarse entre sus pensamientos.

—Cráneo fracturado, poco sorprendente pero interesante, en cualquier caso. Pudo tratarse de algo muy ligero.

—¿Cómo? —dijo Murray—. No es posible. Tiene la mitad de la cabeza hundida.

Gilroy sacó un bolígrafo del bolsillo del pecho de su bata de laboratorio y señaló un costado del cráneo.

—Tenía una fractura anterior en este punto. Con rayos X se ve muy claro. La tenía desde hacía años, aunque es posible que ella no tuviese ni idea.

—¿O sea que cualquier cosa podría haberlo provocado? ¿Una caída? ¿Un puñetazo? ¿Algo así? —preguntó Wattie.

Gilroy parecía estar divirtiéndose.

—Bueno, dudo que fuera completamente accidental, habida cuenta de cómo está el resto del cuerpo. Pero un buen abogado podría argumentarlo. —Se desplazó por la mesa y señaló de nuevo con su bolígrafo—. Las contusiones se centran básicamente en los pechos, el interior de los muslos y las nalgas. El ataque tuvo, sin lugar a dudas, naturaleza sexual. Las paredes de la vagina y del ano también muestran contusiones y heridas.

—¿La violaron? —preguntó Murray.

Gilroy negó con la cabeza.

—No lo creo. No en un sentido convencional, al menos. No hay restos de semen o de goma. Utilizaron algo de madera, grande, sin pulir. Quienquiera que lo hiciese pretendía causar dolor, un gran dolor, imagino.

McCoy intentó acercarse y dio un paso hacia ellos, pero se sintió tan mareado que tuvo que detenerse. Alargó la mano para apoyarse en la pared y no perder el equilibrio.

—Ya hemos visto algo parecido —dijo.

—Lorna Skirving —dijo Murray.

Gilroy asintió.

—Me lo has quitado de la boca, jovenzuelo.

McCoy casi había llegado a la pila de piedra. Caminaba lentamente, tenía la impresión de que iban a arrancarle la parte de arriba de la cabeza, como si hubiese esnifado muy rápidamente una raya bien gruesa de *speed*. Murray se dio la vuelta y negó con la cabeza.

—¿Estás seguro de eso, McCoy? La chica no tiene muy buen aspecto.

Asintió. Tragó la saliva que se acumulaba en su boca.

—Dejadme echar un vistazo.

Murray asintió y, al tiempo que Wattie, se hizo a un lado. Durante unos segundos, McCoy creyó que iba a desmayarse, los extremos de su visión se le hicieron borrosos, podía sentir el sudor corriéndole por la espalda. Se agarró al borde de la mesa de hierro y se propuso mirar. Todo el cuerpo era un revoltijo de moratones nuevos sobre otros antiguos. Había una sierra manual junto al brazo de la chica; intentó no fijarse en ella. La sangre le golpeaba contra las sienes. Murray apartó la tela que cubría el rostro de la chica y ahí acabó todo.

*

—Toma. —Murray le tendió un vaso de plástico con agua.

McCoy dio un trago, respiró el frío aire de enero y se sintió un poco mejor. Estaban sentados en las escaleras de arenisca del Tribunal de Justicia, el edificio contiguo a la morgue. No recordaba cómo habían llegado hasta allí, aunque le alegraba saber que estaba fuera de la sala de autopsias.

—Lo siento —dijo.

Murray se encogió de hombros.

—Supongo que no puedes evitarlo.

—Está fatal—añadió Wattie—. Ha tenido suerte de no golpearse la cabeza con la esquina de piedra.

—¿Fuiste a ver alguna vez a esa mujer? —dijo Murray.

—¿Qué mujer? —preguntó Wattie.

McCoy negó con la cabeza.

—Tal vez no sea tan mala idea —dijo Murray—. No haría ningún mal. No va en tu... —Miró a Wattie, sentado allí, todo oídos, y no terminó la frase.

—Sí, eso dicen.

Encontró el paquete de tabaco en su gabardina y encendió un cigarrillo. Se sintió mejor y peor al mismo tiempo. La cabeza le daba vueltas, pero ahora debido a la nicotina, la primera calada de un Embassy Regal solía provocarle ese efecto.

—Isabel —dijo McCoy.

—¿Cómo has dicho? —dijo Murray mirándolo.

—Así se llamaba. Isabel.

—¿La conocías? —preguntó Murray—. ¿Cómo es posible? ¿Isabel qué más?

—No sé su apellido. En realidad no la conocía. Era una de las chicas de Ronnie Naismith. Trabajaba en sus clubes. Ejercía de acompañante también, creo. —Un autobús pasó calle arriba, con esfuerzo, demasiada gente y poco espacio—. No te va a gustar —añadió McCoy.

—¿El qué? —dijo Murray.

—Lo que voy a decirte. La vi anoche. Estuve en una de las noches de casino de Billy Chan, con Stevie Cooper...

—Joder, McCoy. ¿Cuántas veces tengo que decirte que tienes que dejar de ver a ese...?

—Dunlop —dijo con calma—. El hijo. Ella estaba con Teddy. Y alguien nos dijo anoche que se habían visto antes.

8 de enero de 1973

Veintiséis

—¿Qué más necesitas?

—Más de lo que me has dado, McCoy. Mucho más.

McCoy estaba esperando a Murray en su escritorio cuando éste llegó. Una gran sorpresa para todos. Era la primera vez, desde hacía mucho tiempo, que aparecía por la comisaría antes de las ocho de la mañana. Thomson dijo que le iba a tomar una fotografía y que la colgaría en el tablón de anuncios, porque, si no, nadie lo creería.

McCoy había vuelto a revisarlo todo la noche anterior; lo repasó mientras se afeitaba y después se vistió. Tenía claro que iba a decirle, cómo lo convencería. Murray llegó a las ocho y media, como solía, y no pareció alegrarse de verlo. McCoy le dio cinco minutos para acomodarse, y después llamó a la puerta de su despacho. Empezó bien, de manera racional y razonable. Se sentó en la silla que estaba frente al escritorio de Murray y, poco a poco, fue explicándole por qué ya no creía que estuviesen tratando con un asunto de violencia doméstica. Por qué tenían que fijarse en Dunlop Junior. Pero no funcionó. Intentó explicarse de nuevo. Tampoco le salió bien. Entonces empezó a gritar. Enfadado. Sabía que no iba a ayudarle, pero no pudo evitarlo.

—Isabel Garvey salió anoche con Dunlop Junior. Dunlop Junior tiene un historial de abusos a jóvenes. Ahora Isabel Garvey está muerta. Vieron a Lorna Skirving en casa de los Dunlop. ¡Murió con la misma clase de heridas, exactamente los mismos moratones sanguinolentos!, ¿y tú crees que no merece la pena hablar con él?

—No es eso lo que he dicho, así que siéntate y escúchame un par de minutos.

Permaneció de pie, demasiado enfadado para obedecerle.

—¡Siéntate! ¡Ahora!

Se sentó. Estiró las piernas y cruzó los brazos.

—En caso de que haya una conexión con los Dunlop, y quiero decir en el caso de que la haya, la encontraremos...

—¡Estaba en el puto casino con ella!

—Al igual que otras cincuenta personas. Incluido tú. —Murray hablaba despacio, tomándoselo con calma, intentando recuperar la templanza—. ¿Sabes a ciencia cierta si estaba específicamente con él, o ella simplemente intentaba sacar a todos aquellos jóvenes del local?

—Él estaba con ella.

—¿Seguro al cien por cien? Ella le hablaba al grupo. Tal vez no era más que uno de ellos.

—Se fue con ella —dijo tercamente.

—¿Estás seguro? Estabas machacado, te habías tomado un montón de analgésicos, ¿y aun así fuiste consciente de lo que estaba pasando? Lo dudo mucho. —Murray acababa de sacar su pipa y, con más energía de la cuenta, la estaba llenando con tabaco. Alzó la cabeza como si, de repente, hubiese recordado algo—. Por cierto, ¿cuántas veces voy a tener que decirte que te alejes del puto Stevie Cooper?

—Venga ya, Murray, los dos casos están relacionados. Son las mismas heridas, eso es lo que importa. ¡Las mismas putas heridas! Tengo a una testigo que lo vio agrediendo a una chica, apagándole un maldito cigarrillo en el brazo por pura diversión.

—Y esa testigo seguirá adelante y declarará, ¿no es cierto?

—No será fácil, pero...

—¡Joder, claro que no! —Murray alzó la mano—. Ya he tenido suficiente de esta mierda. Al joven Dunlop se le tomará declaración, como a todos los que estaban en el club esa noche. Y, créeme, no serás tú quien lo haga.

—Vamos, Murray...

—Cállate. Soy yo el que decido. Es cosa mía. Fin del asunto. Estás demasiado implicado, McCoy. Demasiadas historias. ¿Crees que te dirían algo?

Sabía que Murray estaba en lo cierto. El abogado de Dunlop no le permitiría acercarse a menos de un kilómetro de cualquiera de ellos.

—¿Quién lo hará?

—Yo. Y Wattie.

—¿Wattie? ¿Qué coño sabe él de nada?

—No mucho, pero yo sí. Estarás de acuerdo conmigo, ¿no?

McCoy se encogió de hombros.

—Supongo que sí.

—Dios mío, McCoy, te juro que es como tener que lidiar con un adolescente. Ya tengo a dos de esos en casa, no necesito a otro en el trabajo.

Llamaron a la puerta.

—¿Qué? —gritó Murray.

Al abrir la puerta apareció Wattie, que echó un vistazo dentro del despacho.

—Señor, ¿puedo hablar con usted?

—Ahora no.

—Es importante, señor —dijo.

Murray puso los ojos en blanco.

—Por Dios, entra.

Wattie entró. Llevaba una hoja de papel en la mano.

—La chica —dijo—. Isabel Garvey. Acabo de hablar con los de la comisaría del Este por teléfono. Alguien ha admitido la autoría del crimen.

*

McCoy había trabajado en la comisaría del Este durante un tiempo. Supuestamente, había allí un montón de hombres duros y tipos que aceptaban sobornos. Una comisaría desagradable, de la que McCoy se marchó en cuanto pudo. Y no tenía las más mínimas ganas de volver. Lo único que habían dicho era que alguien había entrado en la comisaría y había confesado el asesinato de Isabel Garvey. Les había dicho dónde había dejado el cadáver, qué tipo de sábana había utilizado para envolverla. Sin lugar a dudas, no se trataba de Dunlop Junior.

La sala principal de la comisaría del Este estaba igual que siempre. Paredes color crema manchadas de nicotina, linóleo desgastado y un banco atornillado a la pared. El sargento que estaba en la recepción era tan acogedor como cualquier casera de Edimburgo; les hizo esperar mientras se tomaba su tiempo para llamar por teléfono. Colgó el aparato tras una breve charla sobre la disponibilidad de Patrick Thistle. Alzó la cubierta del escritorio y se hizo a un lado.

Raeburn estaba sentado con los pies sobre la mesa cuando entraron en su despacho. Tenía las manos cruzadas tras la cabeza y una amplia sonrisa en la cara.

—McCoy, ¿qué haces por aquí? La sauna está un par de números más abajo. —Varios de sus compañeros rieron. Murray no lo hizo. Ni siquiera esbozó una sonrisa; se limitó a mirarlo a los

ojos.

—El tipo que ha confesado lo de la chica apellidada Garvey. ¿Dónde está? —preguntó.

Raeburn se levantó de la silla. Entendió de golpe que lo más adecuado sería comportarse correctamente.

—Todavía está en una celda, señor. Ha entrado y ha dicho que fue un accidente. No quería matarla, la empujó y se golpeó la cabeza. Estaba al corriente de todo, dónde estaba, dónde la había abandonado. Pan comido.

—¿Quién es el tipo? —preguntó McCoy.

Raeburn echó un vistazo a sus notas.

—Un tal Charles Alexander Gow.

—Espera un segundo. ¿Te refieres a Chas Gow? ¿El Gran Chas? —preguntó McCoy.

—¿De quién se trata? —preguntó Murray.

—Trabaja para Stevie Cooper, es el matón del garito ilegal que tiene en la calle Cumberland.

—¿Otro de tus colegas chungos? —preguntó Raeburn.

—Sí, lo es, y no hay posibilidad alguna de que le hiciese nada a la chica.

—Que te den, McCoy, ha confesado.

—¿Puedo hablar con él?

Raeburn negó con la cabeza.

—Lo que puedes hacer es irte a tomar por saco, esto no tiene nada que ver contigo.

—¿Para qué quieres hablar con él? —le preguntó Murray ignorando a Raeburn.

—Conozco a Chas. Lo conozco desde hace años. Quiero oír su versión de la historia.

—Bueno, creo que eso no es pedir demasiado, ¿o sí, Raeburn? Mételo en una sala de interrogatorios, ¿de acuerdo? —dijo Murray.

Raeburn no se movió. Murray se inclinó hacia delante.

—Me refiero a que lo hagas ahora, gilipollas —dijo en voz baja—. Ahora.

*

—Está sudando —dijo Murray.

—Siempre suda; pesa casi ciento veinte kilos. —McCoy levantó las manos hacia el cristal para hacerse visera. Chas estaba sentado en una silla de plástico naranja frente a una mesa maltrecha, el cenicero de latón McEwen's lleno de colillas frente a él. Se rascaba el cuello. Parecía preocupado.

—Gracias por esto, por cierto.

—No me des las gracias —dijo Murray—. Ese tal Raeburn se cree que es alguien. Tan sólo es otro tramposo con placa. —Dio un paso atrás, apoyó la espalda en la pared de aquella diminuta sala de observación—. ¿Qué estamos haciendo aquí, McCoy? Ha confesado, conoce los detalles. —Golpeó el cristal con la punta de los dedos y Chas miró a su alrededor, extrañado—. Ese gordo bastardo ha venido aquí y ha cantado. A caballo regalado...

—Eso es precisamente lo que me preocupa. Venga, vamos a hablar con él.

—¿Todo bien, Chas? —dijo McCoy tras abrir la puerta.

Chas alzó la vista, sorprendido y aliviado de verlo. Tenía una pinta un tanto preocupante. Un ojo morado, arañazos en un lado de la cara, y una de las mangas de su traje, demasiado ajustado, estaba rota y dejaba ver la camisa de nylon amarillo que llevaba debajo.

—McCoy, ¿qué haces aquí?

—He venido a verte, Chas. —Le miró de arriba abajo—. Veo que los del Este te han mostrado su habitual hospitalidad. ¿Estás bien?

—Estoy bien. Me han dado un poco, pero sobreviviré. ¿Un irlandés en la cárcel? Bueno, es bastante frecuente.

McCoy apartó la silla frente a Chas y se sentó.

—Me han dicho que has andado contando historias. —Señaló con la cabeza—. Ese hombre de ahí es el inspector jefe Murray. Mi jefe. Es un buen policía, Chas, hace que yo parezca un aficionado, así que será mejor que tu cuento sea bueno, ¿de acuerdo?

Chas le echó una mirada de medio lado a Murray.

—No es un cuento. Ya se lo he dicho a los otros policías. La maté. Fue un accidente. Discutimos, la empujé y se golpeó la cabeza contra la pared. Ni siquiera le pegué. Acto seguido, estaba muerta. Me entró el pánico.

—¿En serio? Qué curioso, Isabel y tú discutiendo. —Recorrió con la punta del dedo la palabra PELEÓN que alguien había grabado en la mesa. Alzó la mirada—. No quiero ser grosero, Chas, pero tú eres un gordo bastardo de mediana edad que trabaja como gorila en un burdel. No creo que fueses su tipo. ¿Dónde ocurrió la pelea?

—En mi casa. Ella vino a mi casa. —Miró hacia el techo. El sudor perlaba el ligero bigotillo que estaba apareciendo en su labio superior. Se lo secó—. No era mi novia. Le pagué. Le dije que le daría el doble de lo que suele ganar.

McCoy se recostó en el respaldo de la silla.

—¿Y entonces qué?

—Entonces no quiso seguir adelante. Me dijo que le daba asco, que era demasiado gordo. Que no podía hacerlo. Yo me enfadé, intenté obligarla a tumbarse en la cama. Fue entonces cuando se golpeó en la cabeza.

—¿Y ya está? No te la tiraste. ¿Se golpeó cuando estabais peleando?

Chas asintió.

—De acuerdo, digamos que acepto tu versión. ¿Por qué le quitaste la ropa?

No hubo respuesta.

—Chas, ¿por qué le quitaste la ropa?

Siguió sin decir nada. Murray dio un paso adelante.

—Responda, señor Gow.

Chas los miró a los dos, se pasó su gordezuela mano por el pelo y tosió.

—Quería verla.

—¿Querías verla?

Asintió. Se enjugó los ojos.

—Era una chica adorable. Sólo quería verla, ver cómo era. —Entonces arrugó el rostro.

McCoy sacó un pañuelo del bolsillo y se lo tendió.

—Joder, Chas. ¿Cómo pudo pasar? Tú no eres así.

Chas negó con la cabeza. Ahora balbuceaba con el pañuelo en la cara.

—No lo sé.

—¿Qué hiciste con su ropa?

—La tiré a la basura. Detuve el coche de camino allí y la tiré en un contenedor.

—¿Dónde?

Volvió a negar con la cabeza.

—No me acuerdo.

—¿Cómo se hizo ella los moratones? —preguntó Murray.

Le miró fijamente.

—Yo no se los hice, te lo aseguro. Ya los tenía cuando le quité la ropa. De verdad. —Miraba a

uno y a otro alternativamente, intentando que le creyesen—. Te lo juro, que me caiga muerto aquí mismo, yo no pegué a la chica.

*

Estaban fuera de la comisaría esperando a que un coche patrulla fuese a buscarlos. Pasó delante de ellos una fila de niños, con toallas bajo el brazo. Una mujer iba al frente con un silbato. Debían de haber empezado las clases, las vacaciones de Navidad habían terminado.

—¿Tú qué crees? —preguntó Murray.

McCoy se encogió de hombros.

—Si me hubieses preguntado hace una hora, no me lo habría creído. Todo ese rollo forense, los tiempos, ¿lo han comprobado?

—Están en ello —dijo Murray.

—Si coincide, no tiene sentido seguir negándolo, ¿verdad?

—Pero... Siempre hay un maldito «pero» contigo.

—Conozco a Chas desde hace años. Ha trabajado en burdeles y garitos la mitad de su vida. Siempre ha estado rodeado de chicas, ha disfrutado siempre de un porcentaje de ventajas y regalos. Me cuesta creer que, de repente, se haya tirado encima de una de las chicas. Tenía otras muchas frutas en el árbol a las que recurrir.

—Era una chica muy guapa.

—No más que la mayoría de las chicas de Ronnie. Algunas trabajan de acompañantes. Y no tenemos explicación para los moratones. Si él no se los hizo, ¿quién fue?

Apareció el coche patrulla y Murray abrió la puerta de atrás.

—Ése no es nuestro problema. A nadie le va a importar eso si fue él quien la mató. ¿Vienes?

McCoy negó con la cabeza.

—Creo que iré andando.

Murray alzó la vista hacia el cielo oscuro. Nevaba.

—Como quieras. Pero déjate de búsquedas inútiles.

*

Wattie entró en la cafetería y echó un vistazo a su alrededor. Hacía calor, salía vapor de la cafetera y flotaba en el aire un olor a fritanga. Había dos señoras mayores que tomaban té y una mujer con un bebé rollizo sobre el regazo. Le llevó un minuto dar con McCoy, que estaba sentado en la parte de atrás, en un reservado, perdido en sus cavilaciones, con la vista clavada en la taza de Pyrex en la que removía un té. Se sentó delante de él y movió la mano frente a su cara.

—Tierra llamando a McCoy.

Dejó de revolver el té y soltó la cucharilla.

—Veo que has recibido el mensaje.

—Sí. Me ha llevado un rato encontrarlo. ¿Qué le pasa?

McCoy se encogió de hombros.

—Nada. Chas. Chicas con moratones. Los Dunlop. Todo eso.

—¿A pesar de que el tal Chas ha confesado? En la comisaría todo el mundo está contento. Caso abierto y cerrado en un solo día.

—Ha cantado como un canario. Aunque yo no creo que lo hiciese.

—Dios, nunca está satisfecho. ¿Por qué confesaría algo que no ha hecho?

Apareció una joven con la cara llena de pecas y una enorme chapa de David Cassidy en su

blusa. Llevaba una libreta y mordisqueaba la punta del bolígrafo.

—¿Qué va a tomar? —preguntó.

—Una taza de té —dijo Wattie—. ¿Y qué tal una sonrisa?

—Ni hablar —respondió ella alejándose.

—Encantadora. —Le echó un vistazo a los otros reservados, menús plastificados y grasientos—. ¿Ésta es una de sus guaridas habituales?

—Una fractura en el cráneo, una fractura de hace algún tiempo —dijo McCoy golpeándose levemente la cabeza con la cucharilla.

—¿A qué se refiere?

—Isabel Garvey. Tenía una fractura anterior en el cráneo y Chas no lo sabía. Pero su historia es verosímil. Se encaprichó de una chica guapa que le llamó gordo y sudoroso bastardo y no quiso acostarse con él incluso después de haberle pagado lo que no está escrito. Un empujón sin mala intención..

—Seguido de una paja después de arrancarle la ropa al cadáver...

—... y un trágico accidente. Le corroe el arrepentimiento y la vergüenza. Homicidio. Con un buen abogado, le caerán seis años y saldrá en cuatro. Pero rasquemos un poco. Un trato así podría suponerle unos diez de los grandes a alguien como Chas.

—¿Quién tiene diez mil? —Wattie recostó la espalda cuando la chica dejó el té frente a él—. Ah, vale. Ya lo pilló. Los malvados Dunlop lo hicieron y han pagado a Chas para que confiese en su lugar. —Negó con la cabeza—. Venga ya, McCoy. Tommy Malone disparó a Lorna Skirving. Chas Gow mató a Isabel Garvey.

—Chas Gow ha dicho que había matado a Isabel Garvey. Es diferente.

—De acuerdo, pero ¿cómo han encontrado los Dunlop a Chas? No hay muchos matones gordos por Broughton House, que yo recuerde.

—No lo han encontrado. Tienen a alguien que puede hacer esa clase de cosas por ellos. Jimmy Gibbs es ex policía, sabe perfectamente dónde encontrar a alguien como Chas.

—¿El Jimmy Gibbs que está con su mujer? ¿Contra el que no tiene nada en absoluto?

—También pudo proporcionarle el arma a Tommy Malone —dijo McCoy.

—Sí, y tal vez sea también el mismísimo asesino en serie Bible John... Los árboles no le están dejando ver el bosque. El caso está cerrado. Ha confesado. Se acabó.

McCoy apartó su taza.

—Todavía no. Nos queda esta noche.

—¿Ah, sí? ¿Y qué vamos a hacer?

McCoy se golpeó el corazón con los dedos.

—Bobby. Todavía no hemos hablado con Bobby.

Veintisiete

McCoy y Wattie estaban detenidos en un atasco en la calle Hawthorn. La nieve seguía cayendo con intensidad, el limpiaparabrisas se esforzaba por apartarla. La calefacción estaba al máximo. Dentro del coche olía a abrigos húmedos y a tabaco. McCoy bajó la ventanilla y sacó la cabeza para intentar averiguar qué estaba ocurriendo. Volvió a meterla a toda prisa. Hacía mucho frío.

—¿Por qué seguimos preocupándonos por Bobby? —preguntó Wattie.

—No nos preocupamos —dijo McCoy bostezando—. Piensa en Murray. Si descubre que no hemos hablado con él, nos caerá una bronca.

—Todavía me cuesta creer que Howie Nairn fuese maricón —dijo Wattie.

—Pues bienvenido a 1973. Las cosas han cambiado.

El coche que tenían delante se puso en movimiento y McCoy encendió el motor. Pisó el acelerador. Notó cómo las ruedas resbalaban sobre el hielo negro hasta lograr agarrarse.

La calle Hawthorn iba de Possil a Springburn. A la gente le preocupaba mucho en qué extremo vivías. Cerca de Springburn estaba la zona bien. Pero la distinción no significaba gran cosa para McCoy. En ambos extremos había los típicos edificios de cuatro apartamentos por planta, pequeñas tiendas y pubs de mala muerte. Siempre nos gusta despreciar a los otros, se dijo.

Pasaron por debajo del puente del ferrocarril, donde podía verse el gran cartel del canódromo. McCoy sacó la llave y la radio se apagó de golpe. Interrumpió «Rocket Man» en los primeros acordes.

Salieron deprisa del coche, con los abrigos por encima de las cabezas, y abrieron las grandes puertas. En el vestíbulo se sacudieron la nieve.

—¿Hemos llegado? —preguntó Wattie mirando a su alrededor.

McCoy asintió.

—No se parece mucho a Las Vegas...

—¿Qué quieres decir? Es el Ashfield Club. Es mucho mejor. Billy Connolly actuó aquí. Chic Murray. Glen Daly. Un montón de gente.

Wattie estudió el local medio vacío.

—Supongo que no es su mejor noche.

A alguien se le había ido la cabeza con las decoraciones navideñas. Las tiras de espumillón todavía colgaban por todo el bar. Había carteles con felicitaciones, papanoeles de plástico y muñecos de nieve por todas partes. Un enorme abeto de Navidad plateado brillaba en un rincón. Bajaron los pocos escalones de camino a la larga barra que había en la parte de atrás.

—¿No tendrían que haber quitado todas estas cosas? —preguntó Wattie—. ¿No trae mala suerte?

—Sobre todo para el pobre capullo que tendría que habérselas llevado. Venga.

Detrás de la barra había una mujer de mediana edad, rubia, con un peinado en colmena y gafas de ojos de gato, enmarcada por un enorme espejo de una marca de cerveza. Dio unos pasos hacia ellos cuando se le acercaron.

—Chicos, ¿qué puedo hacer por vosotros?

McCoy señaló con la cabeza el anuncio de Tennent's.

—Dos pintas.

El Ashfield Club era toda una institución en Glasgow. Llevaba allí muchos más años de los que McCoy podía recordar. Organizaba de todo: cenas con baile, bandas y cómicos, noches de bingo. Había estado allí en unas cuantas ocasiones, en fiestas de cumpleaños y con los compañeros de trabajo. Incluso había ido allí con Angela una vez; lo habían pasado bien. Pero no parecía que esa noche fuesen a divertirse. La mitad de las mesas en la pista estaban vacías; sólo las que estaban al lado del escenario estaban ocupadas. Nubes de humo de tabaco flotaban sobre las mesas ocupadas por pensionistas que daban buena cuenta de sus bebidas.

—Una noche tranquila, ¿no? —dijo McCoy.

La camarera sacudió la cabeza mientras tiraba la cerveza.

—Ahora siempre lo son, hijo. La tele ha acabado con nosotros, especialmente en noches como ésta. Aunque los viernes y los sábados no están mal. Todavía viene gente. —Dejó las dos pintas sobre la barra—. ¿Qué os trae por aquí? —McCoy rebuscó en su bolsillo y ella negó con la cabeza—. Los polis beben gratis aquí. Siempre ha sido así.

McCoy dio un trago.

—¿Tan obvio resulta?

Ella sonrió.

—Llevo detrás de esta barra casi treinta años, hijo, pocas cosas se me escapan.

—Hemos venido a ver a Bobby Thorne. ¿Anda por aquí?

La camarera movió la cabeza en dirección al escenario. Un pianista surgió de entre las sombras, iluminado por el destello de un foco rojo.

—Justo a tiempo. Va a salir ahora. Habría dicho que sois un poco jóvenes para querer ver a Bobby. A los veteranos les encanta.

No le faltaba razón. Se oyeron aplausos y chillidos en cuanto salió de detrás de la cortina dorada. Bobby Thorne era un hombre bajo de mediana edad, llevaba un traje azul oscuro con camisa de volantes, una gran pajarita de terciopelo y anillos en los meñiques de sus manos regordetas. Sonrió, y sus blancos dientes destellaron bajo la luz de los focos. Agarró el micrófono.

—¿Cómo va todo, queridos amigos? —preguntó. El pianista, a continuación, recorrió el teclado de arriba abajo. Tras unos aplausos entusiastas empezó a cantar «Granny's Heilan, Hame».

Wattie parecía un tanto abatido.

—Dios santo, ¿vamos a tener que pasar por esto?

—Eso parece. No podemos sacarlo del escenario, ¿no te parece?

Un grupo de mujeres con el cabello de color azul les sonrieron cuando se sentaron. Daban palmas al ritmo de la música y cantaban la letra antes de que Bobby lo hiciese. McCoy le dio un trago a su pinta y se preguntó qué demonios estaban haciendo allí. A nadie le importaba ya Lorna Skirving. Ni siquiera sabía si seguía interesándole a él. Si era sincero, sólo los Dunlop le empujaban a seguir adelante. Murray tenía razón. El caso había quedado cerrado en cuanto Tommy Malone se pegó un tiro. Las razones de por qué lo hizo no eran su problema. Se frotó los ojos. Estaba cansado, dolorido, necesitaba meterse en la cama. Tras cinco canciones y dos pintas más, la actuación de Bobby empezaba a resultar agotadora. Se inclinó hacia una de las mujeres que estaban en la mesa de al lado.

—¿No hacen un descanso?

La mujer asintió, molesta de tener que dejar de mirar al escenario.

—Después de «These Are My Mountains» y «A Scottish Soldier», parará quince minutos. ¿Estáis disfrutando del espectáculo?

McCoy asintió.

—Oh, sí. Es magnífico.

En realidad, Bobby no lo hacía tan mal, sólo que no era el tipo de música que le gustaba a McCoy. No es posible sobrevivir treinta años en clubes masculinos y espectáculos de variedades si no sabes cómo complacer a la gente. Su voz de barítono era sorprendentemente profunda, no estaba nada mal, y tenía sentido del ritmo. Contó chistes de suegras, de irlandeses, historias sobre mujeres de Glasgow en el bingo, incluso hizo que una de sus añosas admiradoras subiera al escenario para cantar con él. Acababa de atacar «A Scottish Soldier» cuando Wattie se inclinó hacia él.

—No sabía que veníamos a verlo a él. Mi madre tiene uno de sus discos. No creo que sepa que es de la otra acera.

Bobby acabó a lo grande, hizo una profunda reverencia y les dijo a sus «queridos amigos» que volvería tras un breve descanso, «en el que sin duda alguien va a tomarse una copa».

Bobby no tenía tan buen aspecto de cerca. Se había desabrochado los pantalones y su vientre salía disparado, por fin libre. Su minúsculo camerino apestaba a pies; tenía las piernas cruzadas y podía apreciarse que tenía los pies hinchados. El maquillaje hacía que su rostro tuviese un matiz anaranjado y llevaba un llamativo tupé. Le dio un trago a su vaso de whisky y los observó. McCoy sacó su identificación.

—Sé quiénes sois. Maderos. Estaba esperando que apareciérais por aquí. Finalmente habéis descubierto quién lo hizo, ¿no es eso?

—Lo siento, señor Thorne. La investigación está en curso. Estamos aquí por otra cuestión.

Bobby tendió la mano.

—La identificación.

McCoy se la pasó. Bobby la estudió unos segundos, y después torció el gesto.

—Tienes mucho valor de venir aquí, McCoy, los tienes bien puestos. Él murió por tu culpa, murió por lo que te dijo. —Lanzó la identificación al suelo—. Sal de aquí. Salid de mi camerino.

McCoy recogió su identificación y sonrió.

—Voy a decirle algo, Bobby: conserva usted la magia. Recuerdo haberle visto en el King's, de niño. *Qué verde era mi valle*. Era usted bueno. Y ahora dejémonos de actuaciones dignas del Oscar y pasemos a lo que importa, ¿le parece?

Bobby recapacitó un momento, después se sirvió otro whisky y le echó un vistazo al reloj que colgaba de la pared encima del espejo.

—Insolente bastardo... Tienes diez minutos. Después vuelvo al escenario. —Echó un trago e hizo una mueca de asco—. Pipí callejero, naftalina.

—¿Sabe quién mató a Howie?

Bobby negó con la cabeza.

—No me refiero al que le abrió la garganta en las duchas de Barlinnie —siguió McCoy—. Hablo de quién pagó para que lo hiciesen. Vi el tatuaje: Bobby. —Se tocó el pecho con el dedo—. Justo encima de su corazón. Lo vi cuando estaba tirado sobre los azulejos. Desangrándose. Alguien quiso que pasase, Bobby, alguien tenía que...

Bobby empezó a llorar. Sacó varios pañuelos de papel de una caja de cartón del tocador y se enjugó los ojos.

—Estuvimos juntos veintidós años. Veintidós malditos años. Mucho más que la mayoría de los matrimonios. A nadie le importó un pimiento. Tuve que enterarme de que había muerto por los periódicos. Nadie vino a decírmelo, se lo dijeron a la gilipollas de su hermana. Esa vacaapestosa ni siquiera me permitió acudir al funeral. Vino a verme con un pastor de la Iglesia de Escocia, y

los dos me dijeron, sin siquiera mirarme a los ojos, que si estaba presente incomodaría a la familia. ¡Yo! Él odiaba a su familia, no había visto a su hermana ni a ninguno de los demás desde que tenía catorce años y su padre lo echó de casa. Ni siquiera me dejaron ver su cadáver.

McCoy se sentó en la punta de la silla.

—Necesito su ayuda, Bobby. Sé que tiene miedo, sé lo que le hicieron a Howie, pero le necesito. Sin usted no podré atraparlos. Howie trabajaba para ellos, ¿verdad? Antes de volver a entrar en prisión.

Bobby lloraba ahora con todas sus fuerzas. Apenas fue capaz de asentir.

—Y esos cabrones no movieron ni un dedo para ayudarlo, ¿no es cierto? ¿Qué les debe usted, Bobby? Nada. Deme algo. Cuénteme.

Bobby los miró a los dos, e iba a hablar cuando se abrió la puerta a su espalda y una chica asomó la cabeza.

—Cinco minutos...

—Lárgate —dijo Wattie mientras cerraba la puerta.

—Venga, Bobby. ¿De qué iba la cosa? Lorna Skirving. Cuénteme.

Bobby sacó un cigarrillo y Wattie se apresuró a encendérselo. Bobby le agarró la mano para que dejara de temblar.

Dio una buena calada y después dejó salir el humo por su boca.

—No sabes cómo son. Son malvados, los dos. Son pura maldad. El padre y el hijo. Forman un equipo, ése es el tema. Una chica entre los dos, y les gustan las cosas fuertes, muy fuertes. Ni siquiera lo intentes. Howie lo intentó, intentó ayudar a la chica y mira lo que le pasó. Lo digo en serio, McCoy, no merece la pena jugarse la vida.

Empezó a sonar la música de piano y Bobby pareció aterrorizado. Se puso a arreglarse el maquillaje, se anudó los zapatos.

—Venga, Bobby.

—No puedo, McCoy. No tengo valor para eso. Tengo miedo. Mírame. Estoy gordo, soy un maricón de mediana edad al que le asustan las sombras. Si le hicieron eso a Howie, con lo duro que era, ¿qué posibilidades tengo yo?

—Los dos se tiraron a la chica, ¿es eso lo que intenta decirme? ¿Bobby? —Estaba casi encima de él, hablándole a voz en grito, intentando presionarlo hasta el límite—. Se la tiraban los dos. ¿Y qué pasó después, Bobby? ¿Qué le pasó a Lorna Skirving? ¿A Howie?

Negó con la cabeza.

—No puedo —dijo. Empezó a llorar de nuevo. Le caían los mocos de la nariz—. No puedo, McCoy. No puedo, no puedo. —Gimoteaba sacudiendo los hombros.

McCoy suspiró, sacó un pañuelo de papel de la caja y se lo tendió. Sabía que había ido demasiado lejos, demasiado pronto.

Se fueron a la barra y vieron cómo Bobby regresaba al escenario. Cantó otra canción con una entonación perfecta. Como si no hubiese pasado nada. Como el viejo profesional que era.

—¿Y ahora qué? —le preguntó Wattie por encima del ruido de «You Need Hands».

—Larguémonos de aquí. No oigo ni mis pensamientos.

En el exterior, la nieve seguía cayendo. McCoy alzó la vista para fijarse en los grandes copos que bailoteaban en el círculo anaranjado que formaba la luz de una farola. Le dolían las manos, le dolían las costillas. Y ya no le quedaban analgésicos. Wattie le esperó bajo la marquesina, observando a la gente ir y venir bajo la luz brillante de la acera de enfrente.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó.

—Nada —dijo McCoy—. Ahora no hacemos nada.

—¿Qué quiere decir? Ya ha oído a Bobby.

—Sí, he oído a Bobby. A los Dunlop les gusta el sexo rarito. Eso es lo único que ha dicho. Nada que podamos usar, nada que nos lleve a ninguna parte. Bobby no va a decirnos nada, es un puto viejo nervioso. Teme por su vida. A mí me pasaría lo mismo. Estamos en el mismo sitio que estábamos antes de hablar con él. Se nos acaba el tiempo.

—¿Qué le pasa?

McCoy negó con la cabeza.

—¿Qué me pasa? ¿Tú qué crees que me pasa? Me han pegado una paliza, la mano me está matando. El estómago me está matando. Tengo un jefe que... —Comprobó la hora en su reloj— va a cerrar este caso en menos de dos horas. Para él, se trata de dos asesinatos resueltos. Un asesino muerto, el otro cantando como un canario. Y luego tenemos a un viejo marica desgraciado que dice que Dunlop y su hijo se tiraron a la misma chica al mismo tiempo. No es algo agradable, pero la última vez que lo pregunté eso no era un delito. En otras palabras, a tomar por saco. ¿Qué quieres que haga?

Wattie dio un paso para alejarse de él.

—Dios mío, de acuerdo. No se ponga así. Lo que pasa es que no me gusta la idea de que se rinda.

—Lo intenté la última vez, ¿y qué conseguí? Casi pierdo mi trabajo. Así que en esta ocasión voy a tomar el camino fácil, tal como me han aconsejado. Todo el mundo contento. Que les den por culo. Si a ellos no les importa, ¿por qué tendría que importarme a mí?

Wattie se encogió de hombros.

—Eso es todo, ¿no? Caso cerrado. Pasemos a otra cosa.

—Creo que sí. ¿Te parece mal? —dijo, sabiendo que sus palabras sonaban a las de un adolescente petulante; pero no lo pudo evitar.

—Joder, McCoy. No sé por qué se enfada conmigo. Es usted el que me ha metido en esto, haciéndome perder tiempo intentando atrapar a los Dunlop. Bobby nos lo ha puesto en bandeja y usted se retira, ¿y encima es culpa mía? A pastar. No es culpa mía que se rindiese la última vez...

—No me rendí, yo...

—Les tocó las narices, eso es lo que he oído. Les dio a los Dunlop la excusa perfecta para que le enviasen a la mierda. Se disparó usted en un pie. No puede decirse que fuese una sorpresa.

De no haberse resbalado, su puño habría impactado contra la mandíbula de Wattie. Lo intentó, pero sólo le dio un golpe en el hombro y acabó con el culo en la nieve. Wattie no dijo nada, se limitó a alejarse dejándolo allí tirado. Se dirigió a la calle Hawthorn con la mano en alto para detener un taxi.

*

Ni siquiera sabía si ella estaría allí. No tenía su número de teléfono y no podía llamarla. Detuvo el coche en la calle Hillhead. Le dolía todo el cuerpo cuando puso el pie en la acera. Alzó la vista: al menos había una luz encendida, lo cual era una buena señal. Las probabilidades de que le cayese una buena eran elevadas, pero merecía la pena intentarlo.

Subió las escaleras. Llegó al último piso —tenía que estar allí, ¿verdad?— y llamó. Tras un ruido de cerraduras Susan abrió la puerta. Allí estaba, mirándole a los ojos.

—¿Podemos volver a intentarlo? —preguntó—. Lamento haberme comportado como un idiota. No estaba seguro de si querías volver a verme.

—No quiero.

—Venga ya, no tienes nada que perder.

—¿Y qué puedo ganar? —dijo justo antes de darle con la puerta en las narices.

Permaneció allí, mirando la puerta, la pintura descascarillada y una etiqueta escrita a mano con el nombre «Thomas».

Hizo un último intento. Se acuclilló, empujó la chapa del buzón y gritó:

—Tendrás la oportunidad de estudiar de cerca a un miembro de la policía de Glasgow. El enemigo con todos sus horribles detalles.

No hubo respuesta. Lo intentó de nuevo.

—Y soy realmente horrible, te lo aseguro.

Oyó pasos que se acercaban, la cerradura al girar, y se abrió la puerta.

Susan le mostró una media sonrisa.

—¿Eso es todo? ¿Es todo lo que tienes que ofrecer? ¿Enseñarme hasta qué punto eres idiota?

—Piensa que tienes suerte. Podrás convertirme en la estrella de tu tesis. Así les contarás a todos cómo un policía de Glasgow confirmó todos tus peores miedos.

Ella recapacitó durante unos segundos.

—Si te apetece una copa y prometes no comportarte como un imbécil, puedes pasar diez minutos.

Cuando se disponía a cruzar el umbral, ella levantó la mano y lo detuvo.

—Que quede claro. Si estás pensando que voy a acostarme contigo, te aseguro que eres mucho más estúpido de lo que había creído.

—Seguramente lo soy, pero he pillado el mensaje. Alto y claro.

Ella se hizo a un lado y le permitió pasar.

Dejó dos vasos sobre la mesa de la cocina y abrió una botella de vino tinto. Se sentó. Hacía calor en el apartamento. Había unas cuantas velas encendidas en la mesa, vertiendo una tenue luz sobre los viejos fogones y una bandera gigante de Cuba clavada con chinchetas a la pared. Sonó un clic en el tocadiscos y empezó a sonar música. *Blonde on Blonde*.

—Aquí tienes la copa.

Colocó un vaso medio lleno al otro lado de la mesa, frente a él.

—¿A qué has venido realmente, McCoy? —le preguntó.

—A verte.

Ella apoyó la espalda en la silla; no parecía muy convencida.

—¿Y por qué has querido venir a verme? Tiene que haber montones de chicas a las que puedas ir a ver. Admiradoras de la policía de todo tipo.

—Las hay. Hacen cola. Pero yo quería verte a ti.

—¿En serio? ¿Y eso por qué? ¿Querías discutir otra vez sobre cómo el patriarcado construye la idea de que las mujeres tienen que hacer lo que los hombres desean?

—No era mi primera opción.

—De acuerdo, entonces a lo mejor querías hablar de cómo las agentes de policía de la comisaría pasan la mayor parte del tiempo preparando té para sus compañeros. —Le dio un trago a su vaso de vino—. Lo peor del asunto es que es lo que hacen de verdad.

—Tampoco la segunda.

—Vale. Una larga discusión sobre cómo la sociedad fracasa a la hora de aleccionar sin descanso a las chicas para que esperen obtener menos que los hombres y eso las haga felices.

—¿Has acabado? —preguntó.

—¿O tal vez lo que quieres es achucharme un poco?

—Tal vez se trate de eso, sí.

—Vas cojeando, haces muecas de dolor al levantar el vaso, estás maltrecho y magullado. ¿Estás seguro de poder hacer algo así?

Asintió.

—Lástima que no vayas a poder comprobarlo.

La expresión de McCoy cambió. Al alzar la vista vio que ella le sonreía.

—¿Qué pasa? ¿No eres capaz de encajar una broma?

Ella agarró los dos vasos, le tomó de la mano y lo guió fuera de la cocina. Bob Dylan cantaba, preguntándole a la chica de los ojos tristes si debía esperar.

Cuando se despertó, ella estaba a su lado, apoyada en un codo, observándolo. Él bostezó y se desperezó. Ella no le quitaba los ojos de encima.

—¿Qué pasa?

Sonrió.

—Estás tumbado en mi cama y no sé nada de ti.

—Sí que lo sabes. Soy policía, crees que soy un cerdo machista y, contradiciendo todos tus miedos, estaba más que preparado para cumplir con el trabajo.

Ella negó con la cabeza.

—Añade que eres un idiota arrogante. —Tomó la caja de tabaco de metal de la mesita de noche, la abrió y empezó a liar un cigarrillo—. Dime una cosa.

—¿Qué quieres saber?

—Cowie dice que tuviste una infancia dura, que creciste en casas de acogida.

—¿Estaba al corriente? El bueno de Cowie. Sí, no fue muy divertido.

—¿Qué les pasó a tus padres?

Suspiró, no quería pasar por eso ahora. Ni en ninguna otra ocasión, a decir verdad.

—Mi padre era un borracho. Mi madre desapareció cuando tenía tres años. Mi padre intentó tirar adelante con todo, pero no pudo. Estaba demasiado ocupado bebiendo.

—Qué duro. ¿No tenías a nadie más?

—Sí. Mi tío Tommy. Era peor que mi padre.

—¿Cómo fue...?

—¿Estás segura de que quieres oírlo?

Ella asintió.

—La policía me encontró dando vueltas por la calle Saracen a las once de la noche, buscaba a mi padre.

—Dios mío.

—A mi padre lo acusaron de maltrato y a mí me enviaron a una casa de acogida. Allí estuve hasta los dieciséis años. Demasiado mayor para que siguiesen cuidando de mí. El tipo que me hizo de padre entonces fue la única buena persona que conocí. Me llevó hasta la comisaría y ahí empezó todo.

Ella encendió el cigarrillo, le dio una calada y se lo pasó a McCoy.

—Me uní al cuerpo.

—¿Para poder ayudar a otros chicos como tú?

—No, porque estaba acostumbrado a hacer lo que me mandasen. Así es como funcionan esos centros. Haces lo que te ordenan de inmediato. Así te evitas algún golpe.

—¿Adónde se fue tu madre? —preguntó.

McCoy no respondió.

—Lo siento, si no quieres hablar de ello, yo...

Él levantó la mano para detenerla.

—Está bien. —Le dio una profunda calada al cigarrillo y soltó el humo—. Sólo estoy pillando el ritmo. Cuando tenía unos diecinueve años, iba por la calle Saracen y conocí a una mujer que vivía cerca de nosotros en la calle Vulcan. Me dijo que había visto a mi madre hacía cosa de un año. Esa mujer de la calle Vulcan había estado en un centro para los nervios, así lo llamaba. La vio allí, al parecer.

—¿Los nervios?

—Estuvo en Woodilee. Un hospital psiquiátrico más allá de Lenzie.

—¿Y tu madre también estuvo allí?

—Llevaba allí casi diez años.

Susan se apoyó en el cabezal de la cama.

—Tú has preguntado —dijo McCoy—. Seguro que ahora preferirías no haberlo hecho.

—Lo siento —dijo.

—¿Por qué? Son cosas que pasan. Salí adelante mejor que la mayoría. Sólo hubo una cosa que me dañó realmente, que produjo un efecto.

—¿Qué? —preguntó con aire de preocupación—. ¿De qué se trata?

—Tengo que tomarme una taza de té cinco minutos después de despertarme y, no sé por qué, no me la puedo preparar yo. ¿Podrías ayudar a una pobre alma dañada?

Susan apagó el cigarrillo en el cenicero de latón. Retiró el edredón y salió de la cama.

—McCoy eres un gilipollas.

Él sonrió.

—Con un terrón de azúcar, por favor.

9 de enero de 1973

Veintiocho

—¿Qué es todo ese maldito ruido?

La casera de Wattie se asomó por la ventana y apartó la cortina. Wattie intentaba no prestarle atención. Siguió masticando el panecillo en el que había metido una loncha de un beicon excesivamente grasiento y muy poco hecho. La mujer, sin embargo, tenía razón. Un coche estaba haciendo sonar el claxon desde hacía un par de minutos.

—Será capullo... Mira.

Wattie dejó escapar un suspiro, se tragó de golpe medio panecillo empujándolo con un sorbo de té y se dirigió a la ventana. McCoy estaba apoyado en un costado del Vauxhall Viva sin distintivos, leyendo el periódico. Tiró al suelo su cigarrillo, lo aplastó con el pie, metió el brazo por la ventanilla abierta y volvió a tocar el claxon. Era la última persona a la que Wattie esperaba ver esa mañana. Pasó por alto las quejas de su casera, se hizo con el abrigo y la bufanda del colgador del recibidor y salió para averiguar qué tenía que decir McCoy en su defensa.

McCoy oyó cómo se abría la puerta principal de la casa, dobló el periódico y se lo metió en el bolsillo del abrigo.

—¿Estás listo? Vámonos.

—¿Así, sin más? —preguntó Wattie camino del coche.

—¿Qué quieres? —dijo, pero entonces lo entendió—. Virgen santa. —Puso los ojos en blanco e intentó parecer sincero, aunque no le salió bien—. Yo, Harry Vincent McCoy, pido disculpas humildemente por haber intentado darte un puñetazo ayer cuando te pusiste insoportable. ¿Es eso?

Sin poder evitarlo, Wattie sonrió.

—Supongo que tendrá que valerme. ¿Qué hace aquí?

—Tenemos que ir a un sitio. Date prisa, me estoy congelando.

McCoy puso en marcha el coche en cuanto Wattie montó en él, con una gran sonrisa en el rostro.

—¿Qué demonios te pasa? —le preguntó McCoy.

—¿Vincent?

—Tienes suerte de ser protestante —dijo McCoy—. Podrían haberme llamado Ignatius.

El Albany era el mejor hotel de Glasgow, pero eso no impedía que fuese también uno de los más feos. Era un edificio alto, aunque achaparrado, de color marrón, en los límites de la ciudad, cerca de la autopista. Sobre la entrada flameaban al viento todas las banderas de los países europeos. Cuando se detuvieron en la puerta, todos los porteros estaban ocupados. Atendían a hombres trajeados que estaban saliendo de Jaguars con chófer, o abrían puertas de taxis llenos de ruidosos periodistas. Observaron cómo un fotógrafo intentaba abrirse paso, con dos bolsas y un trípode, a través de la puerta giratoria.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Wattie.

—He pensado que deberíamos seguir remando, porque me dolió verte tan decepcionado conmigo anoche. —Comprobó la hora en su reloj—. Mierda, venga, nos lo vamos a perder.

Se apresuraron a cruzar las grandes puertas metálicas, enseñaron sus placas a una mujer con un portapapeles y un gesto de profundo desagrado en la cara, como si se estuviese comiendo una avispa. Un cartel en un caballete del enmoquetado vestíbulo les dirigió hacia la suite Alexander

Function. Subieron las dos plantas por las escaleras y llegaron justo cuando estaban cerrando las puertas de madera.

En el interior habían preparado un escenario e hileras de sillas doradas dispuestas como bancos de iglesia de cara al estrado. Todas las sillas estaban ocupadas. McCoy reconoció a algunos de los asistentes, periodistas y fotógrafos del *The Herald* y del *Record* principalmente. Había incluso un par de equipos de televisión, hombres de aspecto serio con grandes cámaras y auriculares. El ambiente estaba cargado, coronado por una nube de humo de cigarrillos a modo de niebla. McCoy y Wattie se colocaron en la parte de atrás, junto al resto de los que habían llegado a última hora, con la espalda contra la pared. Wattie se volvió para preguntarle a McCoy qué demonios estaban haciendo allí justo en el preciso instante en que apareció en el escenario un hombre trajeado, con gafas, pidiendo silencio. Esperó pacientemente a que se acallase el murmullo, se acercó al micrófono y empezó a hablar.

—Buenos días, caballeros. Me alegra comprobar cuántos de ustedes han podido venir. Déjenme resumir lo que va a ocurrir esta mañana. El señor Forfar y Lord Dunlop estarán aquí arriba en un par de minutos. Ambos leerán sendas declaraciones preparadas, se darán la mano para las fotografías y después habrá un breve tiempo, e insisto en lo de breve, para preguntas y respuestas. Preferiríamos que fuesen preguntas de los medios de prensa financieros, pero si los chicos y las chicas de la prensa amarilla (y sí, me refiero a ti, Mary) —los presentes rieron al tiempo que una mujer se ponía en pie y hacía una reverencia— queréis hacer alguna pregunta, os pido que guarde relación con la declaración, por favor. Eso es todo. ¿Me he explicado bien? —Se produjo un generalizado rumor de desaprobación y se escucharon varios: «Sí, de acuerdo».

—¿No había dejado el tema de los Dunlop? —preguntó Wattie.

—Sí, y creía que tú habías dejado de hacerte el listillo —dijo McCoy haciéndose con uno de los folletos. Dos gruesas hojas de papel grapadas, con los logos de las compañías en la parte de arriba. Lo leyó por encima. «Orgullosos y felices de poder anunciar un nuevo y dinámico capítulo en la vida del *Glasgow Citizen*, el periódico más longevo de Escocia. James Forfar, perteneciente a una extensa familia de editores periodísticos, merecedor del OBE por sus obras de caridad ... Lord Dunlop, una autoridad en la comunidad financiera escocesa.» Las tonterías de siempre. Tras unos murmullos se volvieron para ver al hombre colocarse en el podio, con sitio para Dunlop y Forfar a ambos lados.

Estallaron los flashes de las cámaras cuando aparecieron juntos. Gray Dunlop tan immaculado como siempre. Traje de raya diplomática, el cabello húmedo hacia atrás, un reloj de bolsillo con cadena en el chaleco. James Forfar no tenía el mismo aspecto. Parecía el director de un banco de Arbroath. Traje oscuro, corbata color borgoña, tupido bigote y una cara tan larga como puede serlo un fin de semana lluvioso. Por lo que McCoy podía recordar, era un baptista estricto o algo parecido, todo él intensidad y dramatismo. No creía en los sindicatos, en su periódico no se daba empleo a mujeres, no se trabajaba en domingo. Dunlop, con una sonrisa en el rostro, caminó hacia el podio.

—Buenos días —dijo, y la sala, de inmediato, se vio sumida en el silencio. No podía negarse que tenía presencia—. James me ha pedido muy amablemente que fuese yo quien empezase. —Se volvió y le dirigió un gesto de reconocimiento a Forfar, a su izquierda. A McCoy no le pareció tan amable—. Hoy es un día histórico para James, para mí y para las compañías que represento. Así pues, es todo un placer para mí anunciar la fusión, a partir de hoy, de Dunlop Trust y Forfar Publishing.

Mientras Dunlop describía las nuevas oportunidades y la combinación de fuerzas que aquello suponía, McCoy se dedicó a estudiar a la gente que había en la sala. Vio entonces a Dunlop Junior.

Estaba sentado en la primera fila, con el mismo traje de raya diplomática y el mismo peinado hacia atrás de su padre. Dos gotas de agua. Reflexionó un momento sobre lo que Bobby les había dicho. Se los imaginó a los dos con Lorna Skirving. No era una imagen agradable. ¿Qué llevaría a un hombre a querer tirarse a una chica delante de su propio hijo? ¿El poder? ¿Demostrarle quién era el jefe? Ese tema superaba a McCoy. Tampoco estaba seguro de qué podría haber sacado de ello Dunlop Junior. ¿El hecho de que le gustase apagar cigarrillos en el cuerpo de las chicas era suficiente para creer que Teddy Dunlop había matado a Isabel Garvey? Ya no lo tenía tan claro. ¿Era un salto excesivamente grande? Se dijo que tendrían que ser Wattie y Murray quienes lo averiguaran.

Le tocó el turno a Forfar. Su tono de voz era tan monótono que hacía que todo lo que decía resultase aburrido. Las personas que se habían congregado allí habían perdido ya el interés, por lo que empezaron a moverse y a cuchichear. McCoy también se había desentendido. Otra de las cosas que les había dicho Bobby la noche anterior le inquietaba, aquello de que Howie había intentado salvar a la chica. Por lo que McCoy sabía, Howie Nairn no era de los que hacían favores, y menos aún si se trataba de una mujer. Para Howie, las mujeres no existían; a menos que le sirviesen copas en un pub, no le interesaban. ¿Por qué se habría molestado en intentar salvar a Lorna Skirving?

—Joder.

No fue consciente de haberlo dicho en voz alta hasta que los que estaban sentados en las últimas filas de la sala se volvieron para mirarlo. Alzó las manos a modo de disculpa y le dio un codazo a Wattie.

—Venga. Nos largamos.

Se abrieron paso entre la multitud a pesar de las quejas y los reproches. Wattie acabó pisándole el pie a un tipo bajito con un bloc de notas que, de manera más que audible, bramó:

—Mira por dónde pisas.

Otras personas se volvieron también para ver qué estaba pasando, encantados de entretenerse con algo.

Forfar estaba concentrado en lo suyo, pero McCoy vio cómo Dunlop miraba hacia el fondo de la sala, haciendo visera con la mano para evitar las luces. Sus ojos se encontraron con los de McCoy. Éste se colocó un mechón imaginario. Mientras, Dunlop lo miró, con el rostro impassible y los ojos azules captándolo todo.

Veintinueve

Bobby Thorne vivía en un pequeño bungalow en King's Park; aquella zona de la ciudad era el máximo ejemplo de lo que suponía la respetabilidad en Southside. Parterres de flores muy bien cuidadas en el jardín, impecables cortinas en las ventanas, exactamente igual que en las demás casas de la calle. Bobby estaba en la puerta con un portapapeles en la mano. Llevaba puestos unos pantalones de tartán y un jersey amarillo de cuello de pico; daba la impresión de que le hubiesen pillado jugando al golf. Señalaba las cajas que estaban sacando de su casa y les decía a los de la mudanza cuáles iban a la furgoneta y cuáles no. Wattie y McCoy subieron por el camino de acceso, haciéndose a un lado para dejar pasar a uno de los chicos, que cargaba con una caja de cartón en la que podía leerse «RECUERDOS».

—¿Adónde lleváis todo esto, muchacho? —preguntó McCoy.

—A la furgoneta —dijo el chico, ansioso por ponerse a cubierto de la nieve que empezaba a caer.

McCoy no estaba seguro de si su respuesta respondía a la insolencia o la estupidez. Volvió a intentarlo.

—¿Y después?

—Va a un almacén y luego se lo llevará un transporte internacional. A España, creo.

Bobby alzó la vista de su portapapeles y los vio. Intentó dar a entender que se alegraba de verlos. No tuvo mucho éxito.

—¿Vosotros otra vez? ¿Dos veces en dos días? Van a empezar a hablar de nosotros.

—¿Se va a algún sitio, Bobby? —le preguntó McCoy observando la procesión de cajas que salían de la casa.

—Sí. A España. A Benidorm. Voy a quedarme con mi hermana durante un tiempo.

McCoy alzó la vista hacia el cielo que se estaba oscureciendo.

—Lo entiendo perfectamente. El tiempo se está poniendo feo otra vez. ¿No nos va a invitar a entrar?

Se sentaron a la mesa de la cocina mientras Bobby rebuscaba en una caja llena de papel de periódico, intentando encontrar tazas. No tuvo mucha suerte.

—Verá, Bobby, no hemos venido a tomar té. He estado dándole vueltas a algo que nos dijo anoche.

—¿De qué se trata? —preguntó él con suspicacia.

—Howie quería ayudar a esa chica... Eso fue lo que dijo, ¿verdad?

Bobby asintió cauteloso.

—Bien, yo conocía a Howie y sé que jamás habría ayudado a una chica a la que no conociese personalmente; es decir, debido a la bondad de su corazón.

—Tú no conocías a Howie como yo...

McCoy alzó la mano.

—No lo dudo, Bobby. —Miró a su alrededor, las cajas a medio terminar, las marcas que habían dejado en el papel pintado de color naranja los cuadros que habían estado ahí colgados—. Ése es el plan, ¿no? ¿Abandonar este lugar y marcharse a la Costa del Sol? ¿Cantar en unos pocos

hoteles, ver a los jóvenes en bañador en la playa? A muchos kilómetros de distancia de la asquerosa Glasgow y de los Dunlop. Suena ideal. Le entiendo. Aunque es una lástima.

Bobby se sentó en una de las sillas de la cocina.

—¿Qué es una lástima? —preguntó nervioso.

—Que yo vaya a impedirle que se marche.

Bobby negó con la cabeza.

—Ni hablar, no puedes hacer eso.

—Oh, sí que puedo —dijo McCoy—. Y lo haré. Así que a lo mejor estaría bien que nos preparase un poco de té, porque va a tener que contarnos la historia. No voy a por usted, Bobby. A decir verdad, me importa usted una mierda. Quiero a los Dunlop y voy a atraparlos. Usted no quiere hablar, eso está bien, mantenga la boca cerrada, pero tendrá que quedarse en Glasgow mientras me aseguro de que ellos sepan que hemos mantenido una pequeña charla.

—No vas a hacer eso.

—Oh, sí lo haré, Bobby. Como le he dicho, me importa un cuerno lo que le pase. —McCoy se inclinó en la silla y sonrió—. O bien puede empezar a hablar y los Dunlop no sabrán nada de este encuentro.

Wattie también se inclinó hacia delante y le dio un golpecito al hervidor que había en la mesa, frente a ellos.

—El mío con dos terrones de azúcar. Gracias, señor Thorne.

*

Bobby desapareció durante un rato y regresó con un sobre grande de color marrón en la mano.

—Jamás he hablado de esto. No quiero que los Dunlop sepan nada de mí, y quiero que me dejéis subir mañana al avión.

McCoy asintió.

Bobby se sentó y dejó el sobre encima de la mesa.

—Howie conocía a Jimmy Gibbs. Lo conocía de cuando era policía; lo detuvo en un par ocasiones. Hace unos meses lo llamó, como salido de la nada, y concertó un encuentro. Jimmy sabía qué era Howie.

—¿Quiere decir que sabía que era delincuente?

Bobby negó con la cabeza.

—Que era marica. Eso no le provocaba ningún rechazo. Le ofreció un trabajo. Los Dunlop habían traído a alguien de Estados Unidos, un empresario importante, le iban a montar una fiesta y querían que él estuviese allí. Por lo visto, Howie era su tipo. Iban a pagarle treinta libras por ir, y si Howie y él intimaban le darían otras treinta.

—¿Y a usted qué le parecía eso?

—¿A mí? —Bobby se encogió de hombros—. Howie era como era. Aprendí hace mucho tiempo que no tenía que preocuparme por sus diversiones, que no significaban nada. Siempre regresaba a mí. Eso era lo importante.

McCoy le habría creído algo más si su discurso no hubiese parecido tan ensayado. Sonó como si estuviese acostumbrado a soltarlo, sin importar si creía en lo que decía o no.

—¿Y? —preguntó.

—Pues que fue. No tenía nada que ver con ninguna de las fiestas a las que Howie había acudido en su vida. Bebida, drogas, chicos, chicas, toda clase de cosas. Estuvo hablando con Jimmy Gibbs mientras estuvo allí. Estaba colocado, de ácido o de marihuana. No dejó de preguntarle a Howie si quería alguna cosa. Le dijo que tenía de todo. Howie no tomó nada, para él beber gratis ya era

suficiente.

Le dio un sorbo a su té, encendió un cigarrillo Kensitas y lanzó el humo hacia arriba, dándole a la conversación un toque teatral; genio y figura.

—En un momento dado, Jimmy le dijo que iba a enseñarle una cosa y se lo llevó a otra habitación con un espejo de esos que permite ver sin ser visto. Eso era lo que le gustaba a Jimmy Gibbs, ya sabes, mirar y tomar fotos.

Le dio un golpecito con la punta de los dedos al sobre y lo deslizó hacia McCoy.

McCoy lo abrió. Contenía más o menos una docena de fotografías satinadas en blanco y negro. Una de ellas de una chica desnuda tumbada en la cama, riendo, con las muñecas atadas al cabezal y otra chica encima de ella, con la cara entre sus piernas. La siguiente fotografía era de una habitación grande, una especie de buhardilla. Estaba toda pintada de blanco, las paredes, el suelo, todo. Pese a llevar máscara, reconoció a Jimmy Gibbs.

—Ése es Tommy Malone —dijo Wattie señalando la fotografía.

Malone estaba sentado a los pies de Gibbs. Estaba desnudo, sonriendo ampliamente, con el brazo alrededor de una chica con un pentáculo pintado en el pecho. Jimmy Gibbs estaba detrás de ellos, con el pene erecto y, en la mano, la cabeza cortada de una cabra. La sangre que goteaba del cuello caía sobre Malone y la chica.

La siguiente imagen era de un viejo que sólo llevaba una capucha de cuero con cremallera. Estaba inclinado encima de lo que parecía ser un potro de gimnasio de escuela. Howie Nairn se lo estaba follando por detrás. Había más. Más sexo, más personas atadas, más camas, más habitaciones. Y había una fotografía que le dejó helado. Sintió como si el aire hubiese escapado de sus pulmones. Alzó la vista.

—¿Tiene algo para beber por aquí?

Bobby asintió y le pidió a Wattie que le ayudase con un par de cajas que estaban en lo alto de una pila. McCoy deslizó la fotografía que estaba debajo hasta el bolsillo de su abrigo mientras trajinaban con las cajas y dejó el resto sobre la mesa.

—¿Quiénes son todas estas personas?

Bobby encontró una botella de whisky. Sirvió un poco en las tazas.

—Profesionales, gente sin rumbo que encontraba en las estaciones de autobuses, niños ricos que buscaban emociones fuertes, personas que trabajaban en sus propiedades. Había de todo. Gibbs los captaba en todas partes.

—Y Howie tuvo la brillante idea de utilizar las fotografías para chantajearlo. —No lo dijo en tono de pregunta.

Bobby asintió.

—Lo tenía muy claro. Había visto allí a alguien a quien conocía, un juez que llevaba unas bragas con volantes y estaba siendo pisoteado por una chica con tacones altos. Resulta fácil pensar cómo iba la cosa.

—¿Qué es lo que se torció?

—El juez no respondió como él había calculado. Fue a hablar con Gibbs y le contó lo que estaba pasando. Acto seguido detuvieron a Howie al encontrarle tres escopetas en el maletero de su coche. Conocías a Howie, no era estúpido, jamás habría llevado algo así en su coche. Le empapelaron. Volvieron a encerrarlo, le dieron una lección. Esos capullos son así.

McCoy volvió a estudiar las fotografías.

—¿De qué va todo este rollo en plan magia negra? ¿Era cosa de Gibbs?

Bobby asintió.

—Se lo tomaba muy en serio. Le dijo a Howie que acudiese a una de sus ceremonias, como él

las llamaba. A Howie no le iban esas cosas. Ya había tenido suficiente de Gibbs y de Broughton House. Gibbs tenía una corte de muchachos a su alrededor, le obedecían. Todos se metían ácido. Se creía una especie de mago o alguna mierda así. Creía que podía hacer cualquier cosa. Y no les decía otra cosa. Le encantaba.

—Una especie de Charles Manson —dijo Wattie.

Bobby asintió.

—Eso era lo que decía Howie.

McCoy señaló una de las fotografías.

—Ese chico, Tommy Malone. ¿Era uno de ellos? ¿Uno de sus seguidores? —Bobby asintió—. Dejemos las cosas claras. Howie me pidió que fuera a Barlinnie, me habló de una chica que trabajaba en un restaurante. ¿Pensó que después de que Malone matase a la chica yo lo atraparía y él me conduciría hasta los Dunlop? ¿Ése era su plan?

—Supongo, aunque no imaginaba que el chico se pegaría un tiro. Creía que lo atraparías y él lo cantaría todo. Gibbs, las fiestas en Broughton House. Todo.

—¿Por qué me escogió a mí? Difícilmente podía conocerme. ¿Cómo es que sabía que yo tenía una historia con ellos?

—Gibbs. Gibbs se lo dijo.

—¿Es posible que Gibbs hiciese que Malone matase a la chica y después se pegase un tiro?

Bobby se encogió de hombros.

—Quizá. Howie me dijo que eran como discípulos, que hacían todo lo que les decía. Gibbs le contó que ya lo había hecho antes. Una chica que se había estado acostando con Teddy, el hijo, se quedó embarazada. Se suicidó. Le dijo que él la obligó a hacerlo.

McCoy volvió a estudiar la fotografía. Gibbs sonriendo, con la cabeza de cabra en la mano, la sangre goteando sobre la estúpida y solitaria cabeza de Tommy Malone. Sin padres, recién salido del Hogar Nazareth, drogado a más no poder, con chicas que follaban con él en cuanto Gibbs se lo pedía. Es normal que estuviese enganchado a Gibbs. Profundamente enganchado.

—Pero ¿cómo estaba Howie al corriente de ese último asunto? ¿Por qué me hizo ir a la cárcel?

—Había estado en los juzgados el día anterior. La furgoneta que le llevó a la ciudad se detuvo en un semáforo. Vio a Malone, dijo que parecía enloquecido, fuera de sí. Sabía que si estaba fuera de la casa era porque iba a hacer algo. Lorna Skirving fue su apuesta más fiable.

—Pero ella no estaba embarazada —dijo Wattie—. ¿Por qué ella?

—No era capaz de mantener la boca cerrada. Dunlop estaba preocupado. Ella había empezado a contar cosas, había hablado con un grupo de prostitutas o algo así. Desapareció de Broughton House algo de dinero y algunas joyas. Era problemática. La cosa sólo podía ir a peor.

McCoy tomó otra fotografía. Teddy Dunlop arrodillado en una cama, metiéndole la polla en la boca a una chica, agarrándola por el pelo, forzándola. La chica era Lorna Skirving.

Ella quería transmitir la impresión de que estaba disfrutando, aunque no parecía que fuese así. Habían tomado la fotografía desde el falso espejo, tuvieron que hacerla aprovechando que entró algo de luz al abrirse la puerta, o algo así. Podía apreciarse un leve reflejo de las caras en el cristal. Una de esas caras era la de Gibbs, con la cabeza hacia atrás, riéndose. La otra era de un hombre que miraba con extrema concentración a través del espejo; un hombre de mediana edad, con bigote, vestido con traje.

—Me cago en todo —dijo Wattie casi sin aliento—. Joder. Tiene que darnos esa fotografía.

Bobby se la entregó con una expresión de «sírvete tú mismo». Wattie la cogió y la estudió de cerca.

—¿Qué pasa? —dijo McCoy. Bobby y él se miraron.

Wattie dejó la foto sobre la mesa. Señaló.

—Ese es Gibbs, ¿verdad? —Asintieron—. ¿Saben quién es este otro tipo?

Negaron con la cabeza.

—Mi madre tiene álbumes de recortes con fotos de la familia real. Le vuelven loca. Mi hermana y yo solíamos mirarlos cuando éramos pequeños. Los tenía en una vitrina. Tenía unos cincuenta malditos...

—¡Joder, Wattie! —dijo McCoy exasperado.

—Lo siento. Éste —dijo señalando la fotografía—, si no estoy equivocado, es Lord Liddesdale. Los dos permanecieron impasibles.

—El duque de Cromarty.

Tampoco reaccionaron a eso.

—¡Es el puto primo de la reina!

—¿Cómo?

—Es el primo de la reina, un caballero mayor o comoquiera que lo llamen.

Ambos volvieron a mirar la fotografía.

—No tenía ni idea de quién era —dijo Bobby—. Pero es bien parecido, ¿no?

McCoy metió las fotografías en el sobre. Bobby le agarró la muñeca.

—Va a ser que no, Bobby. Las necesito. Usted váyase a la soleada España y yo cuidaré de ellas. Si alguien pregunta, las recuperaré de la celda de Howie. Nada que ver con usted. ¿De acuerdo?

—¿Me lo prometes?

—Se lo juro. —Se puso en pie y notó la fotografía que se había guardado en el bolsillo del abrigo—. Vamos, Wattie, dejemos que Bobby siga con lo suyo.

Los de la mudanza estaban fuera, apoyados en la furgoneta, leyendo el periódico, esperando que les hiciese un gesto para volver a ponerse en marcha.

—¿Qué vamos a hacer con las fotografías? —preguntó Wattie.

—Vamos a utilizarlas. Se las enseñaremos a Murray, le dejaremos que lo asimile. En cualquier caso, no van a permitirme que me acerque a los Dunlop. —Se sentó en el asiento del conductor, se palpó el abrigo en busca de los cigarrillos, los sacó y, sin querer, también sacó una pequeña libreta. Mierda. Era el libro de cuentas de Stevie Cooper que le habían dado aquellos dos tipos. La otra noche andaba tan colocado con los analgésicos que había olvidado dárselo.

—De camino tenemos que parar en un sitio, se me olvidó hacer algo.

—¿De qué se trata?

—De entregar una cosa. Será un minuto.

Treinta

Les llevó una media hora cruzar la ciudad. Wattie habló con la comisaría por radio mientras McCoy miraba por la ventanilla. Glasgow estaba paralizada por la nieve. Intentaba no pensar en la fotografía que llevaba en el bolsillo del abrigo.

—¿Murray y tú habéis tenido tiempo para hablar con Teddy Dunlop? —preguntó McCoy.

Wattie gruñó.

—Está de broma, ¿no? Su abogado es Archie Lomax. Por lo que he oído decir, tendremos suerte si nos dejan acercarnos a él el año que viene. Murray tiene a los jefes de la Central encima de él.

Ahora nevaba con más intensidad y la niebla era cada vez más densa. Wattie encendió los faros.

—¿Es aquí? —preguntó mientras frotaba el parabrisas con una gamuza sucia—. No veo una mierda.

McCoy señaló la calle que torcía a la derecha.

—Déjame aquí. —Seguía notando la fotografía en su bolsillo. No tenía muy claro por qué se la había llevado, fue una reacción impulsiva, ni siquiera pensó en ello. No quería pensar en ello.

Wattie detuvo el coche y, de repente, se dio cuenta de dónde estaban. Memen Road, en Springburn. Había oído hablar de aquel lugar.

—No va a entrar ahí, ¿no? Necesitaría escolta armada. Le van a oler a un kilómetro.

McCoy abrió la puerta, permitiendo que penetrase en el coche una bocanada de aire helado.

—Si no estoy de vuelta en veinte minutos, puedes enviar a los Héroes de Telemark.

Wattie tenía motivos para preocuparse. En Memen Road temían aventurarse tanto los ángeles como la policía. Allí había enviado el ayuntamiento a todos los inquilinos problemáticos. Las familias de los miembros de bandas, padres con hijos salvajes, borrachos, maltratadores, gente con problemas mentales. El ayuntamiento lo llamaba contenedor. Los demás, tierra de nadie.

McCoy echó a andar sin hacer caso de las miradas agresivas de dos veinteañeros sentados encima de un muro, con las capuchas de los anoraks puestas, mientras se pasaban un bote de pegamento. Las vallas que separaban los jardines hacía tiempo que habían desaparecido. La acera y los jardines se habían fundido mostrando un amasijo de coches de bebé rotos, cubos de basura volcados y alguna nevera tirada de cualquier manera. La hierba, o lo que quedaba de ella, ya estaba cubierta con una fina capa de nieve. McCoy mantuvo la cabeza baja mientras caminaba, en parte para protegerse del viento, pero también porque no quería pisar una caca de perro o algo peor. Los rumores decían que, el año anterior, un policía se había topado allí con un feto metido en una bolsa de la compra.

Como andaba examinando el suelo, no los vio hasta que estaban encima de él. Tres tipos grandes. Los tres con largos abrigos de cuero, patillas y pantalones de campana aleteando al viento. A uno de ellos le faltaba un ojo; una cicatriz y un orificio para llorar era lo único que le quedaba. Se detuvo frente a McCoy, con los pulgares metidos en el cinturón.

—¿Qué coño quieres? —preguntó. McCoy buscó su placa—. Ya sabemos que eres poli. Te he preguntado qué quieres.

—Cooper —dijo—. Decidle que McCoy está aquí

Stevie Cooper había ido colonizando gradualmente todos los apartamentos de los dos últimos

recintos de la calle. Una especie de fortaleza protegida por hombres que formaban parte de su equipo en un lado; viejas fábricas de hilos y un kilómetro de terreno industrial yermo en el otro. Tan lejos como se podía llegar a estar del largo brazo de la ley sin salir de Glasgow. El Cíclope silbó y una niña pequeña, de siete u ocho años, apareció como salida de la nada. McCoy negó con la cabeza. Era el mes de enero, nevaba copiosamente y lo único que ella llevaba puesto era una faldita y una chaqueta de punto encima de una camiseta de Mickey Mouse. Unas zapatillas de lona empapadas completaban la patética estampa. El Cíclope bramó hacia ella:

—Dile a Stevie que McCoy está aquí.

La niña asintió con seriedad y echó a correr hacia el último edificio. Los tres guardianes permanecieron allí, dándoselas de tipos duros. Con las caras picadas de viruela, las manos en los bolsillos, pateando el suelo con fuerza con sus botas de plataforma para mantenerse en calor.

—¿No te tropiezas con esas cosas? —preguntó McCoy amablemente.

No hubo respuesta. La niña regresó corriendo.

—Está bien —dijo jadeando, creando nubes de vapor—. Dejadle pasar.

McCoy siguió a la niña por los jardines, abriéndose paso entre ladrillos rotos y charcos helados. La niña se detuvo en la entrada del último edificio.

—Cuarta planta —dijo sacando la mano.

McCoy le dio diez peniques. Ella pareció decepcionada.

—Es justo —dijo entregándole cinco más—. Ve a comprarte unas patatas fritas. Tienes que estar congelada.

Hacía el mismo frío dentro que fuera del edificio. La mayoría de los apartamentos parecían estar vacíos, con las puertas tapiadas o destrozadas. Una tubería se había roto en algún punto y había provocado un goteante río de hielo en las escaleras. McCoy pasó junto a una enorme pintada con espray de un rojo brillante que decía: PAÍS DE MIERDA en un rellano. Debía de haberla hecho Stevie para revivir sus tiempos de juventud. El piso de la cuarta planta tenía puerta. Una gruesa puerta de madera con un cierre nuevo. McCoy llamó, esperó a que se abriesen los pestillos y las cerraduras. Finalmente, Billy Weir asomó la cabeza por la puerta.

—Siento todo esto. Unos maderos con porras intentaron entrar la semana pasada. No volverán a hacerlo. ¿Cómo te va? —dijo tendiéndole la mano.

McCoy respondió a su saludo. Le gustaba Billy, era listo. Cooper también lo creía. Hacía cosa de un año había salido de Barlinnie y ya lo trataba como su segundo de a bordo. Mantuvo la puerta abierta.

—No tardará ni un minuto. Pasa.

McCoy le siguió hasta la cálida cocina, pasando por alto los gritos y los golpes que llegaban de la puerta de al lado. Weir se sentó a la mesa de formica, se arremangó la camisa con la imagen de un cuadro de Toulouse-Lautrec y siguió cortando y dividiendo la enorme cantidad de *speed* que había sobre la mesa con una regla de metal. La empujaba hacia delante y hacia atrás, haciéndolo más fino.

—¿Una taza de té?

Una chica de unos dieciséis años, con una falda que apenas le cubría el trasero y un cuerpo que quitaba el hipo, estaba apoyada en el fregadero, con un cigarrillo entre sus rojos labios pintados. McCoy negó con la cabeza, se sentó y fue entonces cuando lo vio. Había un hombre esposado a los fogones, arrodillado, intentando pasar desapercibido. Tenía la cara cubierta de sangre, la nariz formaba un ángulo extrañísimo. Intentó sonreírle a McCoy, del modo en que lo haría un perro azotado si pudiese hacerlo. Tenía una mancha oscura de orina en la parte frontal de sus pantalones; el hedor llegaba a oleadas. McCoy asintió en su dirección.

—¿Qué significa esto?

Weir miró al hombre como si formase parte del mobiliario.

—Es el siguiente. Es un puto ladrón.

—No lo soy. No lo soy. No he...

Ésas fueron las únicas palabras que pudo decir antes de que Weir se le acercase y le propinase una patada en el estómago.

—Cooper ya debe de haber acabado —dijo poniéndose en pie y dándole otra patada al hombre por puro gusto—. Vamos allá.

Ya no se oían gritos ni golpes al otro lado de la puerta, tan sólo sollozos. Weir llamó y abrió la puerta.

—¿Jefe? ¿Todo bien?

Cooper estaba en medio de la habitación vacía. No había muebles, tan sólo el papel pintado de flores en las paredes y el suelo de madera manchada. Llevaba sus habituales vaqueros y camisa de manga corta, manchada en esta ocasión de sangre, así como su impecable tupé. Se llevó una botella de Irn-Bru a la boca. Dio buena cuenta de ella en un par de largos tragos. Los sollozos provenían del hombre que había en el rincón. Llevaba puestos unos calzoncillos azules y un único calcetín; nada más. Tenía los ojos hinchados, cortes en el cuero cabelludo y le había desaparecido la mitad del pelo. El pie sin calcetín estaba teñido de sangre oscura; daba la impresión de que había perdido un par de dedos.

Cooper miró a McCoy por encima de la botella, con los ojos vidriosos y desenfocados. McCoy ya le había visto así antes. En una ocasión en la que se abalanzó sobre otro pandillero con cuchillas en las dos manos, después de que alguien dijera lo que no debía, dijera no en lugar de sí. McCoy no quería estar cerca de él en esas ocasiones, no quería estar allí en ese momento.

—Estoy muy ocupado —dijo mirando hacia otro lugar.

McCoy sacó de su abrigo el libro de cuentas.

—Te deben diez libras. Todo lo demás está aquí.

Cooper asintió en dirección a Weir. Éste se hizo con el libro y contó el dinero. Asintió.

—Ciento noventa libras y el libro de cuentas.

Cooper sacó un par de pastillas del bolsillo y se las tomó con el último trago de Irn-Bru, después tiró la botella al hueco que antes había ocupado la chimenea. Se hizo pedazos, que se unieron a los de la docena de botellas que había tirado anteriormente. Había una pequeña mesa de café, muy maltrecha, en un rincón, una pila de camisas dobladas y vaqueros con etiquetas de limpieza en seco junto a cuatro o cinco cuchillos de trinchar, un par de alicates y una pistola. Cooper se acercó allí, agarró uno de los cuchillos, lo sopesó y agarró otro.

—Eres un buen perrito, McCoy, haces las cosas sin crear problemas.

Parecía ausente mientras retorció la punta del cuchillo sobre sus muslos, sin ser consciente del agujero que estaba haciendo en los vaqueros ni de la sangre que le corría por la pierna. Del bolsillo trasero sacó un rollo de billetes de cincuenta. Extrajo cinco y se los tendió.

—Una propina.

McCoy negó con la cabeza.

—Era un favor, Stevie, no te preocupes por eso.

—Venga ya, no seas capullo.

McCoy sabía perfectamente que discutir con él no tenía sentido. Se le acercó y Cooper le metió los billetes en el bolsillo de arriba. Cooper emanaba un olor extraño, a algo químico, a sangre y a monedas. Sonrió, atrajo a McCoy hacia él y le susurró al oído:

—Tú y yo, McCoy. No me decepciones. Tú y yo. —Se frotó la cabeza con los nudillos y lo

apartó con una carcajada—. Ahora pírate. Tengo cosas que hacer aquí.

McCoy se dio la vuelta para marcharse, ansioso por salir de allí.

—Por cierto —dijo Weir—, ¿quién lo hizo?

McCoy se encogió de hombros.

—Dos chavales estúpidos. Uno delgado y otro gordo con poco material en la sesera. La cagaron. Unos don nadie.

McCoy logró cerrar la puerta antes de que empezasen las súplicas. Se quedó allí escuchando hasta que se hizo el silencio tras lo que pareció una patada. Se percató de que la chica de la cocina le estaba mirando.

—¿Estás bien? —le preguntó—. Parece que hayas visto a un fantasma.

Él asintió. Se oyó un grito al otro lado de la puerta, un golpe y otro grito.

—¿Cómo lo soportas? —le preguntó a la chica.

—¿Soportar qué? —le respondió.

Treinta y uno

Alguien golpeó la puerta con el puño.

—¿Qué estás haciendo ahí, sucio bastardo?

—Que te den por saco —dijo McCoy.

Thomson se marchó riendo, y el ruido de sus pisadas al alejarse resonó en los azulejos. Lo curioso del caso era que Thomson no se equivocaba. McCoy estaba sentado en el lavabo mirando fotos pornográficas. Bueno, una sola foto, la que había guardado en el bolsillo de su abrigo. Era una imagen de la piscina de Broughton House donde interrogaron a Gibbs. Era de noche, las luces de la piscina estaban encendidas. Una alfombra sobre las baldosas, dos chicas encima de ella, ambas desnudas. Una era Lorna Skirving.

Un montón de hombres y dos mujeres observaban. Dunlop estaba allí, con una bata de seda plateada, una educada sonrisa en el rostro, la mano en el bolsillo. Podría haber estado juzgando las hortensias en una exposición en el campo. Gibbs también, con una cámara Super 8 en la mano, incluso Tommy Malone. Era la persona que se encontraba en uno de los lados la que suponía un problema. Tenía una toalla alrededor de la cintura, su cuerpo rechoncho inclinado hacia delante, asegurándose de ver lo que estaba ocurriendo. Alasdair Cowie.

Oyó cómo se abrían de nuevo las puertas del servicio. Dos agentes uniformados ocuparon urinarios paralelos y charlaron sobre el frío que hacía. Quería darle a Cowie una oportunidad. Llevaban casi diez años trabajando juntos, eso tenía que contar para algo. Observó el resto de las caras de los que estaban alrededor de la alfombra. Temía reconocer a alguien más. Hombres de mediana edad, con puros en las manos y erecciones tensando sus respectivas toallas.

Los agentes salieron y McCoy se levantó, quitó el pestillo de la puerta. Metió la foto de nuevo en el bolsillo y se acercó al lavamanos, se las mojó y las frotó con la dura pastilla de jabón amarillo que colgaba del soporte. Justo al acabar, se abrió la puerta. Escuchó las risas. Entro Wattie. Cowie venía tras él. Ambos sonreían.

McCoy le puso la mano en el pecho a Wattie cuando este se dirigía a los urinarios.

—Piérdete un rato, ¿quieres?

—¿Por qué? Tengo que mear.

McCoy miraba a Cowie por encima del hombro de Wattie.

—Tengo que hablar un minuto con Cowie. En privado. Ve al otro lavabo.

Wattie lo miró y miró después a Cowie. Ambos estaban en silencio, mirándose a los ojos. Maldijo entre dientes, se dio la vuelta y salió de allí.

—¿Harry? —dijo Cowie desconcertado—. ¿Qué pasa?

McCoy sacó la fotografía del bolsillo y se la pasó. Le llevó un par de segundos darse cuenta de que aparecía en la imagen. Después alzó la vista y miró a McCoy.

—Menuda rueda de identificación, ¿eh, Cowie? Jimmy Gibbs. Tommy Malone. Lord Dunlop. Lorna Skirving y su amigo, claro —dijo McCoy muy despacio—. Y tú.

Cowie se apoyó en el lavabamos. Su rostro, habitualmente rubicundo, estaba pálido como el de un cadáver.

—¿Tienes un cigarrillo?

McCoy le dio uno. Él lo acercó al mechero de McCoy. Le temblaban tanto las manos que apenas pudo encenderlo. Le dio una profunda calada, soltó el humo. Acto seguido se llevó las manos a la cara, se derrumbó sobre el lavamanos y empezó a gimotear.

McCoy no le interrumpió durante cosa de un minuto; no estaba completamente seguro de poder evitar golpearle. Cowie se enderezó, encontró un pañuelo en su bolsillo y se enjugó las lágrimas. Intentó recomponer el gesto.

—Fue una noche —dijo—. Ya conoces mi situación, mi esposa no puede... Dios, menudo marrón. —Se mojó la cara y miró a McCoy—. Hay una mujer que trabaja en la biblioteca de la universidad, Joan. Hablé con ella un rato cuando estuve allí. Una noche fui a Curlers a tomar una cerveza de camino a casa. Ella estaba allí con un par de amigos, todos muy bien vestidos, un poco achispados, tal vez habían fumado hierba, no lo sé. Me llamó y tomamos una copa juntos. Se reía de mis chistes, me cogía del brazo. —Miró de nuevo a McCoy e intentó sonreír—. Pensé que había algo.

McCoy no sonreía, se limitó a tirar la colilla de su cigarrillo en el urinario. Esperaba.

—Iban a una fiesta cerca de Campsies y me preguntó si quería ir con ellos. ¿Qué podía decirle? Subimos a uno de los coches, uno de un tipo muy elegante de Edimburgo, un médico. En cuanto salimos de la ciudad empezaron a encender porros. No me va mucho el asunto, pero fumé un poco; en cualquier caso, el coche estaba lleno de humo. Cuando llegamos allí tenía un colocón importante. No me di cuenta de dónde estaba hasta más tarde. Una enorme casa moderna...

—Broughton House —le interrumpió McCoy.

Cowie asintió.

—Fuimos todos a la piscina. Había ropa por todas partes. Nos dieron toallas. Así que me uní al grupo. —Intentó sonreír de nuevo—. Quería demostrarme a mí mismo que era tan libre y estaba tan liberado como el que más.

McCoy esperó a que prosiguiese.

—Había mujeres por todas partes... La gente follaba en la piscina. Apenas podía creer lo que estaba pasando. Joan estaba conmigo. Nos fumamos otro porro. Sonó un silbato y la gente empezó a gritar que el espectáculo estaba a punto de empezar. Dos chicas se pusieron a jugar la una con la otra encima de una alfombra. Todos los que estaban alrededor se comportaban como si fuese un viernes cualquiera; y yo hice lo mismo. Joan empezó a besarme en la oreja, a decirme que la estaba excitando. Nos fuimos a dar una vuelta, encontramos una habitación diminuta con un sofá... —Se vino abajo. Empezó a llorar otra vez—. Te juro, Harry, que no hice nada. Ni siquiera llegué a hablar con Lorna Skirving. No volví a verla después de esa noche.

—Te limitaste a pasar por el Shish Mahal con la gran noticia sobre su puñetera autopsia. No dijiste nada. La cosa no va así.

—No estaba seguro de que fuese ella. Estaba tan jodidamente fuera de mis cabales. No podía estar seguro. No me pareció que mereciese la pena contártelo.

—¿En serio? ¿Lo decidiste así, sin más?

—Mi esposa...

—Que te den a ti y a tu esposa, Cowie. Esa noche ella no parecía preocuparte mucho.

Cowie negaba con la cabeza. Las lágrimas le corrían por las mejillas y se sorbía los mocos.

—Te lo juro, Harry, te lo juro por mi vida. Fue así. Una noche en que no tuve que sentarme en el sofá esperando para cambiarla, para llevarla a la cama, para darle las medicinas, escuchando el maldito tictac del reloj.

—Si descubro que me has mentado, Cowie, te juro que te crucificaré. Te lo digo en serio. Te machacaré la cabeza y después le llevaré esta fotografía a Murray y te quedarás con el culo al

aire. Sin pensión. Sin nada.

Cowie asentía con la cabeza gacha.

—No te miento, Harry. Te lo juro. Por mi vida.

McCoy no quería seguir mirándolo, le recordaba al hombre que Cooper tenía encerrado en aquella habitación; la misma mirada de terror, la misma súplica en sus ojos. Dobló la fotografía, se la guardó en el bolsillo y salió. Cowie no dejó de gritar mientras recorría el pasillo.

*

Los dos llevaban cuatro horas sentados en sus respectivos escritorios. Había habido cambio de turno: llegaron los chicos de la noche, y la mitad ya había vuelto a salir para atender a diferentes llamadas. McCoy consultó su reloj. Las ocho y media. Le había entregado las fotos a Murray después de hablar con Cowie. Le contó toda la historia, le dijo quién era el hombre del reflejo.

Murray le había mirado, se había rascado la incipiente barba mientras maldecía en voz muy baja. Pasó el resto de la tarde en su despacho, con la puerta cerrada, pegado al teléfono. El jefe de Policía había entrado y salido de allí en un par de ocasiones. Parecía más enfadado de lo habitual. Murray le dijo a Wattie y McCoy que se sentasen en sus sillas, que no le dijese nada a nadie y que esperasen. Que era justamente lo que habían estado haciendo. Ahora McCoy se había quedado sin cigarrillos y su estómago vacío rugía de manera audible. El jefe de Policía había vuelto a aparecer hacía veinte minutos, acompañado en esta ocasión por un hombre alto trajeado. Wattie leía el *Record* del día anterior por tercera vez cuando se abrió la puerta del despacho y Murray sacó la cabeza.

—Vosotros dos, venid.

El hombre trajeado se llamaba Cavendish, no les dijeron nada más. Fuera quien fuese, estaba al cargo de la situación. Murray y el jefe daban vueltas a su alrededor como si fuesen camareros. Estaba sentado en la silla de Murray. Su pelo, que llevaba muy corto, encanecía ya por los costados. Su traje era de raya diplomática. Y tenía una cara de esas que es imposible recordar.

—Siéntense —dijo sin alzar la vista. Wattie y McCoy se sentaron en dos sillas de plástico naranja, miraron a sus jefes, pero éstos permanecieron impertérritos; no querían dar a entender nada. Cavendish era el que llevaba la batuta. Dejó de ojear la carpeta que tenía sobre la mesa, la cerró y alzó la mirada.

—Nos ha tocado vivir un momento difícil —dijo—. Un momento en el que hay que tomar decisiones difíciles. Hay huelgas en los astilleros y en las minas, el IRA pone bombas en Londres, sufrimos cortes eléctricos. Nuestro país está asediado. Lo último que necesitamos son más problemas, otra brecha en nuestros valores, otro golpe a nuestras creencias. Depende de nosotros proteger todo eso.

McCoy escuchaba sólo a medias, porque intentaba descubrir quién era exactamente el tal Cavendish. Wattie prestaba máxima atención y parecía aterrorizado. El traje de Cavendish era demasiado caro para que fuese de la Brigada Especial de la policía, y luego estaba su acento, escuela pública con un leve deje de Edimburgo. ¿Sería del MI5? ¿Ministerio del Interior? Fuera quien fuese, era el que partía el bacalao allí.

—Es nuestro deber asegurarnos de mantener a salvo este país. Debemos garantizar el orden, independientemente de quién lo amenace. Tenemos que mantenernos fieles a aquello que beneficia a este país y a su gente, eso...

—Lamento interrumpir, señor Cavendish, ¿qué tiene todo eso que ver con nosotros?

A Cavendish no le hizo gracia que le interrumpieran. Recostó la espalda y entrecerró los ojos. Murray y el jefe de Policía se quedaron helados, como si alguien les hubiese lanzado un cubo de

agua fría. McCoy sabía que lo mejor habría sido mantener la boca cerrada, pero estaba cansado, tenía hambre y necesitaba fumar. Había cumplido con su parte, había entregado las fotografías, le importaba bien poco Cavendish, fuera quien fuese, y su discurso sobre el hecho de que el mundo estuviese al borde del desastre. Se echó hacia delante. Había costado lo suyo, pero ahí estaban.

—Estamos aquí porque yo le he entregado al inspector jefe Murray una fotografía en la que aparecen Lord Liddesdale y Jimmy Gibbs viendo cómo le meten una polla en la boca a Lorna Skirving. La polla de Dunlop Junior, para ser exactos. La misma Lorna Skirving que fue poco después asesinada por un joven que trabajaba para Lord Dunlop. Le he entregado las fotografías, he seguido el reglamento. Me he comportado como un buen chico. Así que, si no le importa que se lo pregunte, ¿quién demonios es usted?

Wattie había estado mirándolos a los dos. Parecía asustado. Se acomodó en su asiento para alejarse lo máximo posible de McCoy.

Cavendish se volvió hacia Murray.

—Por lo que he podido entender, ese caso ya está cerrado, ¿no? El asesino se pegó un tiro en la misma escena del crimen.

Murray asintió. Correcto.

—Está cerrado —dijo escuetamente—. Y tú, McCoy, será mejor que te comportes como es debido.

—¿Qué es lo que pretende demostrar, señor McCoy? —le preguntó Cavendish.

—Sabe usted perfectamente qué pretendo. Dunlop está metido hasta el cuello en esto. Yo lo sé, Murray lo sabe y ahora usted...

—¿Qué es exactamente lo que sabemos, señor McCoy? —preguntó con frialdad—. ¿Tenemos alguna prueba de que Lord Dunlop esté involucrado en el asesinato de esa chica?

McCoy miró a Wattie. Éste tenía los ojos clavados en el suelo, frente a sus pies. No iba a encontrar apoyo en él.

—No tiene por qué mirarlo así, señor McCoy. Es una respuesta simple. Sí o no. ¿Tenemos alguna prueba?

McCoy negó con la cabeza.

—Todavía no, pero si dispusiésemos de algo más de tiempo...

Cavendish alzó la mano.

—No estoy seguro de que necesitemos más tiempo. Según sus superiores, aquí presentes, y el fiscal, el caso se cierra hoy. Hasta donde puedo ver, nadie gana nada con esta fotografía.

—¿Me está diciendo que tengo que olvidar que existe?

—Así es —dijo Cavendish—. Y no soy sólo yo quien se lo está diciendo. Recientemente se convirtió en detective, lo que implica que firmó la Ley de Secretos Oficiales. A partir de las cuatro de la tarde esta fotografía quedará protegida por dicha ley. Cualquier comentario sobre su contenido o incluso sobre su propia existencia implicaría su arresto inmediato, perder el trabajo y afrontar pena de prisión. Todo quedaría cubierto por la Ordenanza D. Nadie sabría qué ha pasado. —Sacó una hoja de papel de la carpeta y la colocó frente a Wattie, después sacó una pluma de su chaqueta.

—Señor Watson, ¿haría el favor de firmar esto también?

Wattie miró a Murray y al jefe de Policía. El jefe asintió.

—Vamos, hijo. Firma.

McCoy le vio firmar.

—No puede hacer esto.

Cavendish se quedó con el impreso y volvió a guardarlo en la carpeta.

—Acabo de hacerlo.

—Muy bien, esto no va a acabar aquí, voy a...

—No. No va a hacer nada. Aquello que tenga pensado hacer, no lo hará. Ahora está jugando con los mayores, señor McCoy, y no jugamos limpio ni somos agradables. —Abrió el sobre de papel manila y McCoy pudo entrever una fotografía suya grapada en la esquina superior de una página.

—A un nivel superficial, da la impresión de que usted lo ha estado haciendo bastante bien. Detective a los treinta. Una promoción rápida para cualquiera, mucho más si hablamos de un católico en la policía de Glasgow. Estuvo en centros de acogida. Sus superiores hablan muy bien de usted, dicen que es brillante, listo, y que está destinado a llegar lejos. —Se recostó en la silla y sonrió. Tan acogedor como un tiburón—. Sin embargo, yo lo veo desde otra perspectiva. Una perspectiva muy diferente. —Sacó una de las hojas del sobre y la repasó—. Por lo visto, ha demostrado cierta tendencia a molestar a los Dunlop. Acusaciones de asesinato sin fundamento. Se le ha visto bebido en horas de servicio. —Chasqueó la lengua—. Eso no demuestra inteligencia. —Le miró por encima de la hoja de papel. Se fijó en el ojo morado, en las heridas de su rostro y en los dos dedos vendados—. Al parecer, no deja de comportarse de un modo imprudente. Profesional y personalmente, es usted un desastre. —Metió la hoja en el sobre y sacó otra—. Tal vez deberíamos repasar todo esto mientras estamos aquí, ¿eh? Steven Paul Cooper. Uno de los principales responsables de la delincuencia en el norte de la ciudad. Al parecer, son buenos amigos. Tienen encuentros íntimos en saunas y cosas por el estilo. Según creo, se ha aficionado usted a probar su mercancía. —Metió esa hoja también en el sobre y lo cerró—. Resulta irónico, ¿no le parece, señor McCoy? Está usted aquí sentado, demostrando toda su indignación moral y su sentido de la justicia, y a mí lo que me parece es que estoy frente a otro policía corrupto. Un policía corrupto al que yo habría despedido con toda la alegría del mundo de no ser por sus superiores, aquí presentes.

McCoy le miró a los ojos. Pensó en las doscientas cincuenta libras que llevaba en el bolsillo superior, en las noches que había pasado con Janey, en las drogas y en los favores que había hecho a Cooper. No tenía ni idea de cómo había llegado Cavendish a estar al corriente de todo ello.

Cavendish cerró la carpeta.

—¿Nos estamos entendiendo, señor McCoy? ¿Señor Watson? ¿Entienden lo que está ocurriendo aquí?

Wattie asintió.

—Sí, señor.

McCoy se puso en pie.

—¿Podemos irnos? —le preguntó a Murray.

Murray miró al jefe y este asintió. Cavendish se levantó de la silla y tendió la mano para saludarlos. Wattie le correspondió. McCoy no. Cavendish se encogió de hombros; parecía divertirse la situación.

—Tenga en cuenta lo que le he dicho, señor McCoy. Jugamos sucio, así que olvídense de la fotografía. En lo que a ustedes dos respecta, no existe. Si por casualidad oigo algo diferente, los destruiré, los hundiré en el fango como las dos mierdecillas que son. —Sonrió—. Y ahora lárguense de mi vista. Me revuelven el estómago.

Treinta y dos

Wattie y McCoy salieron por la puerta de atrás de la comisaría, ansiosos por alejarse lo máximo posible de Cavendish y de todo lo que había ocurrido allí dentro. Un Mini MG de color verde botella entró en el patio trasero, las ruedas salpicaron el aguanieve. Se detuvo y de él salió la forense Phyllis Gilroy, envuelta en un abrigo de piel de cordero, sombrero de piel y guantes de cuero.

—Ah, señor McCoy. Esperaba encontrarlo aquí. —Volvió a meterse en el diminuto coche deportivo y sacó un maletín del asiento trasero—. Tengo algo para usted que creo que le puede interesar.

—¿De qué se trata? —preguntó McCoy con el pensamiento perdido en otras cosas.

—La chica que encontramos en la casa abandonada, ¿la recuerda?

McCoy asintió.

—Isabel Garvey —añadió.

—Esa misma. —Gilroy se detuvo y les miró a los ojos—. ¿Qué les sucede? Da la impresión de que lo hubiesen perdido todo en las apuestas.

McCoy sacudió la cabeza.

—Nada. Ha sido un día muy largo. ¿Qué pasa con la chica?

—La chica, sí. Encontramos fibras de moqueta bajo sus uñas, es posible que durante la tarde se agarrase a alguna parte. No podíamos identificarlas. No encajaban con ninguna de nuestras muestras estándar. Collins, el chico del laboratorio, un tipo listo, se tomó como algo personal descubrir de dónde provenían. Se las envió a un amigo suyo que trabaja para la Policía Metropolitana.

—¿Y?

—Por lo visto son de las alfombrillas de un coche —dijo quitándose el sombrero y esforzándose por recomponer su peinado.

—¿El coche de Chas?

Logró peinarse un poco, comprobó el resultado en el retrovisor de su auto y se volvió hacia ellos con una sonrisa.

—No lo creo. A menos que le haya tocado la lotería últimamente. Se trata de las alfombrillas de un Rolls-Royce Silver Cloud.

*

Mientras se tomaban la primera pinta, ninguno de los dos dijo nada; estaban concentrados reflexionando en lo que acababa de ocurrir. Se habían sentado en la parte de atrás de The Kiwi, lo más apartados posible de los numerosos policías que se reunían allí, en la parte de delante, al acabar sus turnos. McCoy odiaba ese bar, porque estaba demasiado cerca de la comisaría, porque había demasiados agentes, pero quería tomarse algo ya. A Wattie parecía que lo había arrollado un camión, y tenía el rostro ceniciento cuando le dio el último trago a su cerveza.

—¿Otra? —preguntó McCoy.

Wattie asintió. Apuró la jarra y le miró a los ojos.

—¿Qué pasa?

—Creo que todo esto significa que estoy bien jodido. Nunca me ascenderán.

McCoy negó con la cabeza.

—Nooo. A ti, no. —Sonrió intentando aligerar el ambiente—. Yo, por otra parte, soy poco menos que un muerto viviente. ¿Tennent's te va bien?

El aspecto de Wattie no había mejorado cuando McCoy regresó con las bebidas. Suspiró, dejó las pintas sobre la mesa. Se dijo que lo más adecuado sería que todo quedase claro.

—Venga, suéltalo. ¿Qué quieres saber?

—El tipo ese, Cavendish. ¿Quién es?

McCoy se encogió de hombros.

—No lo sé. Brigada Especial, Ministerio del Interior, quién coño puede saberlo. Quienquiera que sea, es un malnacido.

Wattie le observaba. Frotaba el dedo contra la película de cerveza que había quedado sobre la mesa, dibujando líneas.

—¿Las cosas que dijo sobre usted son ciertas?

—Algunas de ellas sí. Conozco a Stevie Cooper desde hace mucho tiempo, cuando éramos dos críos. Él me cuenta un par de cosas y yo le cuento a él un par de cosas. Como te dije, es necesario tener contactos en este juego. Yo tengo a Cooper. Murray juega de vez en cuando con Naismith. Eso no significa que sea corrupto o que yo lo sea. Simplemente, así son las cosas.

—¿Alguna vez ha aceptado dinero de él?

—Vete a la mierda. Si sigues por ahí me voy a ofender. Por supuesto que no. ¿Alguna vez me has visto hacer algo de ese estilo? —Wattie negó con la cabeza. Se había creído la imprescindible mentira piadosa—. Cooper lleva a unas cuantas chicas y, sí, perdóname, Padre, porque he pecado, me he acostado con algunas de ellas. No todos somos tan rectos como tú.

—¿Y qué me dice de su relación con los Dunlop?

—Por Dios, Wattie, creo que hoy ya me han interrogado suficiente. Afloja un poco. —Suspiró; bien podría haberlo soltado todo—. Jimmy Gibbs era un buen policía pero dejó de serlo, se pilló las manos y de su caso se ocuparon los del Departamento Disciplinario. Me involucraron en su mierda porque trabajaba con él por aquel entonces, y él no movió un dedo para sacarlos de su error. Creía que el hecho de que yo también estuviese involucrado le libraría de algún modo. Llegaron a un acuerdo con él, lo inhabilitaron, sin hacer preguntas, y yo fui a dar con mis huesos en Kilmarnock durante cuatro meses. Me tenían bajo vigilancia, hasta que se dieron cuenta de que estaba limpio. Mientras tanto, Gibbs encontró trabajo con los Dunlop: coche grande, dinero. Angela y él salían de la ciudad todos los fines de semana mientras yo intentaba rehacer mi vida.

—¿Así que fue tras él?

McCoy negó con la cabeza.

—No, no es tan emocionante. Una chica se suicidó en la casa de los Dunlop. Me enviaron a echar un vistazo. Gibbs se comportó como el gilipollas en el que se ha convertido. Regresé a la casa después de pasar cuatro horas en un pub, quería decirle lo que pensaba de él, quizá darle un puñetazo, quién sabe. El problema fue que el maldito Lord Dunlop había regresado de Londres, así que me metí un poco con él. No fue mi mejor momento. —Se echó hacia atrás y encendió un cigarrillo—. ¿Te parece bien?

Wattie asintió.

—Pues no voy a darte las gracias. Pensaba que te habían enviado los de la Disciplinaria. —Agitó su vaso vacío—. Ve a buscar unas cervezas.

Tres pintas más tarde, ya no se sentían tan mal. McCoy le había contado algunas de sus batallitas del pasado, las más divertidas. El arresto de un hombre por haberse tirado a su perro, la vez en que un borracho vomitó encima de Murray, los viejos chismes. Wattie bajó el vaso, estaba a punto de ir a por otra ronda cuando recordó algo.

—La señorita Gilroy. Había olvidado lo que nos ha contado.

—No tendrías que haberte molestado en recordar, no te va a hacer ningún bien —dijo McCoy.

—Dunlop tiene un Rolls-Royce, le sitúa con la chica la noche en que murió.

—Estoy seguro de que lo hizo él, estoy completamente seguro. Pero importa bien poco después de lo que nos han dicho esta tarde. ¿Quieres empezar otra vez mañana a soltarle a Murray cosas sobre los Dunlop?

Wattie negó con la cabeza.

—No. Yo tampoco. La gente como Dunlop no olvida nunca. Si le quitas todo su dinero y su acento, no es más que un matón cualquiera. Se alimenta de su rencor hasta que sabe que está listo para hacer algo. Estoy colgando de un hilo. Si vuelve a enfadarse, perder mi trabajo será lo de menos. Ya entenderás, Wattie, que hay gente que se libra de las cosas y no puedes hacer nada al respecto. Uno tiene que aprender a posponer la pelea. A hacérselo fácil.

Wattie pasó la siguiente media hora diciéndole a McCoy que formaban un gran equipo, que iban a convertirse en colegas para siempre. McCoy asintió intentando dar la impresión de que le escuchaba atentamente y, acto seguido, lo metió en un taxi. Comprobó la hora en su reloj. Las ocho y media. Debía darse prisa.

El taxi dejó a McCoy en la puerta del Cartwheel, al final de Byres Road. Susan ya estaba allí, sentada a una mesa. Ambos pidieron carne y una botella de vino. Cualquier tipo de resistencia desapareció con la primera copa. Él acabó hablándole de sus primeros años de servicio, contándole las anécdotas más graciosas. Ella rió con ganas, obligándole a que contase otra vez lo de aquel ladrón con dentadura falsa. Ella había entrevistado a Baby Strange el día anterior. Le había parecido «increíble» y le había llevado a replantearse su tesis al completo, a centrarla un poco más en ella. McCoy asintió, parecía interesado, no comentó nada sobre lo que ella le dijo acerca de Broughton House, no quería estropear el ambiente.

Después de sus bistecs, ella le hizo pedir tiramisú para poder, en principio, probarlo; aunque acabó comiéndoselo todo. McCoy pidió otra botella de vino tinto, y cuando el camarero se la trajo, le pidieron que la abriese y se la llevaron con ellos. Tomados del brazo, enfilaron Byres Road camino del apartamento de Susan.

Ahora estaba dormida, resoplando suavemente al lado de McCoy. Él había intentado dormir, pero le había resultado imposible. Finalmente salió de la cama, se puso los pantalones y fue a la cocina, donde la chimenea de gas todavía estaba encendida. Se sentó a la mesa, se fumó un cigarrillo. No había sido su intención hacerlo, pero la libreta de Susan estaba encima de la mesa.

ENTREVISTA A BABYSTRANGE. 8 DE ENERO. TRANSCRIPCIÓN

Pasó las páginas: buena parte de la charla versaba sobre cómo las mujeres debían de hacerse fuertes y sobre la misoginia económica de la prostitución convencional. Estaba a punto de cerrarla cuando algo llamó su atención.

Preg.: ¿Qué clase de relación has mantenido con la policía?

B.S.: ¿A qué te refieres? (risas)

P.: ¿Alguna vez te han arrestado?

B.S.: Una, hace ya mucho tiempo. Nada que ver con la prostitución. ¡Hurto!

P.: La policía...

B.S.: ¿En los círculos en los que yo trabajo? Da la impresión de que van con mucho cuidado, no suponen un problema. Te encuentras a algunos en fiestas, fuman hierba, lo que sea. No imaginarías que son policías hasta que te lo dicen.

P.: ¿Se involucran en la vertiente sexual del asunto?

B.S.: A veces.

P.: ¿Cómo?

B.S.: ¡Lo habitual! A veces necesitan un poco de aceite para engrasar la maquinaria, por así decirlo, y a veces vuelven como clientes. Disfrutan como cualquier otro.

P.: ¿Y no causan problemas?

B.S.: No. Bueno, uno sí. Resultó que era un auténtico bicho raro.

P.: ¿En qué sentido?

B.S.: Vino a una de las fiestas y vio a una chica. En realidad era una performer.

P.: ¿Performer?

B.S.: Montaba un espectáculo sexual, ya sabes. Eran ella y otra chica. La cuestión es que descubrió dónde vivía, dónde trabajaba. Empezó a acosarla. Le dijo que la arrestaría a menos que hiciese lo que él quería. Una cosa muy turbia.

P.: ¿Eso pasó cuando tenías casa en Chelsea?

B.S.: No, fue aquí. La pobre chica me pidió ayuda. ¿Qué podía hacer yo?

P.: ¿Qué pasó?

B.S.: Le dijo que se lo contaría a su mujer y él le pegó una paliza...

—¿Hace mucho que te has levantado? —Susan estaba en la puerta de la cocina. Llevaba puesta una bata.

McCoy se volvió.

—Media hora.

—Vuelve a la cama, me estoy congelando. —Se acercó por la espalda y lo abrazó—. ¿Qué hora es...?

Sintió cómo el cuerpo de Susan se ponía rígido al ver lo que estaba leyendo.

—Susan, yo...

Ella lo soltó, caminó hasta el fregadero, abrió el grifo y dejó que corriese el agua. Se llenó un vaso.

—Lo siento. Estaba encima de la mesa.

—¿Por eso estás aquí? ¿Querías espiar un poco? ¿Leer una entrevista confidencial, ver si podías sacar algo?

—Venga ya, no es así.

—¿En serio? Porque eso es exactamente lo que parece.

—Susan... —empezó a decir McCoy.

—Tendría que haberlo sabido. Un policía siempre es un policía. Y yo que me dije que, a pesar de todo, a pesar del rollo machito y todo eso, eras una buena persona. ¿Sabes una cosa? Había empezado a pensar que a lo mejor me gustabas y todo.

—Yo también.

—No, tú no, Harry. Crees que sí. Así eres tú. —Hizo un gesto hacia el cuaderno sobre la mesa—. Controlando a los demás, espiando, averiguando cosas que se supone que no tendrías que saber.

—Eso no es cierto.

—Sí que lo es. No te culpo. Es tu trabajo, así eres tú, lo que tú haces. —Vacío el vaso y lo dejó a un lado—. Hazme un favor. No me utilices. —Se alejó camino del lavabo y cerró la puerta a su

espalda.

McCoy se dejó caer sobre el respaldo de la silla. Deseó desesperadamente no haber empezado a leer, pero lo había hecho. Recogió su ropa en el dormitorio, se vistió a toda prisa y le dejó una nota a Susan. *Llárame mañana*. Cerró con cuidado la puerta de la calle y bajó las escaleras para salir a Byres Road. Necesitaba un trago.

Habían apagado las luces. Por primera vez en su vida veía el local a oscuras. Llamó a la puerta. Esperaba que el Gran Chas la abriese, pero de repente le vino a la memoria todo lo ocurrido. Nadie respondió. Volvió a llamar.

—Anda y que te den. Está cerrado.

Se apoyó en la puerta.

—Vamos, Iris. Soy McCoy.

—Me importa una mierda quién seas, está cerrado. Y ahora vete a tomar por culo.

Golpeó la puerta con más fuerza.

—Tengo dinero. Venga, Iris, pórtate como una amiga, necesito una copa. Venga.

Se abrió la puerta e Iris apareció en la penumbra. Le llevó un par de segundos darse cuenta de que era ella. No estaba maquillada, llevaba puesta una vieja bata anudada a la cintura y el pelo sujeto por una redecilla.

—¿Qué? Entra antes de que se escape todo el calor.

El piso estaba a oscuras, con todas las puertas cerradas. La siguió hacia la luz que llegaba desde una puerta entreabierta al fondo del pasillo. La habitación de Iris era diminuta, una cama pequeña con fundas en las almohadas, un sillón, televisor, imágenes enmarcadas de niños victorianos de grandes ojos en las paredes, Jim Reeves cantando suavemente en la radio. Podía apreciarse un cálido aroma a perfume, y había restos de carne picada y migas en un plato junto a la silla. Se sentó en el sofá y echó un vistazo.

—Nunca había entrado aquí.

—Sí, y no volverás a hacerlo. ¿Qué te ha pasado? Creía que erais los policías los que golpeabais a los demás.

—No siempre funciona así.

—Sólo tengo ginebra —dijo sirviéndole medio vaso.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está todo el mundo? ¿Es por Chas?

Resopló.

—Me imagino. ¿Cooper no te ha dicho nada? Hemos cerrado. Se supone que me trasladan a alguna puñetera sauna de Duke Street. Ésas son sus instrucciones. Maldita libertad. Doce años llevando este local y ahora se supone que voy a tener que sentarme en un mostrador y entregar toallas a los clientes. —Le dio un buen trago a su ginebra—. Lo mejor sería decirle que se meta su idea por donde le quepa.

—¿Y las chicas?

—Un par de días de vacaciones hasta que dispongamos del local nuevo. Excepto tu compañerita, que está bien jodida.

—¿Janey?

—¿No te dijo adónde se iba? —Se sentó en el sillón con gesto juguetón—. Vaya, y yo que creía que erais como uña y carne.

—¿Adónde se ha ido?

—Ni idea. Me desperté una mañana y se había ido. Se lo dije a Cooper, pero le importó bien poco. En lo que a él respectaba, había cumplido su propósito.

—¿Qué significa eso?

Ella se encogió de hombros.

—Venga ya, Iris. Deja de comportarte como una bruja cascarrabias por una vez en tu vida. Dímelo.

—Tenía marcas de agujas en los brazos, se desmayaba cuando estaba con los clientes. No era bueno para el negocio, ¿no te parece? —Hizo el gesto de pincharse con una jeringuilla en el brazo—. Intenté que se mantuviese al margen de esa mierda. Se rió en mi cara, me dijo que yo no tenía ni puta idea de su vida.

McCoy se tragó la ginebra, hizo una mueca y le pidió otro trago.

—No sabía que andaba metida en eso, no creía que estuviese tan mal.

—No lo estaba, simplemente era incapaz de decir no; de decirle a él que no.

—¿A quién?

Negó con la cabeza.

—No eres capaz de ver lo que pasa delante de tus narices, ¿verdad? Tu polla es más fuerte que tú, como les pasa a todos. La misma historia de siempre. —Sirvió otra copa de ginebra—. La última para ti. Después te vas.

Se palmeó la chaqueta, encontró un paquete de Regal y encendió un cigarrillo.

—¿Crees que Chas lo hizo?

Ella soltó una risotada.

—¿Te burlas de mí?

—¿Quién le metió en eso?

—¿Cómo coño voy a saberlo? Alguien. Tú eres el policía, descubre quién fue.

—¿Alguna vez habló de Jimmy Gibbs?

Ella negó con la cabeza.

—¿Ése es el que le pidió que lo hiciera? —le preguntó.

McCoy se encogió de hombros.

—Eso creo.

—Chas era un jodido portero. Acabó aquí cuando no pudieron usarlo para nada más. La única oportunidad que tuvo nunca de ganar algo de dinero. Supongo que lo entiendo. —Le dio varias vueltas al contenido de su vaso, con la mirada perdida.

Por la expresión de su rostro al hablar de Chas, McCoy dio por buenos los rumores que hablaban de la relación que mantenían.

—Echarás de menos este lugar, ¿verdad, Iris?

Ella volvió a negar con la cabeza e intentó sonreír.

—Este lugar, no. Este tipo de vida, posiblemente. Hace tiempo que las cosas ya no son lo que eran. Esta clase de garitos eran lo mejor después de la guerra. Me encantaba trabajar en sitios así, tan frecuentados, seis o siete noches a la semana.

McCoy sonrió.

—Tengo entendido que eras toda una profesional, ¿no, Iris?

—Sí, lo era, es completamente cierto. Era una chica bien parecida en aquel entonces, pero no se me daba bien. Para ganar dinero del bueno tienes que convencer a los clientes de que van a pasar un buen rato. No podía manejarlo bien, así que empecé a encargarme de las bebidas y después de las chicas. Era algo que iba más conmigo.

—Entonces, tal vez en la sauna te vaya bien.

—Tal vez sí y tal vez no. Venga, lárgate. Necesito dormir. —Abrió un cajón de la cómoda y sacó de él una botella de whisky. Se la tendió a McCoy—. Llévate esto, así no tendré que tirarla por el fregadero.

Treinta y tres

Miró a un lado y a otro de la calle; no había posibilidad alguna de conseguir un taxi con semejante tiempo. Sólo le quedaba una opción: ir caminando. Al menos disponía de media botella para mantenerse caliente. Debía de haber estado nevando todo el rato que pasó con Iris. Las calles y los edificios estaban cubiertos de nieve, en calma, todos los sonidos amortiguados. Abrió la botella de whisky, le dio un trago y sonrió. El líquido bajó por su garganta. La buena de Iris, tacaña hasta el último momento.

Los Dunlop tenían un Rolls, lo había visto en la rueda de prensa y también en Broughton House. Sin duda era en él donde había acabado Isabel, con los dedos clavados en la alfombrilla. Pero ¿qué podía hacer con esa información? Tal vez tendría que predicar con el ejemplo y dejar correr las cosas. Tal vez Chas estaba en lo cierto: tenía que seguir adelante, dejar de verse con Cooper, sus chicas fáciles y sus drogas fáciles. Murray y el jefe de Policía iban a estar vigilándolo. A lo mejor era el momento de bajar la cabeza, de seguir el camino recto durante un tiempo. Eso no podía hacerle ningún daño. Le dio otro trago al whisky. Sus propósitos para el año nuevo llegaban tan sólo con unos días de retraso. También estaría bien disfrutar de unas vacaciones. Podía pedirse libre la próxima semana. Se acabaron los Dunlop y los Cooper. Un viaje de varios días al norte no estaría mal. Le ayudaría a aclarar las ideas.

Había dejado Hyndland Rock y se había adentrado en la calle Havelock cuando vio las luces. Vio tres coches patrulla aparcados en el límite del parque infantil, con las luces giratorias puestas, tiñendo de azul un grupo de bancos junto a la rueda de hierro. Reconoció el pequeño MG de Gilroy aparcado junto a la valla. Tenía que tratarse de algo gordo para haberla sacado de la cama en una noche como ésa. Un agente uniformado cubierto por un enorme abrigo controlaba la puerta del parque. Le mostró la identificación y alzó el cordón policial para permitirle la entrada.

Al acercarse descubrió una figura conocida. Sombrero de fieltro, abrigo de tweed, pipa en la mano. Murray. Estaba hablando con Wattie, señalando un rincón de la calle. Wattie le vio llegar y le llamó. Mientras se acercaba, se dijo que ojalá no hubiese aparecido por allí. La última persona con la que quería encontrarse esa noche era Murray; todavía estaba enfadado con él.

—McCoy, ¿qué haces aquí? —preguntó Wattie.

Se sacó las manos de los bolsillos y se las frotó.

—Nada. Iba de camino a casa y he visto las luces. Señor. —Asintió en dirección a Murray y este le devolvió el saludo. A ambos se les notaba incómodos—. ¿Qué ha pasado?

Wattie señaló con el mentón a una pareja de jóvenes cubiertos con mantas por encima de los hombros. Parecían asustados.

—Una pareja ha saltado la valla. Iban borrachos, se han puesto a hacer el tonto en la rueda infantil y lo han visto. Un tipo joven, prácticamente un adolescente, unos veinte años, muerto hace muy poco. Lo están analizando.

—¿Sabemos quién es?

Wattie negó con la cabeza.

—Al parecer no lleva ningún tipo de identificación. Los bolsillos están vacíos. Pero tiene un tatuaje. —Se señaló los nudillos—. «Vamos, Muere Joven.» Da la impresión de que lo ha hecho

él. ¿Está usted bien?

McCoy asintió, esperando que estuviese equivocado.

—¿Puedo verlo?

—No le va a gustar, McCoy. Usted odia la sangre. Está allí. —Hizo un gesto en dirección a los columpios—. Sírvase usted mismo.

Empezó a caminar justo cuando encendieron las luces y, de repente, toda la zona se vio inundada por la luz blanca y la sombra alargada de los columpios. Siguió a Murray por entre los bancos. Masculló una oración entre dientes.

El chico estaba tumbado boca abajo, con los vaqueros manchados de sangre y los calzoncillos a la altura de las rodillas. Tenía la camisa rota y sanguinolenta. La espalda mostraba varias heridas de arma blanca. Tenía uno de los brazos doblado bajo el cuerpo, el otro estirado hacia las luces, con unas letras de tinta justo debajo de los nudillos de cada uno de los dedos: V.M.J.

Gilroy iba de un lado a otro, dándoles instrucciones a los sanitarios de la ambulancia que en ese momento tendían sobre el suelo, junto al cuerpo del joven, una lona impermeable. Uno estaba acucillado a la altura de los hombros, el otro a sus pies.

—Ahora con cuidado —dijo ella—. Cuando cuente tres. Uno, dos, ¡tres!

Hicieron rodar el cuerpo y McCoy lo vio. Tal como había supuesto, era la cara de uno de los chicos que le habían robado el libro de cuentas a Cooper. Billy Leeson.

—Joder —dijo apartando la mirada.

—¿Qué pasa? —preguntó Murray—. ¿Le conoces?

McCoy negó con la cabeza.

—No, lo siento. Es lo que suele pasarme. Ya me conoces.

Murray observó el cuerpo del chico.

—Sí, a todos los del equipo les pasa. Un pobre diablo que habría deseado no salir de casa esta noche.

La camisa estampada del muchacho estaba empapada y teñida de sangre. El ojo derecho lo tenía morado e hinchado. Parecía como si le hubiesen arrancado los dientes de delante. Gilroy dobló con cuidado los bordes de la lona sobre el cuerpo y los sanitarios empezaron a atar los cinturones de cuero. Al acabar el trabajo, Gilroy se quitó los guantes y se los guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—Señor McCoy, volvemos a vernos. ¿Qué está haciendo aquí? Pensaba que Murray y Wattie se hacían cargo de esto.

—Y así es. Simplemente pasaba por aquí.

—Bueno, ¿de qué va el asunto? —inquirió Murray.

—¿Provisionalmente?

Murray suspiró.

—Provisionalmente.

Gilroy asintió.

—Hombre, muy joven, alrededor de metro cincuenta y cinco de estatura. Pequeños cortes y abrasiones. Parece haber perdido tres de sus dientes o, para ser precisos, dos y medio; el otro medio sigue en su sitio. Dos puntos principales de interés. Dos heridas profundas en el pecho, una le perforó el pulmón, la otra llegó directa al corazón. Un cuchillo para trinchar carne o algo parecido, serrado. El noventa y nueve por ciento de la causa de la muerte. —Sonrió—. Espero que esas heridas se las hicieran antes de la otra.

—¿La otra? —preguntó McCoy.

—Mmm. Alguien utilizó el mismo cuchillo para metérselo por el ano y remover a conciencia.

—Putá mierda —dijo McCoy.

—No soy muy dada a las palabras malsonantes, pero sí, una «puta mierda» —dijo Gilroy.

—Debió de cruzarse en el camino de alguien importante —dijo Murray—. Vamos a ver si podemos descubrir pronto de quién se trata. Sus huellas digitales tienen que estar en el registro. — Sacó los guantes de su bolsillo y se los puso—. No tiene mucho sentido que nos quedemos aquí toda la noche. Wattie, sácale las huellas, sella el parque y que monten la carpa antes de que llegue la prensa. —Se volvió hacia McCoy—: ¿Quieres que te lleve?

McCoy negó con la cabeza.

—Estoy a un par de calles de casa. Caminaré. No creo que el coche pueda subir por la calle Gardner con toda esta nieve.

Murray observó los copos de nieve que caían del cielo.

—Es posible. Creo que estaría bien que te hicieses cargo tú de este lío. Te mantendrá ocupado. Deja que Wattie crea que lo lleva él y no le quites ojo.

—Le hago de niñera, ¿no es eso?

Murray asintió.

—Mantén la cabeza gacha una semana o cosa así, hasta que estemos seguros de que Cavendish no va a volver. ¿De acuerdo?

—Me parece bien —dijo McCoy. Era lo menos que podía hacer.

Murray salió del círculo de luz y recorrió el trecho fangoso que llevaba hasta los coches patrulla. McCoy contempló cómo se alejaba. Al parecer, las aguas volvían a su cauce. Volvió a observar la nieve manchada de sangre, el contorno que había dejado el cuerpo del joven. El pobre capullo se cruzó en el camino de alguien, nada más. Y él era el responsable.

Wattie se le acercó, soplándose en las manos.

—¿Qué hacía dando vueltas por aquí a estas horas de la noche?

—No podía dormir.

—¿Pesadillas con Cavendish? —le preguntó Wattie con una sonrisa.

—Algo así. ¿Y tú qué hacías aquí?

—Tampoco podía dormir. Aquí se está mejor. Así veo cómo se hacen estas cosas. Tal vez aprenda algo.

—Creía que era yo el que te tenía que enseñar.

—Y lo está haciendo. Lo que pasa es que a veces no da muchas explicaciones.

Tenía razón.

—¿Quieres que me sienta culpable? —preguntó McCoy.

—Creo que no podría lograrlo aunque quisiera.

—Tienes razón, no podrías. Fíjate en Murray, él es el único que sabe lo que hay que hacer. No permitas que ningún agente uniformado se te adelante. Ésta es tu escena del crimen, tienen que hacer lo que tú quieras.

Wattie hizo el gesto militar.

—Sí, señor.

—¿Te ha dicho algo Murray sobre Cavendish?

—No gran cosa. Me ha dicho que mantenga la cabeza gacha, que todo esto pasará.

—¿Algo más?

Wattie respondió con un deje de vergüenza.

—Me ha dicho que no adquiera ninguna de sus malas costumbres. Que no confraternice con el enemigo, que no beba estando de servicio, que no me aferre a mis teorías, que deje siempre abiertas las opciones.

—No son malos consejos. Incluso yo debería seguirlos. —Metió las manos en los bolsillos y se alejó.

Se sentó junto a la chimenea cuando llegó a casa. No encendió las luces, dejó que las llamas anaranjadas iluminasen la habitación. Siguió bebiendo de la botella; sabía a rayos, pero cumplía su cometido. Encontró su libreta roja sobre la repisa de la chimenea, la que compró cuando empezó el caso. Parecía que había pasado una eternidad. Abrió la libreta. La foto de Lorna Skirving del periódico junto a un signo de interrogación. La lista que había debajo: *¿Trabajo? ¿Cliente? ¿Novio? ¿Contratado?* Página siguiente: *Howie Nairn. ¿Qué relación tenía con la chica?*

Se sentó apoyando la espalda en la pared. Observó la fotografía otra vez. «Howie Nairn. ¿Qué relación tenía con la chica?» Permaneció allí sentado durante un rato, dándole tragos al whisky, observando las sombras de los muebles en la pared que formaban los faros de los coches al pasar. Para cuando el sol empezó a teñir de un rosa azulado el cielo, ya había decidido qué tenía que hacer. Se puso en pie y metió la cabeza bajo el grifo de la cocina; el frío le despertaría. Se puso el abrigo, cerró la puerta de su apartamento y recorrió Dumbarton Road hasta encontrar un taxi.

10 de enero de 1973

Treinta y cuatro

McCoy bajó del tren y se unió a la multitud que, lentamente, se dirigía hacia los revisores. Entregó su billete y se levantó las solapas del abrigo. En Dundee hacía tanto frío que Glasgow, en comparación, parecía un enclave tropical. El aguanieve helada corría por las aceras, el pesado cielo gris parecía colgar justo por encima de los tejados de la ciudad. La estación estaba en la otra orilla del Tay; el río descendía despacio, tan gris como el cielo, con ramas grandes y pequeñas flotando en su superficie. McCoy tan sólo había estado allí en una ocasión, y había confiado en no tener que volver nunca más. Fue para interrogar a un tipo que la policía de Dundee había detenido acusado de abuso sexual. Murray le creía el responsable de dos violaciones en Glasgow. Resultó que el tipo era mucho más amable que la propia policía de Dundee. La norma allí era no sentir demasiado aprecio por la gente de Glasgow.

Había una pequeña cafetería al otro lado de la calle, con las ventanas enteladas y un cartel que rezaba: FISHER Y DONALDSON SIRVIERON AQUÍ. Esperó a que pasasen un par de autobuses, cruzó la calle y entró. En el local hacía calor y había mucha gente; los clientes y los que atendían bromeaban entre sí. Pidió un té y un bocadillo de beicon y se instaló en un rincón tranquilo. Se había detenido antes en una tienda R.S. McColl's, cerca de la estación, a comprar un periódico y un sobre duro de color marrón. Sacó la foto del bolsillo y le echó un vistazo sin que nadie la viese. Cowie con su toalla, Lord Dunlop con una bata medio abierta, Dunlop Junior a su lado, acariciándose la polla con la mano por encima de la toalla que tiene alrededor de la cintura, todos ellos mirando a Lorna Skirving metiéndole un consolador por el culo a otra chica. Padre e hijo, pilares de la comunidad. Eso debería bastar. Metió la foto en el sobre y lo cerró. Escribió «Sr. James Forfar» con letras grandes en la parte frontal y añadió: «Para abrir sólo por el interesado» en la parte de atrás. Se tomó lo que le quedaba del té y pasó junto a un grupo de pintores con monos manchados de pintura blanca que estaban sentados cerca del rincón.

—¿Alguno de vosotros sabe dónde está Forfar Publishing?

El tipo que habló, con su marcado acento de Dundee, tuvo que repetirle varias veces la respuesta hasta que McCoy lo entendió. Por lo visto, no quedaba muy lejos.

Dundee en una mañana de enero con aguanieve. Sin duda debían de existir lugares más deprimentes, pero a él no se le ocurría ninguno. Forfar Publishing resultó ser un enorme edificio de estilo victoriano, de ladrillo rojo, con el aspecto de una biblioteca o un ayuntamiento. Un conserje uniformado abrió la puerta y le dejó entrar en un vestíbulo en el que todo era de mármol. Había una corona de flores en el suelo junto a una escultura que recordaba a los trabajadores de Forfar caídos en las dos guerras mundiales. Repasó los nombres allí inscritos: ni un solo irlandés ni ningún católico entre ellos. A Forfar no sólo le desagradaban los sindicatos. Cuando se acercó al mostrador, la mujer que atendía tras él le miró por encima de sus gafas de media luna.

—¿Puedo ayudarle en algo?

McCoy compuso su mejor sonrisa.

—Eso espero —dijo alzando el sobre—. He venido en tren desde Glasgow. Tengo una entrega urgente para el señor Forfar. Tiene que abrirlo él personalmente.

La mujer se hizo con el sobre.

—Me aseguraré de que lo recibe.

—Muchas gracias. Por lo visto, tiene que abrirlo lo antes posible. —Intentó parecer lo más estúpido posible—. Creo que tiene algo que ver con la fusión.

—Ah, tendría que habérmelo dicho. —Levantó el teléfono y McCoy dijo con los labios la palabra «Gracias».

Un par de horas más tarde su tren llegó a la estación de Queen Street. Se frotó los ojos; se había pasado todo el viaje dormitando para compensar la noche en vela. Los viajeros se levantaban del asiento, sacaban sus maletas de las repisas, se ponían los abrigos y las bufandas. Ya estaba hecho. No había vuelta atrás. Aquella fotografía debía bastar para que Forfar se atragantase con el té esa misma mañana. Se pensaría dos veces lo de su fusión con la noble familia Dunlop. Bostezó, se puso él también de pie y empezó a avanzar por el pasillo del tren. Golpear en el ámbito financiero a los Dunlop era todo lo que, a esas alturas, podía hacer, porque culparlos de lo ocurrido a Lorna Skirving, Tommy Malone o Isabel Garvey no iba a suceder jamás. Aunque aquella fotografía lograra torpedear la fusión, no llegaría a hundirlos. Tan sólo les costaría algún que otro problema y un buen pellizco de dinero. Pero era suficiente. Por el momento.

Bajó del tren, feliz de estar de vuelta en la oscura y sucia Glasgow. Cruzó la estación hasta la salida de la calle Queen. No tuvo que esperar mucho a que apareciese un taxi. Abrió la puerta de atrás.

—¿Dónde le llevo, compañero?

—A la calle Memen —respondió.

Ya había dado uno de los pasos. Ahora tocaba el siguiente.

Treinta y cinco

Los mismos tres hombres con abrigos de piel, la misma niña llevándole el mensaje a Stevie, el mismo caminar fatigoso por lo que quedaban de los jardines de Memen. El mismo recorrido por el recinto helado. McCoy llamó a la puerta, encantado de no oír cómo golpeaban a nadie en esta ocasión. Tal vez estuviese a tiempo de evitarlo.

Esta vez, Billy sólo entreabrió la puerta; parecía preocupado.

—Es un mal momento, McCoy. Vuelve más tarde, ¿de acuerdo?

—Tengo que hablar con él, Billy. Ahora.

—Verás, está ocupado.

Quedarse allí discutiendo con él no iba a llevarle a ninguna parte, así que abrió la puerta con una fuerte patada. Billy salió volando y la puerta golpeó contra el interior de la pared. Billy se incorporó al instante, maldiciendo, exactamente lo que McCoy esperaba. La puerta de enfrente estaba abierta de par en par. Allí estaba Cooper. Sin camisa, con el tupé grasiento colgando sobre sus ojos y un martillo en la mano.

—¿Qué coño está pasando? —dijo con el ceño fruncido en dirección a Billy.

—Este cabrón se ha colado, no he podido detenerle —dijo Billy con gesto furioso—. Lo siento, jefe.

Cooper jadeaba como si hubiese estado corriendo. Vio las gotas de sangre que tenía en la nariz y la boca.

—Si estás tan jodidamente desesperado por verme, McCoy, pasa.

Agarró el pomo de la puerta. McCoy pudo oír el llanto, vio la sangre sobre el parqué y las huellas de pisadas encima. Esa habitación era el último lugar del mundo en el que quería entrar. Pero no tenía elección. Pasó al lado de Billy, entró en la habitación y Cooper cerró la puerta a su espalda.

Era demasiado tarde. Una de las zapatillas de Jumbo estaba en el suelo. El pie era una especie de masa sanguinolenta con varios dedos rotos. Estaba tumbado, echo un ovillo de cara a la pared, lloraba como un niño que hubiese perdido a su madre. Al volver la cabeza pudo ver que tenía rota la nariz y el pómulo izquierdo cortado, con una herida abierta. A McCoy se le revolvió el estómago y tuvo que apartar la mirada rápidamente.

Cooper insertó un billete enrollado en el montón de *speed* que tenía en la repisa de la chimenea, esnifó con fuerza, hizo una mueca de desagrado, se limpió la nariz y le dio un trago a una de las botellas que tenía alineadas junto a la montañita de polvo.

—¿Quieres un poco? —le preguntó tendiéndole la botella a McCoy, que la aceptó.

Cooper observó cómo a McCoy le temblaban las manos.

—¿Qué pasa contigo?

McCoy negó con la cabeza.

—Nada. Ya sabes que soy un poco aprensivo. —Asintió en dirección a Jumbo—. ¿Has acabado?

Cooper resopló.

—Ni por asomo. ¿Por qué? ¿Qué te pasa?

—Vamos, Stevie, déjalo ya. No es más que un gilipollas, no sabía lo que hacía. No tiene sentido. Ya ha recibido suficiente, ¿no?

—Soy yo el que decide esas cosas. Es asunto mío.

McCoy alzó las manos.

—Tienes razón, tienes razón. No te estoy diciendo qué es lo que tienes que hacer, Stevie, sólo he venido para pedirte un favor.

Cooper dejó la botella, le miró con los ojos entrecerrados.

—¿De qué va esto?

McCoy intentó sonreír.

—Digamos que me remuerde la conciencia, ¿vale? No pensé que te pondrías así con ellos.

Cooper no sonrió. Se acercó a Jumbo, lo agarró del cuello de la camisa y tiró de él. El chico gimoteaba, intentaba hacerse una bola, alejarse. Cooper le propinó una patada en el estómago y se tambaleó hacia delante y dejó escapar un hilo acuoso de vómito. McCoy tuvo que apartar la vista de nuevo.

—McCoy —gritó Cooper—. Estoy aquí. ¡Levanta los ojos del puto suelo y mírame!

Respiró hondo y alzó la vista. Cooper se había colocado encima de Jumbo. Ahora tenía el martillo en la mano.

—No te interesan mucho las cosas difíciles. No quieres mancharte las manos. —Se dejó caer encima de Jumbo, con fuerza. El joven dejó escapar otro quejido—. Dos cabrones intentan joderme y pagan las consecuencias, de ese modo todo el mundo sabe quién es el jefe. Es sencillo, McCoy. —Hacía rodar el mango del martillo entre sus dedos. Se detuvo y apuntó con él a McCoy—. ¿Quieres probar?

McCoy negó con la cabeza.

—Un tipo duro.

Cooper dejó el martillo, agarró la muñeca de Jumbo y le obligó a colocar la mano plana sobre el suelo, con los dedos extendidos. V.M.J. Gemía y lloraba, retorciéndose debajo de Cooper, intentando liberar el brazo.

—Hazlo y me pensaré lo de dejar que se vaya.

—Joder, Stevie, tienes que estar de broma.

Le miró y al fijarse en sus ojos entendió que no bromeaba. No sabía a qué estaba jugando, pero no veía qué otra cosa podía hacer. Si se marchaba, Jumbo moriría en un par de horas. Se acercó y agarró el martillo.

—No me jodas, ¿eh? —le dijo Cooper—. Hazlo con ganas.

Se acuclilló junto a ellos, alzó el martillo sin pensar en lo que estaba a punto de hacer, y golpeó la mano de Jumbo con todas sus fuerzas. El ruido fue horrible, así como el grito de pura agonía. Sintió una punzada en el estómago, pero sabía que no podía vomitar. No en ese momento.

Cooper esbozó una sonrisa.

—Así se hace.

McCoy dejó el martillo y se acercó a la ventana, la abrió un poco para respirar aire fresco. Ignoró los gritos en la medida en que le fue posible. Se dio la vuelta justo en el momento en que Cooper levantaba a Jumbo. Sintió un espasmo en el estómago al ver que el chico alzaba la mano y dejaba detrás la mitad de su índice, aplastado contra el suelo de madera.

Tomó una cerveza de la repisa de la chimenea y se bebió la mitad de un solo trago. Cooper se le acercó, con aquellas familiares zancadas suyas, y le palmeó la espalda.

—No sabía que tenías eso en tu interior.

—Vas a dejar que se vaya, ¿verdad?

Sonrió.

—No.

—Cabrón. Cooper, me has dicho...

—Te he dicho que me lo pensaría, y es lo que estoy haciendo. Vamos.

Salió de la habitación y McCoy le siguió; no se volvió para mirar a Jumbo; no quiso ver lo que le había hecho. Los ruidos que hacía ya eran lo bastante desagradables.

—Fuera —dijo Cooper cuando entraron en la cocina. Billy y la chica alzaron la vista. Estaban sentados a la mesa, trabajando con una montaña de *speed* amarillento. Tenían alineados los envoltorios de papel doblado, preparados para llenarlos. Era tanta la cantidad de droga que McCoy pudo sentir su sabor en el aire, metálico y calcáreo. Pasaron a su lado. Billy seguía molesto.

Cooper señaló hacia el *speed* encima de la mesa.

—¿Ves eso? Una puta pérdida de tiempo. No puedo venderlo por más de un par de libras el gramo. Se lo vendo a los chicos que van a bailar, eso es todo. No es un negocio en el que insistir. Pero esto... —Rebuscó en el bolsillo de sus vaqueros y sacó una diminuta bolsa de plástico con un polvo gomoso marrón—. Esto es diferente. Las cosas están cambiando, McCoy, y cambian muy rápido. Y yo voy a montarme en esa ola. Nuevas conexiones, nuevas maneras de hacer las cosas, de ganar dinero. Lo de dar hostias es sólo una parte, estoy ampliando mis contactos.

—¿Le has estado pasando a Janey?

—¿Janey? Sí, nunca tiene suficiente, es como mi conejillo de Indias, gracias a ella he entendido cuánto necesitamos para cortarla. ¿Por qué lo dices?

—Se ha ido, ha desaparecido. Iris no sabe dónde está.

—Un momento, tú ya no te la tiras, ¿verdad? —McCoy negó con la cabeza—. Ya te lo dije, McCoy, no es más que una puta. Y ahora es una puta hecha polvo, no vale para nada. No vas a poder meterle más tu cosita, ¿es eso? —Salió por la puerta. Gritó—. ¡Helen! Ven aquí.

Apareció una chica y Cooper la agarró por el pelo y la obligó a arrodillarse.

—¿Quieres que te la chupe? Te lo hace ahora mismo, hace todo lo que yo le digo. —La obligó a volver la cara hacia él—. ¿A que sí? Vas a hacer todo lo que yo te diga —dijo.

Ella asintió, gimoteando, con el maquillaje medio descompuesto. Cooper soltó una risotada y la dejó ir. Ella se arrastró, agarró el cinturón de McCoy e intentó desabrocharlo. Él dio un paso atrás y negó con la cabeza.

—¿No te apetece, McCoy?

Volvió a negar. Tenía la espalda apoyada contra la pared de la cocina para mantenerse alejado de la chica, que no dejaba de llorar. Cooper la agarró del brazo y le dijo que se fuese a la mierda. Ella quiso decir algo, pero él le cruzó la cara de un guantazo.

—¡Te he dicho que te largues!

La chica salió de la habitación y Cooper se sentó a la mesa de la cocina. McCoy no tenía claro si se debía al *speed*, pero Cooper parecía desquiciado. Estaba paranoico. Habló despacio, con calma.

—Tengo que saber si estás de mi lado, McCoy. Si no lo estás, sólo puedes hacer una cosa. Largarte.

—Vamos, Cooper, nos conocemos desde hace mucho tiempo. Simplemente me preguntaba qué pasaría si...

Cooper le miró a los ojos. Tenía la cara manchada con la sangre de Jumbo, las pupilas dilatadas, y abría y cerraba los puños sin parar.

—¿Sí o no? —le preguntó.

¿Qué podía responder? Dijo lo que tenía que decir.

—Sí, estoy contigo.

Cooper se reclinó en la silla con un gesto de alivio, y fue entonces cuando McCoy entendió, de golpe, que Cooper estaba tan perdido como los demás. Sin familia, bajo el constante punto de mira de la policía o de sus enemigos delincuentes, sin novia. No tenía a nadie cerca salvo la gente a la que pagaba. La única persona con la que podía contar, la única persona con la que mantenía un verdadero contacto, era él. Se sentó a la mesa.

—Estoy aquí, Cooper. He estado aquí desde que éramos dos mocosos, ¿no es cierto?

Cooper asintió.

—Pero te voy a decir una cosa, colega —siguió—, estás tomando demasiada mierda de ésa. — Señaló con el mentón la montañita de *speed*—. Y no te ayuda. Hace que se te vaya la olla. Bueno, que se te vaya un poco más.

Cooper sonrió.

—Jodido capullo. Como si necesitase tus consejos. Si no fuese por mí, todavía estarías comiéndote la mierda de cena aquella. —Volvió a sacar la bolsita de plástico que le había enseñado antes—. ¿Vas a escuchar esta vez?

McCoy asintió, y preguntó:

—¿De dónde has sacado eso? Pensaba que sólo lo traían por aquí de vez en cuando, en cantidades muy pequeñas.

Cooper se animó y se enderezó en la silla.

—Ya no. Billy Chan regresó a Hong Kong hace un par de meses para preparar envíos regulares. Empezó a llegar el mes pasado. Nos lo ha ofrecido a Ronnie Naismith y a mí. Y ahí está el problema.

—¿Qué problema?

—Sólo se gana dinero de verdad si controlas todo el envío, y eso es lo que voy a hacer. Aunque las cosas se van a poner feas, y será entonces cuando tú y el gordo de tu compañero entraréis en escena.

—No te pillo.

—Murray. Naismith lo tiene en el bolsillo desde hace años. Lo tiene muy fácil con él. Y eso tiene que acabar.

McCoy le miró como si hubiese perdido la razón.

—¿Murray? ¿Te estás quedando conmigo? Él es un hombre legal.

—¿En serio lo crees? Una gran casa en Bearsden, tres hijos en un colegio bueno. ¿Cómo crees que paga todo eso, con su sueldo?

—Viene de una familia con dinero, de cerca de la frontera, Hawick.

Cooper negó con la cabeza.

—Putos policías, la mayoría de vosotros no tenéis más que mierda en la cabeza. Todo ese barro del rugby os nubla la vista. ¿Crees que su padre era un puto médico de Hawick o algo así? Su padre trabajaba en una mierda de granja. Él estudió gracias a una beca deportiva. No me jodas. Lleva años metiendo el hocico en el comedero, igual que el resto.

McCoy sacudió la cabeza.

—Y una mierda, alguien te ha estado comiendo la cabeza. Trabajo con él desde hace años, es un policía legal.

—No me vas a hacer caso. De acuerdo, como tú prefieras. Igualmente, necesito que Naismith quede fuera de este asunto, necesito que deje de protegerlo, necesito que esté fuera de circulación durante unos meses hasta que lo tenga todo montado. Arréglame eso y dejaré que el cabrón que

tengo en esa habitación se vaya.

—¿Cómo voy a solucionar un problema que no existe?

Cooper le tendió la mano.

—¿Hay trato?

McCoy le dio la mano. Como mínimo lograría que soltase a Jumbo. Ya se preocuparía después de lo demás.

*

McCoy estaba apoyado en la parte de atrás, con la puerta abierta.

—Escúchame, Jumbo. Billy va a llevarte al Royal. Cuando entres, diles que te han atacado en la calle, que no has visto quién lo ha hecho. ¿Lo has entendido?

Jumbo asintió, le miraba con mucha atención, directamente a los ojos. Dispuesto a hacer cualquier cosa que le pidiese su salvador.

—Después de eso puedes ir a donde quieras. ¿Tienes tías? ¿Tíos? Tienes que desaparecer durante un tiempo.

Volvió a asentir.

—Mi tía Peggy. Vive en la costa, en... —Se enderezó, intentando recordar—. Girvan.

—Muy bien. Al salir del hospital..., no digas nada, recuérdalo, ve a Central Station y compra un billete para Girvan. Ten... —Rebuscó en el bolsillo y sacó el dinero que Cooper le había dado hacía un par de días—. Dale a tu tía la mitad de esto, dile que necesitas quedarte unos meses.

—Unos meses —repitió.

McCoy asintió.

—Haz esto y, cuando vuelvas, te encontraré un trabajo con el señor Cooper. ¿De acuerdo?

Negó violentamente con la cabeza. Empezó a llorar de nuevo.

—Todo irá bien, ahora es un amigo, todo ha cambiado. En serio. —Se inclinó sobre el asiento delantero—. Está listo, Billy. Llévale al Royal y después mételo en el tren.

Billy asintió, aunque no parecía hacerle ninguna gracia nada de lo que le dijo.

McCoy volvió a mirar a Jumbo.

—Nos veremos cuando vuelvas.

Jumbo asintió. McCoy no apartó la vista de su cara, no quería volver a ver su mano destrozada.

—Nos veremos. —Cuando iba a subir al coche, Jumbo le agarró con fuerza y le dio un abrazo. Lloraba de nuevo. McCoy miró a Billy, incómodo. Le palmeó la espalda a Jumbo—. Estarás bien, hijo. Ahora todo está bien.

11 de enero de 1973

Treinta y seis

—¡Para el carro, joder!

El martilleo le había despertado. En un principio, intentó ignorarlo, pero no se detenía. Al llegar a casa se había quedado dormido en el sofá. Echó un vistazo a su reloj: las ocho de la mañana, sólo había dormido unas pocas horas. Estaba hecho polvo. Agarró el pomo de la puerta y la abrió.

—Maldito cabrón —dijo Jimmy Gibbs—. Estúpido de mierda. —Le apartó para pasar dentro del apartamento.

—Pasa —dijo McCoy cerrando la puerta tras él.

Gibbs iba muy arreglado, con su cabellera pelirroja peinada con la raya al lado. Debía de venir directamente de casa de los Dunlop. Entró en la sala de estar encendiendo una cerilla. Cabía esperar algo así, aunque le habría gustado encontrarse en mejor estado para lidiar con todo aquello. Gibbs arrojó la cerilla a la chimenea y se volvió hacia él.

—¿Tienes la menor idea de los problemas que has causado?

McCoy se sentó a la mesa, bostezó y se rascó el pecho.

—¿Qué quieres, Gibbs? Estaba en la cama. Ah, por cierto, ¿cuánto le pagaste a Chas Gow para que confesase lo de Isabel Garvey?

—No tengo ni puta idea de qué me estás hablando, McCoy. Las otras. ¿Dónde están?

McCoy se puso a leer la última página del *Record* del día anterior. Bueno, a fingir que leía.

—Me rindo. ¿De qué otras hablas?

—Las fotos, puto payaso.

—¿Qué fotos? No tengo ninguna foto. —Alzó la vista y sonrió. No pudo evitarlo—. Por cierto, ¿cómo va la fusión?

Gibbs negó con la cabeza.

—Sigues siendo un jodido gracioso, ¿verdad, McCoy? No eres más que un puto aficionado.

Se sentó también a la mesa. Iba a colocar los codos encima cuando apreció las migas de pan y los restos de leche. Abrió el *Record*, lo extendió en la mesa y se apoyó encima. Las mangas se deslizaron ligeramente y McCoy pudo verlo. La mitad inferior de un pentáculo tatuado en la parte interior de la muñeca.

—Te está funcionando, ¿no? —preguntó al tiempo que lo señalaba—. Todo esa mierda de la adoración al demonio. Te sirve para follar con adolescentes. Tuviste que darle mucho ácido a Tommy Malone para freírle el cerebro, para conseguir que hiciese lo que tú querías.

—Tommy hizo lo que quería hacer. Yo no tuve que obligarle.

McCoy le miró a los ojos. Lo entendió todo.

—Realmente crees en esa mierda, ¿verdad, Gibbs? Lo crees en serio.

Gibbs se subió la manga. Mostró el pentáculo azul con algo más encima. Una inscripción. McCoy se inclinó hacia delante y leyó: «Hacer lo que quieras es la única ley».

—¿Qué se supone que significa? —le preguntó.

—Significa que no entiendes a qué te enfrentas. De lo que somos capaces.

—Hablas en plural. ¿Te refieres a ti y a los Dunlop? Estoy haciéndome una idea de cuál es tu

posición. Por lo que a ellos respecta, no eres más que otro sirviente. No hay un «nosotros». Tan sólo eres otro de sus sirvientes.

—No esperaba que alguien como tú pudiese entenderlo. Todo esto supera un poco tus capacidades, McCoy. Demasiado para tu cerebro.

—Es posible que estés en lo cierto, Gibbs. Tal vez soy demasiado limitado para entender por qué dibujar pentáculos en adolescentes drogados puede darte una excusa para tratarlos como si fuesen una mierda.

—Como acabo de decirte, esto te supera, McCoy. No lo entiendes y nunca lo entenderás. — Gibbs le sonrió—. Lord Dunlop y yo cenamos con Forfar, le hablamos del arte de falsificar fotografías. Le hablamos de la falta de escrúpulos de nuestros rivales financieros, dispuestos a hacer cualquier cosa para imposibilitar la fusión. Dunlop le contó lo mucho que le desagradaba esa falsa fotografía, una obscena abominación, producto de una mente enferma e impía.

Y entonces Gibbs se levantó antes de que McCoy entendiese qué pretendía. Gibbs agarró la botella vacía de leche que estaba encima de la mesa y, de un salto, se la estampó a McCoy en la cabeza. Se rompió en mil pedazos y McCoy cayó de espaldas. Gibbs se subió encima de él de inmediato, con las rodillas sobre los hombros, y le colocó el cuello de la botella rota en la mejilla. Gibbs acercó su cara a la de McCoy; su aliento olía a tabaco.

—Escúchame, cabrón, porque sólo voy a decirlo una vez. Quiero las fotos. Todas. Tienes hasta última hora de mañana.

—Quítate de encima —dijo McCoy luchando por liberarse.

Gibbs le miró a los ojos.

—Hasta última hora de mañana —dijo, y presionó con la botella. McCoy sintió la presión en la mejilla y después dejó escapar un grito, cuando Gibbs le hundió el cristal en la carne.

Treinta y siete

Los coches daban vueltas. Cortinas, Vivas, Hillman Imps. Automóviles familiares conducidos por hombres de familia que se limitaban a mirar, reunían el valor suficiente o tomaban decisiones. Cada tanto, alguno de aquellos coches se detenía, una chica se apoyaba en la ventanilla, pactaban un precio y se montaba. Glasgow Green era una parada importante en el descenso a los infiernos que se iniciaba en la arbolada plaza de Blythwood. Pero el lugar al que él se dirigía era incluso peor.

McCoy dejó atrás a las chicas que estaban apoyadas en las barandillas del Green, fumando, intentando mantenerse calientes con sus minivestidos y sus diminutas camisetas sin mangas. Siguió caminando hacia el oscuro callejón que corría por la parte de atrás de la vieja fábrica de cajas. En desuso desde hacía años, esa calle estaba cubierta de cristales rotos de botellas de vino, paquetes de cigarrillos vacíos y condones usados. En un extremo, un grupo de mujeres estaba reunido alrededor de un fuego prendido en un barril de petróleo. O bien eran demasiado jóvenes o bien habían llegado al final de su carrera profesional. No había término medio.

Las mujeres más mayores habían salido del sistema, no servían ni para las saunas ni para los garitos ilegales; ni siquiera podían trabajar con los coches, dos calles más arriba. Las chicas más jóvenes tenían todas el mismo aspecto. Delgadas, demasiado delgadas, con grandes ojeras, narices goteantes y toda la desesperación del mundo pintada en sus rostros. Dos de ellas se le acercaron esforzándose por sonreír.

—¿Qué tal, amigo? ¿Qué buscas?

McCoy sacó la placa y desapareció de sus rostros cualquier clase de esperanza que hubiesen albergado.

—Busco a alguien. Una chica llamada Janey. —No hubo respuesta. Rebuscó en el bolsillo y sacó dos billetes de una libra. Las chicas los observaron con auténtica ansia.

—No está aquí —dijo la más alta de ellas—. Ha estado aquí antes, ha conseguido un par de trabajos. Un hombre mayor le dio dos libras por mamársela. Qué suerte la suya.

—¿Adónde ha ido? —preguntó.

No le miraron a la cara, no podían apartar la mirada de los billetes que tenía en la mano.

—¿Tú qué crees? A pillar algo.

—¿Y eso dónde se consigue? —preguntó McCoy.

—En cualquier parte. Ahora hay mucho. Buen material.

McCoy estiró el brazo con los billetes. Los ojos de las chicas los siguieron como habría hecho un perro al que le mostrasen un palo.

—Si la veis, decidle que McCoy la está buscando. Sabe dónde puede encontrarme.

No pudo resistir más la hambrienta mirada de las chicas y les entregó los billetes. Ellas los agarraron y echaron a correr calle abajo. McCoy sabía que, muy probablemente, estaba perdiendo el tiempo, pero tenía que intentarlo, intentar verla antes de que cayese tan abajo que no pudiese salir. Había probado en un par de refugios, en varias calles detrás de la fábrica de cerveza Tennent's, y había acabado en el Green. Sabía que probablemente ella trabajaba allí, pero se había engañado a sí mismo con los otros lugares. La heroína no hacía prisioneros. No pudo encontrarla.

Había pillado algo de material y había desaparecido.

Para cuando llegó a la comisaría eran más de las tres. Los radiadores estaban apagados, porque algunos habían reventado debido al frío. Todo el mundo estaba sentado en sus escritorios con abrigos, sombreros y bufandas. Wattie estaba hablando por teléfono. Llevaba puestos una especie de mitones; parecía un niño grande. Cuando colgó, le entregó una nota. «Ha llamado Jean Baird.» Tardó un minuto en recordar quién era Jean Baird. Madame Polo. ¿Por qué le habría llamado? Se disponía a telefonar cuando apareció Murray en la puerta de su despacho. Les llamó a gritos a él y a Wattie.

—¿Estáis bien? —les preguntó en cuanto entraron en su despacho. Después se fijó en la herida que tenía McCoy en la mejilla—. ¿Qué te ha pasado?

—Me he cortado afeitándome —respondió McCoy.

Murray alzó las cejas y sacudió la cabeza.

—Afeitándote, mis cojones.

—No, gracias.

—Muy gracioso, McCoy. El cadáver de la otra noche, el del parque infantil. ¿Lo han identificado ya?

Wattie negó con la cabeza.

—No tienen nada. Nadie sabe quién es. Sus huellas dactilares no están registradas. —Su gesto indicaba abatimiento—. Tendremos que buscar en los archivos de gente desaparecida.

Murray reflexionó unos segundos.

—Tenía la pinta de ser un don nadie. Un soldado de pacotilla. El tipo de persona que McCoy suele conocer.

McCoy asintió.

—Es posible. ¿Crees que debería intentarlo?

Wattie asintió. Parecía aliviado.

—Buena idea.

—Bueno, pasaros por Saracen, Milton, Springburn. Preguntad por ahí, tenéis contactos. A ver si alguien sabe quién era.

Ambos asintieron y se pusieron en pie.

—El tal Cavendish iba en serio —dijo Murray— cuando habló de secretos oficiales y esas cosas. Nunca habéis visto esas fotos, nunca habéis oído hablar de ellas. Lo diré de nuevo. Mantened la cabeza gacha, dedicaos a hacer trabajo policial. No le deis una excusa para que venga a buscaros a alguno de los dos. ¿Ha quedado claro?

—¿Todavía piensas interrogar a Teddy Dunlop? —preguntó McCoy.

—Estoy jodido —respondió Murray—. Como bien sabes. Ahora largaos.

McCoy y Wattie salieron del despacho. Su intención era comprobar si podían compartir coche con alguien.

—A ver si encuentras algo. Voy en un minuto —le dijo McCoy.

Wattie asintió y siguió caminando por el pasillo. McCoy esperó hasta que lo perdió de vista y después abrió la puerta del despacho de Cowie.

Éste estaba sentado detrás de su escritorio escribiendo a máquina. No alzó la vista cuando él entró.

—¡McCoy! Siéntate. Si no acabo de redactar este párrafo ahora, perderé el hilo de todo el maldito...

—Lorna Skirving.

Cowie dejó de escribir. Alzó la vista.

—¿Qué pasa con ella?

—Por eso estabas esperando fuera del despacho de Murray, ¿no? Esperando para ver si el informe del forense indicaba algo. Para saber si las heridas que le causaste todavía resultaban visibles. Por suerte para ti, alguien le provocó algunas más; se las ingenió para hacerle un montón de heridas nuevas. No es de extrañar que llegases tan alegre al restaurante indio.

Cowie le miró. Parpadeó. Se acomodó en la silla.

—La vecina. Wattie charló con ella. Le habló del novio que se presentó en la puerta de su apartamento. En un principio pensé que se trataba de Malone. Tenía lógica. Pero después pensé en lo que dijo la señora. Le dijo que iba «desarreglado». ¿A qué te suena eso?

—Eso es un montón de mierda —dijo Cowie.

—Y todos esos lloriqueos. «Sólo fue una vez, pobre de mí y de mi mujer impedida. Lo siento mucho, yo no sé nada...» Pero sí que lo sabes. Conocías a Lorna Skirving y le hiciste la vida imposible. La acosaste, la chantajeaste para que se acostase contigo. Le diste una buena paliza cuando te amenazó con contárselo a tu mujer.

—Harry, venga ya, podemos hablar de esto, no es...

—Estás jodido, Cowie. Se ha acabado. No tendrás pensión. No te vas a librar. Te van a dar por culo.

—No tienes pruebas.

—¿No las tengo? ¿Quieres apostar algo? ¿Qué crees que hará Murray cuando le diga que te estuviste tirando a la víctima de un asesinato y que no se lo dijiste a nadie? ¿Crees que te ofrecerá un aumento?

Cowie le miró fijamente. Tragó saliva.

—¿Qué puedo hacer?

—Nada. Dimitir. Salir de este puto despacho.

—Llevo diecinueve años de servicio, Harry. Necesito esa pensión. Si no la tengo, mi mujer y yo no podremos sobrevivir. Tengo que ingresarla en una residencia. Por favor, Harry, eres mi compañero. Necesito...

—¿Sabes una cosa, Cowie? Me importa una mierda.

Cowie estaba pálido, la sangre le había desaparecido del rostro. Parecía desesperado, roto, a punto de echarse a llorar.

—¿Qué tal si te doy algo a cambio, si te cuento algo? —dijo.

Llegar hasta ese punto le había costado más de lo que McCoy esperaba, pero finalmente había dado el paso.

—¿Como qué?

—Algo sobre los Dunlop.

—¿Qué sabes de ellos? Por lo que pude ver, simplemente estabas allí con la polla en la mano.

Cowie empezó a llorar. Se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Teddy —dijo.

—¿El hijo? —preguntó McCoy—. ¿Qué pasa con él?

—Lo único que sé es que las mujeres con las que estuve no se habrían acercado jamás a él.

—¿Por qué no?

Cowie se encogió de hombros.

—Es lo que me dijeron. Tal vez podría intentar...

McCoy se dio la vuelta dispuesto a salir del despacho. Casi había cruzado la puerta cuando Cowie le gritó:

—¡Harry, por favor!

Dejó de oír su voz cuando cerró la puerta a su espalda.

*

—¿Va a preguntar por ahí? —le dijo Wattie señalando con la cabeza en dirección al norte de la ciudad.

—¿Yo? ¿No se supone que tendríamos que hacerlo juntos? ¿No se supone que tenías que demostrarme de qué eres capaz?

—Sí, sí, sin problema —dijo Wattie mientras sacaba unos guantes de lana del bolsillo de su abrigo—. Pensaba que a lo mejor prefería ir por su cuenta, que así la gente se mostraría más predispuesta a hablar.

—¿Y qué más?

—Y que esta noche es el baile de Navidad del club de fútbol —dijo con una sonrisa.

—Navidad fue hace dos semanas.

—Lo sé, lo celebran en enero. Así alegran a todo el mundo.

McCoy negó con la cabeza.

—Vete.

—Gracias, McCoy —dijo colocándose un gorro de lana—. Le debo una.

—Sí, ya lo puedes decir.

McCoy lo vio cruzar las grandes puertas del hospital a toda prisa y bajar la colina en dirección al centro de la ciudad. Wattie no lo sabía, pero le había evitado un problema: llevaba un buen rato planeando cómo librarse de él. No quería que estuviese con él en algún pub mientras algún tipo de Springburn le contaba cómo su colega Cooper se había cargado al chico; porque todo el mundo lo sabría.

Si llegaba a conocerse la historia, estaría bien jodido. Murray no podría echarle una mano. Él le había entregado a los chicos en bandeja y Cooper simplemente los había convertido en comida para perros. Tenía que dar con él a toda prisa. Pasó un taxi con su luz verde brillando débilmente entre la niebla. Todo un milagro con ese tiempo. Lo detuvo y montó, le dijo al taxista que le llevase a Springburn.

El taxista lo dejó junto al parque de bomberos, no quería subir la colina, le daba demasiado miedo quedarse clavado. McCoy, al bajar del taxi, no le dio propina, ignoró sus quejas y empezó a ascender por la colina. Entendía los reparos del taxista. La nevada estaba empeorando, ya casi caía horizontal. A ambos lados de la calle había hileras de coches que se habían quedado allí, medio sepultados por la nieve. La luz de las farolas no servía de mucho habida cuenta de la nieve y la niebla, apenas iluminaban el ascenso. Dejó atrás el parque de bomberos y cruzó el puente. Las vías del tren también estaban cubiertas de nieve; no circularían trenes esa noche.

Ya casi había llegado al Bells cuando lo vio. Un coche descendía por Balgrayhill hacia donde se encontraba él. Era un sucio Rolls-Royce negro y grande. No se veían muchos de esos en Glasgow, y mucho menos en Springburn. Se detuvo en la puerta del Bells y esperó. No le sorprendió cuando el coche se detuvo a su lado y salió un chófer con gorra y gabán.

—¿Señor McCoy? Le estaba buscando. Lord Dunlop quiere tener una palabras con usted.

—¿En serio? Bien, dígame que estoy ocupado.

—Tiene una suite en el Albany. —Hizo un gesto en dirección al coche—. Tardaremos unos diez minutos en llegar allí. Estará de vuelta en una hora.

—Lo voy a decir una cosa...

—Mason —añadió el chófer.

—Le voy a decir una cosa, Mason. ¿Por qué no vuelve usted a meterse en ese cochazo y se va a

buscar a Dunlop? Si quiere hablar conmigo, estaré en este pub durante la próxima hora. Dígale a la montaña que venga a ver a Mahoma.

Mason asintió, se metió en el coche y lo puso en marcha provocando que saliese una nube de humo del tubo de escape en mitad de aquella noche helada. McCoy abrió la puerta del Bells y observó cómo el coche descendía la calle.

Estar allí sentado en el pub, dándoles vueltas a las cosas mientras esperaba, no le hizo ningún bien. Isabel Garvey, Tommy Malone, Lorna Skirving no dejaban de rondar por su cabeza. A saber a cuántos otros habrían machacado los Dunlop. Cuántos pobres diablos habrían acabado flotando en el canal, cuántas chicas embarazadas se habrían suicidado víctimas de la desesperación; así debían de haber acabado todos aquellos muertos de hambre que se hubiesen topado con gente como los Dunlop. Jimmy Gibbs los llevaba a Broughton House como una especie de flautista de Hamelín y les introducía en aquellas alcobas secretas y en los pentáculos y en los juegos con las esposas que reposaban sobre la mesilla de noche.

Pidió otra pinta de cerveza y se tomó un whisky en la barra mientras esperaba a que se la sirviesen. Se apoyó en el respaldo de la silla y se dispuso a pensar en otra cosa. Pero no pudo hacerlo.

Había acabado su segunda pinta, bastante seguro de que Dunlop no se presentaría, cuando alguien abrió la puerta del local. Como si de una película de vaqueros se tratase, todo el mundo dejó de hablar y se volvió para fijarse en el extraño que había cruzado la puerta. Uno de los viejos feligreses dejó escapar un silbido bajo, en honor al traje a medida, al abrigo de cachemir azul oscuro y los guantes de piel de cabrito que Dunlop se estaba quitando en ese momento de sus elegantes manos. Éste echó un vistazo a su alrededor, vio a McCoy en la penumbra de aquel sucio pub y se acercó.

—¿Ya está contento? —le preguntó—. ¿Así mejor?

Se sentaron a ambos lados de una mesa diminuta, con un sobre de cobre machacado cubierto de manchas de cerveza, ceniza y posavasos empapados. Los clientes del pub no eran tímidos precisamente: observaban al recién llegado sin disimulo, intentando descifrar qué hacía alguien como él en un lugar como ése. Demasiado bien vestido para ser policía, no lo bastante engreído para ser propietario de alguna de las fincas cercanas. Dunlop alzó el gin-tonic que McCoy había pedido para él, lo estudió y no le hizo gracia lo que vio. Sin hielo ni limón, tan sólo un líquido aceitoso en un vaso sucio.

—¿Qué desea? —preguntó McCoy.

Lo único que pretendía era deshacerse de él. Estaba harto. Harto de los Dunlop, harto de Gibbs, harto de tener que huir de ellos.

Dunlop le dio un trago a la copa esforzándose por no hacer una mueca de desagrado.

—¿Se lo ha hecho Gibbs? —le preguntó.

McCoy se llevó automáticamente la mano a la tirita de su rostro y contestó:

—Sí.

—Mis disculpas. Tiene cierta tendencia a pasarse de la raya. A veces puede resultar útil, como podrá imaginar. No le hizo un daño irreparable, espero. —Sonrió.

McCoy no quería entrar en su juego. Nada de parloteo, nada de intercambio de sonrisas. Dio un largo trago a su cerveza y se limpió la espuma que le había quedado en la boca.

—¿El Rolls que está ahí fuera es el mismo con el que su hijo llevó a Isabel a su casa la otra noche?

—¿A qué se refiere?

—Vamos, Dunlop, puede hacerlo mejor. Esa noche ya se ha borrado de su memoria, ¿verdad? Permítame que le ayude. Fue la noche en que su hijo la violó, le apagó cigarrillos en los brazos, la golpeó todo lo que quiso, hasta que le dio tan fuerte que le partió el cráneo. Se llamaba Isabel Garvey. Una chica adorable que ahora descansa en la morgue. ¿Le suena de algo?

McCoy tendría que haberlo supuesto. Tendría que haber supuesto que era una pérdida de tiempo. Dunlop no diría nada. Era como el agua que se escapa entre los dedos, ni siquiera pestañeó. No estaba interesado en el tema.

—Necesito que me devuelva unas fotografías, McCoy. Por eso he venido aquí. Espero que sea razonable. A ninguno de los dos nos interesa que esto se convierta en una guerra y tengamos que sacar los cañones.

—¿De quién está hablando? ¿Del jefe de Policía? ¿Del misterioso Cavendish? No creo que la lealtad del grupo se mantenga si salen a la luz esas fotografías en las que aparecen usted y su hijo tirándose a una chica muerta de dieciocho años. ¿Sabe una cosa? El hecho de que usted simplemente aparezca sentado allí, mirando como un pasmarote, no significa que no tenga que estar preocupado. En lo más profundo de su ser, sé que está acojonado. De no ser así, jamás habría llegado a sentarse aquí, en el Bells, intentando no respirar por si acaso pilla alguna enfermedad. —Sacudió su vaso vacío en dirección a Dunlop—. Y ahora, vaya a buscarme otra pinta. Tengo sed.

Dunlop esbozó una mueca de desprecio. Parecía que iba a decir algo, pero se lo pensó mejor y no abrió la boca.

—Buena decisión —dijo McCoy manteniéndole la mirada. Le tendió el vaso—. Que sea Tennent's.

Dunlop agarró el vaso, se dirigió a la barra. Los que estaban allí bebiendo se apartaron para que pasase. El barman le miró fijamente. Los privilegios que ofrecía el dinero llegaban hasta un agujero apestoso como el Bells. Dunlop creía que él tenía el resto de las fotografías. Pensaba que sólo le había entregado a Forfar esa en la que aparecían los dos junto a Lorna Skirving. No sabía que era Cavendish el que las tenía. Por alguna razón, éste se las había guardado para sí. Supuso que ésa era la clase de cosas que hacían los hombres como Cavendish. Se guardaban para sí ciertas cosas por si llegaban a necesitarlas algún día. Pues bien, no iba a sacar a Dunlop de su error.

Dunlop regresó y dejó la pinta de Tennent's frente a McCoy.

—Aquí la tiene. Ahora, lo que necesito es...

McCoy se echó a reír.

—Todavía cree que tiene la sartén por el mango, ¿verdad? ¿No lo entiende? Está jodido, Dunlop, completamente jodido. Así que por qué no se calla y deja que le explique qué es lo que va a pasar.

Dunlop se sintió como si le hubiesen abofeteado; no estaba acostumbrado a que le hablasen así. Estaba intentando mantener la calma, y el esfuerzo que ello le costaba podía apreciarse en su cara.

—Le devolveré las fotografías, pero quiero algo a cambio. No va a entregarme a Teddy... —McCoy se encogió de hombros—. Lo entiendo. Soy un hombre razonable, pero quiero que se vaya. Su pequeño equipo va a tener que separarse. Nada de compartir chicas asustadas a las que tirarse para después darles una paliza de muerte. Envíe a su vástago a las colonias, a una de sus plantaciones de caucho, a alguna mina de diamantes, me importa bien poco. A algún lugar bien lejos de aquí.

Dunlop recapacitó durante unos segundos. Asintió.

—Tenemos intereses en los bosques canadienses. Saskatchewan. ¿Está lo bastante lejos?

McCoy asintió.

—No parece que le entristezca mucho verle partir.

—¿Tiene hijos, McCoy?

McCoy negó con la cabeza. No tenía sentido hablarle de Bobby a alguien como Dunlop.

Dunlop se encogió de hombros.

—Pueden ser tanto una carga como una alegría. Teddy siempre ha sido, ¿cómo podría decirlo?, un chico problemático. En ciertos momentos, sus problemas se los ha traído a casa. Prefiero que esa clase de cosas pasen en Canadá que aquí.

—¿Es eso una confesión?

Durante un momento, Dunlop pareció una persona normal, un hombre que, a pesar de toda su riqueza, no podía hacer nada por la sangre de su sangre.

—Tardaremos un par de días. Ahora mismo no está en casa.

—No. ¿Y dónde está? —preguntó McCoy.

—Como ya he dicho, Teddy es un chico complicado. De vez en cuando se ausenta sin dar explicaciones. A veces se debe a un exceso de alcohol y drogas, a veces se interna en una clínica para descansar, a veces simplemente desaparece. ¿Eso es todo? —preguntó poniéndose en pie.

McCoy negó con la cabeza.

—No. Quiero a Gibbs.

Dunlop alzó las cejas.

—¿Gibbs? Eso podría suponer un problema. Lleva unos cinco años ocupándose de asuntos familiares, sabe dónde...

—¿Dónde están enterrados los cadáveres?

Sonrió sin humor.

—No es eso. A pesar de sus fantasías paranoicas. Es algo mucho más prosaico, me temo: necesitaríamos un acuerdo de confidencialidad. Tal vez no sepa dónde están enterrados los cadáveres, pero sí sabe lo suficiente, más que suficiente. No le hará gracia. Necesitaré un par de días, habrá que llegar a un acuerdo. Tendré que recompensarle. Será complicado. —Volvió a darle un trago a su copa e hizo otra mueca—. ¿De qué va a acusarlo, si no le molesta que se lo pregunte?

McCoy fue contando con sus dedos.

—Tráfico de estupefacientes, agresión sexual a una menor, producción y venta de pornografía. De todo. No se preocupe, encontraré suficiente material como para tener a ese cabrón apartado de la circulación durante un buen puñado de años.

—¿Saldrá en la prensa?

—Ya lo creo que sí. Los periodistas se pondrán la mar de contentos. Pero al menos no tendrán las fotos, y sin las fotos no tendrán gran cosa. Estoy seguro de que alguno de sus caros abogados será capaz de minimizar los daños.

—Quiero pensar que no habrá sido usted tan estúpido como para hacer copias.

—No. He visto suficientes películas de detectives. Están en un sobre sellado en el despacho de un abogado. Si me ocurre cualquier cosa, el abogado lo abrirá y las enviará directamente a la prensa. Creo que es el procedimiento habitual.

Dunlop se bebió de un trago lo que le quedaba de copa y se puso en pie.

—Como ya le he dicho, necesitaré un par de días.

—Su hijo se va. Y me entrega a Gibbs, sin protección.

—¿Y si no lo hago?

—Si no lo hace, entregaré las fotografías a la prensa y a la policía. Haremos que el juicio al Hombre sin Cabeza parezca una puñetera fiesta de cumpleaños.

Dunlop se puso los guantes.

—Si algo sale mal, le aseguro que su carrera como policía se habrá acabado.

McCoy dejó escapar una risotada. A Dunlop no le había costado mucho recuperar su habitual arrogancia. El Dunlop que siempre ganaba, que siempre era el número uno en todo, que pisaba a quien hubiera que pisar para lograrlo. El Dunlop que McCoy odiaba por encima de cualquier otra cosa. El Dunlop al que no podía ver ni en pintura.

—Váyase a la mierda antes de que me arrepienta.

Al parecer, esas palabras fueron más de lo que Dunlop era capaz de aguantar. Se había mantenido cauteloso hasta entonces, pero se inclinó hasta colocar su cara frente a la de McCoy.

—Ahora escúcheme, ignorante hijo de puta. He intentado ser civilizado...

McCoy le propinó un puñetazo en la cara. Con fuerza. La nariz de Dunlop explotó, manchando de sangre todo lo que había alrededor, su corbata y su cara camisa de seda. McCoy tomó impulso y volvió a golpearle. Dunlop se desplomó, cayó sobre la pegajosa moqueta manchada de cerveza. McCoy se levantó de la silla, sabiendo que si no se detenía ahora no lo haría nunca, que si dejaba inconsciente a Dunlop seguiría golpeándolo.

Dunlop se apoyó en los codos. Su gesto transmitía, a un tiempo, sorpresa y terror. Se llevó la mano a la nariz, pretendiendo frenar la hemorragia.

—Le dije que se fuera a la mierda —dijo McCoy—. No voy a decírselo dos veces.

Dunlop se dio la vuelta y se encaminó hacia la puerta, con la cabeza gacha, la abrió de un golpe y desapareció. McCoy sabía que lo que había hecho no tenía ningún sentido, que iría sin lugar a dudas en su contra, pero no lo lamentaba. Suponía una pequeña victoria en una guerra que jamás iba a ganar. Se aproximó a la barra, pidió una pinta y se limpió la sangre de los nudillos con uno de los trapos del mostrador.

—Esta la pago yo —dijo el barman al servírsela—. Esos putos engreídos nunca dejan propina.

Treinta y ocho

Wattie salió a su encuentro en cuanto entró en la comisaría.

—Murray le está buscando por todas partes. Está en el hospital.

—Mierda. ¿Qué hace allí? ¿Y qué haces tú aquí? Pensaba que tenías que ir a un baile.

—Estaba allí, hasta que Murray me ha localizado.

—¿Qué pasa en el hospital?

Wattie se encogió de hombros.

—No me lo ha dicho, sólo me ha pedido que le dijese que fuese para allí. Lo antes posible. Sólo he venido a buscarle.

Wattie condujo. No había nada de tráfico, nadie salía con semejante tiempo a no ser que fuese imprescindible. La mitad de las calles estaban bloqueadas, con coches dejados de cualquier manera en los montones de nieve. En la radio dijeron que no había luz en Southside, que había accidentes de coche por todas partes, que los puentes estaban cerrados. McCoy maldijo y la apagó. Pasó por alto las quejas de Wattie, que, inclinado sobre el volante, intentaba limpiar el parabrisas y descifrar dónde estaban a través del vaho y de la nieve.

—¿No puedes ir un poco más rápido? —preguntó McCoy.

—Sí, claro, sin problema. Siempre que no le importe que nos empotremos contra un autobús. ¿Qué demonios le pasa?

McCoy no respondió. Tampoco le hizo callar.

—El tipo del parque infantil —dijo Wattie—, ¿ha habido suerte?

A McCoy le llevó un minuto entender lo que acababa de decirle. Había olvidado por completo lo que se suponía que tenía que hacer en Springburn.

—A decir verdad, no. Con este tiempo todo el mundo se queda en casa, nadie sale. El lugar estaba desierto. Podemos intentarlo de nuevo mañana. —A Wattie la respuesta le resultó satisfactoria. Siguió limpiando el parabrisas con un extremo de la manga del abrigo.

Se cruzaron con un autobús detenido por la nieve en la calle Argyle. Un puñado de pasajeros helados y molestos esperaban a que el conductor les explicase qué iban a hacer.

Murray tenía la pipa en la mano cuando llegaron; caminaba arriba y abajo en la entrada de Urgencias, intentando mantenerse caliente. La alzó cuando vio que se aproximaban.

—No me permiten fumar dentro, así que he tenido que salir al Antártico. —Se dirigieron a la puerta y Murray puso el brazo sobre el pecho a Wattie para detenerlo—. Tú no, hijo —dijo—. Danos un minuto, haz el favor.

Wattie quiso replicar, pero por la expresión de Murray dedujo que no era una buena idea, así que regresó al coche mascullando entre dientes.

—¿Tan horrible es? —preguntó McCoy—. ¿Tengo que entrar? Odio estos putos sitios, Murray, ¿podemos no...?

Pero le estaba hablando a la espalda de Murray. Suspiró y le siguió.

—He pensado que querrías saberlo.

Ambos estaban en el costado de una cama mirando a Janey. McCoy dio un paso adelante y le tomó la mano bajo la sábana. La apretó con fuerza y la atrajo hacia sí. Se le estaba nublando la

visión. Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas hasta caer y formar una mancha oscura en la sábana verde. Sorbió por la nariz y se pasó el reverso de la mano por la cara.

—¿Cómo ha sido? —dijo.

—Unos niños la han encontrado en un piso vacío en Partick. Tenía la jeringuilla clavada en el brazo. ¿La conoces?

McCoy asintió.

—Más o menos. Intenté dar con ella ayer, no sabía lo mal que estaba.

—Crean que saldrá adelante, pero no lo dan por hecho. Ha tenido suerte, otras tres han muerto esta misma semana. Es una jodida plaga. Jóvenes, uno tras otro. ¿Tiene familia?

—No lo sé. Iris lo sabrá. Pregúntaselo a ella. —No podía apartar la mirada de Janey. Se acordaba de todas las mañanas que se había levantado a su lado en el garito de Iris, con escarcha en las ventanas, abrazada a él, ambos con tanto frío que se negaban a salir de la cama. Él era siempre el que se rendía; salía, encendía la estufa eléctrica y volvía a meterse entre las sábanas. Ahora entendía lo feliz que había sido en esos momentos, cuánto la echaba de menos.

—¿Te encuentras bien, hijo? ¿Quieres quedarte un rato?

McCoy negó con la cabeza. No quería que ésa fuera la imagen que le viniese a la mente al pensar en ella. El olor del desinfectante para suelos, la vía de sangre en su brazo marcado, la hilera de camas. Dio un paso atrás, Murray le pasó el brazo por el hombro y le palmeó la espalda.

—Lo siento, hijo. Estas cosas no tendrían que pasarle a alguien tan joven. Saldrá adelante, estoy convencido.

McCoy sacó uno de sus cigarrillos y lo encendió con mano temblorosa. Le dio una calada, se sintió algo mareado, quería sentirse así, quería sentir cualquier cosa que le hiciese olvidar lo que sentía en ese momento.

—Van a haber muchos más de estos casos, McCoy. Tengo el presentimiento de que esto es sólo el principio. No me acostumbro a estas cosas y ahora aparecen por todas partes. ¿Tu amigo Cooper sabe algo de esto? En serio, tienen que encerrarlo antes de que aparezcan más chicas como ésta... —Murray se detuvo al darse cuenta de que McCoy lo miraba fijamente—. ¿Qué te pasa? —preguntó—. ¿Estás bien?

McCoy no escuchaba sus palabras. Pensaba en lo que Cooper le había dicho sobre Murray y Naismith... ¿Sería ésa la auténtica razón por la que él estaba allí? ¿Acaso Murray le estaba mostrando a Janey porque pensaba que así le entregaría a Cooper? ¿Era posible que toda su empatía tuviera por objeto dejarle el campo abierto a Naismith?

—¿Te encuentras bien? —preguntó Murray—. Te has puesto pálido.

No quería mirarlo, no quería plantearse la posibilidad de que fuese cierto.

—Necesito un poco de aire fresco —respondió apartándolo para poder pasar—. Aire fresco.

Se sentó un rato en la sala de espera de Urgencias para asimilar todo lo ocurrido. Quería descifrar qué podía ser cierto y qué no. Murray había sido como un padre para él; más padre que su propio padre, a decir verdad. ¿Realmente estaría metido en el ajo? Cooper no solía decir esas cosas así como así, no era su estilo. Más allá de sus actividades, Stevie Cooper era una persona franca. Fuera como fuese, era el responsable de que Janey estuviese tumbada en una cama de hospital. Pero ¿quién era él para juzgarlos? No es que él hubiese hecho muy bien las cosas. Janey, Susan pensando de nuevo que era un mierda, Billy Leeson muerto, Jumbo a punto de perder la vida.

—¡Tú también puedes irte a tomar por culo!

Alzó la vista. Un agente intentaba sacar de Urgencias a una joven. Estaba borracha, llevaba una falda muy corta. Una chica de la calle.

—¡Estoy esperando a mi colega! —chilló. Abofeteó al agente. Los allí presentes rieron entre dientes, expectantes. Alguien gritó: «Pégale, mujer». McCoy también sonrió y después le vino algo a la memoria. Jean Baird. No le había devuelto la llamada.

Treinta y nueve

—He pensado que sería mejor venir en persona —dijo McCoy.

Madame Polo, o Jean Baird, poco importaba su nombre, había abierto la puerta; le sorprendió porque esperaba que lo hiciese una sirvienta. El uniforme que llevaba aquella chica, la que le abrió en la ocasión anterior, tenía que haber pasado a manos de otra persona. Madame Polo mantuvo la puerta abierta para dejarle entrar en el vestíbulo. Sirvió dos whiskies de un decantador de cristal y fue directa al grano.

—Elsa, la chica con la que habló la última vez, ha desaparecido. No vino a trabajar, no estaba en casa tampoco, nadie sabe dónde está.

—Tal vez se haya marchado. Suelen ir y venir en este oficio.

—¿A quién se refiere?

McCoy se sintió reprendido. Susan estaba en lo cierto, aquella mujer era una especie de directora de escuela.

—A las chicas.

—Elsa no haría algo así. Es una chica muy estable. Una cosa así sólo podría pasar si algo hubiese ido mal.

—¿Qué es lo que podría haber ido mal?

Madame Polo observó su vaso.

—Tal vez no fui lo bastante comunicativa la última vez que hablamos.

McCoy no dijo nada. Esperó.

—Elsa me dijo que había hecho un trabajo con Lorna Skirving y su novio. Éste quería a dos chicas.

McCoy asintió.

—Tuvo los ojos vendados la mayor parte del tiempo, formaba parte de la parafernalia. Él no quería que ella supiese qué iba a pasar.

—¿Y qué fue lo que pasó? —preguntó McCoy.

—No me lo dijo, no quiso hablar de ello. Pero, fuera lo que fuese, no volvió a tocar el tema. Lorna le volvió a pedir varias veces que trabajase con ella, le ofreció el doble de dinero. Por lo visto, su novio se había encaprichado con ella. No sirvió de nada. No aceptó.

—¿Y ahora le preocupa que ella se haya ido con el novio?

Madame Polo asintió.

—Y que no regrese.

—¿Quién era el novio?

—Como ya le dije, señor McCoy, la discreción es fundamental en mi negocio. No voy a identificar a ninguno de mis clientes.

—Teddy Dunlop... ¿Era él?

Ella asintió con una leve inclinación de cabeza. Fue suficiente.

McCoy se recostó en la silla, observó cómo Madame Polo se levantaba y se dirigía otra vez al mueble bar. No podía hablarle a Murray de ese asunto. Hablar de los Dunlop no era motivo suficiente para que lo despidiesen en el acto, pero casi podía oír a Murray: «¿Dónde están las

pruebas?»). No había ninguna, tan sólo una desagradable sensación en el estómago. Y la única persona que podía ayudarle a deshacerse de ella era la última persona a la que quería ver en el mundo. A pesar de todo, la sangre, del tipo que fuese, seguía siendo más espesa que el agua.

Madame Polo le pasó un vaso medio lleno.

—¿Va a ayudarme? —le preguntó.

McCoy asintió.

—¿Puedo usar su teléfono?

*

McCoy llevaba veinte minutos esperando fuera del Bon Accord, sintiendo cada vez más frío, cuando apareció el Silver Zephyr. Cooper salió, palmeó un par de veces el techo del vehículo, cerró la portezuela y el chófer se adentró en la brumosa noche. Cooper se levantó el cuello del abrigo, se sopló en las manos y echó a andar.

—A ver, ¿cuál es el gran problema?

—Necesito un poco de ayuda con alguien. Y no quiero que quede registrado.

—¿De qué se trata?

McCoy señaló una casa cerca del hotel.

—Ahí. Deberíamos ir por atrás.

—¿Ésa es la gran urgencia? ¿Necesitas que le dé de hostias a alguien por tí? ¡Por amor de Dios! Podría haber enviado a Billy.

—¿Vas a ayudarme o no? —preguntó McCoy.

Cooper se dio la vuelta y echó a andar en dirección a la casa.

—Acabemos con esto.

Pasaron junto a las ventanas iluminadas del Bon Accord, donde parecía que estuviesen celebrando una fiesta, en dirección al callejón que les llevaría a la parte de atrás de los edificios. Se adentraron en él, pisando la blanda nieve virgen. Un zorro saltó desde un contenedor de basura abierto y desapareció a través del agujero que había en la cerca. Su respiración formaba nubecillas de vapor en el aire helado frente a ellos.

Nunca iba a ser un buen momento para decirlo, pero tenía que hacerlo antes de que entrasen en la casa.

—Janey está en el hospital —dijo—. Sobredosis.

—¿En serio? —dijo Cooper mordiéndose la uña del pulgar—. No me sorprende.

—No, claro, teniendo en cuenta que tú la has enviado allí.

Cooper se volvió hacia él y dejó escapar una risotada.

—¿Que yo he hecho qué?

—Caballo. Se enganchó mientras probaba el material para ti. Y cuando no la necesitaste más, la echaste del garito.

Cooper negó con la cabeza, el tema parecía hacerle gracia.

—Por Dios, si hubiese sabido que era tan buena chupándola me la habría quedado. Ya te lo dije, McCoy. Era una puta. Fin del asunto. Una puta drogadicta. Saca un billete en el Green y encontrarás a veinte de éstas. La vida sigue. Yo llevo un negocio, no un puto asilo para yonquis.

McCoy sabía que tenía que dejarlo correr, pero no fue capaz. No iba a poder parar. No dejaba de pensar en ella en el hospital, en los dos en la habitación, riendo, bailando al ritmo de las estúpidas canciones para adolescentes de los Rolling Stones.

—Te importa una mierda, ¿verdad? Sabías que ella y yo teníamos algo, pero ella te importaba una mierda. Y yo también.

—Que te den —masculló Cooper.

—Podrías...

McCoy no pudo acabar la frase. Cooper ya estaba encima de él, con las manos alrededor de su cuello, golpeándole la cabeza con fuerza contra la pared del callejón. Acercó su cara a la de McCoy, dejando escapar la saliva entre los dientes apretados.

—Tres jodidos años llorando y meándote en la cama. Todo el mundo haciendo cola para darle una patada a ese pequeño cabrón asustadizo. Y yo, yo me ocupé de todos ellos. Te aparté de las monjas y de los toqueteos del puto padre Brendan. Fue a mí a quien machacaron los hermanos, fue a mí a quien metieron en la celda durante días, no a ti. ¿Es que no fue suficiente? Y para que lo sepas, Janey iba contigo únicamente por las drogas que le llevabas.

—Eso no es...

—Sí, sí que lo es. Iris me lo contó. Así que el próximo mes, cuando llegue la heroína buena, seré yo el que la controle junto a Billy Chan, porque él tendrá a Murray en el bolsillo y Naismith estará ya en Barlinnie, y tú vas a hacer que todo eso suceda. —Cooper le agarró la cabeza y la golpeó contra la pared que tenían detrás—. ¿A que sí?

McCoy asintió, se llevó la mano a la parte trasera de la cabeza y notó la sangre. Parecía que Cooper estuviese en aquella habitación, dispuesto a darle un martillazo a Jumbo. Estaba ido.

—¿Qué? —gritó, golpeándole de nuevo la cabeza a McCoy contra la pared—. ¡No te oigo! ¿Qué?

—Sí. Sí —logró decir éste. Cooper le dio un último golpe contra la pared y lo soltó. McCoy se deslizó hasta sentarse en la nieve.

—Mantuve tu culo y tu cabeza a salvo durante años, McCoy. ¡No cuestiones nunca más lo que he hecho por ti!

Cooper dio un paso atrás, se secó la boca con la manga, se dio la vuelta y echó a andar por el callejón. Se detuvo un segundo y golpeó la pared con el puño. Otra vez. McCoy parpadeó: estaba golpeando la pared con todas sus fuerzas. Echó el brazo atrás para volver a hacerlo.

—¡Stevie! ¡Para!

Cooper se dio la vuelta, le guiñó un ojo y caminó hasta donde estaba McCoy. Le tendió la mano y éste la aceptó, como hacía siempre. Tiró de él. Daba la impresión de que la tormenta de nieve había pasado. Él también parecía el mismo de siempre.

Cooper escupió en la nieve y sacó un paquete de cigarrillos. Alzó la vista para fijarse en la parte trasera de aquellas casas.

—¿Vas a decirme entonces qué coño hacemos aquí?

Cuarenta

McCoy empujó la puerta de madera y Cooper y él entraron en un jardín. La luz de las ventanas de la cocina iluminaba el césped cubierto de nieve. McCoy limpió los restos de hielo de una ventana con la manga y echaron un vistazo al interior. Agarró el pomo de la puerta. Abierto. Un poco de suerte, para variar.

Entraron en la cocina y cerraron la puerta. Permanecieron inmóviles unos segundos, escuchando, intentando orientarse. Dentro de la casa hacía casi tanto frío como fuera. Parecía vacía, como si nadie viviese en ella. Cooper señaló la luz que llegaba desde una puerta medio abierta en el pasillo. El suelo del vestíbulo estaba cubierto de unos seis centímetros de agua. Resultaba sencillo entender de dónde había salido. El agua descendía por las escaleras, cayendo también por los lados hasta el suelo.

Entraron en la sala principal, dejando huellas de pisadas en el sucio suelo de madera. Había un piano de cola con una gruesa capa de polvo y algunos muebles cubiertos con sábanas blancas. De las paredes colgaban muchas cabezas de animales. Ciervos, una cebra, incluso un león. Los ojos de cristal los observaban. A un lado, un complicado arreglo de escudos y de espadas, brillaba en la penumbra.

Regresaron al pasillo y McCoy gritó tan fuerte como pudo:

—¿Dunlop? ¿Está usted aquí?

Su voz hizo eco en la casa vacía. No hubo respuesta. Volvió a intentarlo.

—¿Dunlop? ¿Elsa?

Más eco.

En la primera planta sólo había dos habitaciones vacías. En la segunda tampoco encontraron nada a excepción de un ratón que se deslizó entre los tablones de madera de la habitación del fondo hasta desaparecer bajo el zócalo.

—Me temo que le estás ladrando al árbol equivocado, McCoy —dijo Cooper.

—Es probable, pero tenemos que comprobar toda la casa. Vamos.

Ascendieron el siguiente tramo de escaleras. El agua caía desde el descansillo de la tercera planta, a través de la barandilla. Siguieron subiendo.

—¿De qué cojones va todo esto? —preguntó Cooper sacudiéndose el pie para librarse de parte del agua.

—Seguramente una cañería rota, no hay calefacción en toda la casa —respondió McCoy.

Una de las puertas que daban al descansillo de la tercera planta estaba abierta. McCoy la señaló con el mentón, Cooper la abrió y entraron.

—Mierda —dijo McCoy.

La habitación estaba bien amueblada, incluso caliente. Más allá de los montones de ropa, había una cama con cuatro columnas colocada en el centro de la estancia, con sábanas blancas manchadas de sangre.

Cooper se aproximó, estudió la cama y dio un paso atrás.

—Las sábanas todavía están húmedas.

Había una pila de revistas pornográficas en la mesita de noche. Encima de todas ellas, un

ejemplar de *Jezebel* abierto, mostrando una fotografía de Lorna Skirving.

McCoy se hizo con él. Supo que se encontraba en el lugar adecuado.

—¡Dunlop! —gritó—. Policía de Glasgow. ¿Está aquí?

En el aparador había una botella de whisky Haig. Cooper le quitó el tapón y dio un trago. Se la pasó a McCoy, que también le dio un trago y la dejó donde estaba.

—¿Qué coño ha pasado aquí? —preguntó Cooper observando la sangre que goteaba desde la cama hasta el suelo.

—No lo sé —dijo McCoy—. Nada bueno.

—¿Me ocultas algo? —preguntó de nuevo Cooper.

McCoy negó con la cabeza.

Cooper sacó un cuchillo del bolsillo y se lo pasó.

—Toma esto.

—¿Y tú qué? —le preguntó McCoy.

—Puedo cuidar de mí mismo.

—Falta una planta —dijo McCoy.

—Tendremos que seguir adelante. —Cooper señaló la puerta—. Vamos.

Subieron el último tramo de escaleras. Había tres puertas en el descansillo.

Cooper señaló una de ellas.

—Yo abro ésa. Tú comprueba la otra.

McCoy asintió y se dirigió hacia la suya al tiempo que Cooper caminaba en la otra dirección. El policía abrió la puerta y entró en la habitación. Sintió el zumbido de algo pesado que se dirigía hacia él y luego un fuerte dolor en la cara. Al caer al suelo, oyó el ruido de alguien corriendo, otra oleada de dolor caliente y después oscuridad.

*

—¡McCoy! ¡McCoy!

Podía oírlo, pero no verlo. Sólo distinguía una silueta borrosa que bloqueaba la luz. Parpadeó varias veces y se dibujó frente a él el rostro de Cooper.

—¿Estás bien?

McCoy asintió, se llevó la mano a la cara y notó la sangre.

—¡Joder! —Se apoyó en una cómoda y logró ponerse en pie. Sentía floja la nariz, seguramente estaba rota. También notó una herida considerable en la mejilla derecha—. ¿Estoy bien? —le preguntó a Cooper mirándolo.

—Saldrás de ésta con vida. —Cooper se quitó la camiseta por encima de la cabeza, la dobló y se la colocó a McCoy en la frente. Presionó con fuerza, haciendo caso omiso de los gritos de dolor de McCoy.

—¿Le has visto? —le preguntó.

McCoy negó con la cabeza, evidenciando un gesto de dolor al hacerlo.

—He oído cómo salía corriendo.

Cooper agarró una de las manos de McCoy y la llevó hasta la camiseta.

—Aprieta donde está el corte.

—¿De repente sabes de primeros auxilios? —le preguntó McCoy.

—¿Estás de broma?

McCoy miró a Cooper. Se fijó en su torso desnudo marcado por cicatrices de cortes y heridas de cuchillo.

—Lo siento —dijo.

—Presiona con fuerza —dijo Cooper—. Voy a ver qué hay detrás de la otra puerta.

Sabía que no tenía que hacerlo, pero en cuanto Cooper desapareció apartó la camiseta y le echó un vistazo. Ahora era roja, estaba empapada en sangre. Sintió un leve vahído, así que volvió a apretarla contra la herida. Ni siquiera sabía si había sido Teddy quien le había golpeado. Lo único que podía decir era que lo habían hecho con fuerza. Con mucha fuerza.

McCoy intentó sacar los cigarrillos de su bolsillo con la mano libre. No lo logró. Apartó de nuevo la camiseta de la frente y gimió cuando se le quedó pegada al pelo, que ya empezaba a congelarse formando una especie de masa pringosa. Se las apañó para encender un cigarrillo, pero entonces oyó algo. Se quedó inmóvil. Escuchando.

—¿Cooper? —dijo, y se dio cuenta de que estaba susurrando. Volvió a decirlo, con algo más de energía esta vez—: ¿Cooper?

Nada.

—¿Cooper?

Nada.

Entonces lo oyó. También fue poco más que un susurro.

—¿McCoy?

—¿Cooper? ¿Estás ahí?

Una gruesa salpicadura de sangre formaba un arco en el papel pintado de la pared. Aún estaba húmeda, goteante, y brillaba. McCoy apretó su cuerpo contra el marco de la puerta. El corazón le palpitaba con fuerza.

—¿Cooper? —preguntó en voz baja—. ¿Cooper?

No hubo respuesta.

Volvió a intentarlo.

—¿Stevie? ¿Estás ahí?

Se adentró en la habitación contigua con la espalda pegada a la pared. Se obligó a mirar hacia el suelo. Cooper estaba tumbado sobre un creciente charco de sangre, el rojo oscuro se filtraba en la alfombra de tonos pálidos.

McCoy se arrodilló a su lado.

—Stevie, soy yo. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

No lo estaba. Una enorme herida le bajaba desde el hombro hasta la mitad de la espalda. Los lados estaban totalmente abiertos y permitían entrever el hueso, así como una amarillenta materia grasa.

Cooper abrió los ojos. Sonrió.

—El cabrón tenía una espada.

—De acuerdo. No te muevas. Te pondrás bien —dijo McCoy.

—Se había escondido detrás de la puerta, me ha golpeado cuando he entrado.

—¡Dios mío! Cállate, guarda fuerzas. ¿De acuerdo?

Cooper asintió. Volvió a sonreír.

—Duele que te cagas.

McCoy tiró de las sábanas de la cama para envolver con ellas el cuerpo de Cooper y detener la hemorragia provocada por la herida. Pero no estaba teniendo mucho éxito: era como pretender detener una marea. Siguió hablando, a pesar de no estar seguro de que Cooper le escuchara. Apenas se mantenía consciente, sólo abría los ojos de vez en cuando. Había sangre por todas partes, caliente y pegajosa. McCoy lo estaba haciendo bien, se sentía un poco mareado pero con energía, sólo tenía que evitar perder el conocimiento; ahora no podía permitírselo. Hizo todo lo que pudo con las sábanas, amontonándolas alrededor de la herida. De hecho, parecía que la

hemorragia se había detenido un poco. Pero no lo suficiente. Cooper necesitaba ir al hospital de inmediato.

Se puso de pie.

—No tardaré. Voy a bajar y telefonar para pedir una ambulancia. Serán cinco minutos. Estarás bien, ¿verdad?

No hubo respuesta. Dijo aquellas palabras básicamente para sí mismo. Cuando se disponía a marcharse no pudo: Cooper alargó un brazo y le agarró el tobillo. McCoy tuvo que dar un salto.

—No dejes que ese cabrón escape —logró decir Cooper entre dos leves jadeos.

Aflojó la mano y McCoy se fue corriendo hasta la planta baja. Encontró un teléfono en la cocina y llamó a la comisaría. Pensó que no le contestarían, pero Wattie atendió finalmente a su llamada.

—Central. Al habla Watson.

—¡Wattie! Escúchame. Ven a Park Circus lo más rápido que puedas, trae a cualquiera de la comisaría. ¡Número 12!

—¿Qué? ¿Es usted, McCoy? ¿Qué sucede?

—Tú hazlo, joder. ¡Llama también a una ambulancia!

—De acuerdo. Murray está aquí y creo que Thomson también. Los llevaré conmigo. ¿Está bien? ¿Qué ha pasado?

—Vente para aquí, Wattie. ¡Ahora! ¡La ambulancia!

Colgó el teléfono dejando a Wattie con la palabra en la boca. Oyó entonces un zumbido, el sonido de un plato de tocadiscos girando, de un brazo cayendo sobre un disco rayado, y, de repente, empezó a sonar la música. Dio un paso atrás, sin saber muy bien por qué, y bajó un escalón. Sorprendido, se quedó inmóvil y escuchó. Eran The Animals, «House of the Rising Sun». Cuando el último y quejoso verso, «*And God, I know I'm one*», puso fin al tema, la aguja se deslizó por los surcos vacíos, se levantó y volvió al principio. La canción empezó a sonar de nuevo.

McCoy hizo algo que creía que no volvería a hacer jamás. Se persignó. Y después empezó a subir las escaleras.

Cuarenta y uno

McCoy estaba asustado, aterrorizado por los crujidos de la casa, por el viento que golpeaba contra las ventanas, por los chirridos de las tablas del suelo bajo sus pies. Intentó calmarse mientras ascendía, pero podía notar cómo el corazón golpeaba contra sus costillas. Acabó el tema de The Animals, sonaron unos leves chasquidos y empezó a sonar de nuevo. No había duda, la música llegaba desde la planta de arriba, pues sonaba con más intensidad a medida que ascendía las escaleras.

McCoy se detuvo en el descansillo del piso superior. Si había llegado hasta allí, tenía que seguir avanzando. La puerta abierta en un extremo del descansillo era el único lugar en el que podía haberse escondido Teddy Dunlop. Las puertas que conectaban las tres habitaciones eran lo que le había permitido darles esquinazo. Se desplazó con rapidez. La música sonaba más fuerte a medida que se acercaba a la habitación. Se detuvo fuera, se preparó y después abrió la puerta de par en par.

—¿Dunlop, estás ahí? —gritó.

No hubo respuesta. Se adentró en la estancia, dispuesto a saltar fuera de nuevo, pero allí no había nadie. Dejó escapar un suspiro de alivio y echó un vistazo alrededor. El tocadiscos estaba encima de un aparador junto a la ventana. El disco seguía dando vueltas. La música sonaba totalmente distorsionada ahora, el volumen era demasiado alto para un altavoz tan pequeño. Se acercó al aparato, pisando cristales rotos, y levantó la aguja. La música se detuvo al instante, provocando un repentino y pesado silencio, una intensa ausencia de sonido.

La estancia estaba escasamente amueblada: un aparador, una cama deshecha. Pero Dunlop no estaba. Algo en su interior sintió alivio. Ahora podía bajar de nuevo las escaleras, sentarse junto a Cooper y esperar a que llegase Wattie con la ambulancia. Lo había intentado. Dunlop debía de haberse escabullido de algún modo, habría salido de la casa.

Abandonó la habitación y se arrodilló para lavarse la sangre de las manos con el agua que había en el suelo. Y entonces fue cuando lo vio. Una tenue rendija de luz en uno de los paneles de madera en el otro extremo del descansillo. Podía fingir que no lo había visto. Alejarse. Nadie lo sabría. Pero no lo hizo. Se puso de pie.

Había una puerta diseñada para que pareciese simplemente otro panel de madera. La empujó y se abrió para dar paso a un enorme baño totalmente alicatado de blanco. Dos fluorescentes en el techo brillaban y centelleaban, traspasando a duras penas el consistente vapor. El agua se derramaba por los costados de la bañera, con ambos grifos completamente abiertos. Se inclinó para cerrarlos pero al ver lo que había dentro del agua dio un salto hacia atrás, espantado.

Elsa estaba dentro de la bañera. Desnuda. Con el rostro sereno sumergido en el agua rosada. Sus ojos azules, muertos, le miraron fijamente. Cerró los grifos. El ruido del agua chorreante se convirtió en un tranquilo goteo. Respiró hondo y se obligó a mirar otra vez. Le salía sangre de la boca y de la entrepierna, enturbiando el agua. También brotaba líquido rojo de las dos heridas abiertas que tenía en el cuello.

Bajó la vista y se puso a rezar sin darse cuenta, en un susurro. No hay ateos en una trinchera, dicen.

En cuanto salió del baño, sintió una fría corriente de aire en la piel mojada. Tardó unos segundos en entender que provenía de la puerta que había al fondo del descansillo. Se acercó allí. La corriente de aire se hizo más intensa. Abrió la puerta.

Era un trastero. Estaba vacío a excepción de una pila de viejas sábanas y una caja con platos. El tejado inclinado tenía abierta una ventana, sostenida por una barra de hierro. El viento debía de haberse colado por allí toda la noche. La nieve había formado un montoncito semicircular sobre el suelo de madera. McCoy abrió del todo la ventana, se coló por el marco y miró hacia fuera.

El tejado de la casa se inclinaba hasta llegar al canalón, después había una pronunciada caída hasta la calle. McCoy se balanceó. Al otro lado, el tejado ascendía unos seis metros hasta un grupo de chimeneas de terracota manchadas de hollín silueteadas contra el cielo nocturno. Había marcas de pisadas en la nieve que subían hasta ellas. Se aupó hasta el tejado y empezó a caminar con cautela hacia arriba. No podía detenerse ahora. Empezó a ascender apoyándose en manos y rodillas, temiendo deslizarse y caer los treinta metros en picado hasta la calle. Llegó hasta las chimeneas y miró a su alrededor.

Dio la vuelta manteniendo la espalda apoyada en ellas, con los brazos extendidos, agarrándose. Teddy Dunlop estaba sentado al otro lado, con la espalda contra la base de ladrillos. Tenía sobre sus rodillas la espada manchada de sangre. Asintió con la cabeza como si acabaran de encontrarse en un bar.

—McCoy, ¿verdad?

McCoy lo observó con cautela, después se sentó. Difícilmente podría haber hecho otra cosa. Estaba congelándose, la ropa empapada le hacía sentir aún más frío del que hacía. Al menos las chimeneas emanaban calor; en la casa de al lado debían de estar todas encendidas. Apretó la espalda contra los ladrillos, quería dejar de temblar.

—Se está bien aquí —dijo Dunlop contemplando la ciudad que se extendía a sus pies—. Un lugar tranquilo. —Se volvió hacia McCoy—. ¿Qué tal la nariz?

—Sobreviviré.

—Lo siento. Pensaba que era uno de los matones de mi padre que venía a recogerme y a llevarme lejos para uno de esos tratamientos. Terapia de electrochoque. ¿Ha oído hablar de ella?

McCoy negó con la cabeza.

—Un asunto desagradable. —Dunlop le tendió un paquete de cigarrillos, estaba manchado de sangre, pero a McCoy no le importó. Sacó uno; lo necesitaba. Miró a Dunlop de reojo cuando encendió el Zippo. No tenía buen aspecto. Había perdido peso; el cuello de la camisa le iba demasiado grande. El traje que llevaba estaba tan mojado como el de McCoy; sangre y agua a partes iguales.

Dunlop golpeó la espada con el dedo.

—Por lo visto era de mi bisabuelo. Estaba colgada de la pared, en el piso de abajo. Se la llevó a África para matar a unos cuantos bóers. Estoy seguro de que tuvo éxito.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó finalmente McCoy—. ¿Quiere contarme algo sobre Elsa?

Suspiró, le echó un vistazo a los tejados de la ciudad, apagó el cigarrillo.

—¿Elsa? ¿Qué puedo decir?

—Bueno, para empezar, está muerta, metida en la bañera.

Suspiró.

—¿Y eso importa? Ahora ya está hecho.

—¡Sí, claro que importa, joder! Tenía diecinueve años, toda la vida por delante, y por su culpa está muerta, desangrándose por todas partes.

Dunlop le miró y compuso una sonrisa.

—Así que ahora va a ser usted mi confesor, ¿no es eso? Lamento decir que no era exactamente lo que esperaba. Elsa está muerta porque Elsa dejó de ser divertida —dijo.

—¿Divertida? Dios mío. ¿Qué se supone que significa eso?

Dunlop se volvió hacia él. Sonrió de nuevo.

—¿Sabe una cosa? Puedes verlo en sus caras, ver el momento exacto en que renuncian. Es como si desapareciese la esperanza, como si se apagase una luz en sus ojos.

—¿Renunciar a qué? —preguntó McCoy.

—A creer que el dolor merece la pena. Elsa se dio cuenta finalmente de que no iba a convertirse en la señora Dunlop y de que esto no iba a parar nunca. Lo vi en su cara. Así que ella...

—¿Ella qué?

—Ella dejó de ser divertida.

—Virgen santa.

El viento empezó a soplar con más fuerza, a ráfagas, lanzando la nieve contra las chimeneas y ellos. Dunlop se levantó el cuello de su chaqueta y metió las manos en los bolsillos.

—No se enoje. La búsqueda de la diversión es una cuestión muy importante en nuestra familia.

—¿Qué significa eso? —preguntó McCoy.

Sacó sus cigarrillos de nuevo, pero el viento era demasiado fuerte incluso para un Zippo. Lo intentó varias veces, pero acabó desistiendo y lo tiró más allá del borde del tejado.

—Tenía dieciséis años. Ésa fue la primera vez que mi padre introdujo a una chica, una prostituta, en la ecuación. Diversión para todos. ¿Sabe lo que sucede cuando llevas un tiempo tirándote a prostitutas con tu padre?

Dunlop se volvió y le miró a los ojos. McCoy negó con la cabeza.

—Te aburres. Te acostumbras. Te hastías. Mi padre pensaba en una especie de transgresión sagrada, pero lo acababas viviendo como otra noche cualquiera. Así que empiezas a mirar un poco más allá en ese terreno, quieres experimentar algo más. Algo que sea realmente divertido.

Pasó las manos por el mango de la espada, la levantó y la dirigió hacia la oscuridad, hacia la ciudad que se extendía abajo.

—Crecí en ese mundo, pero ya no hay nada para mí en él. Sólo queda una persona más y habré acabado. —Se volvió hacia McCoy y sonrió—. Parece que el destino me ha proporcionado exactamente lo que necesitaba.

McCoy empezó a retroceder. Sabía que no serviría para nada. Allí arriba no tenía oportunidad alguna de defenderse de Dunlop; él era más joven y, como mínimo, igual de fuerte. Si pudiera bajar de nuevo, tal vez tendría una posibilidad, pero no allí arriba. Allí no tenía esperanza a la que aferrarse. Una de las tejas de pizarra se deslizó desde debajo de su pie y la vieron caer por el tejado y salir disparada hacia la oscuridad.

Dunlop se puso en pie, se sacudió y esbozó una sonrisa.

—Vamos, McCoy, eso no va a funcionar. Venga aquí, haga el favor. —Alzó la espada—. Ahora. McCoy maldijo entre dientes.

—No tiene por qué hacerlo, Dunlop.

—Al contrario, tengo que hacerlo.

—¿Por qué? No va a poder escapar. Los coches patrulla están a punto de llegar, les he llamado desde el piso de abajo. —Se percató al instante de lo desesperadas que sonaban sus palabras, de lo inútiles que eran.

Dunlop miró hacia abajo desde un lado.

—Como si a mí me importase.

Alzó la espada y apretó la punta contra la camisa de McCoy. La carne se abrió y se formó una mancha de sangre roja en la tela blanca de algodón. McCoy tomó aire. Esperó. No habría sabido decir por qué, pero su mente se retrotrajo a Arran. A aquel día con Angela y Bobby, el día en que un hombre les tomó una fotografía sobre la alfombra. Cuando fue feliz.

—Va a tener que ayudarme, señor McCoy. Me voy a nuevos pastos.

McCoy empezó a retroceder, a pesar de saber que no tenía ninguna oportunidad. Pero tenía que intentarlo. Dio otro paso atrás y, mientras intentaba mantener el equilibrio, de repente Dunlop tiró la espada al aire y la agarró por la punta. Sonrió y le tendió a McCoy el extremo de la empuñadura.

—Agárrela.

McCoy negó con la cabeza.

—Agárrela.

Dunlop estiró el brazo, la sangre le corría entre los dedos al apretar la hoja. El mango estaba a tan sólo unos quince centímetros de la cara de McCoy.

Éste agarró la empuñadura con mano temblorosa y Dunlop se inclinó hacia delante, empujando su pecho contra la punta de la espada.

—Ahora —dijo—. Ahora, señor McCoy, hágalo ahora.

McCoy aferró el mango, mantuvo la espada firme en su mano, la sostuvo durante unos segundos.

Dunlop susurró:

—Hágalo.

Pensó en Elsa muerta en el baño, en la vida de Cooper consumiéndose en el piso de abajo. Tommy Malone. Lorna Skirving. Todo el daño que Dunlop y su padre habían hecho. Dunlop empujaba su cuerpo hacia delante. McCoy notaba cómo aumentaba la presión y un par de centímetros de la hoja de la espada desaparecían en el pecho de Dunlop.

—Hágalo.

Podría terminar con todo.

—Ahora, McCoy.

Pero sin Teddy no tendría a su padre. Y era tan culpable como su hijo. Los quería a los dos. Ambos tenían que estar vivos. Ambos tendrían que subir al estrado. Ambos eran culpables. Bajó la espada.

Dunlop negó con la cabeza.

—Usted no tiene lo que hay que tener. Tendría que haberlo imaginado.

Antes de que McCoy entendiese qué estaba ocurriendo, Dunlop echó a correr tejado abajo, resbalando sobre las tejas cubiertas de nieve hasta llegar al borde y desaparecer en la oscuridad.

Lo oyó antes de llegar él también al borde. El golpe de su cuerpo al impactar contra el suelo. Se deslizó hasta el borde, se agarró de una antena de televisión y echó un vistazo. Dunlop estaba tumbado en la calzada, justo frente a la puerta de entrada del hotel Bon Accord. Su cuerpo desparramado, con los brazos y las piernas trazando ángulos imposibles. La sangre ya había empezado a expandirse por debajo del cuerpo, tiñendo la nieve. Dos hombres corrieron en dirección al cuerpo, alzaron la vista intentando hacerse una idea de lo ocurrido. Apareció más gente y formaron un círculo alrededor del cuerpo. Un hombre salió del hotel con una manta. Oyó entonces el distante sonido de las sirenas, alzó la vista y pudo ver el destello de las luces de la ambulancia y de los coches patrulla acercándose por Woodlands Road. Uno de los coches se detuvo al lado del cuerpo y Wattie y Murray salieron de él. Los sanitarios entraron en la casa a toda velocidad con una camilla.

McCoy miró hacia el cielo y observó cómo caían los copos de nieve. Soplaban el viento y las

nubes cruzaban rápidamente el cielo. Empezó a temblar, sin saber si se debía a la ropa mojada o a lo que acababa de suceder. En cualquier caso, era el momento de volver a entrar, de protegerse del frío.

20 de enero de 1973

Cuarenta y dos

El Royal era el hospital más grande y antiguo de Glasgow, un enorme edificio en la calle High, cuya piedra roja original se había oscurecido por años y años de hollín y suciedad. El pabellón número 12 estaba en la parte de atrás y a McCoy le llevó un rato encontrarlo. Supo que estaba allí ingresado cuando vio a Billy Weir fumando en la puerta. Asintió con la cabeza al llegar a su altura.

—¿Cómo está el paciente?

—El médico dice que se pondrá bien —contestó Billy—. Va a tener que estar aquí un par de semanas, todo lo tranquilo que pueda estar.

—¿Y lo está disfrutando?

—Oh, sí, no ha dejado de maldecir ni un solo segundo. La mayoría de las enfermeras se niegan a acercarse siquiera.

McCoy le enseñó un ejemplar del *Daily Record* y una bolsa de papel marrón que contenía uvas.

—Deséame suerte.

Oyó su voz en cuanto abrió la puerta. No sabía exactamente cómo se encontraba, pero escuchar las palabras «gilipollas» y «joder» le bastó para deducir que no estaba contento. Una enfermera salió por la puerta tapándose la cara con las manos, lloraba.

McCoy entró y se sentó junto a la cama. Cooper estaba tumbado boca abajo, envuelto en complicados vendajes desde los hombros hasta la cintura, con la cara hacia un lado, enterrada en la almohada.

—¿De qué te ríes? —preguntó.

McCoy alzó las manos.

—¿Yo? De nada. ¿Qué tal estás?

—¿Yo? De puta madre. ¿A ti qué te parece? Tengo que quedarme aquí dos semanas más, no me puedo mover y las enfermeras tienen que limpiarme el culo.

—Venga, al menos te vas a poner bien. La cosa estaba muy fea, perdiste mucha sangre.

—Sí, eso he oído decir. ¿El cabrón ese murió de verdad?

McCoy asintió.

—Se hizo papilla contra el asfalto.

—¿Y te van a dar una medalla por eso?

—Sí. Creí que me mataría. Es sorprendente la fuerza que sacas cuando tienes tanto miedo. Me lancé contra él, le arranqué la espada de las manos y logré echarlo a un lado antes de que me pillase. De nuevo soy de los buenos. El chico de oro de Murray otra vez.

—Me alegra oírlo. Te resultará más fácil librarte del cabrón de Naismith. Necesito que lo hagas, ¿me has oído? —Compuso una mueca de dolor; se suponía que no tenía que hablar, no digamos ya amenazar a nadie.

—Te he oído. —McCoy dejó las uvas en la mesita que había junto a la cama y abrió el periódico.

—¿Te interesan los resultados del fútbol?

Cooper asintió. Tenía la frente cubierta de sudor. Sesenta y siete puntos, músculos importantes

de la espalda dañados. Cooper nunca volvería a ser el que era, pero McCoy no pensaba decírselo de momento. Empezó a leer las crónicas deportivas. Cuando llevaba unos cinco minutos se dio cuenta de que Cooper se había dormido. Nada sorprendente teniendo en cuenta la cantidad de botes de analgésicos que había en la mesita. Se metió un par de uvas en la boca y volvió a abrir el periódico en busca de la página de televisión. Dejó de masticar cuando se fijó en uno de los titulares. No era muy grande, encabezaba un artículo de media página.

LA NUEVA TRAGEDIA DE LORD DUNLOP

Lo leyó en diagonal. «Muerte por ahogamiento ... la víctima, Jimmy Gibbs, de 34 años de edad ... lo encontró el ama de llaves...»

Cerró el periódico. Realmente, los ricos no se andaban con rodeos. Hacían cualquier cosa con tal de protegerse, no importaba de qué se tratase.

Cooper roncaba, con las manos llenas de cicatrices colocadas sobre la manta de color azul. Fuera como fuese, Cooper, comparado con Lord Dunlop, no era más que un aficionado. Éste ni siquiera había enterrado a su hijo y ya se había asegurado de que Jimmy Gibbs no hablase jamás con la policía o con la prensa. Ni con nadie.

Las personas como Lord Dunlop no acababan con cicatrices en las manos ni heridas de espada en la espalda, tumbados en la sucia cama de un hospital público. Ellos no. Se movían por el mundo sin que nada les tocara, hicieran lo que hicieran. Para personas como Gray Dunlop, tomar la decisión de acabar con Jimmy Gibbs era como decidir qué corbata ponerse: ¿la roja o la azul? Una decisión fácil de tomar e incluso todavía más fácil de olvidar.

En el exterior, la nieve caía suavemente, cubriendo Glasgow con una capa blanca, ocultando la suciedad debajo. McCoy echó a andar hacia el centro. Pasó junto a la catedral. Había un grupo de niños pequeños que esperaban en fila a que empezase la visita.

Le habían dado tres semanas de baja con la única condición de que visitase a una psicóloga. Era obligatorio. Dado su estado de ánimo, tal vez le contase por qué odiaba tanto ver sangre. Se detuvo, encendió un cigarrillo y observó a los niños en fila; se fijó en todos y cada uno de ellos. Debían de tener unos siete u ocho años, la misma edad que tenía él cuando ocurrió. Se fijó en la nieve que caía, la sintió en la cara. Por otra parte, tal vez fuera mejor que algunas cosas permaneciesen en secreto.

Agradecimientos

Quisiera dar las gracias a Stephen Fox, Derek MacKillop, Sarah Pinsborough, Debs Warner, Tom Witcomb; a toda la gente de Blake Friedman, Francis Bickmore y a todos en Canongate. Y también a John Niven, sin quien...

Un error histórico deliberado: en realidad, el concierto de David Bowie en el Green's Playhouse tuvo lugar el 5 de enero, no el 7, como aparece en el libro. El resto de los errores son accidentales.

Notas

1. En castellano en el original. (*N. del T.*)

Enero sangriento
Alan Parks

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Bloody January*

Ilustración de la portada: © Raymond Depardon / Magnum Photos / Contacto

© Alan Parks, 2017

Traducción: © Juan Trejo Álvarez, 2020

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2020

ISBN: 978-84-9066-777-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA NEGRA



¡Síguenos en redes sociales!



Table of Contents

[Sinopsis](#)

[Portadilla](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Se convirtió en uno de esos casos...](#)

[1 de enero de 1973](#)

[Uno](#)

[Dos](#)

[2 de enero de 1973](#)

[Tres](#)

[Cuatro](#)

[Cinco](#)

[Seis](#)

[Siete](#)

[3 de enero de 1973](#)

[Ocho](#)

[Nueve](#)

[Diez](#)

[Once](#)

[4 de enero de 1973](#)

[Doce](#)

[Trece](#)

[Catorce](#)

[Quince](#)

[Dieciséis](#)

[Diecisiete](#)

[Dieciocho](#)

[Diecinueve](#)

[5 de enero de 1973](#)

[Veinte](#)

[6 de enero de 1973](#)

[Veintiuno](#)

[Veintidós](#)

[Veintitrés](#)

[7 de enero de 1973](#)

[Veinticuatro](#)

[Veinticinco](#)

[8 de enero de 1973](#)

[Veintiséis](#)

[Veintisiete](#)

[9 de enero de 1973](#)

[Veintiocho](#)

[Veintinueve](#)

[Treinta](#)

[Treinta y uno](#)

[Treinta y dos](#)

[Treinta y tres](#)

[10 de enero de 1973](#)

[Treinta y cuatro](#)

[Treinta y cinco](#)

[11 de enero de 1973](#)

[Treinta y seis](#)

[Treinta y siete](#)

[Treinta y ocho](#)

[Treinta y nueve](#)

[Cuarenta](#)

[Cuarenta y uno](#)

[20 de enero de 1973](#)

[Cuarenta y dos](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

[¡Encuentra aquí tu próxima lectura!](#)